

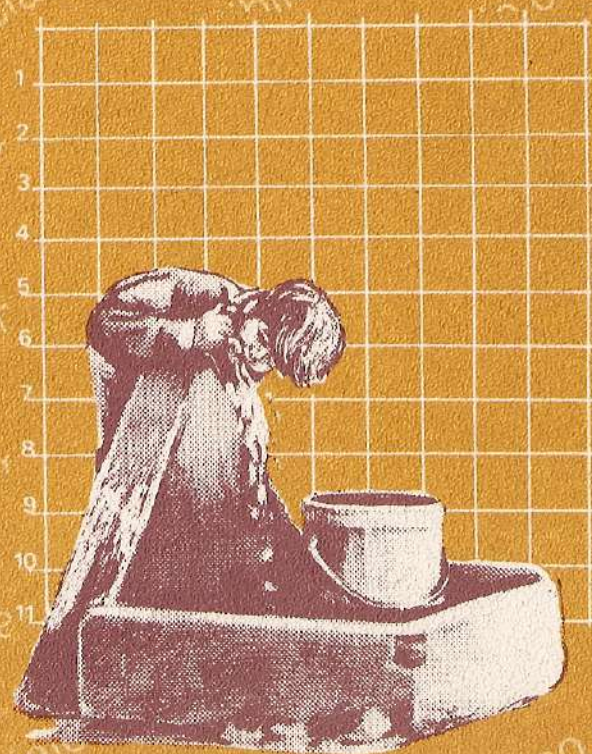
La evolución de los estudios urbanos relativamente reciente muestra una gran diversificación temática y una multiplicación de enfoques teórico-ideológicos, como así también de las herramientas metodológicas para construir el conocimiento. Consecuentemente han sido variables y cambiantes los aportes a los mismos de diferentes disciplinas: la antropología social, la sociología urbana, la historia urbana, la planificación física, la historia del arte, la teoría política, etcétera. Los ensayos reunidos en este volumen y gestados en el VIII Simposio sobre la urbanización en América Latina desde sus orígenes hasta nuestros días (Stanford, California, Septiembre 1982) revelan esa evolución. Con la riqueza mencionada tratan, por una parte, aspectos de la vida urbana en Latinoamérica, con énfasis en el habitat del sector informal y obrero; y por otra, las percepciones y concepciones de ciudades latinoamericanas, a partir de las condicionantes teórico-ideológicas o de tradiciones presentes en la cotidianidad de las mayorías.

## Cultura urbana latinoamericana

Richard Morse. Jorge Enrique Hardoy

Compiladores

# Cultura urbana latinoamericana







Rama, Morse, Hardoy, Krauze,  
Ortega, Needell, Stelter, Lomnitz,  
Pérez, Trachtenberg, Velho,  
Greenfield, Laguerre, de Ramón,  
Gross.

Biblioteca de Ciencias Sociales  
Director: Mario R. dos Santos

Programa de Publicaciones: Cristina Micieli

I.S.B.N. 950-9231-12-8

Diseño Gráfico: Beatriz Burecovics y Viviana Barletta  
Composición y armado: María Rosa Mó  
Impresión: Artes Gráficas Santo Domingo  
Santo Domingo 2739, Buenos Aires  
Primera Edición: junio de 1985  
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Copyright de todas las ediciones en español por  
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)  
Av. Callao 875, 3º E, Buenos Aires, Argentina

## **Cultura urbana latinoamericana**

**clacso**

Consejo  
Latinoamericano  
de Ciencias  
Sociales

Angel Rama (1926-1983)  
in memoriam

Los participantes del "VIII Simposio sobre la Urbanización en América" han querido rendir homenaje a Angel dedicándole esta colección de ensayos. Su trágica muerte, en noviembre de 1983, nos privó de un amigo y a las Américas, de un maestro, cuya trayectoria civil e intelectual será siempre recordada.

Angel Rama fue un polémico analista de las sociedades latinoamericanas, a las que dedicó numerosos artículos, ensayos y libros sobre temas que cubren desde la poesía de los románticos a las obras de los novelistas contemporáneos, y análisis críticos de la producción de ensayistas como Mariátegui y Henríquez Ureña. El tema frecuente de su producción literaria fue la cultura de América Latina, una región que recorría a menudo y cuya situación social y política lo hería profundamente. Fue director de la sección cultural de la revista Marcha (entre 1958 y 1968) y de Editorial Arce, director literario de la Biblioteca Ayacucho, profesor universitario, crítico literario, conferencista y, sobre todo, frecuente colaborador de algunos diarios del continente como Acción, El Espectador, El Nacional, Uno más Uno, y otros.

## Introducción

El "VIII Simposio sobre la Urbanización en América desde sus orígenes hasta nuestros días" se realizó en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Stanford, California, en septiembre de 1982, coincidiendo con la fecha de realización del XLIV Congreso Internacional de Americanistas que se desarrollaba en Manchester, Inglaterra. Debido al conflicto en el Atlántico Sur, varios participantes latinoamericanos decidieron no asistir, o no pudieron asistir al Congreso de Manchester, sin que eso significase desvincularse del espíritu de los Congresos Americanistas. Los siete Simposios anteriores se habían reunido en ocasión de sucesivos Congresos de Americanistas, comenzando con el XXXVII Congreso realizado en septiembre de 1966.

La organización del VIII Simposio fue posible gracias a la contribución de varias instituciones. En este caso, dos Centros de Estudios Latinoamericanos de las Universidades de Stanford y de California, en Berkeley, la Comisión de Desarrollo Urbano y Regional del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales y el International Institute for the Environment and Development (IIED). A todos ellos nuestro agradecimiento, como así también al International Development Research Center (IDRC) por su apoyo a la Comisión de Desarrollo Urbano y Regional, al Canadian International Development Agency (CIDA) por su apoyo al IIED y a CLACSO (Biblioteca de Ciencias Sociales) por su dedicación a este volumen.

Jorge Enrique Hardoy  
Buenos Aires, marzo de 1985

### 1. La ciudad ordenada

Desde la remodelación de Tenochtitlán, luego de su destrucción por Hernán Cortés en 1521, hasta la inauguración en 1960 del más fabuloso sueño de urbe de que han sido capaces los americanos, la Brasilia de Oscar Niemeyer, la ciudad latinoamericana ha venido siendo básicamente un parto de la inteligencia, pues quedó inscrita en un ciclo de la cultura universal en que la ciudad fue el sueño de un orden.

Los mismos conquistadores que las fundaron percibieron progresivamente que se estaban apartando de la ciudad orgánica medieval en la que habían nacido y crecido para entrar en una nueva distribución del espacio. Debieron adaptarse a un proyecto racionalizado que encuadraba la vida de la comunidad con destino a un futuro planificado y soñado, impuesto por las exigencias colonizadoras, administrativas y militares. Al cruzar el Atlántico no solo habían pasado de un continente viejo a uno nuevo, sino que habían atravesado el muro del tiempo e ingresado al capitalismo expansivo y ecuménico. Aunque preparado por el espíritu renacentista, este modo de la cultura universal solo adquiriría su especificidad en las monarquías absolutas de los Estados Nacionales europeos, a cuyo servicio militante se plegaron las Iglesias, concentrando rígida y jerárquicamente la totalidad del poder. La ciudad fue su más preciado punto de inserción en la realidad y nos depuró un modelo urbano de secular duración: la ciudad barroca.<sup>1</sup>

Poco podía hacer este impulso para cambiar las urbes de Europa, por la sabida frustración del idealismo abstracto ante la concreta acumulación del pasado histórico, cuyo empecinamiento material refrena cualquier libre vuelo de la imaginación. En cambio dispuso de una oportunidad única en las tierras vírgenes de un enorme continente, cuyos valores fueron ignorados con antropológica ceguera aplicando el principio de "tabula rasa".<sup>2</sup> Permitía negar ingentes culturas -aunque ellas habrían de pervivir e infiltrarse en la cultura impuesta- y comenzar ex-nihilo el edificio de lo que se pensó era mera transposición del pasado, cuando en verdad fue la

realización del sueño que comenzaba a soñar una nueva época del mundo. América fue la primera realización material de este sueño.<sup>3</sup>

A pesar del adjetivo con que acompañaron el viejo nombre para designar las regiones conquistadas (Nueva España, Nueva Galicia, Nueva Granada, etc.) los españoles no reprodujeron el modelo de las ciudades de la metrópoli, sino que comenzaron a instaurar gradualmente, inexpertamente, un modelo ideal que la vastedad de la empresa y la concepción organizativa y sistemática que acarrea, concluyeron imponiendo parejamente. A través del neoplatonismo que sirvió de cauce cultural al empuje capitalista ibérico, fue recuperado el pensamiento ya expresado en *La República* revivida por el humanismo renacentista, y aun el casi mítico Hippodamos, padre griego de la ciudad ideal, sobre todo su "confianza en que los avances de la razón impondrían medida y orden en toda actividad humana", aunque, como percibió Lewis Mumford, "su verdadera innovación consistió en comprender que la forma de la ciudad era la forma de su orden social".<sup>4</sup> Su imposición desde el siglo XVI, en lo que llamamos la edad barroca (llamada época clásica por la crítica francesa), corresponde a ese momento crucial de la cultura de Occidente en que, como ha visto sagazmente Michel Foucault, las palabras comenzaron a separarse de las cosas y la triádica conjunción de unas y otras a través de la coyuntura cedió al binarismo de la *Logique* de Port Royal que teorizaría la independencia del orden de los signos.<sup>5</sup>

Dentro de ese cauce surgirán las ciudades ideales, regidas por la razón ordenadora: quedó testimoniada por un orden social jerárquico que se transpuso a un orden distributivo geométrico. No es la sociedad, sino su forma organizada la que es transpuesta, no a la ciudad, sino a su forma distributiva. El ejercicio del pensamiento analógico se disciplinaba para que funcionara válidamente entre entidades del mismo género. No vincula, pues, sociedad y ciudad, sino sus respectivas formas, y, para lograrlo, debe partir de un proyecto racional cuya concepción y ejecución exige la existencia de un punto de máxima concentración del poder, que ya es visiblemente temporal y humano aunque todavía se enmascara y legitime tras los absolutos celestiales.

La palabra clave de todo este sistema es la palabra orden (el/la) de especial uso en las tres mayores estructuras institucionalizadas, la Iglesia, el Ejército, la Administración, y de obligado manejo en cualquiera de los sistemas clasificatorios, historia natural, arquitectura, geometría, etc. de conformidad con las definiciones del término: "Colocación de las cosas en el lugar que les corresponde. Concierto, buena disposición de las cosas entre sí. Regla o modo que se observa para hacer las cosas".

Esta es la palabra obsesiva que utiliza el Rey (su gabinete letrado) en las instrucciones impartidas a Pedrarias Dávila en 1513 para la conquista de Tierra Firme que abrirá el proceso de colonización luego de la experiencia antillana. Si, como podía esperarse, ellas íntegramente colocan toda la colonización en dependencia absoluta de los intereses de la metrópoli, su séptimo punto establece el sistema rector de las ciudades que se habrán de fundar en el continente:

"Vistas las cosas que para los asientos de los lugares son necesas-

rias, e escogido el sitio más provechoso y en que incurren más de las cosas que para el pueblo son menester, habréis de repartir los solares del lugar para hacer las casas, y estos han de ser repartidos según las calidades de las personas e sean de comienzo dados por orden; por manera que hechos los solares, el pueblo parezca ordenado, así en el lugar que se dejare para plaza, como el lugar en que hubiera la iglesia, como en el orden que tuvieran las calles; porque en los lugares que de nuevo se hacen dando la orden en el comienzo sin ningún trabajo ni costa quedan ordenados e los otros jamás se ordenan".<sup>6</sup>

La traslación del orden a una realidad física, en el caso de la fundación de ciudades, implicaba el previo diseño urbanístico mediante los lenguajes simbólicos de la cultura, sujetos a una concepción racional que debía prever el futuro, que incluso era orientada, como el texto real dice, por el resultado que se obtendría en el futuro. La traslación fue facilitada por el vigoroso desarrollo alcanzado, en la época, por el sistema más abstracto de que eran capaces aquellos lenguajes: las matemáticas, con su aplicación en la geometría analítica, cuyos métodos habían sido extendidos por Descartes a todos los campos del conocimiento humano por entenderlos como los únicos válidos.

El resultado en América Latina fue el diseño en damero, que reprodujeron con o sin plano a la vista las ciudades barrocas y que se prolongó hasta prácticamente nuestros días. Pudo haber sido otra la conformación geométrica, sin que resultara afectada la norma buscada. De hecho, el modelo frecuente en el pensamiento renacentista<sup>7</sup> que derivó de la lección de Vitruvio, según lo exponen las obras de Leon Battista Alberti, Jacopo Barozzi Vignola, Antonio Arvelino Filarete, Andrea Palladio, etc., fue circular, aunque todavía más revelador del orden jerárquico que lo inspiraba; pues situaba al poder en el punto central y distribuía a su alrededor, en sucesivos círculos concéntricos, los diversos estratos sociales. Obedecía a los mismos principios reguladores del damero: unidad, planificación y orden riguroso que traducían una jerarquía social, mostrándose así que tanto uno como otro modelo no eran sino variaciones de una misma concepción, hija de la razón ordenadora, la que imponía que la planta urbana se diseñara "a cordel y regla" como dicen frecuentemente las instrucciones reales impartidas a los conquistadores. Tal como señalara Foucault, "lo que hace posible el conjunto de la episteme clásica es, desde luego la relación con un conocimiento del orden".<sup>8</sup> En el caso concreto de las ciudades, había sido introducido el principio del "planing". El iluminismo se encargaría de robustecerlo, como época confiada en las operaciones de la razón que fue, y en los tiempos contemporáneos alcanzaría rígida institucionalización, aunque también suficiente inquietud respecto a sus resultados como para promover la discusión acerca de sus consecuencias y sobre todo, de las filosofías en que se funda.<sup>9</sup>

Por lo tanto, más importante que la forma damero es el principio rector que asegura todo un régimen de transmisiones: de lo alto a lo bajo, de España a América, de la cabeza del poder -a través de la estructura social que él rige y busca imponer- a la conformación física de la ciudad pa-

ra que la distribución del espacio urbano asegure y conserve la forma social. Aun más importante es el principio postulado por el Rey de que, con anterioridad a toda realización, se debe proceder a pensar la ciudad, lo que permitiría evitar las irrupciones circunstanciales que podrían alterar las normas: el orden debe quedar estatuido antes de que la ciudad exista para así impedir todo posible futuro desorden, con lo que queda sugerida la peculiar capacidad de los signos para permanecer inalterables en el tiempo y seguir rigiendo la realidad cambiante de la vida dentro de sus rígidos encuadres.

Una ciudad, previamente a su aparición en la realidad física, debía existir en una representación simbólica que sólo podían asegurar los signos, o sea las palabras que traducían la voluntad de edificarla en aplicación de ciertas normas y, subsidiariamente, los diagramas gráficos que la diseñaban en los planos, aunque, con más frecuencia, en la imagen mental que de esos planos tenían los fundadores y que podían sufrir ocasionales correcciones derivadas del lugar o de prácticas inexpertas. Pensar la ciudad competía a los instrumentos simbólicos de la cultura que estaban adquiriendo la presta autonomía que los adecuaba mejor a las funciones exigidas por el poder absoluto. Aunque se siguió aplicando un ritual fundador impregnado de magia para asegurar la posesión del suelo, las ordenanzas reclamaron la participación de un script (en cualquiera de sus divergentes expresiones: un escribano, un escribiente, un escritor) para redactar una escritura. A esta se confería la alta misión que se reservó siempre a los escribanos, dar fe, una fe que procedía de la palabra escrita. Esta viviría en América Latina como la única valedera, en nítida oposición a la palabra hablada que pertenecía al reino de lo inseguro y lo precario. La escritura poseía rigidez y permanencia, un modo de autonomía que remediaba la eternidad, liberándose de las vicisitudes y metamorfosis de la historia, pero sobre todo consolidaba el orden, por su capacidad para expresarlo en el nivel cultural. Sobre ese primer discurso ordenado que proporcionaba la lengua, se articulaba un segundo que proporcionaba el diseño gráfico. Este superaba al primero porque eludía el plurisemantismo de la palabra y proporcionaba conjuntamente la cosa que representaba y la cosa representada, con una maravillosa independencia de la realidad que se trasluce en las descripciones epocales. De la fundación de Lima por Pizarro en 1535 (error que ha sido llamado la venganza del Inca) se nos dice que "fue asentada y trazada la ciudad conforme a la planta y dibujo que para ello se hizo en papel".

El plano ha sido desde siempre el mejor ejemplo de modelo cultural operativo. Tras su aparente registro de lo real, inserta el marco ideológico que valora y ordena esa realidad y autoriza plurales y libres modificaciones. Es el ejemplo al que recurre Clifford Geertz cuando busca definir a la ideología como un sistema cultural<sup>10</sup>; pero inicialmente así lo estableció la Logique de Port Royal en 1662 cuando, en la apertura de los tiempos modernos, debió establecer la diferencia entre "las ideas de las cosas y las ideas de los signos". También apeló al modelo privilegiado de

signos que son los mapas, los cuadros, (los planos), en los cuales la realidad resulta absorbida por la representación:

"Quand on considere un Objet en lui-même et dans son propre être, sans porter la vûe de l'esprit à ce qu'il peut représenter, l'idée qu'on en a est une idée de chose, comme l'idée de la terre, du soleil. Mais quand on ne regarde un certain objet que comme en représentant un autre, l'idée qu'on en a est une idée de signe, et ce premier objet s'appelle signe. C'est ainsi qu'on regarde d'ordinaire les cartes et les tableaux. Ainsi le signe enferme deux idées, l'une de la chose qui représente, l'autre de la chose représentée; et sa nature consiste à exciter la seconde para la première".<sup>11</sup>

Para sostener su argumentación, Arnauld debe presuponer una primera opción, que consiste en percibir al objeto en cuanto signo, típica operación intelectual que no tiene mejor fundamentación que el diagrama. En las máximas que extrae, debe lógicamente concluir que el signo ostenta una perennidad ajena a la cosa. Mientras el signo exista está asegurada su permanencia aunque la cosa que represente pueda haber sido destruida, con lo cual queda asumida la inalterabilidad del universo de los signos.

"L'on peut conclure que la nature du signe consistant à exciter dans les sens par l'idée de la chose figurante celle de la chose figurée, tant que cet effet subsiste, c'est-à-dire tant que cette double idée est excitée, le signe subsiste, quand même cette chose seroit détruite en sa propre nature".<sup>12</sup>

Son estas las condiciones operativas necesarias para autorizar una inversión del proceso: en vez de representar la cosa ya existente mediante signos, estos se encargan de representar el sueño de la cosa, tan ardientemente deseada en esta época de utopías, abriendo el camino a la futura que gobernaría los tiempos modernos y alcanzaría una apoteosis casi delirante en la contemporaneidad. Es el sueño de un orden que sirve para perpetuar el poder y la estructura socio-económica y cultural que el poder garantiza.

Para el caso de las ciudades americanas, ellas fueron remitidas desde los orígenes a una doble vida. La que corresponde al orden físico y que por ser sensible, material, está sometido a los vaivenes de construcción y destrucción, de instauración y renovación, y, sobre todo, a los impulsos de la invención circunstancial de individuos o grupos, según su momento y situación. Por encima de esa vida está la que corresponde al orden de los signos que operan en el nivel simbólico, desde antes de cualquier realización, y también durante y después, pues disponen de una inalterabilidad a la que poco conciernen los avatares materiales. Antes de ser una realidad de calles, casas y plazas, las que sólo pueden existir y aun así gradualmente, a lo largo del tiempo histórico, las ciudades emergían ya completas por un parto de la inteligencia en las normas que las teorizaban, en las actas fundacionales que las estatúan, en los planos que las diseñaban idealmente, con esa fatal regularidad que acecha a los sueños de la razón y que depararía en América Latina un principio que ya ensalzaba Thomas



More en su *Utopía* (1516): "He who knows one of the cities, will know them all, so exactly alike are they, except where the nature of the grounds prevents".

De los sueños de los arquitectos (Alberti, Filarete, Vitruvio) o de los utopistas (More, Campanella) poco encarnó en la realidad, pero en cambio fortificó el orden de los signos, su capacidad rectora, cuando fue asumido por el poder absoluto como el instrumento apropiado para la conducción jerárquica de un dominio expandido desmesuradamente. Aunque se trató de una circunscrita y epocal forma de cultura, su influencia desbordaría esos límites por algunas peculiaridades de su funcionamiento: el orden de los signos imprimió su potencialidad sobre lo real fijando marcas si no perennes al menos tan vigorosas como para que todavía hoy subsistan; más raíglamente, en trance de agotamiento de su mensaje, demostró asombrosa capacidad para rearticular uno nuevo, sin por eso abandonar su primacía jerárquica y aun robusteciéndola en otras circunstancias históricas. Esta potencia, que corresponde a la libertad y futurización de sus operaciones, se complementó con otra simétrica que consistió en la evaporación del pasado: los siglos XV-XVI, lejos de efectuar un renacimiento del clasicismo, lo abolieron definitivamente mediante su transposición al universo de las formas. Al incorporarlo al orden de los signos establecieron el primer esplendoroso modelo cultural operativo de la modernidad, preanunciando la mucho más vasta transustanciación del pasado que efectuó el historicismo de los siglos XVIII-XIX. La palingenesia renacentista facilitó la expansión de Europa y la decuplicó la palingenesia iluminista que propició la dominación universal. Su primera aplicación sistemática instrumentada por la monarquía absoluta (la tiara y el trono reunidos) se hizo en el continente americano, donde ejerció sus rígidos principios: abstracción, racionalización, sistematización, en oposición a particularidad, imaginación, invención espontánea.

De todo el continente, fue en el segmento que después se llamaría latino, donde se intensificó la función prioritaria de lo que se denominó el Espíritu. Fue una voluntad que desdeñaba las constricciones objetivas de la realidad y asumía un puesto superior y autolegitimado, merced al cual diseñaba un proyecto al cual debía plegarse la realidad. Tal concepción no surgió, obviamente, de la necesidad de construir ciudades, aunque éstas fueron sus engarces privilegiados. Respondieron a aplicaciones concretas de un marco general, la cultura barroca, que infiltró la totalidad de la vida social y tuvo culminante expresión en la Monarquía española.

A estos rasgos deben agregarse las sorprendentes características de la conquista de Tierra Firme, "reperée, explorée et grossièrement saisie au cours des trois premières décennies du XVI<sup>e</sup> siècle à un rythme insensé, jamais égalé".<sup>13</sup> En las antípodas del criterio de una *frontier* progresiva, el cual regiría la colonización de los Estados Unidos<sup>14</sup> y la primera época de la conquista del Brasil por los portugueses, la conquista española fue una frenética cabalgata por un continente inmenso, atravesando ríos selvas, montañas, de un espacio cercano a los ocho mil kilómetros, dejando a su paso una rínglera de ciudades, prácticamente incomunicadas y ais-

ladas en el inmenso vacío americano que sólo recorrían aterradas poblaciones indígenas, a modo de postas militares que serían después las poleas de transmisión del orden imperial. De la fundación de Panamá por Pedrarias Dávila (1519) a la Concepción en el extremo sur chileno por Valdivia (1550) pasaron efectivamente sólo treinta años. Para esa última fecha ya estaban funcionando los Virreinos de México y el Perú, bajo la conducción de quienes "debían preservar en el Nuevo Mundo el carácter carismático de la autoridad, el cual está basado en la creencia de que los reyes lo eran por la gracia de Dios".<sup>15</sup>

Más que una fabulosa conquista, quedó certificado el triunfo de las ciudades sobre un inmenso y desconocido territorio, reiterando la concepción griega que oponía la polis civilizada a la barbarie de los no urbanizados.<sup>16</sup> Trescientos años después, ya en la época de los nuevos Estados independientes, Sarmiento seguía hablando en su *Facundo* (1845) de la oposición de las ciudades, vistas como focos civilizadores, y los campos engendradores de la barbarie. Vio a la ciudad como el adecuado receptáculo para transmitir la influencia de las fuentes culturales europeas (aunque ahora hubieran pasado de Madrid a París) y para realizar a partir de ellas el futuro civilizado. Este sólo sería posible mediante el sometimiento del vasto *hinterland* salvaje donde la ciudad había crecido solitaria, imponiéndole sus privativas normas. La primera de ellas era, en el obsesivo pesimismo sarmientino, la educación letrada. Vivió para verlo y ejecutarlo.

Las ciudades de la desenfrenada conquista no fueron meras factorías. Eran ciudades para quedarse y por lo tanto focos de progresiva colonización. Por largo tiempo, sin embargo, no pudieron ser otra cosa que fuertes, más defensivos que ofensivos, recintos amurallados dentro de los cuales se destilaba el espíritu de la polis y se ideologizaba sin tasa el superior destino civilizador. No fue infrecuente que los textos las transpusieran "a lo divino", como hizo en el México de fines del siglo XVI el presbítero Fernán González de Eslava en sus *Coloquios espirituales y sacramentales*: los siete fuertes que religaban ciudad México con las minas de Zacatecas, se transformaron en nada menos que los siete sacramentos.

Aunque aisladas dentro de la inmensidad espacial y cultural, ajena y hostil, a las ciudades competía dominar y civilizar su contorno, lo que se llamó primero "evangelizar" y después "educar". Para esos fines, fueron asiento de Virreyes, Gobernadores, Audiencias, Arzobispados, Universidades, y aun Tribunales inquisitoriales, antes que lo fueran, tras la independencia, de Presidentes, Congresos, siempre Universidades y siempre Tribunales. Las instituciones fueron los obligados instrumentos para fijar el orden y para conservarlo, sobre todo desde que entran en circulación en el siglo XVIII (Corominas) dos palabras derivadas de orden: subordinar e insubordinar.

## 2. La ciudad letrada.

Para llevar adelante el sistema jerárquico y rígido de la monarquía absoluta y para cumplir su misión civilizadora, resultó indispensable que

las ciudades dispusieran de un grupo social especializado al cual encomendar esos cometidos. Fue también indispensable que ese grupo estuviera imbuido de la conciencia de ejercer un alto ministerio que lo equiparaba a una clase sacerdotal. Si no el absoluto metafísico, le competía el subsidiario absoluto que ordenaba el universo de los signos. Ambas esferas coincidieron por largo tiempo y el equipo contó entre sus filas, por siglos, a importantes sectores eclesiásticos, antes que la laicización que comienza su acción en el siglo XVIII los reemplazara progresivamente por intelectuales civiles, profesionales en su mayoría. Les cabía la representación de la realidad en los lenguajes simbólicos, en el momento en que esa representación era absorbida por los lenguajes dentro de los cuales se articulaba independientemente y ellos entraban al disciplinado servicio del poder absoluto que reinstauraba, contradictoriamente con los hechos un pensamiento conservador, arcaico. Tal como en el caso concreto de las ciudades, el sistema de precedencias se invirtió: respondió a un neo-platonismo o a un cristianismo platonizado para el cual la realidad era encarnación de la idea que respondía a los absolutos previos a toda creación. El espíritu flotaba sobre las aguas antes de comenzar su tarea organizativa y distributiva.

La ciudad bastión, la ciudad fortificada, la ciudad pionera de las fronteras civilizadoras, la ciudad administrativa -fundamentalmente- que fija la norma de la ciudad barroca, constituyeron la parte material, visible y sensible, dentro de la cual se organizaba la vida de la comunidad, pero dentro de esas ciudades siempre hubo otra, no menos amurallada ni menos sino más agresiva y redentorista, que la rigió e impulsó: es lo que creo que debemos llamar la ciudad letrada, porque su acción se cumplió en el prioritario orden de los signos y porque su implícita cualidad sacerdotal contribuyó a dotarlos de carácter sagrado, liberándolos de cualquier servidumbre con las circunstancias. Los signos eran obra del espíritu y los espíritus se hablan entre sí gracias a ellos. Obviamente, se trataba de funciones culturales de las estructuras de poder, cuyas bases reales podríamos elucidar, pero así no fueron concebidas ni percibidas, ni así fueron vividas por sus integrantes.

La ciudad letrada, ese conjunto de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y demás servidores intelectuales que manejan la escritura, tuvo en América Latina desde los orígenes una dimensión desmesurada dentro de la totalidad ciudadana, la que subrepticamente ha seguido conservando a través de la posterior laicización modernizadora. No fue desmesurada respecto al número de habitantes, sino al reducidísimo de los alfabetizados y respecto a la jerarquización social de sus ejercitantes, colocados en lo alto de la pirámide, rodeando al poder. Se ha atribuido la poquedad de la literatura colonial al reducido número de ejercitantes cuando se lo pudo atribuir llanamente al espíritu colonizado, pues todos los registros hablan de números altísimos (los trescientos poetas que según Balbuena concurren al certamen de fines del siglo XVI en el que él fue distinguido, o los que recogió un siglo después Siguénza y Góngora en el Triunfo parténico) que no guardan relación con los po-

tenciales consumidores. Los productores y consumidores fueron los mismos, dentro de un circuito cerrado doblemente, porque volvía sobre sí mismo, naciendo del poder virreinal y retornando laudatoriamente a él. Esa producción fue ocio remunerado, y puede vincularse al despilfarro suntuario que caracterizó a las cortes coloniales, contra el cual la Corona acumuló edictos cuya repetición muestra que fueron letra vana. Contrariamente a la leyenda construida por los criollos resentidos, la absorción de una parte considerable de la riqueza por el sector dirigente, dentro del cual los criollos ocuparon un puesto alto que sin embargo estimaron marginal, permitió condiciones de vida superiores a las de la metrópoli, de las que no solo participaron los ricos hacendados o comerciantes sino asimismo el grupo letrado. Fue la "incomportable quimera" de vivir del trabajo de indios y esclavos que denunciara el padre Mendieta<sup>17</sup> cuando creció pavorosamente la mortandad indígena que eufemísticamente designamos como la "catástrofe demográfica" del siglo XVI: al finalizar solo tenía un millón de los 10 a 25 (según las estimaciones) con que contaba México al iniciarse la conquista. Sobre ese trabajo no solo se edificaron iglesias y conventos por doquier sino también la holgura del grupo letrado.

Varias causas contribuyeron al poder de la ciudad letrada. Las dos más visibles fueron las exigencias de una vasta administración colonial y las de la evangelización de una población millonaria. Eso exigió un número muy elevado de letrados que tendieron a concentrarse en los reductos urbanos. A eso debe agregarse que, como ha estudiado Maravall<sup>18</sup>, la época barroca es la primera en la historia europea que debe atender a la vigorosa ideologización de muchedumbres apelando a formas masivas para transmitir su mensaje conservador, lo que hará con puntillismo programático. Se ha discutido sobre la real aplicación de las disposiciones del Concilio de Trento<sup>19</sup> pero eso no desmereció el esplendor de la "fiesta barroca" ni la militancia propagandística de la Corona y de la Tiara a través de organizados equipos (la creación de la Sociedad de Jesús) en el clima beligerante de la Contrarreforma. Por último debe reconocerse que la fuerza operativa del grupo letrado, encargado de llevar un mensaje persuasivo a vastísimos públicos analfabetos, no tenía ejemplo en la historia europea y solo encontraría rival, ya en el siglo XX, con la industria cultural masiva. De estas plurales causas proviene la importancia que adquiere en la Colonia este cogollo urbano que es la ciudad letrada, al que competen relevantes funciones, indispensables para el proyecto colonizador de la monarquía absoluta. Mediante una reinterpretación romántica se ha puesto demasiado el acento en las trivialidades y secreteos de la vida cortesana colonial, sin rendir justicia a la capital función social de los intelectuales, desde el púlpito, la cátedra, la administración o el teatro público, para enmarcar y dirigir a las sociedades coloniales. Sin contar que los poetas son solo una pequeña parte del conjunto letrado y que además la función poética (o al menos versificadora) era solo una entre las múltiples que cumplían los letrados, en un momento en que lo primordial y distintivo era el ejercicio de la letra, y no los variados géneros que todos usaban indistintamente.

La potencia del grupo letrado barroco puede medirse asimismo por su extraordinaria pervivencia. Ya constituido en el manierismo que irrumpe en el último tercio del siglo XVI en la Nueva España, sigue rozagante en las vísperas de la revolución de Independencia (1810). De la escuela neoclásica dice Henríquez Ureña que "muy contadas son las muestras de su influencia antes del fin de la era colonial"<sup>20</sup> y por su parte Picón Salas llega a pensar que el barroco se ha prolongado hasta nuestros días: "A pesar de casi dos siglos de enciclopedismo y de crítica moderna, los hispanoamericanos no nos evadimos enteramente aún del laberinto barroco"<sup>21</sup> decía en 1944. Un novelista, Alejo Carpentier, ha llegado a proponer al estilo barroco como la forma que representaría toda la historia artística del continente.<sup>22</sup> Creo que tales percepciones apuntan a otra cosa: al poder perviviente de la ciudad letrada más allá de la Independencia y al obligado epigonalismo que se genera en sus integrantes, religándolos al origen, cuando una determinada conformación del grupo intelectual se conserva por tanto tiempo sin modificación.

Aún más importante que el elevado número de integrantes de la ciudad letrada, de los recursos de que dispusieron, de la preeminencia pública que alcanzaron y de las funciones sociales que cumplieron, fue una capacidad interior para institucionalizarse en torno a sus funciones específicas (dueños de la letra) procurando volverse un poder, dentro de las instituciones del poder a que pertenecieron: Audiencias, Capítulos, Seminarios, Colegios, Universidades. Otra demostración de ese margen de autonomía de los miembros del equipo intelectual que Karl Mannheim detectara tempranamente y que más recientemente le sirviera a Alvin Gouldner<sup>23</sup> para examinar su poder en la sociedad contemporánea. Con demasiada frecuencia, en las perspectivas analíticas marxistas, se los ha visto como meros ejecutantes de los mandatos de las instituciones (cuando no de las clases) que los emplean, perdiendo de vista su peculiar actividad de productores (conciencias que elaboran mensajes) y, sobre todo, su especificidad como constructores de modelos culturales, lo que tiene que ver con la elaboración de ideologías destinadas al público. Nos inclinamos a ver una relación más fluida y compleja entre las instituciones (o clases) y sus integrantes intelectuales, porque aun como servidores del poder son puestos en inmediato contacto con el forzoso principio institucionalizador que caracteriza a cualquier poder, siendo por lo tanto quienes mejor conocen sus mecanismos, quienes mejor pueden aprender la conveniencia de otra institucionalización, la del restringido grupo que ejerce funciones intelectuales propias. Si no fuera bastante con la conciencia de que son dueños de un poder propio (intelectual, imaginativo, exegético) contarían con la serena experiencia de su inserción en los engranajes del poder político-social.

Es curioso que hayan sido los intelectuales (escritores) quienes, en los siglos XIX y XX, aun antes de los conocidos análisis de Max Weber sobre la burocracia, fueron más perceptivos respecto a esta capacidad de agruparse e institucionalizarse que demostraron los burócratas que componían el sistema administrativo del Estado. En el caso de México, las

críticas a este sector considerado parásito, arrecian a lo largo de la modernización porfirista. Justo Sierra llega a decir que "la industria mexicana por excelencia es la que se designa con una palabra definitivamente aclimatada en los vocabularios hispanoamericanos: la burocracia"<sup>24</sup> y en una de sus sarcásticas novelas, Mariano Azuela se consagra a demostrar que esa burocracia es capaz de sobrevivir al cataclismo revolucionario, volviendo a insertarse en la estructura del nuevo Estado. Por esta capacidad de pervivencia los llama "las moscas". Dado que la burocracia constituye parcialmente la ciudad letrada, estas críticas provenientes de los intelectuales que, cuando las formularon, no integraban el poder, pueden asimilarse a las de los criollos de la época colonial contra los españoles que ocupaban el centro del poder.

Varios componentes contribuyen a esta supremacía. En primer término, conforman un grupo restringido y drásticamente urbano. Sólo es posible dentro de la estructura ciudadana que es su natural habitat y con ella se consustancian como sólo pudo hacerlo, además, el grupo mercantil. En la visión jubilosa de la ciudad que ofreció Bernardo de Balbuena en el México de 1604, ambos sectores se encuentran vinculados en el mismo verso: "letras, virtudes, variedad de oficios". Al desarrollar su contenido en la capítulo IV de la Grandeza mexicana, establece la oposición entre campo y ciudad con el triunfo de ésta, "si desea vivir y no ser mudo / tratar con sabios que es tratar con gentes / fuera del campo torpe y pueblo rudo". Aun más influyente es el puesto que ocupa el grupo en la intermediación, por el manejo de los instrumentos de la comunicación social y porque mediante ellos desarrolla la ideologización destinada al público, tal como en 1680 protagonizaron los dos mayores intelectuales de Nueva España, Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos Sigüenza y Góngora, al edificar los respectivos arcos triunfales para recibir al nuevo virrey, Marqués de la Laguna y Conde de Paredes, una con el Neptuno alegórico, Océano de colores, Simulacro político, y otro con el Teatro de virtudes políticas. Pero la mayor razón de su supremacía se debió a que sus miembros, fueron los únicos ejercitantes de la letra en un medio desgarnecido de letras, los dueños de la escritura en una sociedad analfabeta y porque coherentemente procedieron a sacralizarla dentro de la tendencia gramatológica constituyente de la cultura europea, la cual se constituiría, en territorios americanos, en una suerte de religión secundaria, por lo tanto pertrechada para poder ocupar el lugar de las religiones cuando éstas comenzaran su declinación en el siglo XIX independiente, época en que la consigna universal fue la de "la religión del arte".

Aún más que la letra, fueron todos los símbolos cultos los que resultaron conjugados para fundar una escritura autónoma. El discurso barroco no se limita a las palabras, sino que las integra con los emblemas, jeroglíficos, empresas, apólogos, cifras, para tejer un continuo cuyas lanzaderas son las operaciones de la tropología que sin cesar reduplican el sistema simbólico mediante transposición a símbolos de su materia, la cual ya está hecha de palabras y de dibujos. Tal empeño busca constituir un sistema independiente, abstracto y racionalizado, que articula autónomamente

te sus componentes, abasteciéndose en la tradición interna de la escritura y del signo. Una vez constituido se impone sobre lo real como una red que confiere significación, a veces incluso existencia. La evolución de este sistema simbólico ha sido impetuosa a través del tiempo y parece haber alcanzado en nuestra época su apoteosis en una urdimbre de señales, índices, diagramas, siglas, logotipos, imágenes convencionales, números, etc., que remedan lenguajes y aun procuran alcanzar la doble articulación de la lengua. Ya solo responden vagamente a los datos particulares, concretos, que pudieron haberle dado nacimiento, puesto que se han desarrollado independientemente como significaciones que establecen por su cuenta los significantes que necesitan y los ponen a su servicio. Con estos elementos ordenan el mundo físico, normativizando la vida de la comunidad y oponiéndose al desperdigamiento y al particularismo de la invención particular y sensible de sus integrantes. Esta red es producto de la inteligencia razonante, de su concepción de la leyes y el orden, y por lo tanto testimonio la tarea de la ciudad letrada.

Estas tareas pueden reencontrarse en múltiples aspectos de la vida social pero para el caso concreto de las ciudades, nada las ilustra mejor que la evolución del sistema simbólico del nomenclator urbano. A la primera época en que está regido por nombres particulares de sitios o calles que han nacido de objetos que se encuentran en su inmediata contigüidad (Monjitas para la calle donde está el convento de monjas) se sustituye una segunda en que se coordina un nombre particular que ya no pertenece a un desplazamiento metonímico sino a una imposición honorífica (calle Rivadavia, por el presidente argentino, o incluso una fecha, 18 de Julio, por la declaración de la independencia uruguaya) con una doble serie numérica, pares e impares, para ubicar las casas. En un tercer paso se impondrán rígidamente los números mediante articulación de series.

Se podría decir que si el casco urbano de Caracas sigue conservando tesoneramente un nomenclator en que son las esquinas, y no las calles, las que tienen nombre que recuperan muchas veces referencias históricas concretas y contiguas (se va de Misericordia a Velázquez, de Coliseo a Corazón de Jesús) y entre una y otra se ubica la dirección mediante también un nombre aplicado a un edificio (Quinta Anamar, Edificio Camoruso, Residencia El Trébol), mientras que en Bogotá se ha impuesto un nomenclator numérico aun más preciso y rígido que el de Manhattan (25/ 3-70, 13/ 69-31, 93/ 13-A-10), la explicación de estos diferentes comportamientos hay que ir a buscarla en el grado de dominación que ejerce la ciudad letrada en cada una de las ciudades: mucho más poderosa y articulada en el caso colombiano que en el venezolano, que por ser una sociedad sacudida por fuerzas democráticas y antijerárquicas dificulta frecuentemente la acción racionalizadora y ordenadora de su élite intelectual.

Es éste solo un ejemplo de múltiples comportamientos asociativos y disociativos que se registran entre la ciudad real y la ciudad letrada y nos permite visualizar dos entidades diferentes que, como el signo lingüístico están unidas, más que arbitrariamente, forzosa y obligadamente. Una no puede existir sin la otra, pero sus naturalezas y funciones son diferen-

tes como lo son los componentes del signo lingüístico. Mientras que la ciudad letrada actúa preferentemente en el campo de las significaciones y aun las autonomiza, la ciudad real trabaja más cómodamente en el campo de los significantes y aun los segrega de los encadenamientos lógico-gramaticales. En el bello libro de Italo Calvino, *Le città invisibili*, Marco Polo le cuenta a Kublai Kan cómo es la ciudad de Tamara, donde "L'occhio non vede cose ma figure di cose chi significano altre cose", "lo sguardo percorre le vie come pagine scritte: la città dice tutto quello che deve pensare, ti fa ripetere il suo discorso, e mentre credi di visitare Tamara non fai che registrare i nomi con cui essa definisce se stessa e tutte le sue parti".<sup>25</sup>

No solo Tamara, toda ciudad puede parecernos un discurso que articula plurales signos-bifrontes de acuerdo a leyes que remedan las gramaticales, pero las hay donde la tensión de las partes se ha agudizado. Las ciudades despliegan suntuosamente un lenguaje mediante dos redes diferentes y superpuestas: la física que el visitante común recorre hasta perderse en su multiplicidad y fragmentación, y la simbólica que la ordena y la interpreta, aunque solo para los espíritus afines, capaces de leer como significaciones los que no son nada más que significantes sensibles para los demás, y merced a esa lectura, reconstruir el orden. Hay una laberinto de las calles y un laberinto de los signos.

Este último solo puede escribirlo la ciudad letrada y solo ella es capaz de concebir, como pura especulación, la ciudad ideal, proyectarla antes de su existencia, conservarla a pesar de su ejecución material y hacerla pervivir, aun en pugna con las modificaciones sensibles que introduce el común.

### 3. La ciudad escrituraria.

La ciudad letrada reposa sobre el orden de los signos, cuya propiedad es organizarse según leyes, clasificaciones, distribuciones y jerarquías y por eso se articula armoniosamente con el orden del poder, sirviéndolo mediante leyes, reglamentos, proclamas, cédulas, propaganda. El orden de los signos alcanzó su mayor precisión y rigidez en la escritura que fingía una intemporalidad y una majestad que reproducían las del poder, por lo cual la ciudad letrada fue una ciudad escrituraria, reservada a una estricta minoría que custodiaba al representante del propio Rey.

Su comportamiento educativo se plegó a este principio rector. Desde 1538 se contó con una Universidad en Santo Domingo y antes de que concluyera el siglo ya se las había fundado en México, Lima, Bogotá, Quito y Cuzco, atención por la educación superior de los letrados que no tuvo ningún equivalente en el desarrollo de escuelas de primeras letras. Hasta mediados del siglo XVIII le estuvo prohibida a los fieles la lectura de la Biblia, que solo quedó reservada a la clase sacerdotal. Para medir la singularidad de estos comportamientos basta un cotejo con el desarrollo de la educación y de la lectura familiar de la Biblia en la zona de colonización inglesa.

La reverencia por la escritura se fraguó en este cauce: la letra fue



fue siempre acatada, aunque no se la cumpliera, tanto con las cédulas reales durante la Colonia como con las constituciones durante la República. De dos distintas fuentes parecían manar los escritos y la realidad social. De ahí un secular desencuentro entre la minuciosidad prescriptiva de los escritos y la anárquica e incontaminada confusión de la sociedad sobre la que ellos legislaban. Tal desencuentro no disminuía en nada el poder coercitivo de los escritos que impartían instrucciones para que a ellas se plegaran vidas y haciendas. Dentro de la abigarrada acumulación de escritos, nada lo manifestó con más plenitud que la producción de escribientes y escribanos, que gozaron de un status social superior al de los escritores. Por las manos de la burocracia escribiente pasaron los documentos que instauraban el poder, desde las prebendas y concesiones virreinales hasta las emisiones de la deuda pública en la República, lo que fortaleció la primacía de este casi estamento. En la Colonia y en la República fueron los escribanos, hacedores de contratos y de testamentos, quienes dispusieron de la llave que guardaba y trasmitía la legitimidad de la propiedad, cuando no la creaba. Los escribanos fueron los tradicionales guardianes de la letra, ocupando su gris pináculo. Los seguían los escribientes y solo después los doctores, incluyendo indistintamente a los abogados y a los médicos. Aun en el siglo XIX, en la Facultad de Medicina de Bahía, "a Medicina científica propriamente dita se viu, por vèze, em situação de estudo ou de culto quase ancilar do da Literatura clássica; do da Oratória; do da Retórica; do da elegância de dizer; do da correção no escrever; do da pureza no falar; do da graça no debater questões no escrever do da pureza no falar; do da graça no debater questões as vèzes mais de Gramática que de Fisiologia".<sup>26</sup>

Este encumbramiento de la escritura consolidó la diglosia<sup>27</sup> característica de la sociedad colonial y, posteriormente, la independiente. En ambas quedaron nítidamente separadas dos lenguas: la pública y de aparato que resultó fuertemente impregnada por la norma cortesana procedente de la península, la cual fue extremada sin tasa y sirvió para la oratoria religiosa, las ceremonias civiles, las relaciones de los miembros de la ciudad letrada; y la popular y cotidiana utilizada por los hispano y lusohablantes ajenos a ese círculo, de la cual nuestra mayor información procede de las diatribas de los letrados. En efecto, el habla cortesana se opuso desde siempre a la algarabía, la informalidad, la torpeza y también invención incesante del habla popular, cuya libertad identificó con corrupción, ignorancia, barbarismo. Era ésta la lengua del común que, en la división casi estamental de la sociedad colonial, correspondía a la llamada plebe, la que fue asociada a un sector desclasado, ya se tratara de léperos mexicanos como de monotoneras gauchas rioplatenses. Con esta plebe la ciudad letrada compartía, al menos, la misma lengua, pero no puede comprenderse la desesperada adhesión letrada a la norma cortesana peninsular y, sobre ésta, la edificación de una rigurosa norma escrituraria, si no se visualiza su situación minoritaria y su posición defensiva en un medio hostil.

La ciudad letrada estaba rodeada de dos anillos lingüística y socialmente enemigos, a los que pertenecía la inmensa mayoría de la pobla-

ción: estaba primero el anillo urbano con la plebe en que se sumaban criollos, ibéricos desclasados, extranjeros, libertos, mulatos, zambos, mestizos y todas las variadas castas derivadas de cruces étnicos que no se identificaban ni con los indios ni con los esclavos negros, que fue donde se procedió a la elaboración libre del español y el portugués americanos; rodeándolo había otro anillo aún más vasto, que aunque ocupaba los suburbios (los barrios indígenas de ciudad México) se extendía más allá, por la inmensidad de los campos, donde se utilizaban lenguas indígenas o africanas, conformando un mundo extranjero. Si hubo una demanda reiterada al rey de España, siempre resistida por las órdenes religiosas pero impuesta desde el siglo XVIII reformista, fue la de que se obligara a los indios a hablar español. Si la propiedad de tierras o encomiendas de indios garantizaba económicamente ese nivel elevado en que no había que vivir de las manos, su rúbrica cultural derivaba del uso de la lengua, que se procuró fuera el más cercano a la norma peninsular.<sup>28</sup>

Más importante que la tan citada frase «la lengua es la compañera del Imperio» que celebrara la Gramática sobre la lengua castellana (1492) de Nebrija, primera de una lengua romance, fue la conciencia que tuvo la ciudad letrada de que se definía a sí misma por el manejo de esa lengua minoritaria y que defenderla y acrisolarla era su misión primera, único recurso para mantener abierto el canal que la religaba a la metrópoli que respaldaba su poder. Todas las formas de la cortesía que entonces se desplegaron y que hasta hoy se estiman peculiares de la cultura tradicional hispánica en América, son traslados de la lengua de corte madrileña, introducidos originariamente por el manierismo desde fines del siglo XVI. De la misma fuente defensiva y letrada procede el robusto purismo idiomático que ha sido la obsesión del continente a lo largo de toda su historia y que provocó el mismo desencuentro del corpus legal entre los textos escritos y la realidad cultural de la sociedad. Los lingüistas concuerdan en que ya para la época de la emancipación había desaparecido del habla, no solo popular sino también culta, la segunda persona del plural, suplantada por la tercera bajo el pronombre jerárquico ustedes.<sup>29</sup> Sin embargo, aún en su última proclama, Simón Bolívar dice en 1830: "Habéis presenciado mis esfuerzos..." y en las escuelas de todos los países hispanoamericanos en 1982 los niños aprenden en las rutinarias tablas de conjugación un "vosotros amáis" que ni utilizan en su habla corriente, ni ya en sus mismos escritos.

Aún más significativo que el purismo, que entró a declinar desde la modernización de fines del siglo XIX sin que ni aún hoy se haya extinguido, es otro mecanismo, que tiene la misma procedencia la utilización constante de dos códigos lexicales diferentes que origina un sistema de equivalencias por la vía semántica. Podemos incluir este mecanismo dentro de las plurales formas del colonialismo, pero es en la lengua donde visiblemente hace del letrado un traductor, obligándolo a apelar a un metalinguaje para hacer la reconversión de un código inferior a uno superior. En la carta que Carlos Sigüenza y Góngora remitió al almirante Pez, entonces en España, para explicar la rebelión popular en la Nueva España,

que conocemos bajo el título que le dio Irving Leonard, "Alboroto y motín de México del 8 de junio de 1692", encontramos estos ejercicios de traducción: muchos elotes (son las mazorcas de maíz que aún no está maduro)", "zaramillos (que es lo mismo que pícaros, chulos y arrebatacas)".<sup>30</sup> Trátese de un mexicanismo o un vulgarismo, el autor es consciente de la necesidad de una reconversión explicativa en la medida en que se dirige a un receptor de allende el océano. No es distinta la razón por la cual, dos siglos después, las novelas costumbristas y regionalistas apelan al uso de "glosarios" lexicales. Y aun es la misma que cincuenta años después usa el novelista Alejo Carpentier para explicar por qué la lengua literaria americana debe ser barroca: "La palabra pino basta para mostrar el pino; la palabra palmera basta para definir, mostrar, la palmera. Pero la palabra ceiba -nombre de un árbol americano al que los negros cubanos llaman 'la madre de los árboles'- no basta para que las gentes de otras latitudes vean el aspecto de columna rostral de ese árbol gigantesco".<sup>31</sup> Extrae como conclusión que el escritor, mediante adjetivos o metáforas, debe dar a conocer ese objeto americano a quienes lo desconocen, con lo cual la prosa detallista a que debe apelar resultará "forzosamente barroca". Al absorber el metalenguaje explicativo en el lenguaje narrativo sigue reconociendo su traza y sigue certificando, en pleno siglo XX, la conciencia del letrado de que está desterrado en la frontera de una civilización cuyo epicentro animador (cuyo lector también) está en las metrópolis europeas.

Hay aún otra forma más sutil que manifiesta el imperio de la escritura. Todo intento de rebatirla, de desafiarla, de vencer su imposición, pasa obligadamente por la vía de la escritura, hasta el punto que podría decirse que ella absorbe la libertad humana. Así parece comprobarlo la historia de los "grafitti" en la América Latina. Por la pared en que se inscribe, por su frecuente anonimato, por sus habituales faltas ortográficas, por el mensaje que transmiten, atestiguan autores marginados de las vías letradas, muchas veces ajenos al cultivo de la misma escritura, habitualmente protestatarios desesperados. Tres ejemplos, en el siglo XVI, el XVIII y el XX, dan prueba de su persistencia y sus embates. El reparto del botín de ciudad México dio lugar a un escándalo por los ácidos reclamos de los capitanes españoles que se consideraron burlados: "Y como Cortés estaba en Coyoacán y posaba en unos palacios que tenían blanqueadas y encaladas las paredes, donde buenamente se podía escribir en ellas con carbones y otras tintas, amanecían cada mañana escritos muchos motes, algunos en prosa y otras en metro, algo maliciosos, y aún decían palabras que no son para poner en esta relación".<sup>32</sup> Sobre la misma pared de su casa Cortés los iba contestando en verso hasta que, encolerizado por las insistentes réplicas, escribió: "Pared blanca, papel de necios", fijando así una jerarquía de la escritura que condenaba el uso de muros para esos fines. Simplemente estaba certificando la clandestinidad del "grafitti", su depredatoria apropiación de la escritura, su ilegalidad atentatoria del poder que rige a la sociedad. Con no menor reprobación contempla dos siglos después el inspector de correos Alonso Carrió de la Vandera los "grafitti"

que cubren las paredes de las posadas del Alto Perú, obra de "hombres de baja esfera": "Además de las deshonestidades que con carbones imprimen en las paredes, no hay mesa ni banca que no esté esculpido el apellido y nombre a golpe de fierro de estos necios".<sup>33</sup> En el viaje de Buenos Aires a Lima que cuenta *El lazarillo de ciegos caminantes* (1773) se consignan abundantemente los productos de una cultura oral (los cantos toscos de los gauderios) que libremente había nacido en los campos y que aquí se la ve incorporarse a la escritura en esas dos manifestaciones que seguramente venían de antes y que se prolongarían hasta el presente: el registro de una reprimida sexualidad que habría de encontrar en las paredes de las letrinas su lugar y papel preferidos y el registro del nombre en caracteres indelebles (tallados a cuchillo) para alcanzar existencia y permanencia. Dos siglos después todos fuimos testigos de la invasión de "grafitti" políticos sobre los muros de las ciudades latinoamericanas que obligaron a las fuerzas represivas a transformarse en enjalbegadores. También aquí el afán de libertad pasaba a través de la escritura clandestina que desafiaba al poder y obligaba a éste a restringir el uso de la escritura y a imponerle un léxico fijo y restringidos canales de comunicación. En el año 1969, en mitad de la agitación nacional, el gobierno de Uruguay dictó un decreto que prohibía la utilización en cualquier escrito público de siete palabras. Tenía que saber que con prohibir la palabra no hacía desaparecer la cosa que ella mentaba: lo que intentaba era conservar ese orden de los signos que es la tarea preciada de la ciudad letrada, la cual se distingue porque aspira a la unívoca fijeza semántica.

Este ejemplo nos remite a otro problema. La ciudad letrada quiere ser fija e intemporal como los signos en tanto que la ciudad real solo existe en la historia y acusa las transformaciones de la sociedad. Los conflictos son, por lo tanto, previsibles. El asunto capital será entonces el de las modificaciones que se introduzcan en la ciudad letrada, su función en un período de cambio y su capacidad de supervivencia y llegado el caso, de reconstitución de sus bases.

Durante la revolución de 1810 la ciudad letrada dio la primera muestra de su comportamiento en tiempos de cambio: mostró el grado de autonomía que había alcanzado dentro de la estructura de poder, la disponibilidad para prever transformaciones gracias a su función intelectual, el grado de su elasticidad para adaptarse al cambio y también su capacidad para refrenarlo dentro de ciertos límites. Un modelo de comportamiento que se repitió en situaciones similares posteriores. Para Mariano Azuela fue ése el tema que lo obsesionó durante la Revolución Mexicana, como sus novelas desde *Andrés Pérez maderista* en adelante lo muestran.

La participación de la ciudad letrada en el proyecto, sino emancipador al menos autonómico, es de sobra conocida. Bajo el impulso de las fuentes europeas, de Feijóo a Rousseau, fue el hogar intelectual que lo diseñó, aunque su imposibilidad de llevarlo a efecto por sí sola, debiendo entonces apelar a las masas analfabetas, probó cuáles eran los límites reales de su fuerza, su dependencia de un poder coercitivo al que estaba asociada ancilarmente. Lo demostró cuando fue capaz de recuperar un movi-

miento que por la participación de las masas, -criollos, negros y aun indios- se había apartado democráticamente de los estrictos límites previamente fijados. Leyes, reglamentos y constituciones se encargaron de volver la soberanía a las manos del grupo letrado, sirviendo a los caudillos en sustitución de los virreyes.

Es en la lengua y en la escritura donde estamos siguiendo la evolución de una ciudad que llamamos letrada y que vemos en oposición a la ciudad real, de modo que es el efecto de la revolución en esos órdenes simbólicos los que nos interesan. El primero es doble y queda atestiguado en la publicación de la primera novela latinoamericana en 1816, *El Periquillo Sarniento* del mexicano Joaquín Fernández de Lizardi: entra en quiebra la lengua secreta de la ciudad letrada, el latín, que constituía el orgullo exclusivista del grupo intelectual y el sustento de su tradicionalismo; simultáneamente irrumpe el habla de la calle con un repertorio lexical que hasta el momento no había ingresado a la escritura, haciéndolo con un regodeo revanchista que no disimulan las prevenciones morales con que lo recubre Lizardi. Ambas resoluciones lingüísticas son puestas al servicio de una encarnizada crítica a los letrados ("de los malos jueces, de los escribanos criminalistas, de los abogados embrollones, de los médicos desaplicados"<sup>34</sup>) demostrando lo que a veces no se ha visto: que toda la obra del pensador mexicano es un cartel de desafío contra la ciudad letrada, mucho más que contra España, la Monarquía y la Iglesia.

Para llevar a cabo esa requisitoria le ocurre lo mismo que a los anónimos autores de "graffiti": debe abordar la escritura y en ese campo dar la batalla. Que para hacerlo apele al todavía muy endeble poder del grupo de compradores de gacetas, en sustitución de los mecenas que respaldaban la ciudad letrada, no hace sino demostrar la contextura de ésta y la debilidad del proyecto de Lizardi, previsiblemente condenado al fracaso. Al mismo tiempo corrobora que la libertad había sido apresada por la escritura. Lo supieron los educadores de la época (Andrés Bello, Simón Rodríguez o más tarde Sarniento) para quienes el problema obsesivo fue la necesidad de una reforma ortográfica.

La historia juega extraños paralelismos. Ese había sido el problema cuando se fundó la monarquía centralizada española, problema centuplicado por la necesidad de administrar un vasto imperio. Así lo demuestra la serie de libros sobre ortografía que van del de Nebrija (1517) al del presidente del Consejo de Indias, López de Velasco (1582) antes de que esa preocupación ingrese a América con la ortografía de Mateo Alemán publicada en México (1609). El mismo problema encara el equipo letrado latinoamericano al fundarse los Estados independientes, aunque será sutilmente distinto del que consideraron sus antepasados. Estos debían fijar la transcripción de la norma lingüística adoptada por la corte a una escritura, en tanto que los hispanoamericanos debían reformarla para salvar el abismo que percibían entre la pronunciación y las grafías. Del punto de vista pedagógico dificultaba, para ellos, el aprendizaje de la escritura; del punto de vista teórico, permitiría armonizar independencia política e independencia letrada que fue lo que soñaron en vano. Así lo vio el más

original de todos, el venezolano Simón Rodríguez, quien propuso "pintar las palabras con signos que representen la boca".

Argumentó mediante un astuto paralelismo entre la lengua y el gobierno, a los que concibió analógicamente por primera vez en América. Del mismo modo que la ortografía se ajusta a tres principios -origen, uso constante y genio propio del hablante- debiendo responder a este último (tanto vale decir a la pronunciación del hablante americano) "para conformarse con la boca cuando ni el origen ni el uso deciden", del mismo modo debería hacerse con lo que él llamó "el arte de dibujar Repúblicas", oponiéndose a lo que él veía que estaban haciendo sus coetáneos de 1828: "cuando ni el origen ni el uso deciden, ocurren al tercer principio, pero en lugar de consultar el genio de los americanos, consultan el de los europeos. Todo les viene embarcado"<sup>35</sup>. Simultáneamente razonó que las repúblicas no se hacen "con doctores, con literatos, con escritores" que eran provistos por los colegios ("están haciendo letrados") sino con ciudadanos. La desatención para la formación de éstos impedía la construcción de sociedades estables.

El fracaso de todas las reformas ortográficas que, al cabo de los años, dieron paso a la reinstauración de las tradiciones peninsulares, parece un simple epifenómeno de un fracaso mayor: el de formar ciudadanos y no solo letrados, esos doctores que sirvieron a los caudillos y sus guerras, y siguieron manteniendo los privilegios de la ciudad letrada en una época pobre y turbulenta.

#### 4. La ciudad modernizada

La modernización que se inaugura hacia 1870 fue la segunda prueba a que se vio sometida la ciudad letrada, mucho más riesgosa que la anterior. Las gacetas populares de la imprenta de Antonio Vanegas Arroyo en México (muchas ilustradas por José Guadalupe Posada) como las hojas sueltas y revistas gauchescas en el sur, hicieron fuego sobre los "doctores". También los nuevos intelectuales, en especial los pedagogos que estaban surgiendo y retomaban, sin haberla conocido, la lección de Simón Rodríguez. En su libro *De la legislación escolar de 1876*, el educador uruguayo José Pedro Varela, arremetía contra ellos y contra la Universidad que los producía: "Como clase, los abogados no son mejores que las otras profesiones, ni más morales, ni más justos, ni más desprendidos, ni más patriotas; pero son más atrasados en sus ideas y más presuntuosos"<sup>36</sup>. Los atacaba porque -decía- esas clases "son las que hablan, las que formulan las leyes, las que cubren de dorados la realidad", comprobando la disociación que existía entre las dos ciudades: los universitarios no interpretaban una realidad, sino que la cubrían de dorados. Con perspicacia mayor que la de José Martí, quien en 1891 hablaría de "letrados artificiales" oponiéndoles fuera de tiempo un "hombre natural" Rousseauiano, al que sabrían interpretar los caudillos que sobre tales hombres naturales edificarían sus dictaduras, Varela comprueba que los doctores universitarios engranan en el mecanismo de poder de los caudillos y que "el espíritu universitario encuentra aceptable ese orden de cosas, en el que reser-

vándose grandes privilegios y proporcionándose triunfos de amor propio, que conceptúa grandes victorias, deja entregado el resto de la sociedad al gobierno arbitrario".<sup>37</sup>

Bajo la advocación de Spencer, Pestalozzi o Man,, la manera de combatir a la ciudad letrada y disminuir sus abusivos privilegios, consistió en reconocer el imperio de la letra e introducir dentro de ella a nuevos grupos sociales: es el origen de las leyes de educación común que durante la modernización se extienden por América Latina desde la de 1876 que redacta Varela. Su imprevisible resultado ya lo razonó Arnold Toynbee para Inglaterra: fue el impetuoso surgimiento del periodismo, en especial el amarillista que hacia 1900 absorbió al nuevo público lector. El combate contra la ciudad letrada concluía en el triunfo de la letra que conquistaría su primera expansión en América Latina y por lo mismo concluiría en la reinstauración de la ciudad letrada que adquirió mayor base de sustentación y robusteció su ejercicio de la escritura y demás lenguajes simbólicos en función de poder. Este fue explícitamente el proyecto de Sarmiento, más avizor de los efectos de la educación sistemática que los integrantes de la generación más joven que apostaron a una democratización que contradictoriamente concluyó apuntalando a la ciudad letrada.

Es evidente en la evolución del mexicano Justo Sierra. En 1878, desde su juvenil periódico *La libertad* atacaba a "esos milagros humanos que se llaman constituciones abstractas", a "los espesos fantaseos de los, autores de códigos sociales y democráticos", oponiéndoles el "hecho práctico de que el derecho y el deber, en lo que tiene de humano y real, son un producto de la necesidad, del interés, de la utilidad".<sup>38</sup> Sería Sierra quien, al fin de largos esfuerzos, conseguiría la reconstitución de la Universidad, que fue siempre la joya más preciada de la ciudad letrada, dotándola de un explícito carácter sacrosanto que se llamó "autonomía" al que José Vasconcelos transformó en nada menos que una boca por la cual hablaba el Espíritu. No de otro modo actuaron en 1918 los jóvenes rebeldes de la Universidad de Córdoba, en Argentina, al reclamar que ella fuera el órgano de conducción de la sociedad en una típica estrategia del ascenso social de un nuevo sector o clase que pretende alcanzar una instancia de poder. Más allá de los alegatos del momento y de la intensa ideologización democrática que se empleó, se trató de una sustitución de equipos y doctrinas dominantes, pero no de un asalto a los principios que estatúan la ciudad letrada, los que se conservaron y fortalecieron al redistribuirse las fuerzas mediante nuevas incorporaciones. Los abogados debieron compartir el poder con las nuevas profesiones (sociólogos, economistas, educadores) pero ni aún así ellos fueron desplazados de una tarea primordial de la ciudad letrada: la redacción de códigos y leyes.

La asombrosa y desproporcionada Réplica que formuló Rui Barbosa en 1902 al proyecto de código civil que examinaba el Senado brasileño, no respondió a un capricho egotista como frecuentemente se ha dicho, sino al cumplimiento cabal de la función letrada, que tendría consecuencias profundas en la jurisprudencia brasileña. Invocando a Bentham ("Tales palabras, tal ley") defendió el principio de que "un código civil ha de

ser obra excepcional, monumento de cultura de su época", "sobre ser un cometimiento científico, e uma grande expressao da literatura nacional".<sup>39</sup> En el caso de los códigos y las constituciones, el rígido sistema semántico de la ciudad letrada encontraba su legitimación, pues resultaba obligado que ellos respondieran a un unívoco sistema interpretativo que solo podía fundarse en los dos principios citados (origen etimológico y uso constante, o sea secular, por la comunidad lingüística) y por lo tanto fatalmente remitían a la tradición de la lengua. Es esta la fundamentación de la nota tradicionalista corrientemente anexa al funcionamiento de la ciudad letrada.

De ahí que junto a la escritura de códigos, constituciones, leyes, testamentos, contratos, la tarea prioritaria de la ciudad letrada haya sido el instrumento que con mayor capacidad rige el orden simbólico, la lengua. El proceso modernizador desde 1870 fue acompañado sutilmente por la creación de las Academias de la Lengua que hasta ese momento no existían en América, constituyéndose en pasos concurrentes para reintegrarse a las fuentes europeas. Todas las Academias hispanoamericanas nacieron como "correspondientes de la Academia española" a partir de la primera, la colombiana, de 1872. Hubo solo dos excepciones: la brasileña (de 1896) de la que observó con su habitual perspicacia Oliveira Lima que "criou-se mais para consagrar a futura língua brasileira do que a passada língua portuguesa".<sup>40</sup> y la argentina, estatuida como fraternidad de escritores simplemente, reconociendo tácitamente la pretendida autonomía adquirida por una lengua que en 1900 el francés Abeille celebraba como "nacional", no como "castellana". Al margen de la sabida ineficiencia de estas academias (salvo la colombiana que contó con el mejor equipo lingüístico de América Latina) su aparición fue una respuesta de la ciudad letrada a la subversión que se estaba produciendo en la lengua por la democratización en curso, agravada en ciertos puntos por la inmigración extranjera, complicada en todas partes por la avasallante influencia francesa y amenazada por la fragmentación nacional que en 1899 provocaba el alerta de Rufino José Cuervo: "Estamos, pues, en vísperas de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio Romano".<sup>41</sup> Contra esos peligros la ciudad letrada generó un equipo capacitado de lingüistas y desarrolló un esplendoroso período de estudios filológicos, aunque su acción resultó más eficaz donde la ciudad letrada ejerció directamente el poder administrativo del Estado: fue el caso colombiano en que el fundador de la Academia de la Lengua, Miguel Antonio Caro, también habría de ser presidente de la República.

El período agudo de la modernización, entre 1870 y 1920, consolida el triunfo de las ciudades que al fin consiguen dominar el territorio nacional e imponerle sus criterios organizativos. El crecimiento de las ciudades, que dará conocidos casos de macrocefalia en varias capitales, va acompañado por el crecimiento de la escritura mediante dos expansiones paralelas: la escolarización que fortifica el número de lectores y el pujante avance del periodismo que se moderniza desarrollando poderosas empresas. El periódico fortifica a la ciudad letrada, aunque al mismo tiempo



genera una mayor división de grupos intelectuales que compiten por el poder, los cuales movilizan en su favor a vastos sectores semialfabetizados o analfabetos para alcanzarlo, aunque con más frecuencia recurrirán al apoyo que les prestan las instituciones, preferentemente el Ejército o los grupos económicos y financieros, con respaldo extranjero. Al concluir el período se abrirá una nueva instancia sostenida por la tecnificación que restituye la oralidad (la radio, el cine, más tarde la televisión) la que presenciara la irrupción vigorosa de las corrientes populistas.

Hay otra operación, más sutil y extraña, que se produce durante la modernización y que acrecienta el desbalance entre la ciudad letrada y la ciudad real, aprovechando una circunstancia transformadora que vive esta última. La modernización tiende a destruir los resabios de pasado que conserva la ciudad real o los distorsiona sumiéndolos dentro de una nueva y compleja reorganización. Por primera vez, en la corta duración de una vida humana, se presencia la desaparición o trasmutación de los decorados físicos que la rodeaban. Lo que ocurrió en el París de 1850 a 1870 bajo el impulso del barón de Haussman, e hizo decir a Baudelaire que la forma de una ciudad cambiaba más rápidamente que el corazón de un mortal, habrá de vivirse hacia fines de siglo en muchas ciudades latinoamericanas. La ciudad física, que objetiva la permanencia del individuo dentro de su entorno, se trasmuta o disuelve, desenraigándolo de la realidad que lo constituía. La ciudad entra al movimiento que rige el sistema económico de la época y el ciudadano ve desvanecerse el pasado y se ve arrojado a la precariedad y al futuro.

La ciudad letrada se encarga entonces de reconstruir ese pasado abolido mediante el universo simbólico de la escritura, operando subrepticamente su reconversión a las pautas normativas y movilizadas de la sociedad moderna. De las "tradiciones peruanas" de Ricardo Palma a La gran aldea del argentino Lucio V. López, de los Recuerdos del pasado del chileno Pérez Rosales al México en cinco siglos de V. Riva Palacios, asistiremos a una superproducción de libros contando cómo era la ciudad antes de su mutación. Parece una simple reconstrucción nostálgica de lo que fue y ya no es, la reposición de un escenario y unas costumbres desaparecidas, pero una investigación más detallada permite descubrir lo previsible: esa nutrida producción finisecular está signada por la ideología del momento y en ella debe verse más que un retrato de lo ya no existente, una invención que responde al movimiento, al afán de normativización. Así, Adolfo Prieto descubre en la parte argentina de esta abundante bibliografía una nota de xenofobia que corresponde al impacto de la inmigración extranjera, revelando que el presente infiltra estas visiones del pasado.

Si la ciudad real cambia, se destruye y reconstruye sobre nuevas proposiciones, la ciudad letrada encuentra una coyuntura favorable para absorberla en la escritura (y pronto en las imágenes): inventará su pasado valiéndose de un conjunto de datos reales que serán inscriptos en un cañamazo ideológico que los revalorizó de distinta manera, a la luz del presente, pero además verá abierta la posibilidad de aprovechar el movimiento en que se ha inscripto para inventar la ciudad futura, para construir vi-

siones ilusorias. Son las ciudades que Rimbaud comenzó a imaginar en *Les Illuminations*, que inauguran la futurización de lo moderno que colmó al fin de siglo.

Es imprudente manejar como referencias históricas válidas, las que aparecen en estos libros sobre Montevideo, Buenos Aires, Santiago, México o Río de Janeiro antiguos. Más adecuado es leerlos como parsimoniosa edificación de modelos culturales de la nueva época, facilitados por la desaparición de la ciudad sensible y real. Su mensaje no está en los datos evocativos, sino en la organización del discurso, en el trazado de los diagramas que se prestan mejor a la transmisión ideológica, en la tarea de "significar" que es propia de la ciudad letrada y que ahora se impone avasalladoramente sobre la ciudad real. Desaparecidos los datos sensibles, es posible redimensionar esos significantes del lenguaje urbano cómodamente de acuerdo a los significados que se aspira a imponer al lector. Pues éste mismo, desprendido de los asideros reales, comienza a ser absorbido por el universo de los signos. La vida enraizada se disuelve, es arrastrado por la evolución transformadora, pierde pie, y solo puede recuperarse, ya no el mundo sensible, sino en el vicario que construyen los signos. Estos incorporan a su fijeza persuasiva una condición que no responde solo a los nuevos tiempos sino a su peculiar naturaleza: constituyen modelos culturales operativos, son manipulables con mayor destreza, pueden ser acondicionados en variadas estructuraciones, pueden reemplazarse unos a otros adecuándose a las pulsiones del imaginario.

Así, desde fines del siglo XIX, la ciudad real es absorbida por los diagramas que despliegan los lenguajes simbólicos. Es por eso mismo que, desde entonces, comienza la sacralización de la ciudad por la literatura. Los poetas, como dijo Julián del Casal, son poseídos "del impuro amor de las ciudades" y contribuyen al corpus en que las ciudades se exaltan. Las ciudades mismas comienzan a ser cunas del poeta futuro, como había profetizado para Montevideo y Buenos Aires, desde Francia, un libro explosivo, *Les chants de Maldoror*. Ese hacedor de consignas de la modernidad que fue Goethe ya lo había expresado: solo es nuestro lo que hemos perdido para siempre. Pero ya no es una propiedad definitiva que pueda legarse a los herederos: es simplemente un usufructo temporario que no llega a durar una vida humana y que tiene cada vez menos asideros reales. La ciudad letrada ha extendido su radio en desmedro de una ciudad real que, al expandirse y transformarse, se ha vuelto precaria e insegura y ha emprendido la tarea de reinventar la ciudad en la letra, en el dibujo. Ofrece a los ciudadanos, en sustitución del marco real, otro ilusorio, roturado en la ideología, para que puedan vivir en el exclusivo presente al que han sido arrojados por el fluir del movimiento, sin ser demasiado conscientes de su precariedad y su inminente cancelación. Es el ersatz de eternidad que el cuerpo sensible requiere, porque no puede resignarse a la falta de raíces. Por un deslizamiento que podría pensarse ya estaba previsto en los orígenes, los latinoamericanos pasan a poblar una ciudad simbólica, que es el producto del núcleo resistente que constituyó la ciudad letrada. Esa ciudad simbólica interfiere, en un grado hasta ese momento desconocido,

con una ciudad real fluida, que se desintegra y recompone en muy variadas formas, oponiéndole una apariencia segura y permanente, aunque de hecho fluyendo ella misma con más destreza y persuasividad que la real. La escritura en que se expresa recombina, como en el período barroco, plurales singos, asociando estrechamente la imagen a la palabra para propiciar los lenguajes híbridos necesarios a sus fines. Más aún, abandona la exclusividad del purismo para apropiarse de las invenciones lexicales y sintácticas. Siempre retrasadamente, porque la lengua baja del sistema diglósico pervive con mayor empuje aún y solo es rescatada, elusivamente, por algunos escritores. Son aquellos que ocupan los márgenes de la ciudad letrada y oscilan entre ella y la ciudad real, trabajando en la misma forma en que Paul Valéry definía a la poesía, como una *hésitation prolongée* entre le son et le sens. En el mismo momento en que esa vacilación se resuelve, podemos decir que se han incorporado a la ciudad letrada, que ya integran la corona escrituraria del poder, aunque es forzoso reconocer que de los diversos script es el de ellos el que mejor procura recomponer una totalidad desde siempre escindida, y que en ellos se percibe la mayor resistencia a la escritura burocrática en que el poder encuentra su fórmula canónica.

Pienso que la ciudad letrada ha pervivido a todos los trastornos, se ha recompuesto una y otra vez y ha concluido imponiéndose a la ciudad real, condenándola a su dependencia. El laberinto de los signos ha adquirido dimensión magnificente y ha convocado a generaciones de hermeneutas para que sigan desentrañando significaciones, instituyendo nuevas disciplinas del saber.

Me temo que, a pesar de nuestro disgusto, todos nosotros formamos parte de esas legiones, porque si bien es obvio que no ejercemos la potestad, no es menos cierto que la función intelectual que cumplimos solo se perfecciona en el ejercicio del poder. Me temo por lo tanto, que estamos debatiéndonos en las redes del sistema, al que aceptamos subrepticamente en vez de procurar suplantarlos mediante una reinmersión en el universo sensible.

Retornar a la búsqueda libre del sentido, como a través del balbuceo sonoro del niño que goza los significantes y con ellos procura edificar su discurso; reconstruir la comunidad abolida pues solo dentro de ella la existencia se hace verdad; desplegar la palabra dicha para comunicarnos con el prójimo, procurando así tocarlo y sentirlo; volver por los fueros del diálogo carnavalesco; ejercer la libertad como el ímpetu gozoso que es. Aunque para proclamarlo, hayamos tenido que apelar a la escritura para disputarle el poder a la ciudad ordenada, letrada, escrituraria, simbólica.

## NOTAS

<sup>1</sup> Véase *Urbanization in Latin America: approaches and issues*, Garden City, Anchor Books, 1975 (Jorge E. Hardoy, comp.); *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia*, Buenos Aires, SIAP, 1975 (Jorge E. Hardoy, Richard P. Schaedel, comp.); José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976; *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina*, Buenos Aires, SIAP, 1977 (Jorge E. Hardoy, Richard P. Schaedel, comp.); *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, Buenos Aires, SIAP, 1978 (Jorge E. Hardoy, Richard M. Morse, Richard P. Schaedel, comp.). Sobre el tránsito de la experiencia urbana europea al modelo de la ciudad colonial, mediante el "stripping down process" ver el libro de George M. Foster, *Culture and Conquest: America's Spanish Heritage*, New York, Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, 1960.

<sup>2</sup> Ricard, Robert, *La "conquête spirituelle" du Mexique*, Paris, Institut d'Ethnologie, 1933; Silvio Zavala, *La filosofía política en la conquista de América*, México, 1947.

<sup>3</sup> Ver sobre ese marco, la obra de Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System*, New York, Academic Press, 1974-80.

<sup>4</sup> Mumford, Lewis, *The City in History*, New York, Harcourt, Brace & World, 1961, pág. 172.

<sup>5</sup> Foucault, Michel, *Les mots et les choses, une archéologie des sciences humaines*, Paris, Gallimard, 1966, cap. IV.

<sup>6</sup> Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización, Madrid, 1864-1884, t. XXXIX, pág. 280. Véase también Jorge E. Hardoy, *El modelo clásico de la ciudad colonial hispanoamericana*, Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1968.

<sup>7</sup> Argan, Giulio C., *The Renaissance City*, New York, George Braziller, 1969.

<sup>8</sup> *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1968, pág. 78.

<sup>9</sup> Véase Camhis, Mario, *Planning Theory and Philosophy*, London, Tavistock Publications, 1979.

10 "Ideology as a Cultural System" en David E. Apter (comp.) *Ideology and Discontent*, New York, Free Press, 1964, y *The Interpretation of Cultures*, New York, Basic Books, 1973.

11 Arnauld, Antoine; Nicole, Pierre, *La Logique ou l'art de penser*, Paris, P.U.F., 1965 (Clair, Pierre; Girbal, François; comp.), pág. 53).

12 *Ibidem*, pág. 54.

13 Chaune, Pierre, *L'Amérique et les Amériques*, Paris, Colin, Armand; 1964, pág. 12.

14 Ver, sin embargo, la obra de un discípulo de Frederick Jackson Turner, aplicando su teoría en América Latina: Alistair Hennessy, *The Frontier in Latin American History*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1978.

15 Konetzke, Richard, *América Latina. II. La época colonial*, Madrid, Siglo XXI, 1972, pág. 119.

16 Sobre la adaptación del ethos urbano griego a las nuevas condiciones del Nuevo Mundo, el ensayo de Richard Morse, "A Framework for Latin American Urban History" en *Urbanization in Latin America: approaches and issues*, ob. cit.

17 *Códice Mendieta. Documentos franciscanos siglos XVI y XVII*, México, 1892, 2 vols. (Joaquín García Icazbalceta, comp.).

18 Maravall, José Antonio, *La cultura del barroco*, Barcelona, Ariel, 1975.

19 Hauser, Arnold, *The Social History of Art*, London, Routledge & Kegan Paul, 1951, V., 8, 9, 10.

20 Ureña, Pedro Henríquez, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, F.C.E., 1949, pág. 87.

21 Salas, Mariano Picón, *De la conquista a la independencia*, México, F.C.E., 1950, 2a ed. aum., pág. 101.

22 *Tientos y diferencias*, México, UNAM, 1964.

23 Mannheim, Karl, *Essays on the Sociology of Culture*, London, Routledge Paul, 1956; *Essays on the Sociology of Knowledge*, New York, Oxford University Press, 1952; Gouldner, Alvin E., *The Dialectic of Ideology and Technology*, New York, Seabury Press, 1976; *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, New York, Seabury Press, 1979.

24 "México social y político" (1899) en: *Evolución política del pueblo mexicano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pág. 308.

25 Calvino, Italo, *Le città invisibili*, Torino, Einaudi, 1972, pág. 22.

26 Freyre, Gilberto, *Ordem e Progresso*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1959, 2 vols., t. I, pág. 200.

27 Ver Ferguson, C.A., "Diglossia" (1959) en Pier Paolo Giglioli (comp.) *Language and Social Context*, London, Penguin Books, 1972; Joshua A. Fishman, "Bilingualism with and without Diglossia; Diglossia with and without Bilingualism" en *Journal of Social Issues*, vol. XXIII, núm. 2, 1967; Fasold, Ralph W., *The Sociolinguistics of Society* (en prensa, 1982), cap. 2.

28 Coseriu, Eugenio "Sistema, norma, habla", en *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos, 1978, 3a. ed. rev. págs. 12-113.

29 Rosenblat, Angel, "Lengua literaria y lengua popular en América" (1969) en *Sentido mágico de la palabra*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca, 1977, págs. 166-184.

30 Sigüenza y Góngora, *Relaciones históricas*, México, UNAM, 1972, págs. 132-3.

31 Carpentier, Alejo, *Tientos y diferencias*, Montevideo, Arca, 1970, 2a. ed. amp., págs. 35-37.

32 Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Espasa Calpe, 1955, págs. 430-1.

33 Carrió de la Vandra, Alonso, (Concolorcorvo), *El lazarillo de ciegos caminantes*, Barcelona, Labor, 1972 (Emilio Carilla, comp.), pág. 284.

34 Joaquín Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*, México, Porrúa, 1949, t. I, pág. 28.

35 Rodríguez, Simón, *Sociedades americanas en 1828*, en *Obras completas*, Caracas, Universidad Simón Rodríguez, 1975, t. I, pág. 267.

36 Varela, José Pedro, *De la legislación escolar*, Montevideo, Imprenta de "El Nacional", 1876, págs. 81-2.

37 *Ibidem*, pág. 68.

38 Sierra, Justo, *Obras Completas*, México, UNAM, 1977 (ed. Agustín Yáñez), t. IV, pág. 146.

39 Barbosa, Rui, *Obras Completas*, Rio de Janeiro, Ministério de Educação e Saúde, 1953, vol. XXIX, t. II, págs. 93-4.

40 *Impressões da América Espanhola (1904-1906)*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1953.

41 Prólogo a Francisco Soto y Calvo, Nastasio, Chartres, 1899. Cit. por Rosenblat, ob. cit., pág. 182.

**Ciudades "periféricas" como arenas culturales  
(Rusia, Austria, América Latina)**

Richard M. Morse  
Stanford University

Traducción de Ernesto Leibovich

"Estuvimos un rato hablando de ciudades, que es un tema favorito de Cué, con su idea de que la ciudad no fue creada por el hombre, sino todo lo contrario, y comunicando esa suerte de nostalgia arqueológica con que habla de los edificios como si fueran seres humanos..."

G. Cabrera Infante, *Tres tristes tigres*.

"Nuestras ciudades no tienen estilo. Y sin embargo empezamos a descubrir ahora que tienen lo que podríamos llamar un tercer estilo: el estilo de las cosas que no tienen estilo".

Alejo Carpentier, *Tientos y diferencias*.

Estas reflexiones acerca de "ciudades como arenas culturales" sigue una línea de estudios que interpreta las urbes como crisoles para el cambio en la era moderna. Al enfocar esta familiar cuestión del énfasis en las ciudades como fuentes o motores de cambio, no habremos de sumergirnos, sin embargo, en el nebuloso dominio de la "cultura de las ciudades" de Lewis Mumford. Tampoco nos remitiremos aquí a la sociología de la cultura intelectual (*highbrow*), medianamente intelectual (*middlebrow*) y popular, en los asentamientos urbanos. Ni reconstruiremos imágenes de la vida ciudadana a partir del testimonio de viajeros, novelistas o cronistas. Nuestra investigación apunta al ambiente urbano no en tanto descrito y analizado, sino en tanto vivido y testimoniado. Las ciudades se transforman así en teatros; nuestros informantes, en actores. Estos últimos no son simples reporteros u observadores críticos, sino participantes comprometidos con cada fuente o recurso intelectuales y físicos a su disposición, para interpretar no la condición meramente urbana, sino la humana.

Nuestras ciudades son París (aunque sin perder de vista a Londres); San Petersburgo y Viena en la periferia media; Río de Janeiro y Buenos Aires en una más alejada. Los economistas afirman haber dado a luz a este modelo de diseño concéntrico. Si así fuera, nuestro estudio no hereda de él ninguna connotación de dominación por parte del centro o de respuesta mimética en la periferia. Estamos en busca de contracorrientes y mensajes divergentes.

La sección siguiente ofrece una perspectiva sobre las ciudades occidentales desde el romanticismo hasta el modernismo, prestando especial atención a las contribuciones modernistas de San Petersburgo y Viena. Estos casos sugieren la existencia en América Latina tanto de predisposiciones como de resistencias capaces de rechazar, avivar o metamorfosear la inspiración modernista. Comparemos a Dostoievski, de San Petersburgo, con el grupo de Viena y luego con Machado de Assis, de Río, quien, por haber sido marcadamente escéptico respecto de la modernidad, sólo hoy puede ser considerado como un "post-modernista". Su cuadro dantesco confirma la versión de José Luis Romero sobre la evolución de América Latina desde ciudades "patricias" (1830-1880) hasta ciudades "burguesas" (1880-1930), un esquema que ampliaremos tomando en consideración el impulso modernista de la década de 1920. En una sinopsis final se intentará definir la significación histórica de las ciudades latinoamericanas como arenas culturales y esbozará un cuadro actual que invita a ser interpretado.

#### Teatros del modernismo: París, San Petersburgo, Viena.

Burton Pike<sup>1</sup> rastrea la imagen de la ciudad en la literatura europea y norteamericana desde el siglo XVIII hasta principios del siglo XX y organiza su tesis alrededor de dos tendencias. Una de ellas consiste en un paso de lo estático a lo dinámico, de una visión de los monumentos físicos o de las clases sociales en relaciones fijas a un montaje de yuxtaposiciones en flujo. La otra es una consideración de la comunidad urbana como un todo, que cede paso a otra centrada en el individuo aislado dentro de ese modelo. El observador se convierte en un "investigador privado" de la sociedad urbana, catalogado como un excéntrico personaje de Dickens o como el poeta neurótico de Baudelaire. Es segregado de una comunidad que se ha convertido en una turba o anti-comunidad, poseída por un poder ciego. Los arquetipos de estos dos procesos relacionados fueron Londres y París, las "ciudades míticas centrales" de la Europa del siglo XIX, pioneras de un destino que se proponía como universal. Se daba por sentado que, ulteriormente, esta condición se extendería a las sociedades urbanas extranjeras que aún eran presas de instituciones y órdenes económicos arcaicos y estaban empapadas en una cultura regional o costumbrista.

En su famoso ensayo, *París, Capital of the Nineteenth Century*, Walter Benjamin hizo de esa ciudad un prototipo, porque consideró que su pasado reciente mostraba una serie de fases lógicamente entrelazadas de significación profética.<sup>2</sup> La secuencia de un mundo de lo ilusorio comienza con las tiendas bajo las arcadas de la década de 1820, las primeras grandes tiendas que marcan la diferencia entre mercaderías tradicionales y lujosas fantasías. Luego, la fotografía crea oferta y demanda para ilusorias reproducciones de personas, lugares y hechos, marcando una nueva sensibilidad respecto de la vida misma. A continuación vienen las exposiciones mundiales, fantasmagórica glorificación de valores de intercambio

en vez de valores intrínsecos, acompañada además por una industria del entretenimiento que manipula el público mismo como una mercadería más. La poesía de Baudelaire refleja un mundo urbano asocial en el que también el arte se hace una mercancía, divorciado del cambio tecnológico, sujeto a los caprichos de la moda y glorificado como arte por el arte mismo.<sup>3</sup> Por último, Haussmann lleva a la práctica un proyecto donde la ciudad física queda bajo un control central, resguardada de cualquier insurrección, homogeneizando los *quartiers* y produciendo al mismo tiempo, el enajenamiento de los parisinos respecto de su hábitat.

Desde la perspectiva evolucionista de Benjamin, cada época supone la siguiente: París avanza inexorablemente hacia su apogeo, entre las convulsiones de una economía "consumista". Reconocemos "los monumentos de la burguesía como ruinas aun antes de su derrumbe". Uno puede cuestionar, por supuesto, si París fue la "capital del siglo XIX" o más bien si fue el exponente del consumismo más conspicuo. Así es, si lo analizamos desde la perspectiva del industrialismo capitalista, la Manchester de Tocqueville, de Engels y Dickens es más representativa con toda seguridad, que París. Ninguna ciudad puede considerarse como modelo universal, con todos los ingredientes que conformaron el temperamento moderno. Además, el modernismo en las artes y las letras -parcialmente definible como un ataque en el campo cognoscitivo a las contradicciones de la modernidad- prosperó en anacronismos que no fueron reconocidos en la París consumista. Allí, por un lado, el pasado era considerado acumulativo y era, hasta cierto punto, reverenciado, por el otro, todo lo nuevo era la "última palabra". Los modernistas parisinos apenas si se encontraban obsesionados por la cuestión de la "identidad nacional" francesa.

Las limitaciones de Balzac y Baudelaire como profetas del espíritu moderno se hacen manifiestas cuando los comparamos con Dostoievski, cuyo San Petersburgo, por su solo distanciamiento del eje París-Londres, estaba destinada a aportar mensajes de una rara penetración. En su estudio sobre el "realismo romántico" Fanger considera a Dostoievski como el heredero inmediato de Balzac, Dickens y su propio compatriota, Gogol.<sup>4</sup> Estos tres, afirma, fueron los primeros en explorar la premisa de la metrópolis como tema para la ficción, y Dostoievski habría llevado estas primeras intuiciones a su esplendor. La maestría de este último para vislumbrar los resultados fantasmales e irracionales a los que podía conducir el pensamiento y el esfuerzo racionalizados derivaba en parte del origen artificial de San Petersburgo, erigida por decreto imperial sobre un pantano finés y concebida "como una ventana sobre Occidente para una cultura retrógrada y profundamente no-europea, capital instantánea de un muy dilatado imperio".<sup>5</sup> El narrador de *Notes from Underground* (1864) la llamó "la ciudad cuya oscuridad y niebla aumentan su carácter ilusorio y le confieren una peculiar "atmósfera". El capitalismo había llegado tardíamente y abruptamente, atrapando en su red mundos sociales autónomos que en Occidente estaban sucumbiendo. Comunidad y alienación, fenómenos redes y abstracción, sentido común y espiritualidad, produjeron fuertes colisiones. A diferencia de Balzac y de Dickens, Dostoievski



no cayó en la nostalgia ni la rareza de época. En su elevación hacia un más alto realismo, "el lastre cómico desapareció, ... y el grotesco y el absurdo -contra el fondo de la fantástica San Petersburgo- adquirió una complejidad existencial, una oscura belleza, y asumió las características de una nueva e irrevocable tragedia".<sup>6</sup> A pesar de que la acción de los dramas de Dostoievski se desarrollaba entre las premuras y la alienación de las profundidades más abismales, no fue un escritor naturalista, ya que, logrando el desapego del lector respecto de situaciones aberrantes, consiguió el reconocimiento de lo grotesco como pasaje hacia la belleza, del sufrimiento como pasaje hacia la felicidad, y de la humillación como pasaje hacia la libertad. Su proeza al haber cotidianizado y poetizado lo absurdo se convirtió, por un lado, en el sello distintivo del modernismo occidental y, por el otro, como veremos luego, en una revelación para Roberto Arlt, décadas más adelante, en la lejana periferia de Buenos Aires.

Los cambios en la sensibilidad que produce la obra de Dostoievski nos advierten que el modelo "centro-periferia" es una interpretación falsa de la historia de la cultura. Si consideramos el modernismo como la culminación de un siglo de críticas alusivas, y a menudo recónditas, a la cultura capitalista, Dostoievski nos prepara para ver a París más como una primera arena que como la cuna de la detonación modernista. El happening de París no sólo es producto de profetas itinerantes de Europa central y oriental, España, Irlanda, y aún de las Américas, sino que hacía tiempo que se estaba nutriendo de los elementos del eje escandinavo-germano, desde Oslo y Copenhague hacia el sur, llegando hasta Berlín, Zúrich y Viena, tal como había sido pregonado por el danés Georg Brandes en *Men of the Modern Breakthrough* (1883).<sup>7</sup> Aquí trataremos el caso de Viena porque además de haber sido bien estudiado nos abre el camino para nuestra investigación sobre América Latina. Al abandonar la San Petersburgo de Dostoievski nos trasladamos desde un lugar de grandes contradicciones espirituales hacia otro donde están involucradas concepciones filosóficas y sociológicas.<sup>8</sup>

De entrada, Janik y Toulmin nos recuerdan Kakania, el apodo empleado por Robert Musil para la sociedad vienesa, acuñado al parecer a partir de las iniciales imperiales y reales K.K. (Kaiserlich y Königlich), pero que también poseen la connotación excremental del lenguaje infantil. (Los latinoamericanos recordarán el "Viaje a la oscura ciudad de Cacodelphia", la contrapartida infernal de Buenos Aires que aparece en la novela de Leopoldo Marechal *Adán Buenosayres*, de 1948). Los estudios sobre Viena se centran en la incapacidad de esta capital de un imperio arcaico de acoplarse a la locomotora del "progreso", de alcanzar un *ethos* burgués de modernidad y utopía tecnológica, y por lo tanto de producir una psicología de clase media. Como corolario, se agregan los efectos de la represión social en la política, la educación, la economía, los "roles" de la mujer y los hábitos sexuales. La elegancia y pompa de la vida pública y de la clase alta expresaba una "formalidad petrificada" que recubría el caos cultural, un *nervous splendor*, para emplear la feliz caracterización de Morton.<sup>9</sup> Miradas de cerca, las glorias superficiales se convierten en su

opuesto. Según afirma Schorske, los literatos vieneses carecían del espíritu antiburgués de sus pares franceses o del sentimiento de superioridad racial de los ingleses. Ni *dégagés* ni *engagés*, consideraban al emperador como un remoto padre-protector; al faltarles poder independiente, buscaron la protección de la aristocracia. De ahí el predominio del antisemitismo, de la opereta, del psicoanálisis, testimonios todos de una necesidad de evasión de la frustración burguesa hacia un pasado mágico, revelador. En este mismo sentido debe interpretarse el vals vienés: no como una ceremonia aristocrática y complaciente -según la visión exportada- sino como una danza demoníaca de exorcismo, que abandona las proporciones medidas del rigodón para expresar olas de desesperación interior a través de embriagantes remolinos. Viena fue, y con razón, la patria de Alfred Adler, el introductor del "complejo de inferioridad".

El inevitable colapso de la política liberal en un medio tal tuvo dos resultados. En primer lugar, favoreció el esteticismo, es decir, la transformación de la cultura de una fuente de valor en una expresión de valor, esto es, en una cultura de carácter fuertemente hedonista o francamente ansioso. De este modo, el hombre psicológico desplazó del centro de interés al hombre político. Esto trajo la segunda consecuencia: movimientos de masas cuyo objetivo político residía en el sionismo, antisemitismo, pangermanismo o socialismo cristiano, manifestando, cada uno a su manera, una rebelión contra la razón.

Estos dos desafíos produjeron reacomodamientos y "contradesafíos". Un primer reacomodamiento fue la creación de la Ringstrasse Viena, que se convirtió, según sugiere Schorske, en un epíteto tan significativo como el "Londres victoriano" o el "París del Segundo Imperio". El esquema de la Ringstrasse fue un barroco invertido que utilizó las masas arquitectónicas no para dominar el espacio, sino para magnificarlo. El espacio estaba organizado sin ningún propósito funcional evidente: el bulvar circular amputó a la ciudad de sus suburbios y suprimió extensos paisajes únicamente en pos del diseño circular. Se construyeron nuevos edificios públicos sobre la base de modelos históricos presuntamente apropiados para cada caso, sin tener en cuenta la concordancia estilística o espacial entre ellos. Los urbanistas habían traducido en términos físicos las directivas políticas implícitas de su aquí y ahora: monumentalidad sin coordinación central, movilidad espacial sin integración social.

El "contradesafío" provino de los artistas e intelectuales que consideraban la sociedad vienesa como patológica, porque ella había erigido monstruosas barreras para evitar la discusión fructífera sobre la opresión en sus diversos aspectos. Se hallaron sin herramientas o idioma para hacer el diagnóstico de un mundo cuyos síntomas eran explosivos: antisemitismo, una elevada tasa de suicidios, convenciones sexuales rígidas, sentimentalismo en las artes, falsedad política, nacionalismos disociados. En conjunto, esta sintomatología revelaba un divorcio entre la realidad social y los supuestos consensuales de la aristocracia de los Habsburgo. La situación no requería ni persuasión, ni relevamientos ideológicos, ni ser analizada, sino, fundamentalmente, era necesario un lenguaje o lenguajes que restauraran la transacción entre circunstancia e ideas reyes.

Es así como el arquitecto Adolf Loos barrió con la ornamentación para hacer transparentar la función en el diseño; Schönberg rompió sistemáticamente con los cánones aceptados de la composición musical; Freud interpretó drásticamente los sueños y los lapsus lingüísticos de la vida cotidiana. Pero fue sobre todo Wittgenstein -según la opinión de Janik y Toulmin- quien, con su *Tractatus*, llevó a cabo una crítica abarcadora del lenguaje mismo.

### Transición al nuevo mundo.

La San Petersburgo de Dostoievski y la Viena de Wittgenstein muestran cómo una sociedad urbana reacia puede producir logros de vanguardia, y cómo la periferia se convierte en centro. ¿Qué pasa entonces con las ciudades latinoamericanas, situadas en una periferia aún más distante y de tipo "colonial"? ¿No deberán ofrecer un suelo aun más fértil para mensajes proféticos? Como más adelante habré de sugerir, tales mensajes existieron, pero vertidos en un idioma tan cotidiano que su fuerza sólo ahora es evidente. Surgió un maestro como el brasileño Machado de Assis, pero sus sutiles parábolas, de haber encontrado una audiencia del otro lado del Océano, habrían sonado como algo raro o críptico para la sensibilidad mesmerizada (desde los confines del tiempo), de la Europa capitalista.

En lugar de un *excursus* sobre historia comparada, presentaré dos hilos conductores tomados más o menos al azar que pueden ayudar a explicar esta periferia más distante. En primer lugar, si Pedro el Grande creó lo que fue para Dostoievski "la ciudad más abstracta e intencional de la tierra, también es cierto que los españoles del siglo XVI habían esparcido cientos de centros urbanos geométricos a través de un vasto continente.<sup>10</sup> Desde los puntos de vista político, social, económico y eclesiástico, sin embargo, estas aldeas y misiones, aunque completamente artificiales, estaban lejos de ser abstractas. Su significación fue inmediatamente comprendida por la población receptora de amerindios, y siguió siéndolo tanto para los grupos privilegiados como para los desposeídos. Tras la independencia, las ciudades más grandes dejaron de ser avanzadas imperiales y fueron conectadas a nuevas fuerzas económicas de ultramar. Además, presagiaban el futuro. A diferencia de ciertos sectores de la *intelligentsia* rusa, los pensadores latinoamericanos no podían oponer a la modernización una alternativa "indígena", espiritual, comunitaria. Tampoco las sociedades urbanas, antes de nuestro siglo, estaban lo suficientemente racionalizadas como para recrear la perspectiva individualista y disociada del poeta parisiense o del "hombre ruso subterráneo".

Nuestro segundo hilo conductor refuerza el primero y proviene de la interpretación sociológica de Adorno sobre la música de concierto europea.<sup>11</sup> Para él la transición de Mozart a Beethoven, a la gran era de la sinfonía y de la ópera, señala el pasaje de un mundo aristocrático, donde las actuaciones ratificaban el "status" de audiencias privadas, a un mundo burgués, donde éstas satisfacían las frustraciones y fantasías de un públi-

co de clase media. El consumidor de la música romántica se sienta, no empolvado y con peluca en un salón iluminado por las velas y con sus pares, sino perdido en la oscuridad de una vasta sala de conciertos. La música lo sumerge en una comunidad "oceánica", al tiempo que desata sus fantasías privadas. Le proporciona una satisfacción sustitutiva para las aspiraciones a una identidad personal y comunitaria que la vida pública, competitiva le niega. Tal vez por ser menos explícita e intelectualizada que la literatura, la invención musical fue más viva en la periferia media de Rusia, Alemania, Austria e Italia que a lo largo del eje París-Londres. Pero en el ámbito más alejado de América Latina, aunque su cultura musical informal fue fértil, no estaban dadas las condiciones sociológicas necesarias, ni suficientes, para la inspiración sinfónica. Brasil produjo un talentoso compositor de ópera, Carlos Gomes, pero vivió durante su madurez en Italia. Al mismo tiempo, los latinoamericanos no eran consumidores pasivos y reverentes, como pronto lo demostrará el estreno en 1866, en Buenos Aires, del *Fausto* de Gounod.

### Machado de Assis: Un Dostoievski medieval.

Para entender porqué las sociedades urbanas latinoamericanas se encontraban en una situación alejada tanto de Dostoievski y Musil, como de Baudelaire, nos remitiremos a su exponente brasileño Joaquim Maria Machado de Assis (1839-1908). Machado vivió toda su vida en Rio de Janeiro, una ciudad situada en el borde de un vasto subcontinente, enmarcada por singulares montañas, extendida en irisadas bahías y playas, segura con su prestigio de capital imperial o, después de 1889, con sus memorias imperiales. En nuestro siglo, Rio ha cedido la primacía económica y académica a São Paulo y relegado el asiento gubernamental a Brasilia sin perder, sin embargo, su hegemonía sentimental. Rio es un mundo en sí mismo y por lo tanto una arena que el espíritu libre puede adoptar como el mundo mismo. Machado de Assis hizo justamente eso. Aunque la analogía está lejos de ser exacta, puede decirse que la Rio imperial es el corazón, la Moscú del Brasil, y la imperialista São Paulo su cabeza, la San Petersburgo. Como el Dostoievski de Rio que era, Machado fue impermeable al hechizo de cualquier *Crystal Palace*.<sup>12</sup>

En el universo de Machado se encuentra, en primer lugar, el teatro humano.<sup>13</sup> Sus cuentos describen minuciosamente un estrato de grupos en ascenso: banqueros, comerciantes, hacendados, profesionales, hombres de iglesia. Sobre ellos revolotea una penumbra de nobles y senadores, vagas "influencias" coronadas por un omnipotente emperador quien sólo aparece en sueños e imaginaciones. Debajo yace una legión de funcionarios y clases dependientes, víctimas de una economía declinante y, más abajo aún, una oscura muchedumbre de sirvientes, cocheros y trabajadores excluidos por la "sociedad" y carentes de seguridad. Sofocados en el fondo de todo, están los esclavos, aplastados por la violencia moral y física. Los "liberales" critican a Machado porque, a pesar de tener algo de sangre negra, se mostró indiferente a la causa de la emancipación. Podemos

decir, sin embargo, que desde la perspectiva de su desconfianza en las causas humanas vio la abolición de la esclavitud como una excusa pergeñada por los amos para someterlos a sus esclavos a un status aún más precario, o bien como una oportunidad para el esclavo mismo de trepar el mínimo escalón necesario como para explotar a aquellos que se hallaban debajo de él. Para él su sociedad no era tanto un sistema de dominación, sino un sistema de venganza institucionalizada.

En este universo, la nueva burguesía que ocupa la atención de Machado no es la misma de Balzac; Dickens, Flaubert o James. Está insegura de su poder y su estilo es vacilante. Aspira a la gala aristocrática. Su ascendiente no proviene de la organización resulta del carácter, sino de la virtud desencadenada por un lícito o ilícito golpe de fortuna. Sus reglas de comportamiento no emanan de ella misma, sino de pautas externas. El progreso social requiere un protector o *padrinho*, y el surgimiento de un plan de vida autónomo, impermeable a la influencia personal del de arriba, puede provocar violentas represalias.<sup>14</sup>

La sociedad de Machado parece ser estática, y su enfoque es el de un analista, nunca el de un terapeuta. Al carecer de un resorte interior, el "progreso" se materializa en la forma característica de alumbrado público, tranvías, ferrocarriles y cosas similares. El protagonista del cuento corto de Machado *Evolução* (1884) es un diputado cuya carrera se funda en un intercambio continuo, completamente retórico, con críticos que afirman que la nación necesita de cabeza y corazón tanto como de estómago. De ahí, su respuesta: "*O Brasil é uma criança que engatinha; só começará a andar quando estiver cortado de estradas de ferro*" (El Brasil es un bebe que gatea; comenzará a caminar sólo cuando esté atravesado de vías férreas).<sup>15</sup> El comercio y la banca parecían introducirse en la sociedad no como una fuerza revolucionaria sino simplemente como una aflicción que producía el deterioro de las relaciones humanas, de un modo bastante similar a como la escolástica medieval veía la usura: como un comportamiento pecaminoso más que como un presagio del capitalismo. De la misma manera, el poder político no era una fuerza modeladora de la que se apoderarían los Bonaparte, sino un juego o un pasatiempo. El secreto del éxito no reside en las máximas de Samuel Smiles para la renovación del carácter, sino en los preceptos sobre comportamiento de la "teoría" de Machado, respecto de la chaqueta entorchada de medallas (1881).<sup>16</sup>

La Rio de Machado es análoga a la Kakania vienesa de Robert Musil, pero con una diferencia. La vanguardia vienesa apuntaba a una crítica de resistencia local a la modernidad, y por ende, a reformulaciones pioneras en psicología, arte y literatura, filosofía, música, y lingüística. Para Machado, en cambio, la posibilidad de que la modernización fuera "internalizada" en Rio era una sombra mucho más remota que en Viena, y el pronóstico para que esto se concrete, dadas las primeras señales, era descorazonante. Por lo tanto, apuntó sus dardos críticos contra la modernidad en sí misma y reservó un tratamiento irónico para la sociedad receptora. Así, aunque repudió el romanticismo ("aquella grande moribunda que os

geron": "aquella gran Musa moribunda que dio a luz a nuestra generación"),<sup>17</sup> también rehusó transar con el naturalismo y el positivismo.<sup>18</sup> Machado estaba, de alguna manera, en lo cierto cuando observaba que no estaba "pasando" nada. Aún hoy consideramos al Brasil como un país económicamente "dependiente"; aún se intenta incorporar innovaciones tecnológicas; el sistema republicano es aún *controvertido*; y, si pensamos en las masas, la "esclavitud" aún no ha sido abolida. Todo esto ayuda a explicar porqué Machado, con su inquisitiva imaginación, su visión heterodoxa y su probidad intelectual, se convirtió en pilar del establishment como funcionario ministerial y fundador de una Academia Galófila de Letras.<sup>19</sup>

No es que Machado fuera un "conservador" o un periodista agudo o un casual observador irónico, sino que tuvo su visión propia y coherente del espectáculo. Como carecía de elementos para hacer una interpretación dialéctica del proceso social, vio las estructuras sociales como controladas por sentimientos y pasiones de personas individuales. De ahí su fascinación por las carreras de los hombres, sus motivaciones psíquicas y los mecanismos ocultos del alma. La permanencia en esta sociedad hace que la persona pierda el control de su propio destino, adopte máscaras y deforme impulsos originalmente nobles. En las novelas del período de madurez de Machado, los problemas sociales cedían lugar a una lucha "dentro del corazón humano, donde reside su última causa; el odio, la crueldad, la codicia y la indiferencia del amor propio".<sup>20</sup> En este dominio no tendría cabida el hombre subterráneo de Dostoievski, ya que ni presenta la intrusión del cientificismo y el utilitarismo como implacable, ni produce sugerencias de redención apocalíptica. El resultado es un vasto y catalogado cuadro de moralidad que evoca, como a través de una lente distorsionante, la *Divina Comedia*. Ese mundo se comprende no por sus antecedentes, elementos y fuerzas, sino por los principios morales que discriminan el bien y el mal en todos sus grados. La versión de Dante es un dominio monótono y repetitivo de parábolas que ejemplifican el designio divino, una vida de ultratumba donde las almas pierden toda iniciativa. Aquellos que llegan al infierno y cuyo único atavío es la absoluta satisfacción de la pasión vuelan ávidamente hacia su castigo.<sup>21</sup>

El Infierno dejó su impresión perdurable en Machado. Cita a Dante veinticuatro veces, sin contar las referencias directas e indirectas.<sup>22</sup> Diecinueve citas son del Infierno (hasta tradujo el Canto XXV), y uno se siente inclinado a pensar que Rio se transforma, ante su contacto en un verdadero Infierno. Sin embargo, con sólo un Infierno, la "divina comedia" desaparece. La religión se seculariza; la línea entre el mundo y el más allá se disuelve; el arrepentimiento cristiano se hace mero remordimiento; y el diablo, exorcizado por la "ciencia", reaparece en la pseudo-ciencia, el espiritismo y las curas milagrosas. Los anillos ordenados del infierno parecen volver a surgir remodelados por Dalí en el surrealista paisaje urbano de Rio. Se necesita un guía, el *Conselheiro Aires*, no para ayudar a acarrear el agobiante peso del Verbo (Virgilio como la Razón, Beatriz como el Amor), sino para señalar los misterios y las ambigüedades y, como un

diplomático que no toma partido, prevenir amablemente contra las explicaciones fáciles en este reino de alegorías engañosas e identidades veladas.<sup>23</sup> Con todas sus sugerencias, insinuaciones y fugaces perspectivas, éste resulta ser finalmente un mundo fragmentado, carente de la fuerza de unión del amor. Aun así, y aun sin una Beatriz, hay una flor que vivirá por siempre en la solapa del Conselheiro.

#### **América Latina, 1830-1930: de las ciudades patricias a las ciudades burguesas.**

Los mensajes cifrados de Machado, vagamente sugestivos para sus contemporáneos brasileños, necesitaron décadas para atraer la atención internacional. Necesitaron que la rueda del cambio mundial girase a su favor. Entretanto, poseemos evidencias menos enigmáticas de las fricciones producidas por la modernización en las sociedades urbanas de América Latina. José Luis Romero aportó una rica muestra en su libro sobre "ciudades e ideas" latinoamericanas que abarca cinco siglos y merece un puesto junto a los estudios europeos anteriormente citados.<sup>24</sup> Aquí resultan de interés sus capítulos acerca de las "ciudades patricias" (1830-1880) y las "ciudades burguesas" (1880-1930).

El autor sostiene que las ciudades "patricias" del período de post-independencia crecieron con menor rapidez que sus hinterlands, en un momento en que las poblaciones nacionales se encontraban hasta cierto punto "ruralizadas". Tras las rupturas provocadas por la guerra y el desmantelamiento de las burocracias coloniales, el poder fue reconstruido, preferentemente en asientos descentralizados, rurales. Este fue el lógico, si bien aparentemente anárquico, apogeo de los caudillos. Sin exportaciones lucrativas y necesitadas de una actividad empresarial y financiera moderna, las ciudades más grandes asumieron el papel "parasitario" que Miguel Samper adscribe a Bogotá en 1867.<sup>25</sup> En este ambiente "pasivo", en un momento en que las ciudades norteamericanas y de Europa Occidental se hallaban en pleno auge de la industria y el comercio, los viajeros se encontraban intrigados por la coexistencia estable de tendencias criollas y extranjeras evidenciada, por una lado, en una élite enamorada de la moda francesa y, por otro, en las clases populares atraídas por, o condenadas a, las vestimentas, comidas y manufacturas locales. Los "medio pelo", en una posición intermedia, representaban una fusión poco feliz. Sin embargo, esta división era engañosa. La atracción de la clase alta por el estilo y modo de pensar europeos estaba atemperada por el orgullo del linaje; uso heredado de deferencia y apego sentimental a los orígenes regionales. Por el otro lado, lo criollo no llegaba a ser un *éthos* "nativo", ya que los únicos nativos del Nuevo Mundo eran los amerindios, quienes no habían dejado trazas ni en La Habana, ni en Río ni en Buenos Aires. Además, "nativo" implica "auténtico", como en el *narodnichestvo* ruso; y la autenticidad implica, a su vez, una base para la autoexpresión y la reconstrucción. Incluso, si siquiera en Guatemala y Ecuador la cultura amerindia pudo, más allá de vagas simpatías, ser considerada seriamente como una plata-

forma para la rehabilitación social. Desde el aventajado punto de vista cosmopolita, la cultura amerindia no era más "nativa" que aquéllas de ascendencia africana o ibérica. El eventual mestizaje del criollismo de las clases populares con inmigrantes italianos o sirios representaba una complicación más en este panorama. Esto quiere decir que una fusión plebeya de elementos exógenos podía llegar a ser más "auténtica" que la cultura señorial de las élites tradicionales.

América Latina no podía -como lo hizo-, asumir sus culturas nacionales con holgura. Tampoco se asemejaba al caso de Rusia, donde los esclavófilos se trabaron en lucha con los occidentalizantes para afirmar una cultura indígena que era más auténtica y verdaderamente cristiana que la invasora. Tampoco puede compararse con los japoneses, quienes establecieron un Instituto para el Estudio de los Libros Bárbaros (germen de la Universidad de Tokio), para mediar en lo que era mínimamente requerido del exótico Occidente en pos de la autopreservación de la sociedad receptora.<sup>26</sup> En América Latina el elemento bárbaro no era extranjero sino conspicuamente "nativo": amerindio, mestizo o ibérico medieval.

Pero ahora, otra vuelta de tuerca. Si bien los "bárbaros" latinoamericanos eran oriundos del lugar, incivilizados, algo muy similar ocurría en el siglo XVIII francés. En su estudio sobre la conversión de los "paisanos en franceses" que cobró fuerza sólo hacia 1870, Eugen Weber destaca que hasta entonces los campesinos del sur eran considerados desde la ciudad como ignorantes, supersticiosos, sucios, tímidos, grotescos, haraganes, avaros, moralmente atrofiados y usuarios de lenguajes apenas inteligibles.<sup>27</sup> Un parisino de la década de 1840 piensa que no hace falta visitar América para ver salvajes: "Los pielrojas de Fenimore Cooper están aquí". Su único destino satisfactorio era la integración a la economía nacional y a la cultura parisina. Esta visión de París correspondía a la visión inglesa sobre la sociedad en la década de 1840, ya sea en la versión del *establishment* (las "dos naciones" de Disraeli), o bien la versión revolucionaria (la polarización de clases de Engels). Estas, a su vez, eran análogas a la famosa división de Sarmiento de la sociedad argentina en civilización y barbarie (Facundo, 1845). Lo interesante es que, cuando Sarmiento visita Europa y los Estados Unidos, en 1847, cambia su esquema sobre la Argentina (ver sus Viajes). Reconoce que las sociedades europeas son tan jerárquicas y opresivas como las de la América española. La "civilización" ya no consistía en lograr un artificio urbano, sino más bien en una capacidad para la asociación cooperativa que podía hallarse en comunidades de frontera de los Estados Unidos tanto urbanas como "bárbaras".<sup>28</sup>

En ninguna de ambas versiones captó Sarmiento del todo la naturaleza de las fuerzas desatadas por la revolución industrial y sus implicaciones para la unificación nacional. Debido a que las fisuras de la sociedad francesa le recordaban la América española, pensó que la solución estribaba en el despliegue de las energías morales. No apreció el poder del capitalismo industrial para crear la integración nacional y llevar adelante el ideal de nación revolucionario y napoleónico. En América Latina esta transición se retardó, de modo que la ciudad "burguesa" de José Luis Romero

de 1880-1930, tanto como su predecesora "patricia", representaron sólo una victoria ilusoria sobre la "barbarie".

La literatura no tardó en registrar la compleja significación de la ciudad latinoamericana, ubicada en un incierto papel intermedio entre su hinterland y, del otro lado del Océano, Londres y París. Esta situación ambivalente, "accidental", la hizo vulnerable a un tipo de sátira -la visión (ingenua o maliciosa) de la ciudad presuntuosa a través de los ojos del intruso rústico- que parece abundar en la tradición literaria de las más reverenciadas ciudades europeas. En su sketch de mediados de siglo, "Un llanero en la capital", el venezolano Daniel Mendoza presenta un diálogo entre un "doctor" de ciudad, quien explica con pedantería los sucesos y costumbres de la vida en Caracas, y Palmarote, su compatriota campesino de los llanos, quien en un castellano pedestre lanza una ola de devastadoras preguntas acerca de la escena que tiene ante los ojos.<sup>29</sup> ¿Por qué un edificio tan enorme tenía que producir una cosa tan pequeña como nuestras leyes? ¿Por qué, si un espejo reflejaba fielmente la realidad, su rostro lucía tan feo? ¿Cómo podría repetir en su pueblo que la riqueza no consiste en dinero? ¿Cómo podían las monjas de un convento ser reverenciadas como "madres"? ¿Por qué había un basural en el corazón mismo de la ciudad? Comprendía, sin embargo, la razón por la que cada casa tenía su número: "así como sucede con el ganao, que habiéndose aumentado tanto, ha sido menestre pegarle un jierro". A diferencia de un campesino en París, Palmarote aún podía ofrecer una construcción alternativa del mundo.

En Buenos Aires, más grande y más cosmopolita, el dualismo de la Caracas de Daniel Mendoza se resquebrajó, aunque aún sin encontrar sucesor en los paradigmas evolucionistas de la época. El poema gauchesco Fausto, de Estanislao del Campo (1834-1880), subtítulo "Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera", podría parecer, a vuelo de pájaro, un ejercicio en la vena costumbrista de Mendoza.<sup>30</sup> Aquí se da, sin embargo, un encuentro más específico y complejo entre lo criollo y un fenómeno de importación cultural de los círculos intelectuales. El poema fue inspirado por el estreno en Buenos Aires, el 24 de agosto de 1866, del Fausto de Gounod, representado por primera vez en París, en 1859. Cuenta cómo un campesino asiste a la ópera y unos días después refiere lo mejor que puede el argumento a un amigo, hasta donde pudo entenderlo.

Apenas nos ponemos a reflexionar sobre este contrapunto entre el ingenuo y el cosmopolita, comienzan a surgir nuevos elementos. En primer lugar, aunque del Campo utilizara el idioma coloquial, él era un intelectual de ciudad; con simpatías hacia el pueblo, sin duda, pero allegado de todos modos a una tradición "urbanizada" de literatura gauchesca. En segundo lugar, ya desde la apertura del Teatro Colón en 1857 con La Traviata, del Campo había acariciado la idea de comparar el histrionismo de la escena con los sentimientos de la audiencia. Tercero, la intelligentsia argentina estaba bastante familiarizada con el Fausto de Goethe (Esteban Echeverría ya se había apropiado de sus temas) y se encontraba suficien-

temente preparada para valorar la versión de Gounod. Cuarto, el protagonista analfabeto de del Campo reproduce un relato de la ópera que hubiese requerido familiaridad con el libreto italiano o con la traducción española, publicada con anterioridad a la función en El Nacional. Por último, el protagonista mismo (un paisano, no un verdadero gaucho), llamado Anastasio el Pollo, era la réplica satírica de Aniceto el Gallo, una creación satírica ya existente del poeta gauchesco, Hilario Ascasubi (1807-1875). Anastasio no es una figura típica evidente por sí misma, como el Palmarote de Mendoza, sino un actor en un juego literario de la intelligentsia local.

A primera vista parecería que se ha cerrado un círculo: desde el mágico Fausto del folklore y la leyenda hasta los portentosos e intelectualizados Faustos de Marlowe y Goethe, desde el Fausto del consumidor burgués de Gounod, hasta encontrarse finalmente, de vuelta con Fausto folklórico de Estanislao del Campo. Sin embargo, el último eslabón no completa el circuito, ya que del Campo era un poeta urbano y no rural. Además, el público argentino era consciente de que si bien Goethe había aristocratizado a Fausto, Gounod había vulgarizado a Goethe.<sup>31</sup> El texto de del Campo revela que usó el libreto y su propio trovador para entablar un diálogo con sus amigos. Anastasio en realidad se burla de la degradación de la que es objeto Goethe, al escoger los pasajes más vulnerables del libreto. El Fausto de Goethe, quien realiza un esfuerzo titánico por trascender sus límites, queda reducido por el libretista de Gounod a una criatura de apetitos sensuales. Del Campo lo rebaja aún más:

Dijo que nada podía  
con la ciencia que estudió  
que él a una rubia quería  
pero a él la rubia no.

Lejos de ser una pieza costumbrista, el Fausto de del Campo es una fina sátira llena de ironías, cuyos personajes paisanos son interlocutores de un cenáculo literario: es la narración de una narración, una representación dentro de una representación, una reflexión sobre el drama-ópera de Goethe-Gounod tal como se presentara en la moderna y cosmopolita ciudad de Buenos Aires. Anderson Imbert lo llama una galería de espejos distorsionantes con "desdoblamiento y duplicaciones, simetrías y contrastes, entrecruzamientos y paralelos".<sup>32</sup> Y esto nos lleva a preguntarnos: si un poeta argentino puede satirizar delicadamente el mal gusto de la ópera francesa, ¿qué hay de la construcción centró-periferia? ¿Serán los argentinos los pajareros por consumir a Goethe y Gounod, o lo serán los parisinos por no consumir a Estanislao del Campo? Como profeta, del Campo mostró agilidad y visión múltiple pero no tenía la capacidad de su contemporáneo, José Hernández, autor del poema épico Martín Fierro, para remitirse y dar forma a un conjunto de temas. En este sentido, fue más un precursor de Jorge Luis Borges y Julio Cortázar que de Ricardo Güiraldes y Eduardo Mallea.

Si detectamos un viso modernista en la visión de del Campo, las cate-



gorías de José Luis Romero se suspenden, al establecerse un hilo conductor entre el pleno período "patricio" y la conclusión modernista de los años "burgueses". Esto no implica ingratitud hacia el sólido andamiaje de Romero, ya que toda suspensión supone una estructura que la soporte. La caracterización de Romero de la era burguesa como un momento de "haussmannización" de la "gran aldea", como el auge del "señor presidente" o del caudillo de la belle époque es muy aceptable. Cualquier pincelazo suyo constituye una pintura convincente. Romero nos habla de las sociedades urbanas que habían comenzado a diferenciarse de los pueblos patriarcales del interior, controlados aún por aristocracias vigorosas y homogéneas, es decir, una "democracia de hidalgos". Sociológicamente, sin embargo, las estructuras de "clientela" familiar tenían mucho más peso que las instituciones planificadas con fines específicos. Al mismo tiempo, las élites urbanas comenzaron a absorber grupos de inmigrantes y de clase media y a participar de un febril éthos de especulación y autoexaltación. Esto significó un relajamiento de los lazos familiares y antiguas hermandades, ejemplificado en el desplazamiento de los eventos religiosos por los teatros, clubes y deportes.

Las novelas naturalistas describieron la patología de esta sociedad casi-burguesa, denunciando sus males: delitos financieros, trepadores sociales, ostentación, suicidios y prostitución; mientras que los poetas y ensayistas parnasianos -a pesar del recelo acerca del materialismo y la opresión social que pudieran haber transmitido- exaltaban el gusto refinado del poderoso como opuesto a la vulgaridad y al arcaísmo de las masas. Como compensación por la pérdida de los vínculos familiares, las nuevas oligarquías intentan recobrar un carácter patricio y excluir, reprimir o pacificar a los desposeídos. Políticamente, la era del populismo o, en su forma manipulada, el "cesarismo democrático" estaba al alcance de la mano. Cuando se trataba de grupos que estaban más allá de la esfera de un mundo evolucionista y europeizado -tal como los indios de las pampas argentinas, los campesinos de Sonora y Yucatán o los "fanáticos" brasileños del interior- debían sin más ser eliminados. Los intelectuales urbanos apoyaban tales campañas asegurando a sus lectores las deficiencias innatas o adquiridas por el ambiente de los pueblos no europeos.

### Configuraciones del modernismo

Ciertas características de la patología "burguesa" descrita por Romero son aplicables a ciudades de Europa Occidental de este período. Sin embargo, como hemos comprobado en los casos de San Petersburgo y Viena, y como es evidente a partir de la Rio de Machado, no puede afirmarse que la periferia refleje el centro. Una imagen especular no tiene otra lógica autónoma más allá de la gratuita inversión de izquierda y derecha. Por el contrario, la ciudad periférica no es mimética, sino que responde a una lógica interna. París pudo haber inspirado en parte, pero nunca inventado, la "hiperconciencia" del hombre subterráneo de Dostoievski o el psicoanálisis de Freud o las parábolas dantescas de Macha-

do. Si los latinoamericanos de fin-de-siècle estaban preocupados por el arcaísmo y la entropía, esto se debía, podemos suponer, a que no vislumbraban ninguna promesa redentora de origen popular, "nativo" ni podían anticipar confiadamente de qué manera sus sociedades urbanas "modernas" irían a reproducir una dinámica para el cambio.

A principios de siglo y durante las últimas décadas de la edad "burguesa" de Romero, estos obstáculos para una prise de conscience comenzaron a deshacerse. Esto ocurría justamente en el momento en que Europa misma experimentaba una crisis de confianza: por una lado, asociada a la tecnificación, el "consumismo", la alienación y la violencia; y por otro, conceptualizada en el modernismo, las contradicciones neo-marxistas, la decadencia spengleriana y la invasión freudiana al inconsciente. La prise latinoamericana requería, precisamente, la disolución de nociones evolucionistas y de superioridad. Ahora Europa ofrecía tanto "modelos" como patologías. El desencanto weberiano respecto del centro preparó el terreno para la rehabilitación de las periferias. Por fundarse en premisas de la sociología política, la transición propuesta por Romero de ciudades burguesas a ciudades masificadas producida alrededor de 1930 deja de lado la importancia del modernismo latinoamericano. Por esta misma razón es que su análisis resulta esencial para la comprensión de lo que llamamos la "sincopación" de la respuesta latinoamericana.

Dado que ni América Latina ni el modernismo son monolíticos, una comparación, aunque sea esquemática, de algunas arenas urbanas puede ayudar a particularizar y profundizar nuestra comprensión de la prise modernista de la década de 1920.<sup>33</sup> El punto de partida obvio es São Paulo, una floreciente capital financiera y tecnológica que había surgido después de siglos de vida exigua y espartana, convirtiéndose en el centro industrial más actualizado del continente. Parecía que "fuerzas" económicas invisibles, más que ningún movimiento político comunitario, habían sido las artífices de esta transformación. En una ciudad cuyas huellas coloniales habían desaparecido, cuyas calles estaban atestadas de italianos, sirios y japoneses, cuyo cielo era perforado día y noche por las chimeneas, la libre imaginación era impulsada no a comprender sino a mirar, no a explicar sino a captar. Le fue asignado un acto de cognición. En Paulicea desvairada (Ciudad alucinada, 1922), su primer libro de versos de madurez, el "papa" del modernismo paulista, Mário de Andrade (1893-1945) se expresaba en un tono desenvueltamente lírico acerca de São Paulo.<sup>34</sup> El primer poema llama a la ciudad la comoção de minha vida (la conmoción de mi vida). Aun con su identidad histórica borrada por los negocios y la industria, São Paulo podía todavía admirarse en antiguos rastros carnalescos que arrastraban al observador en un arlequinado festival de gris y oro, cenizas y dinero, arrepentimiento y codicia. El mundo del poeta no era un mundo que él hubiese descompuesto, a la manera de un imaginero o de un surrealista; tampoco era un mundo que se había descompuesto, o perdido su centro. Se trataba más bien de un misterio que se proponía a sí mismo y que lo impulsaba a evocar una figura de polichinela, símbolo del mito antiguo y del solitario yo, celebración y

tristeza, tontería y sabiduría. La tradición cultural y la racionalización impactante se fusionaron en la poesía de Mário y en el insólito escenario de la industrial São Paulo.

Por su parte, la Buenos Aires de los años 20, reconocida por mucho tiempo como la capital comercial e intelectual de su continente, ingresó en la etapa modernista, precisamente en el momento en que su triunfante europeización comenzó a ponerse en tela de juicio. Una nota de decadencia, de ominosa advertencia, apareció de pronto tanto en la cultura de cabaret del tango como en la cultura intelectual de los literatos. Buenos Aires participó más que ninguna otra ciudad latinoamericana del *éthos* cosmopolita del modernismo occidental, de modo que los lugares comunes de la historia y la cultura regional asumieron un matiz mítico. La búsqueda se insinuaba más allá de la "realidad", en el terreno del enigma y la paradoja. El desafío central no era la cognición, sino el desciframiento.

El consumado criptógrafo de Buenos Aires es Jorge Luis Borges (1899- ), cuyo poema "Fundación mitológica de Buenos Aires" (1929) hace el descubrimiento de que la ciudad tuvo efectivamente un principio, ya que anteriormente la había juzgado eterna, como el agua y el aire.<sup>35</sup> Al hundir la mirada en el tiempo, el poema suspende la historia. Un conjunto primitivo de monstruos, sirenas e imanes que enloquecen las brújulas de los barcos, coexiste con la habanera del primer organito y una conjura, política del partido radical. Esta visión es sorprendentemente análoga al tratamiento que hace Freud de Roma: un paralelo entre la mente misma y la Ciudad Eterna, ambas concebidas como una entidad psíquica con un copioso pasado, donde "nada que haya cobrado existencia alguna vez habrá de desaparecer y todas las fases anteriores de desarrollo continúan existiendo al lado de las últimas".<sup>36</sup> La imaginación de Borges estaba tan ligada a Buenos Aires que cierta vez confesó que se preguntaba si no habría estado toda su vida reescribiendo su primer libro de versos, *Fervor de Buenos Aires* (1923).<sup>37</sup> Hacia la madurez, su preocupación central tomó la forma de desafío filosófico: distinguir entre apariencia y realidad. La arena de su búsqueda ha sido, indiferentemente, Buenos Aires o el universo.

La contraparte de Borges es Roberto Arlt (1900-1944), hijo de inmigrantes de Prusia y Trieste, cuyo marco de realidad abarcaba sólo la sociedad urbana de su tiempo y de su espacio, y, más específicamente, los ámbitos dentro de los cuales se desarrolló su vida.<sup>38</sup> Sin embargo, su testimonio fue tan intenso que trascendió el naturalismo para llegar, como Borges, al dominio de la paradoja. Con Arlt aparece en la escena argentina el hombre subterráneo. Avido lector de Dostoievski, Arlt estaba fascinado por el pequeño burgués, a quien la humillación le provee el único punto de referencia en una sociedad de la cual él está funcionalmente aislado. En un extremo, abajo, los "lumpenes", enjaulados en un mundo de aburrimiento y ferocidad, están destinados a la deshumanización. En el otro, arriba, los ricos viven más allá de las fronteras de la legalidad y la humillación. Sólo el pequeño burgués no puede dar cuenta de la contradicción entre su situación y sus valores profesados. El matrimonio es la

clásica derrota que los sentencia a la rutina eterna. El mundo de Arlt está lleno de "tremendas simetrías". La prostituta que vuelve a casa con su hombre se quita el maquillaje; la ama de casa que recibe a su marido se lo pone antes de que él llegue. El hijo de inmigrantes traiciona a la nueva patria al aceptar los ideales de sus padres, pero traiciona esos ideales al aceptar a la patria. El tema de la traición recorre toda la narrativa de Arlt, así como la cultura popular del tango y el sainete. Así tiende Arlt un puente entre Buenos Aires y la alienación dostoiévskiana del hombre urbano de occidente. Sus paradojas y laberintos, sacados de las vidas de la ciudad, sumados a aquéllos de Borges, surgidos de las fronteras de la epistemología, forman una vasta y "tremenda simetría".

En el ensayo anteriormente citado identifiqué otros dos puntos cardinales más para la prise latinoamericana modernista de la década del 20. Uno es la ciudad de México, convertida por la Revolución en un centro de irradiación donde la tarea inmediata, acometida principalmente por los muralistas, consistía en la propaganda, en el sentido original de un deber para difundir las "buenas noticias". El otro es Lima, capital de un país que fue un aparente caso de desarrollo detenido. Aquí el desafío no fue la cognición, el desciframiento, y mucho menos la propaganda, sino la búsqueda de una estrategia, de los puntos de apoyo. En términos de José Carlos Mariátegui, el meteórico intelectual marxista de los años 20, se trataba de una tarea de interpretación. Para el presente propósito, São Paulo y Buenos Aires son exponentes suficientes, ya que nos conectan más con la sensibilidad urbana que con temas nacionales. Los cuatro ambientes, sin embargo, ejemplifican ampliamente el tema de las ciudades como arena o crisoles.

#### Pronósticos postmodernistas.

En este punto de nuestra discusión seguiremos a Marshall Berman, quien interpreta la "experiencia de la modernidad" en la periferia cercana de Europa haciendo alguna alusión incidental a la América Latina en nuestro siglo.<sup>39</sup> Propone la Alemania de tiempos de Goethe como el primer caso de identidad "subdesarrollada". Aquí surge una línea de tensión entre la atracción de la reforma política y económica, y la sensación de que una nación en ascenso podría renunciar a los intereses mundanos para cultivar un modo de vida introspectivo "germano-cristiano". Su análisis de la Parte II de Fausto presenta a dicho personaje como el "revelador" arquetípico, quien hace volar en pedazos los tradicionales "balbuceos" de las Gretchens, imponiendo costos trágicos y universales. La secuela de la visión de Fausto es la marxista, que interpreta el capitalismo no como un mero mundo estólido de acumulación sistemática, sino también como un mundo de calidoscópica "obsolescencia" donde, según la frase del Manifiesto, "todo lo que es sólido se disuelve en el aire". Si el marxismo comparte las fantasmagóricas percepciones del modernismo, entonces el modernismo se convierte en el realismo de nuestro tiempo.<sup>40</sup> Pero, el desenlace marxista-modernista, ¿será necesariamente universal, o

sólo abarca lo local occidental? ¿Afrontan necesariamente las sociedades periféricas la pulverización de sus legados? ¿Deberá toda ciudad moderna lucir y pensar como París y Nueva York?

Cuando Berman se centra en el tema urbano, compara a París con San Petersburgo. A pesar de su fama con el "cerebro" cosmopolita y secular de Rusia, San Petersburgo sólo ofrecía estribos precarios para la modernización. Esto fue así sobre todo durante el gobierno del autocrático Nicolás I (1825-1855), un período de intensos cambios en el comercio y la sociedad para París y Londres. La incongruencia de una modernización formal, en este panorama congelado y represivo, dieron a San Petersburgo su reputación, labrada por Gogol y Dostoievski, de "lugar extraño y espectral". Sin embargo, el medio no llegó a neutralizar la modernidad del mismo modo que sucedió en la más liberal, más auténticamente "occidental", Río de Janeiro de Machado. En Rusia, la modernidad fue intrusa y conflictiva. Su símbolo y arena fue la Perspectiva Nevsky, tendida una generación antes que los bulevares parisinos. Vidriera para las maravillas de la nueva economía de consumo fue "el único espacio público de San Petersburgo no dominado por el Estado". Se convirtió en una "zona libre" para todas las clases sociales, para la liberación espontánea de las acorraladas fuerzas sociales y psíquicas. Aquí fue donde el hombre subterráneo de Dostoievski dejó de serpentear entre los transeúntes y se levantó para chocar de lleno contra el funcionario aristocrático.

A partir de la perspectiva Nevsky y los bulevares de Haussmann, Berman construye su comparación entre el modernismo del subdesarrollo y el modernismo de las calles parisinas. A pesar de todo el desprecio con que Baudelaire trata al "progreso", se sentía parte de un pueblo que podía movilizarse para afirmar sus derechos. "Podrá sentirse como un extraño en el universo, pero se siente como en su casa en tanto hombre y ciudadano en las calles de París". En San Petersburgo, ni estaban aún implantadas las fuerzas de producción, ni tampoco compartían los oprimidos ninguna tradición de fraternité. De ahí la importancia de la demostración callejera de un solo hombre y la necesidad de inventar una cultura política subterránea ex nihilo. Este suelo exótico infundió al modernismo "una incandescencia desesperada que el modernismo occidental, tanto más a gusto en su propio mundo, raramente pudo aspirar a alcanzar". Dostoievski enseña que una vez que los hombres subterráneos afirman sus propias abstracciones e intenciones, el "alumbrado público" espiritual de San Petersburgo se encenderá con un nuevo brillo. Esto en verdad comenzó a suceder a partir de 1905.

Berman insinúa que también América Latina, según la frase de Octavio Paz, está "condenada a la modernidad", y sustenta las confrontaciones que él utiliza para el caso de San Petersburgo. Al mismo tiempo, América Latina es una familia de países con rumbos diferentes, y no puede identificarse con certeza una sola San Petersburgo. Hemos afirmado, sin duda, que la prise rusa de la década de 1860 tuvo una secuela en la Latinoamérica de los años 20, cuando el limeño Mariátegui produjo un diagnóstico revolucionario casero comparable al de Chernishevsky, o

cuando Roberto Arlt descubrió al hombre subterráneo en Buenos Aires. Sin embargo, esto no quiere decir que estos países deban pasar necesariamente por los mismos estadios (así como tampoco reproducen los de los países desarrollados). Después de todo, los sabios mejicanos manejaban Galileo y Gassendi en su capital ortogonal antes de que San Petersburgo fuera siquiera un destello en el ojo de su fundador. La respuesta de América Latina ante la modernización ha sido a la vez más dócil y más reacia que la de Rusia, como podemos conjeturar por Machado de Assis.

Veamos un caso. La Perspectiva Nevsky precedió a los bulevares de París en una generación, mientras que la "haussmannización" de Río les siguió en otra generación. Así, este último fenómeno parece un pie de página, un reflejo. Pero la "Perspectiva Nevsky" de Machado no era la Avenida Central, tendida a través de la ciudad hacia el final de su vida, sino la estrecha Rua do Ouvidor, de diez cuadras, una calle tradicional que se convirtió en la vidriera para la elegancia europea y lugar de cita para las élites. Aquí, el ocasional esclavo borracho o la insinuante mulata eran intrusos, parias. Se trataba de un ambiente que confirmaba un status quo, no como la Perspectiva Nevsky, que lo suprimía. El maestro de escuela del pequeño pueblo de Machado se llevó, de la Rua do Ouvidor, el perdurable recuerdo de haber visto cómo llevaban a un negro a la horca.<sup>41</sup> Martínez Estrada sacó una conclusión similar respecto de la calle Florida, la gran vía comercial de Buenos Aires. Tenía, como Ouvidor, una larga tradición, y en 1823 era la única calle empedrada. Florida no es una inserción de la modernidad. Sus vidrieras encierran productos "más allá de nuestras manos y de nuestro destino"; dentro de su gran ficción "todos quieren engañarse sin utilidad"; Florida crea ilusiones, no hechos.<sup>42</sup>

Muchos historiadores, desalentados tal vez por la multiplicidad de América Latina e impacientes ante sus resistencias selectivas a los axiomas de la modernización, caen en una interpretación que hace de estos países una cola de perro del capitalismo internacional. La injerencia de la economía extranjera periodiza su tratamiento y, en todos los períodos estudiados, desde el siglo XVI hasta el XX, detectan la inexorable comercialización de los vínculos humanos y la conversión de la casta en clase. Nuestros testigos desde el interior, sin embargo, dan a entender que la cola se mueve obstinadamente. Los índices urbanos de cambio eran menos identificables, o menos grandiosos, que en San Petersburgo y Viena. La América Latina del momento no produjo ningún Dostoievski o Freud que invirtieran el espejo sobre la modernidad occidental. Los artistas modernistas de los años 20 y los novelistas desde la década de 1950, sin embargo, aportan renovadas visiones y sacan a luz nuevas cuestiones. Desafían la eficacia del "tiempo" evolucionista. Se preguntan si los traumas y moldes formativos del pasado pueden ser cancelados. Los novelistas exhortan de mil modos distintos a América Latina para que ponga límites a la racionalización y al desencanto. El modernismo es en varios sentidos congruente con lo "real maravilloso", y Paz ha dicho que sin las energías de la crítica modernista, América Latina recae en un extraviado cesarismo o una mortal trampa burocrática. Pero una vez que asoma el "juego

final" del post-modernismo de Samuel Beckett, las sendas culturales divergen más aún. El malicioso Palmarote, el ingenioso Anastasio el Pollo y el irónico exponente del *establichment*, Machado de Assis, resultan ser ya no autores raros, sino profetas. El resto de Occidente debe finalmente escucharlos a ellos y a sus sucesores.

Los "realistas maravillosos" no se sienten necesariamente atraídos, como Baudelaire, Dostoievski y Freud, por los temas de la vida urbana, ya que están hechos tanto a los avances como a las actitudes reacias. Sin embargo, la imaginación es excitada tanto por la metrópolis como por la aldea onírica, el árido interior brasileño o los confines amazónicos. Identificar espacios urbanos típicos en la América Latina contemporánea constituye un propósito que excedería la perspectiva de este trabajo. Se supone, sin embargo, que no equivalen a los bulevares parisinos ni a la Perspectiva Nevsky, y que sus ambigüedades son más antiguas que las de la Ringstrasse vienesa. Más que arenas de triunfo y trascendencia, serían arenas de acomodación y resistencia bajo la sombra de una autoridad influyente, aunque no omnipotente. Revelarían una cambiante fusión de perspectivas, que incluiría la más "moderna" y occidental -a veces desgastada- pero también la más "exótica", a menudo comprobable, "razón vital" de Ortega. El mal más acuciante estaría aquí en los pecados mortales y dantescos de la Río de Machado y no siempre en la kálfiana deshumanización de la "semi-periferia", mientras que la esperanza de salvación se atisbaría quizá más en la piedad de grupos de culto o recordativos de la historia siempre viva, que en la retórica populista y la prosa de la sociología empírica.

Cada país, cada región de América Latina posee ciertamente esas arenas. Si buscáramos aquéllas de expresión más abarcadora, las encontraríamos tal vez en el carnavalesco anillo afroamericano (desde las Antillas hasta el Brasil), donde las sociedades y las culturas se encuentran menos segmentadas que en Indoamérica y menos bloqueadas que en las tierras de Euroamérica, en el extremo sur. Uno piensa en la Tropicana de La Habana de Cabrera Infante, the **MOST** fabulous nightclub in the WORLD, o en los prodigiosos embotellamientos de tráfico de Puerto Rico de Luis Rafael Sánchez, que encierran a miles de personas en sus auto(in)móviles privados, al tiempo que los aglutina comunalmente a las radios de los coches y al ritmo y al mensaje de la guaracha de Macho Camacho: "La vida es una cosa fenomenal / lo mismo pal de adelante que pal de atrás".<sup>43</sup> Ambos escritores entretejen un "Occidente" cursi, rutinario y presuntuoso, con una cultura tosca, semicomercializada y despreciable de indeterminados orígenes afro-ibero-criollos. Hilos candentes unen de un modo complejo la riqueza a la pobreza, los turistas a los "nativos", fríos hombres de sociedad a prostitutas, psicoanálisis a terapia de choza, hegemonía retórica a poder popular, medios electrónicos a ritmos tribales. Las brillantes lámparas modernistas son reemplazadas por las titilantes luces de gas de Machado de Assis pero sólo para volver a reproducir en infinitas tomas y desde infinitos ángulos, el mismo cuadro dantesco.

Para obtener una visión más panorámica, menos mediada, el obser-

vador puede efectuar un conocimiento directo de las playas de Río. Desde los días de Machado (quien opinaba que Copacabana, unida por un túnel al centro de Río en 1892, ofrecía un lugar placentero y alejado para una casa en un dominio de arena y mar)<sup>44</sup> y desde la década del 20 (era del Copacabana Palace Hotel, un especie de sucursal alejada de la Côte d'Azur, cuya preservación como monumento histórico de los "años locos" de Río está hoy en discusión), los políticos han extendido generosamente las playas en una estrategia populista de pacificación. Sin embargo, las playas convertidas en "pan y circo" no son las vívidas como teatros. Aquí no se encuentra ni la regimentación y uniformidad masivas de Coney Island, y la "Riviera" del Mar Negro soviético, ni la segregación privatizadora según el ingreso, la preferencia sexual o tolerancia hacia la exhibición genital.

El telón se levanta sobre Río al amanecer para mostrar a los joggers extranjeros (o aparentemente extranjeros), a menudo encadenados a sus perros, ejercitándose en una reducción mecanizada, duchampiana, del fútbol y de las *scolas do samba*. Luego, la lenta invasión de bañistas de todas clases y complexiones: chicos pegados a sus gobernantas y empleadas, madres y matronas aburridas, turistas, viejos, "marginados", etc. Los grupos sociales y étnicos se agrupan pero no hay segregación; los cuerpos espectacularmente expuestos reemplazan sutilmente las jerarquías laborales por otra fundada más primitiva en el cuerpo. Los generales del ejército pueden confundirse con turistas barrigones, las grandes *dames* pueden ser prostitutas. Hacia la tarde, el fútbol y el volleyball usurpan un gran sector de la playa a los bañistas y disuelven el trotar futurista de los joggers en coreografía tribal. Entre las olas de gente y espuma se advierte ahora la penetrante resaca de los escuadrones de limpieza de la playa, en sus uniformes naranja; los vendedores de comida y refrescos, lanzándose como moscas; y los omnipresentes pequeños callejeros o pivetes, alertas ante cualquier monedero o toalla descuidada. Con el crepúsculo llegan las prostitutas, ya sea la dócil empleada que necesita comida para un hijo sin padre, ya la astuta profesional que hace prestidigitación con relojes pulsera y billeteras abultadas. Caída la noche, invisibles acólitos encienden fuegos a dioses desconocidos, invocados por el derramamiento de licor barato o bien pródigos asados y champaña. La resaca humana ha ganado su triunfo cotidiano y se reúne para su marea ascendente anual en rituales multisectoriales, disolventes de las clases: exorcismo, expiación y ruegos ejecutados por millones de personas en la víspera de Año Nuevo.

Se comprende bien porqué el antropólogo señalaba la construcción de Copacabana, de la "utopía urbana", como un lugar de "alienación".<sup>45</sup> La "cosificación", el individualismo y el "consumismo" no alcanzarán aquí a desplazar las antiguas moralidades, cofradías y actos consumatorios. Ante este espectáculo, tan moderno como atemporal, Baudelaire y, sí, hasta Dostoievski, son ahora los autores raros, curiosos, caprichosos. Y vislumbramos nuevas o renovadas fronteras de nuestra historia común.

<sup>1</sup> Pike, Burton, *The Image of the City in Modern Literature*, Princeton, 1981.

<sup>2</sup> Benjamin, Walter, *Reflections*, traducido por Edmund Jephcott, New York, 1979, págs. 146-162.

<sup>3</sup> Benjamin, W. "On Some Motifs in Baudelaire": trata de la ira impotente del poeta frente a las amorfas masas metropolitanas. *Ibid.*, págs. 155-200. Véase también su *Charles Baudelaire: A lyric poet in the era of high capitalism*, traducido por Harry Zohn, London, 1973.

<sup>4</sup> Fanger, Donald, *Dostoevsky and romantic realism*, Chicago, 1967.

<sup>5</sup> Pike, Burton, *The image of the city*, ob. cit., pág. 89.

<sup>6</sup> Fanger, Donald, *Dostoevsky*, ob. cit., pág. 126.

<sup>7</sup> Bradbury, Malcolm y McFarlane, James M., (eds), *Modernism*, Harmondsworth, 1976, cap. 3.

<sup>8</sup> Mi tratamiento de Viena se apoya en Allan Janik and Stephen Toulmin, *Wittgenstein's Vienna*, New York, 1973 y en Carl E. Schorske, *Fin-de-siècle Vienna*, New York, 1981.

<sup>9</sup> Morton, Frederic, *A Nervous Splendor, Vienna 1888/1889*, Harmondsworth, 1980.

<sup>10</sup> Woodrow, Borah, "La influencia cultural europea en la formación del primer plan para centros urbanos que perdura hasta nuestros días", *Revista de la Sociedad Interamericana de Planificación*, 5, 17, 1971, págs. 3-15.

<sup>11</sup> Adorno, Theodor W., *Introduction to the Sociology of Music*, New York, 1976, cap. 4.

<sup>12</sup> Antonio da Silva Prado (1840-1929). Viajero paulista y futuro empresario y político, visitó Londres en 1862, el mismo año de la estadía de Dostoevski. Ambos quedaron maravillados con el Crystal Palace, a diferencia de la burguesía inglesa; pero el ruso vio en éste el símbolo del árido racionalismo y mecanicismo, cosa que no hiciera el brasileño. Levi, Darel E., *A família Prado*, São Paulo, 1977, págs. 140-141; Berman, Mar-

shall, *All that is solid melts into air, the experience of modernity*, New York, 1982, págs. 236-248.

<sup>13</sup> Mi sinopsis debe mucho a Raymundo Faoro, Machado de Assis: a pirâmide e o trapézio, São Paulo, 1974.

<sup>14</sup> Cf. Weber, Max, *Economy and Society*, Berkeley, 1978, vol. I, págs. 560-563.

<sup>15</sup> de Assis, Machado, "Evolução" en *Obra completa*, vols. I y III; Rio de Janeiro, 1971-1973, 3ed; Rio de Janeiro, 1962, 2ed., vol. II, págs. 703-708.

<sup>16</sup> de Assis, Machado, "Teoria do medalhao" en *Obra*, ob. cit., vol. II, págs. 288-295. El comportamiento afectuoso, sin embargo, fue un antidoto permanente para la formalidad y la pomposidad brasileña. Cuando los teléfonos llegaron a Viena: "Las llamadas estaban limitadas a diez minutos, de los cuales por lo menos seis se gastaban en deliciosos arabescos de protocolo". (Morton, *Nervous Splendor*, 38). Esto es inconcebible en Río, donde el ingenio y la viveza facilitaron el advenimiento de la modernidad y, con ello, rejuvenecieron las jerarquías domésticas.

<sup>17</sup> de Assis, Machado, "A nova geração" (1879), en *Obra*, ob. cit., vol. III, pág. 810.

<sup>18</sup> Dickens, Thackeray, Balzac y Flaubert se encontraban en la biblioteca de Machado, pero no Zola. Su manejo de Darwin y Spencer le dieron material para "Humanitismo", su sátira sobre el positivismo en *Memórias póstumas de Brás Cubas*, 1881 y *Quincas Borba*, 1891. Jean Michel Massa, "La bibliothèque de Machado de Assis", en *Revista do Livro* 6, 1961, págs. 195-238.

<sup>19</sup> Magalhães, R. Júnior, *Machado de Assis - funcionário público*, Rio de Janeiro, 1970, 2a ed.

<sup>20</sup> Caldwell, Helen, *Machado de Assis, the Brazilian master and his novels*, Berkeley, 1970, pág. 67.

<sup>21</sup> Santayana, George, "Dante" en *Three philosophical poets*, Cambridge, 1945, págs. 73-135; Van Doren, Mark, "The Divine Comedy" en *The Noble Voice*, New York, 1946, págs. 172-230.

<sup>22</sup> Bizzarri, Edoardo, "Machado de Assis e Dante" en *O meu Dante*, Instituto Cultural Italo-Brasileiro, São Paulo, 1965, Caderno 5, págs. 131-144. También: de Andrade, Mário, "Machado de Assis" en *Aspectos da literatura brasileira*, São Paulo, 1972, 4a. ed., págs. 89-108; Massa, Jean Michel, "La présence de Dante dans l'oeuvre de Machado de Assis" en *Etudes Luso-brésiliennes* 11, 1966, págs. 168-176; Caldwell, Machado de Assis, *passim*.

<sup>23</sup> Véase Esau e Jacó, 1904 y Memorial de Ayres, 1908.

<sup>24</sup> Romero, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, 1976.

<sup>25</sup> Samper, Miguel, *La miseria de Bogotá y otros escritos*, Bogotá, 1969. También: Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, 1970, 2a ed., cap. 3.

<sup>26</sup> Jensen, Marius B., *Japan and its World, Two Centuries of Change*, Princeton, 1980, 38, págs. 44-45.

27 Weber, Eugen, *Peasants into Frenchmen, the Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, 1976.

28 Para profundizar sobre la opinión de Sarmiento a este respecto, véase Morse, Richard M., *El espejo de Próspero*, México, 1982, págs. 106-111.

29 *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*, Caracas, 1964, págs. 92-107.

30 He utilizado la edición de *Fausto* de Horacio Jorge Becco con prólogo de Jorge Luis Borges, Buenos Aires, 1969. Resulta útil el estudio crítico de Enrique Anderson Imbert, *Análisis de "Fausto"*, Buenos Aires, 1968.

31 La ópera de Gounod ni siquiera es llamada *Fausto* en Alemania, sino *Margarethe*.

32 *Ibid.*, pág. 32.

33 El balance de este apartado es una apretado resumen de una parte de otro ensayo en elaboración.

34 Andrade, Mário de, *Hallucinated City*, traducido por Jack E. Tomlins, Kingsport, 1968, edición bilingüe.

35 Borges, Jorge Luis, *Obras completas*, Buenos Aires, 1974, pág. 81. El poeta cambió posteriormente el adjetivo del título, "mitología" por "mítica".

36 Freud, Sigmund, *Civilization and its Discontents*, New York, 1961, pág. 17.

37 Borges, Jorge Luis, "Autobiographical Essay" en *The Aleph and Other Stories 1933-1969*, New York, 1971, pág. 155. (No sé de ninguna versión en castellano). La versión de *Fervor* que aparece en las *Obras* (11-52) está bastante corregida respecto del original.

38 Gostautes, Stasys, *Buenos Aires y Arlt* (Dostoievsky, Martínez Estrada y Scalabrini Ortiz, Madrid, 1977; Guerrero, Diana, Roberto Arlt, el habitante solitario, Buenos Aires, 1972; Maldavsky, David, *Las crisis en la narrativa de Roberto Arlt*, Buenos Aires, 1968).

39 Berman, *All that is solid*.

40 Véase también Lunn, Eugene, *Marxism & Modernism*, Berkeley, 1982.

41 Needell, Jeffrey, "The Origins of the Carioca Belle Epoque" (Ph.D. dissertation, Stanford University, 1982), págs. 381-386; Tati, Miécio, "Ouvridor, a sedutora" en *O mundo de Machado de Assis*, Río de Janeiro, 1961, págs. 18-24; de Assis, Machado, *Quincas Borba*, cap. 47.

42 Martínez Estrada, Ezequiel, *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, 1957, págs. 239-244 (publicado por primera vez en 1933).

43 Cabrera Infante, G., *Tres tristes tigres*; Sánchez, Luis Rafael, *La guaracha del macho Camacho*.

44 Tati, Miécio, *O mundo de Machado*, ob. cit., pág. 46.

45 Velho, Gilberto, *A utopia urbana*, Río de Janeiro, 1973, pág. 92.

## La vivienda obrera en una ciudad en expansión.

### Rosario entre 1858 y 1910.

Jorge E. Hardoy

Investigador del Internacional Institute for Environment and Development, Londres, y del Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Buenos Aires.

#### 1. Rosario entre 1858 y 1910. Aspectos demográficos y económicos

La villa del Rosario fue declarada ciudad por Ley Provincial del 3 de febrero de 1852. Siete años después, el 20 de diciembre de 1858, fue sancionada la Ley Orgánica de la Municipalidad de Rosario. Las primeras autoridades municipales electas recién asumieron sus cargos en febrero de 1860<sup>1</sup>. La historia de la ciudad y de la administración municipal están estrechamente entrelazadas durante esas décadas de transformación económica, social y física, durante las cuales un pequeño pueblo de campaña, gobernado por un Jefe de Paz, se transformó en la segunda ciudad de la Argentina, por su población y desarrollo industrial. Es la historia de una ciudad y su puerto y de una sociedad que se convirtió en intermediaria entre un interior, que se abría rápidamente a las actividades agropecuarias, y el exterior, que demandaba alimentos y productos de origen primario para sus industrias.

La población de Rosario pasó de 9.785 habitantes en 1858 a 23.169 en 1869 (fecha del Primer Censo Nacional), a 50.914 en 1887, a 91.669 en 1895 (fecha del Segundo Censo Nacional) y a 192.278 habitantes en 1910. Ninguna ciudad de la Argentina y muy pocas en América Latina tuvieron durante tan largo período tasas anuales de crecimiento demográfico tan altas: 7,86 por ciento entre 1858 y 1869, 4,52 por ciento entre 1869 y 1887, y 7,65 por ciento entre 1887 y 1895, 4,01 por ciento entre 1895 y 1900 y 5,04 por ciento entre 1900 y 1910.

Al realizarse en 1869 el Primer Censo Nacional de Población la provincia de Santa Fe contaba con 89.117 habitantes. Era la séptima provincia de la Argentina por su población. El territorio provincial estaba aún parcialmente ocupado. Vastas extensiones, al norte del río Salado y al sur de la provincia, estaban prácticamente deshabitadas e inexploradas.

Casi toda la población de la provincia se concentraba en 1869 en su área central, a lo largo de la margen occidental del río Paraná o cerca de ella, donde estaban ubicados los únicos centros poblados: Rosario (23.169 habitantes), Santa Fe (10.670 habitantes), San Lorenzo (1.367



habitantes), Coronda (1.245 habitantes), Villa Constitución (610 habitantes), Esperanza (344 habitantes) y San José. La población urbana representaba el 37,9 por ciento de la población de la provincia y en Rosario se concentraba el 68,4 por ciento de su población urbana. Ya en 1869, el 15,6 por ciento (13.939) de los habitantes de la provincia eran extranjeros.

Santa Fe era en 1869 una provincia esencialmente agrícola: el 52,8 por ciento de la población ocupada realizaba actividades primarias (ganadería, agricultura, caza y pesca), el 23,0 por ciento tenía trabajo en las incipientes industrias y en las artes manuales, el 7,1 por ciento en el comercio y el 6,5 por ciento en servicios personales. El 18,28 por ciento de la población provincial entre 16 y 70 años de edad estaban inactivos en ese año.

La provincia de Santa Fe y la ciudad de Rosario atrajeron a los inmigrantes europeos pero también a migrantes nacionales. Las razones parecen haber sido esencialmente tres: a) fuentes de trabajo; b) jornales más altos que en las provincias vecinas, y c) un buen sistema de colonización agrícola impulsada por empresarios particulares. Y en 1887, el 38,7 por ciento de los 220.332 habitantes que vivían en la provincia de Santa Fe eran extranjeros: los italianos constituían el 26,1 por ciento de la población total, los suizos el 2,6 por ciento, los españoles el 2,5 por ciento. Pero de los 136.117 habitantes de nacionalidad argentina, el 28,1 por ciento provenía de otras provincias: Córdoba, Buenos Aires, Corrientes y Entre Ríos, esencialmente. Son cifras importantes si se considera la escasa población de todas las provincias argentinas en 1887.

En 1887 el departamento de Rosario tenía 59.252 habitantes; 50.914 vivían en el municipio de Rosario. De la población del departamento 38,7 por ciento eran extranjeros (22.957), pero entre los 36.295 argentinos el 32,9 por ciento (11.946) provenían de otras provincias. De los 50.914 habitantes en el municipio de Rosario, el 41,1 por ciento (20.943) eran extranjeros. La transmigración desde otras provincias a la de Santa Fe fue durante esas décadas la más importante del país, aún más importante que hacia la provincia de Buenos Aires.

En 1887 existían en la provincia dos grandes focos de atracción: la ciudad de Rosario y el distrito Esperanza, a 50 kilómetros al oeste de la ciudad de Santa Fe, en el interior, donde se producía uno de los intentos de colonización más estables en el país. La población se repartía desigualmente en el resto de la provincia, concentrándose a lo largo de los ríos navegables y de las líneas ferroviarias. Los distritos alejados de los ríos navegables y del ferrocarril y los distritos ganaderos al norte y sur de la provincia eran los menos poblados. Aún existían en la provincia distritos casi inexplorados, otros en los que se practicaba una ganadería poco evolucionada, en base a pastos naturales, y unos pocos en donde la colonización agrícola alentaba la concentración de la población. "Todos los distritos (de la provincia de Santa Fe) en que la población no alcanza a un habitante por kilómetro cuadrado tienen su territorio distribuido entre pocos propietarios. Estos, siendo personas muy ricas, ni ocupan sus cam-

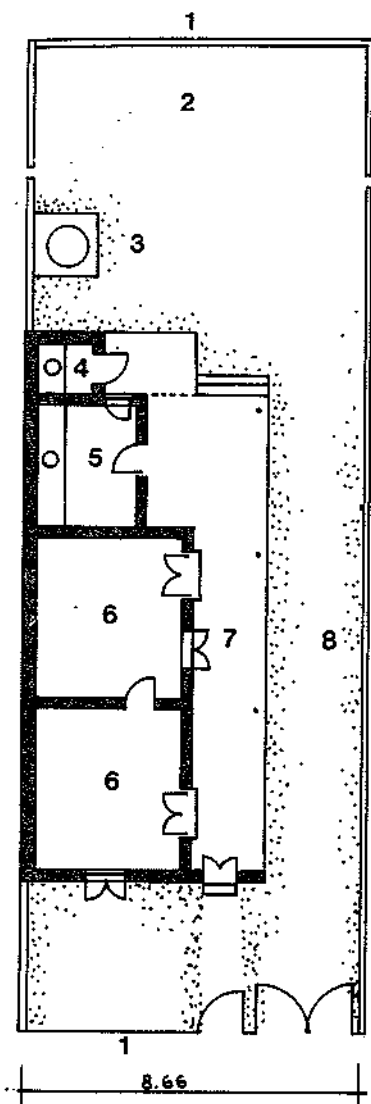
pos, ni los venden, de lo que resulta que la población no puede condensarse en ellos pues, ante todo, el habitante de Santa Fe busca la propiedad de la tierra que cultiva, o en que vive. Por el contrario, allí donde a consecuencia de la formación de colonias o por otras causas se ha subdividido la propiedad territorial acude, se condensa y echa las bases de pueblos florecientes. Pero, afortunadamente, ese estado de indivisión de las grandes propiedades no puede prolongarse mucho tiempo, por las peculiaridades del país y por la legislación vigente".<sup>2</sup> Esta versión oficial de la situación agraria en la provincia no sería mayormente modificada y explica la rápida urbanización que experimentaría el territorio provincial y el nacional en las décadas siguientes. Como asumían, correctamente, la versión oficial, el aumento de los precios incitó la venta de muchos latifundios y las herencias promovieron la lenta subdivisión de otros, pero estaban fuera del alcance de los pobladores llegados del exterior o de otras provincias. Como diría, años después, el doctor Torino, ensayista y legislador de Tucumán, inmigración y latifundio son términos que se excluyen entre sí.

La década de 1880 parece haber sido de gran optimismo para los grupos dirigentes de Rosario, a pesar de que la moneda nacional se desvalorizaba continuamente y las operaciones especulativas con la moneda se acentuaron. Durante esa década fue creado el Centro Comercial de Rosario, que se transformó en Bolsa de Cereales en 1888,<sup>3</sup> fueron construidos nuevos muelles e inauguradas varias líneas de ferrocarriles, expandiéndose el radio de acción de otras. Una serie de buenas cosechas y un incipiente desarrollo industrial respaldaban ese optimismo, reflejado en el auge de la construcción y de las especulaciones inmobiliarias.<sup>4</sup>

La década de 1890, en cambio, se inició en el país con una profunda crisis política y económica que repercutió fuertemente en Rosario. En 1891 el número de desocupados en la ciudad era tal que la Municipalidad instaló panaderías y cocinas públicas para alimentar a los pobres.<sup>5</sup> Sucesivas malas cosechas, debido a la sequía y a las mangas de langosta, mantuvieron a Rosario en una profunda crisis económica y el desaliento general se acentuó por la recurrencia de epidemias de cólera entre 1894 y 1896. La pobreza en las zonas rurales impulsó a muchos pobladores hacia las ciudades de la provincia y, especialmente, hacia Rosario, donde la población proveniente de otras provincias y de la campaña santafecina reemplazó a la extranjera en importancia.

La ciudad experimentó grandes transformaciones durante la administración del Intendente Luis Lamas (1898-1904). Fue renegociada la deuda de la Municipalidad con los bancos extranjeros; forma habitual de financiar las actividades de la Municipalidad durante los períodos de crisis, iniciadas las obras del parque Independencia y levantados diversos rieles ferroviarios que cruzaban la ciudad. Además fueron abiertos nuevos boulevares y continuadas las obras de pavimentación y de sanidad, así como extendidas las líneas de tranvías y construidos varios mercados, obras todas necesarias en una ciudad en expansión.

Con la gradual desaparición de los efectos de la crisis de la década

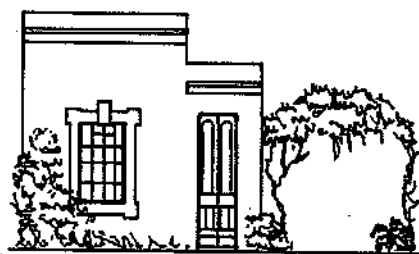


### Casa del gringo

- 1 - Alambre tejido
- 2 - Gallinero
- 3 - Horno
- 4 - Baño
- 5 - Cocina
- 6 - Habitación
- 7 - Galería
- 8 - Emparrado



EMPARRADO



FACHADA

anterior, los comerciantes rosarinos presionaron para que se concretase la construcción de un puerto moderno cuyas obras fueron inauguradas en 1902. Durante la Intendencia de Santiago Pinasco (1902-1904) fueron terminadas las obras del mercado central y expandidas las líneas de tranvías eléctricos hasta los barrios de Arroyito y Alberdi al norte de la ciudad y de Saladillo al sur. En 1906 Rosario tenía 150.686 habitantes, el 41,2 por ciento de ellos extranjeros (62.174 personas).

En 1910 la población de Rosario llegó a 192.278 habitantes (cuadro No 1). Los nacidos en el extranjero representaban el 44,7 por ciento (85.833 personas) de la población. El porcentaje de nacidos en el extranjero había continuado en aumento; los extranjeros representaron el 22,4 por ciento de la población del municipio en 1858; el 25,3 por ciento en 1869; el 41,2 por ciento en 1887 y el 41,4 por ciento en 1900. El predominio extranjero era aún mayor en los grupos de edad con más de 14 años. Los habitantes de origen italiano solamente representaban el 19,4 por ciento de la población total de la ciudad y el 43,5 por ciento de los extranjeros, y los de origen español el 13,1 y el 29,4 por ciento, respectivamente. Vivían también en Rosario importantes grupos de origen francés, inglés, uruguayo, ruso, alemán y paraguayo.

Entre los 97.895 (55,30/o) habitantes argentinos que vivían en 1910 en Rosario, predominaban los nacidos en la provincia de Santa Fe (72.386), pero existían también importantes contingentes de personas provenientes de otras provincias, especialmente de Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos y Corrientes.

La inmigración extranjera fue la principal razón de la elevada tasa de crecimiento de la población de Rosario que pasó de 112.452 habitantes en 1900 a 192.278 habitantes en 1910. Entre 1901 y 1910 el número de nacimientos en la ciudad (49.473) excedió en sólo 18.974 personas al número de defunciones (30.499) y el número de argentinos nacidos en otras provincias en 1910 (25.504), excluidas las provenientes de las zonas rurales de la provincia de Santa Fe, era apenas superior a las cifras de 1906 (21.644).

## 2. La Municipalidad de Rosario

El estado sanitario de la población, la apertura de avenidas y calles y su pavimentación, el transporte urbano, la recolección de basura, la reglamentación del uso del suelo y la construcción o alquiler y adecuación de edificios para su utilización como oficinas municipales parecen haber sido las principales preocupaciones de la Municipalidad de Rosario durante las décadas de nuestro estudio. Son todas preocupaciones derivadas de los problemas más apremiantes que enfrentaba una ciudad en rápido crecimiento demográfico y físico. El orden público estaba esencialmente en manos de las autoridades provinciales. La vivienda, otra preocupación exclusivamente municipal, pero de solución personal durante esos años, era asociada con la salud de la población y con la amenaza de frecuentes epidemias. Sin embargo, la capacidad de la Intendencia para enfrentar esas

**Cuadro No 1. Rosario. Población total y por secciones; porcentajes.  
Años 1887, 1900, 1906 y 1910.**

| Secciones                                                                       | 1887   | o/o   | 1900    | o/o   | 1906    | o/o   | 1910    | o/o   |
|---------------------------------------------------------------------------------|--------|-------|---------|-------|---------|-------|---------|-------|
| I. Municipalidad (N.E.)                                                         | 18.388 | 36,1  | 23.732  | 21,1  | 25.566  | 17,0  | 26.372  | 13,7  |
| II. Colegio Nacional (S.E.)                                                     | 13.362 | 26,3  | 34.087  | 30,2  | 44.419  | 29,5  | 51.247  | 26,7  |
| III. Estación Central Argentino<br>(Nor-centro)                                 | 10.673 | 20,9  | 28.716  | 25,5  | 37.150  | 24,6  | 41.320  | 21,5  |
| IV. Parque Independencia                                                        | 1.583  | 3,1   | 9.144   | 8,1   | 14.994  | 9,9   | 19.745  | 10,3  |
| V. Refinería (N.O.)                                                             | -      | -     | 11.928  | 10,6  | 21.758  | 14,4  | 34.684  | 18,0  |
| VI. Usina Tramway (S.O.)                                                        | -      | -     | 4.345   | 3,9   | 5.665   | 3,8   | 8.351   | 4,3   |
| VII. Población fluvial                                                          | 1.173  | 2,3   | 500     | 0,5   | 1.134   | 0,8   | 2.059   | 1,1   |
| Población islas                                                                 | 329    | 0,7   | -       | -     | -       | -     | -       | -     |
| Suburbios del municipio en<br>1887, no comprendidos en<br>los 4 Juzgados de Paz | 5.405  | 10,6  | -       | -     | -       | -     | -       | -     |
| No especificados                                                                | -      | -     | -       | -     | -       | -     | -       | -     |
|                                                                                 | 50.914 | 100,0 | 112.452 | 100,0 | 150.686 | 100,0 | 192.278 | 100,0 |

Fuentes: 1887, Primer Censo Provincial.

1900, 1906 y 1910. Primer, Segundo y Tercer Censo Municipal del Rosario de Santa Fe.

situaciones era muy limitada y el apoyo económico y técnico del Gobierno de la provincia de Santa Fe y del Gobierno Nacional sólo se concretaba cuando se confirmaban las emergencias provocadas por las epidemias de cólera o de fiebre amarilla.

Durante la década de 1850 y durante los primeros años de la de 1860, Rosario era apenas un desembarcadero visitado por algunos veleeros y vapores de ultramar. Era, y siguió siéndolo durante muchos años, un lugar de paso para los inmigrantes europeos que se dirigían hacia las colonias agrícolas del interior de las provincias de Santa Fe y Córdoba. Sus estadías, por lo tanto, eran cortas. Los inmigrantes llegados en esas décadas que decidían establecerse en Rosario no tenían otras alternativas de alojamiento que el alquiler de un cuarto o la construcción de un rancho.

Durante las décadas de 1850, 1860 y 1870 los ranchos orilleros y las improvisadas casillas construidas con materiales de desecho, constituían formas de vivienda obrera informal, propia de trabajadores sin empleo estable, encargados de la carga y descarga de los buques o temporariamente empleados en los depósitos de mercaderías y en el acarreo de los productos que transportaban las tropas de carretas y de mulas desde el interior y hacia él. Los que tenían empleos estables en el comercio seguramente vivían en los almacenes o eran pensionistas de familias locales. Algunos caseríos en las orillas de la ciudad estaban ocupados por una población que parcialmente trabajaba en ella. Ricos y pobres vivían próximos, aunque comenzaban a definirse claramente calles y manzanas con diferentes usos y diversos sectores favorecidos por los comerciantes de mayores ingresos y profesionales. Rosario era una ciudad sin industrias y sin suburbios, ya que no existían transportes públicos.

La aparición de la vivienda obrera fue el resultado de la explosión comercial de Rosario y de la consolidación de su rol intermediario entre el exterior y el interior del país, rol reforzado algo más tarde por el desarrollo de algunas industrias. En 1876 operaban en Rosario cinco molinos, dos saladeros, una fábrica de gas, cuatro imprentas y numerosas carpinterías, herrerías, hornos de ladrillos, corralones de madera, cal, etcétera; barracas, sastrerías, zapaterías y cocherías dentro del área urbanizada de la ciudad, que llegaba hasta los actuales Boulevard Oroño y Avenida Pellegrini. Esta área, que corresponde a la macro-zona central de la ciudad, estaba aún parcialmente trazada y ocupada.<sup>6</sup> Además, fuera del área trazada, existían una fábrica de baldosas, un molino, dos barracas y dos hornos de ladrillos. Nótese la importancia de los establecimientos vinculados con la construcción. Rosario contaba en 1876 con una línea de tranvías y con un ferrocarril que vinculaba el puerto con el interior, hacia Córdoba.

Las industrias se localizaban en función de la ubicación del único muelle de carga y descarga, de la conexión con las vías ferroviarias, de la posibilidad de descargar los residuos industriales y, en algunos casos, del agua para el proceso industrial. Las industrias recién se establecieron y desarrollaron al ser terminado el ferrocarril que uniría al puerto de Rosa-

rio con las ciudades de Córdoba, Tucumán y Buenos Aires. Hacia 1900 había quedado definida una zona industrial que comenzaba a unos 2.300 metros al norte del antiguo centro (plaza 25 de Mayo) y se extendía a lo largo de la costa del río Paraná hacia el norte. De sur a norte fueron ubicándose la estación de cargas y pasajeros del Ferrocarril Central Argentino (Rosario norte) con su muelle; los elevadores de granos y la barraca de Jewell, con sus muelles; la estación de cargas y pasajeros del Ferrocarril de Buenos Aires y Rosario; el Molino Nacional, la nueva estación de carga del Ferrocarril Central Argentino, el embarcadero de Oniarini, un mercado de frutos del país con su embarcadero, los establecimientos de Shiffner y de Altgelt, la Refinería Argentina, la Fábrica de Ginebra, el embarcadero de José Arijón y, aguas arriba, la planta de aguas corrientes. A pocas cuadras del río, hacia el oeste, estaban los grandes talleres del Ferrocarril Central Argentino. Otros centros de actividad industrial y laboral eran la fábrica de gas, con su muelle propio, a solo dos cuadras de la plaza 25 de Mayo, en pleno centro; la estación de cargas y pasajeros del Ferrocarril del Oeste Santafecino, 800 metros aguas abajo, y el matadero público municipal, 2.500 metros hacia el sur, donde el Boulevard Seguí (trazado pero aún no construido) llegaba la costa del río. La mayoría de las industrias de menor tamaño y algunas grandes, como el Molino La Estrella, estaban ubicadas en secciones centrales de la ciudad como la II y III.

En los barrios centrales, parcialmente urbanizados y construidos en 1900, la vivienda proletaria (por lo general, el conventillo), las fábricas, el comercio central, las sedes institucionales y de gobierno y hasta la vivienda de los ricos, se levantaban a corta distancia. A principios de siglo Rosario era aún una ciudad de pequeñas fábricas.

El Censo Municipal de 1910 fue el primero en investigar el funcionamiento de las fábricas. De los 790 establecimientos mencionados en el Censo se obtuvieron datos de 614: 430 fábricas ocupaban menos de 10 obreros, 157 entre 11 y 50 obreros, 23 entre 51 y 200 y 4 más de 201 obreros. Las cuatro fábricas que empleaban más obreros eran la Refinería Argentina, con 1.301 obreros, una fábrica de cigarros con 336, una casa que fabricaba ropa que, con la tienda adjunta, empleaba 225 obreros, y la empresa de aguas corrientes con 205. En total, el número de obreros trabajando en fábricas ascendía a 9.591. Las empresas de tranvías eléctricos ocupaban a 1.362 obreros. Estas cifras no incluyen a los obreros empleados en el puerto y por los ferrocarriles y sus talleres.<sup>7</sup> Hay que agregar 9.689 empleados de comercio.<sup>8</sup>

La dispersión de las fuentes de trabajo, con las concentraciones señaladas, produjo una inevitable dispersión de la vivienda obrera. Sin embargo, cerca de los talleres del ferrocarril y de las fábricas ubicadas en la zona norte de la ciudad y en la vecindad del puerto y de otras fábricas y talleres se desarrollaron tempranamente núcleos de vivienda obrera. Los obreros debían vivir cerca de los lugares de trabajo porque las jornadas eran largas y el transporte urbano precario. El trabajador vivía hacinado en los conventillos y en malas condiciones ambientales porque era la única

alternativa que le ofrecía el mercado en las secciones centrales de la ciudad cercanas a las fuentes de trabajo. No tenía otras opciones. El suburbio residencial fue una solución sólo para algunos obreros y empleados. La tardía aparición y el lento desarrollo de la villa miseria formada por las viviendas espontáneas, autoconstruidas con material de desecho, fue posiblemente el resultado de la lenta dispersión de las fuentes de trabajo industrial y comercial y del lento crecimiento de la red de transportes públicos. Las cinco compañías ferroviarias que entraban, en 1910, hasta cerca del centro de la ciudad contribuyeron al desarrollo de los suburbios y de diversos barrios intermedios, al establecer estaciones distanciadas entre sí por pocos centenares de metros, pero promovieron una acelerada especulación con los terrenos aún no urbanizados y, al cruzar la ciudad en todas direcciones, causaron serias perturbaciones al transporte público.

Las viviendas eran construidas privadamente para satisfacer las necesidades familiares, de acuerdo a los recursos de cada una de ellas, o eran un negocio especulativo. No fueron construidas viviendas obreras aceptables durante el período analizado. Las familias obreras formaban un mercado limitado debido a sus bajos ingresos, a la inestabilidad laboral y a sus escasas posibilidades de desplazamiento, a pesar del ferrocarril y de los tranvías.

La acción de la Municipalidad fue constante aunque limitada. Durante la década de 1860 y 1870 promovió la construcción de la infraestructura básica que necesitaban una ciudad en rápido crecimiento demográfico y físico, y una sociedad con aspiraciones altas de confort. Lo habitual era realizar contratos con privados para construir el alumbrado o pavimentar calles. Así, en 1887, contrató por 20 años el establecimiento de gas hidrógeno en la ciudad a cambio del cual la Municipalidad entregaba al concesionario un terreno de 15.000 varas cuadradas.<sup>9</sup> En 1873 la Municipalidad abrió el radio del Municipio a la construcción de tranvías aceptándose un año después la primera propuesta de un empresario privado, contrato que fue revisado en 1875 y en 1883 permitiendo la prolongación de la vía existente. En 1884 fue aceptada la propuesta de un empresario distinto para establecer una nueva línea de tranvías. Recién en 1882 fue aceptada la primera propuesta para proveer de agua corriente al municipio.

Una de las actividades principales de la Municipalidad fue la apertura de nuevas calles. En 1868 fue ordenada la apertura de dos Boulevares (Argentino y Santafecino) que corriendo de este a oeste y de norte a sur, a nueve y catorce cuadras de la plaza 25 de Mayo, constituirían los límites de expansión de la ciudad -límites muy amplios por cierto- hasta la década de 1890.<sup>10</sup> En 1874 fue ordenada la apertura de la Avenida Wheelright, paralela a la costa y a las vías del Ferrocarril Central Argentino. Siguen siendo en la actualidad tres de las principales vías de circulación de la zona céntrica de la ciudad. Ordenanzas declarando como plazas públicas a terrenos vacíos en las áreas de expansión, sancionando la apertura de nuevas calles, eran frecuentes durante esas décadas.

De diversas maneras la Municipalidad intentó mejorar la situación

ambiental de la ciudad y, de esa manera, la salud de la población. El cólera, la fiebre amarilla, las enfermedades del aparato digestivo y respiratorio, la tuberculosis y la viruela eran enfermedades recurrentes y causas principales de la elevada tasa de mortalidad, especialmente infantil. Una serie de medidas tendían a mejorar la salud de la población y la higiene de la ciudad, entre ellas, una ordenanza de 1873 obligando a vacunar a todos los niños y adolescentes; otras sancionadas en 1890, 1893, 1894 y 1895 ordenando la inspección de los conventillos y casas de vecindad y el traslado al lazareto de todos los enfermos contagiosos; otra de 1893 prohibiendo las construcciones en barro, madera, lata, etcétera en un área que coincidía, aproximadamente, con la sección I, y otra, también de 1893, creando una cuadrilla para limpiar las bocas de tormenta.

Rosario contó con un Reglamento de Edificación desde 1890. El Reglamento establecía las alturas máximas de las casas, las alturas mínimas de las habitaciones, precauciones contra los incendios y fijaba normas técnicas para la construcción de aljibes y letrinas. Un año después fueron sancionadas disposiciones para la construcción de conventillos (1891) que complementaban la anterior: las habitaciones debían tener como mínimo 4 metros de lado y 18 m<sup>2</sup> de superficie y una ventana o ventilador; los conventillos debían tener un número suficiente de letrinas y no podía utilizarse en su construcción madera y zinc dentro de los límites comprendidos por los boulevares Rosario y Timbúes, pero no fijaban el número máximo de habitantes por pieza. La higiene se reducía a ordenar que las paredes fuesen blanqueadas dos veces por año, las letrinas y resumideros desinfectados una vez por mes, las cajas de la basura forradas de zinc y se prohibía la cría de aves en los conventillos.

### 3. La vivienda popular en Rosario

#### La vivienda en Rosario durante las décadas de 1850 y 1860

El plano más antiguo que se conoce de la ciudad de Rosario fue levantado por Nicolás de Grondona en julio de 1858. La ciudad forma un triángulo de unas 224 manzanas, muchas incompletas, limitadas al sur por la calle General López, al oeste por la actual calle Dorrego y hacia el noreste por el río Paraná. En el medio del plano, cubriendo una superficie de casi seis manzanas, está marcada una laguna con el cruce de las calles Entre Ríos y San Luis como centro. Obviamente, la población ocupaba un espacio mucho más reducido.

En el plano están indicados el muelle y las bajadas que permitían a los pasajeros acceder hasta la ciudad, así como las plazas, los principales edificios públicos, casi todos agrupados alrededor o cerca de la plaza 25 de Mayo, y las oficinas de varios agentes marítimos. El centro de estas actividades era una reducida área de unas 25 manzanas, limitada por las calles Rioja al sur, Progreso al oeste, Catamarca al norte, y la costa, con las calles Córdoba y Santa Fe, y Puerto como ejes de movimiento.

En abril de 1858 fue realizado un Censo Oficial de la provincia de

Santa Fe que es el primero en suministrar información estadística sobre la vivienda en Rosario.<sup>11</sup> Con 9.785 habitantes y 1.728 viviendas de toda clase, el promedio de 5,6 habitantes por casa fue el más bajo durante todo el período analizado en este trabajo. En cambio la calidad de la vivienda era la que podría esperarse de un pueblo rural en formación, a pesar de que Rosario ya era la principal ciudad de la provincia de Santa Fe. No existían servicios de agua corriente ni de cloacas y no existían calles adoquinadas. De las 1.728 viviendas, 549 (31,80/o) estaban construidas con techo de azotea, lo que indicaría que tenían paredes de material (ladrillos); 530 tenían una planta y sólo 19 dos plantas. Existían 10 viviendas de una planta con techos de teja o de zinc (0,50/o), 411 ranchos (23,80/o) y 758 construcciones con techos de paja (43,90/o) que podrían haber tenido o no paredes de material (cuadro Nº 2 y cuadro Nº 3).<sup>12</sup>

**Cuadro Nº 2. Rosario. Altura de los edificios y materiales utilizados en la construcción. Años 1858, 1869 y 1887.**

|                            | 1858  |       | 1869  |       | 1887* |       |
|----------------------------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|
| De azotea - tres plantas   | —     | —     | 1     | —     | 10    | 0,1   |
| De azotea - dos plantas    | 19    | 1,1   | 66    | 1,7   | 339   | 4,1   |
| De azotea - una planta     | 530   | 30,7  | 1.607 | 42,6  | 3.717 | 43,9  |
| De teja, zinc - una planta | 10    | 0,5   | 7     | 0,3   | 2.929 | 34,6  |
| dos plantas                | —     | —     | —     | —     | 85    | 1,0   |
| De madera - una planta     | —     | —     | 228   | 6,0   | —     | —     |
| dos plantas                | —     | —     | 3     | —     | —     | —     |
| De paja                    | 758   | 43,9  | 1.863 | 49,4  | 1.374 | 16,3  |
| Ranchos                    | 411   | 23,8  | —     | —     | —     | —     |
|                            | 1.728 | 100,0 | 3.775 | 100,0 | 8.454 | 100,0 |

1858. Registro Estadístico de la población de la provincia de Santa Fe con sujeción al Censo Oficial levantado en abril de 1858. Copia del original levantada por orden de Gabriel Carrasco el 4 de julio de 1900. (Cuadro Nº 10).

1869. Primer Censo Nacional de Población.

1887. Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe.

\* Incluye casas habitadas y deshabitadas en el distrito Rosario que en el Censo Provincial de 1887 era equivalente al Municipio.

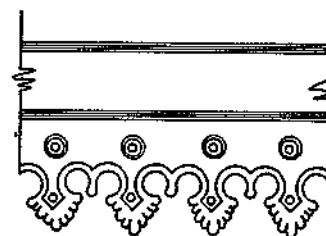
**Cuadro Nº 3. Rosario. Nº de habitantes, de casas de todo tipo (incluidos ranchos y conventillos) y servicios. Años 1858. 1869, 1887, 1895, 1900 y 1906.**

| Años | Hab.    | Nº de casas | Hab./casa | Casas por mil hab. | Por mil habitantes casas con |      |
|------|---------|-------------|-----------|--------------------|------------------------------|------|
|      |         |             |           |                    | cloacas                      | agua |
| 1858 | 9.785   | 1.728       | 5,6       | 178                | —                            | —    |
| 1869 | 23.169  | 3.775       | 6,1       | 163                | —                            | —    |
| 1887 | 50.914  | 8.790       | 5,9       | 173                | —                            | 21   |
| 1895 | 94.025  | 9.594       | 9,8       | 102                | —                            | 74   |
| 1900 | 112.461 | 13.251      | 8,5       | 118                | 19                           | 72   |
| 1906 | 150.686 | 16.546      | 9,1       | 110                | 27                           | 92   |
| 1910 | 192.278 | 22.915      | 8,4       | 119                | 30                           | 85   |

Fuente: 1869-1906, Carrasco, Gabriel, Los progresos demográficos y sanitarios de la ciudad del Rosario de Santa Fe (1887-1906). Benéfica influencia de las obras de salubridad, cuadros en págs. 18 y 19, Buenos Aires, 1907.  
1858, Registro estadístico de la población de la provincia de Santa Fe con sujeción al Censo Oficial levantado en abril de 1858.

De las décadas de 1850 y 1860 existen varias descripciones de Rosario que complementan la escasa información estadística y nos dan una imagen bastante realista de la ciudad. En 1855 llegó a Rosario en vapor el escritor y político chileno Benjamín Vicuña Mackenna. Describió así a la ciudad: "Rosario, que era hace dos años una miserable ranchería, es hoy un pueblo de importancia en que todo reluce con aire de fresca, como si hubiera sido hecho ayer, y tiene, en efecto, un próximo y vasto porvenir desde que por la segregación de Buenos Aires ha venido a ser el principal puerto de la Confederación". Vicuña Mackenna compara a Rosario con "esas ciudades improvisadas de los Estados Unidos", notando en las calles mucha actividad y numerosos talleres de artesanos, especialmente piemonteses.<sup>13</sup> El poblado ocupaba unas "veinte manzanas de caseríos bien concluidos".

Tres años después llegó a Rosario el pintor francés León Palliere.<sup>14</sup> Al igual que Vicuña Mackenna, viajó desde Buenos Aires en vapor para seguir por tierra rumbo a Mendoza. Después de describir los ranchos junto al muelle del desembarcadero, Palliere analizó el poblado: "La ciudad nueva ha sido edificada con ladrillo. Las casas son de un solo piso, es decir, de planta baja. Se construye por todas partes; hay un ir y venir; una



DETALLE CENEFA  
CORTA AGUA



COLUMNA

Fuente: César Carli, 8º al Sur del Trópico de Capricornio, Cap. 5, Buenos Aires, 1980.

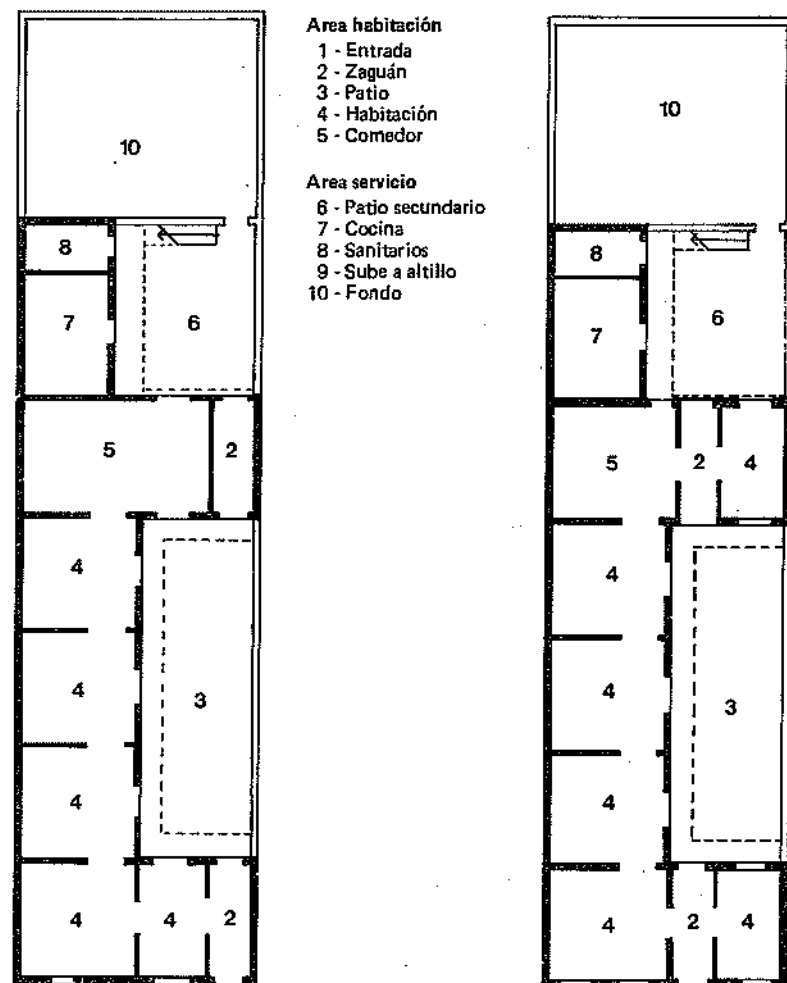


MOSAICOS DE LA GALERIA



VISTA DE LA GALERIA





gran actividad. El aspecto de la ciudad debe cambiar cada mes. La mayor parte de los habitantes son inmigrantes, principalmente colonos italianos y vascos. El puerto debe contener de doce a veinte buques de ultramar, por lo general de dos mástiles”.

Un año antes, en 1857, visitó Rosario el naturalista alemán Carlos Germán Burmeister. Su descripción de la ciudad es breve, destacando las calles sin empedrar pero con veredas cubiertas de ladrillos, la regularidad del trazado y “algunas elegantes residencias particulares” en contraste con las casas bajas y sin importancia, la mayoría de aspecto humilde. El acceso a la ciudad desde el desembarcadero se hacía por una cuesta que en los días de lluvia era tan resbaladiza hasta convertirla en intransitable. Burmeister concentró su interés en la actividad comercial de la ciudad refiriéndose a los “varios miles de carros transportando las mercaderías desde la costa a los almacenes del interior” y a los altos intereses que se pagan por el dinero poniendo en evidencia el volumen de las transacciones.

Rosario “es una de las ciudades más prósperas, florecientes y progresistas de la Confederación Argentina, escribía el viajero inglés Thomas Woodbine Hinchliff en 1861, y el lugar adonde son transportados los productos de las provincias de arriba de Córdoba, Mendoza, San Juan, Santiago del Estero, Salta y Tucumán con destino a Montevideo, Buenos Aires y otras partes del mundo”.<sup>15</sup> La población, en continuo aumento, y los nuevos edificios evidenciaban la aparición de nuevas empresas, pero la más importante sería el proyectado ferrocarril a Córdoba y al interior que promoverá el aumento y desarrollo de las riquezas del interior.

Otro viajero inglés que realizó en 1867 tres breves visitas a Rosario, utilizándola como lugar de paso en sus excursiones a estancias de compatriotas o en sus visitas al interior, fue H.C. Ross Johnson.<sup>16</sup> Su mención de “esa ciudad que crece en importancia rápidamente” al punto que fue considerada como posible capital de la República y su referencia a ser “punto de partida del Ferrocarril Central Argentino destinado a unir Chile con las provincias del Río de la Plata” es lo único rescatable de su breve texto.

Las estadísticas que incluye Thomas Hutchinson en su libro son más interesantes que sus breves e indiferentes descripciones de la ciudad y revelan el creciente volumen de tráfico que circulaba anualmente por Rosario.<sup>17</sup>

Por el puerto de Rosario se exportaban directamente a Buenos Aires, Montevideo e Inglaterra, cueros secos y salados, lana y barras de cobre de Catamarca y Córdoba; cerda, sebo, algunos cereales y plata de Córdoba y Tucumán; carne seca, durazno y peras secas, madera de Algarrobo y de cedro, tabaco y otros productos de Tucumán.

Hutchinson se refiere a “una población comercial y activa, especialmente en las calles Córdoba y San Lorenzo”, y a la existencia de un “bonito y pequeño teatro”, un mercado prolijo y bien provisto, un jardín de recreo, un refugio de gallos, y dos canchas de pelota como los únicos establecimientos públicos de la ciudad hacia 1862.<sup>18</sup>

En 1866 fue publicado en Rosario un album de 31 fotografías titulado "Recuerdos del Rosario de Santa Fe", obra del fotógrafo de origen alemán G.H. Alfeld. La mayoría de las reproducciones son vistas de la ciudad: cinco del puerto, nueve de calles, dos de plazas, cinco de edificios institucionales o privados, etc. Surge de ellas la imagen de una ciudad construida con casas de una sola planta, sin otros árboles que algunos plantados en los cuatro bordes de la plaza 25 de Mayo y los que crecían naturalmente en la barranca y en los bordes del río Paraná, con calles sin empedrar pero con angostas veredas. Sólo el depósito de la Aduana, construido en 1856, el teatro de la Esperanza, el hotel de la Paix, una casa en la esquina de las calles Puerto y Córdoba y casas en la calle Córdoba y en la calle Puerto tienen dos plantas. La fotografía de un aguador con su carro es muestra elocuente de que aún en 1866 la población dependía, para el abastecimiento de agua, de este servicio, así como de pozos de balde, instalados en las plazas 25 de Mayo y López y en otros puntos de la ciudad, y de aljibes en los patios de algunas casas.

Los datos estadísticos, las descripciones de los viajeros y las fotografías revelan los escasos recursos de que disponían los nuevos habitantes de una ciudad en rápido crecimiento demográfico.<sup>19</sup> La improvisación general, la carencia de técnicos y obreros adecuados y la falta de recursos de la recién creada Municipalidad sin duda acentuaban la impresión de "ciudad de frontera" que reflejan los textos de los extranjeros que visitaban Rosario.

Al realizarse en 1869 en la Argentina el Primer Censo Nacional de Población, Rosario tenía 23.169 habitantes y 3.775 viviendas de todo tipo; el número de habitantes por vivienda ya se había elevado a 6,1 (cuadro N 3.2). No existían servicios de agua corriente ni de cloacas. De las 3.775 viviendas, 1.674 tenían techo de azotea (44,30/o; 31,80/o en 1858) y seguramente muros de ladrillo; ya había una casa de tres plantas y 66 de dos plantas. El porcentaje de ranchos y de viviendas con techos de paja había disminuido sensiblemente: las 1863 viviendas en esas dos categorías representaban en 1869 el 49,40/o del total de viviendas (67,70/o en 1858). Las otras viviendas tenían techos de madera y algunas de tejas y de zinc (cuadro N° 2).

Las construcciones se concentraban en la sección I, limitada al sur por la calle Mendoza, al oeste por la calle Paraguay y al noreste por la costa del río Paraná. Aún dentro de las 85 manzanas que formaban la sección I, la edificación era compacta alrededor de la plaza 25 de Mayo, que marcaban el centro cívico de la ciudad y en algunas cuadras de las calles Córdoba y San Lorenzo hacia el oeste, que comenzaban a definirse como las calles comerciales y residenciales de prestigio de la ciudad. La Iglesia, la Municipalidad y la Jefatura Política rodeaban la plaza 25 de Mayo. Las otras calles de actividad comercial eran las que conectaban el centro cívico con el desembarcadero y la aduana en dirección norte-sur, como las calles Buenos Aires, Laprida y Maipú.

## La aparición y consolidación de un modelo de vivienda urbana

Durante las décadas iniciales del período estudiado adquirió forma definitiva un modelo de vivienda que fue repetido no sólo en muchas ciudades del país, especialmente en las ubicadas en las zonas agrícolas, sino también en los centenares de pueblos establecidos en la Argentina durante esas décadas. Es la casa "chorizo" o casa del "gringo", llamada así por coincidir con la época de las inmigraciones de italianos y, en general, de europeos meridionales. La planta estaba básicamente formada por dos habitaciones alineadas sin funciones específicas, apoyadas contra una de las medianeras de un lote urbano angosto de 10 varas y 8,66 metros de frente y de fondo variable, con un cuarto como cocina y un inodoro a continuación de las habitaciones principales. Una galería de unos 2 metros de ancho comunicaba por el exterior a los sucesivos ambientes convirtiéndose en el lugar de estar y de actividades generales durante los meses cálidos. Entre la galería y la segunda medianera existía un pasaje sin techar que comunicaba el frente del lote con el amplio fondo en el cual los habitantes mantenían árboles frutales, macetas con flores, con frecuencia un gallinero y, ocasionalmente, otros animales de consumo. Casi siempre el pasaje estaba cubierto por una parra. El techo era de zinc, las paredes de ladrillo, las columnas que sostenían el techo de la galería eran de hierro, y los pisos contruidos con ladrillos planos o baldosas y hasta de tierra, según los recursos de los propietarios.

En los lotes alejados del centro de la ciudad era costumbre dejar un retiro de unos tres o cuatro metros en el frente. En cambio, los lotes más céntricos, donde el precio de los terrenos era comparativamente más alto y las reglamentaciones edilicias con frecuencia lo exigían, las habitaciones llegaban hasta el frente cerrándolo completamente. En estos casos, por un zaguán se accedía a un primer patio -el centro de actividad principal- alrededor del cual se alineaban las habitaciones que servían como dormitorios, comedor y estar; un segundo zaguán comunicaba el patio con el fondo del lote al que se abrían la cocina y los sanitarios y desde donde arrancaba una escalera si la casa tenía cuartos en la planta alta. Para algunos autores este segundo modelo de vivienda unifamiliar, favorecido por la clase media urbana de Rosario y, en las fases iniciales de su formación, por la incipiente burguesía rosarina, habría sido el resultado de la subdivisión de la vivienda urbana colonial y de la primera mitad del siglo XIX.<sup>20</sup> Se ajustaba, debido a la altura de las habitaciones (4 metros mínimo según reglamentación municipal) y a pesar de la indiferencia de propietarios y constructores por la orientación, al clima de Rosario, con veranos cálidos, inviernos fríos y húmedos, y primaveras prolongadas.<sup>21</sup> Aún más importante, maximizaba el uso del frente de la vivienda en un período que se caracterizó por fuertes especulaciones con terrenos y una rápida subdivisión de la clásica manzana de 150 varas de lado. Por último, su estructura simple, sin mayores pretensiones, podía ser levantada por albañiles y constructores a un costo relativamente bajo y aun por los mismos propietarios con alguna ayuda técnica. La uniformidad de las medidas de

las habitaciones (4 x 4 metros de planta y 4 m de altura), de las aberturas y hasta de los elementos decorativos revelan aún cierta modestia de medios. Con el tiempo este modelo de vivienda se extendió a otras secciones urbanas de Rosario. A medida que la ciudad se densificó, en la zona céntrica y en las calles comerciales, fue favorecido un tipo de casa, de planta alta similar dedicada a vivienda familiar, dejándose la planta baja para salón de comercio.

El primer modelo era de gran simplicidad. Carli dice que las "casa chorizo" "atesoran ideas verdaderamente revolucionarias respecto a la simplicidad constructiva y sistematización de procedimientos. Desde el replanteo hasta las instalaciones complementarias de extrema sencillez -conductores eléctricos exteriores y aéreos, sanitarios a la turca que desagotaban en un pozo negro, y cocinas a carbón- la "casa chorizo" fue simplificada de tal modo que un modesto albañil podía construirla con solo disponer de una cuchara, una plomada y un par de andamios.<sup>22</sup> Estos dos modelos de vivienda unifamiliar, con numerosos elementos constructivos "standardizados", representaron el porcentaje más alto de las construcciones convencionales aprobadas por el Municipio de Rosario siguiendo las reglamentaciones que dictaba. Reflejan ambas la práctica constructiva de los centenares de albañiles italianos anónimos que se establecieron en Rosario durante esas décadas.

#### La vivienda popular en Rosario en 1887

Uno u otro tipo de vivienda sin duda representaban un elevado porcentaje de las 8.454 viviendas que existían en Rosario en 1887, cuando la ciudad tenía 50.914 habitantes.<sup>23</sup> Los dieciocho años transcurridos entre 1869 y 1887 deben haber sido de gran actividad constructiva si nos atenemos a una cierta disminución en el número de habitantes por vivienda (5,9 en 1887 y 6,1 en 1860) y, sobre todo, al considerable aumento porcentual de las casas de una planta con techos de teja y zinc y con techo de azotea. De las 8.454 viviendas habitadas y deshabitadas existentes en el Municipio de Rosario, 3.717 (43,90/o) eran de azotea y de una sola planta, y 2.929 (34,60/o) con techo de zinc o de tejuela, también de una sola planta (cuadro Nº 2). En cambio, el número de ranchos, casillas de madera y viviendas con techo de paja había disminuido numérica y porcentualmente: constituían en 1887 el 16,3 por ciento (1.374) del total de viviendas.

Entre 1869 y 1887 el centro de la ciudad se densificó notablemente: 339 casas de azotea (4,10/o) y 85 casas con techo de zinc o de tejuela (1,00/o) tenían dos plantas y 10 casas de azotea llegan a las tres plantas. Todas las manzanas con densidades superiores a los 151 habitantes por manzana estaban dentro de un radio de siete a nueve manzanas de la plaza 25 de Mayo, la gran mayoría dentro de un radio de cinco manzanas limitado por las calles 3 de Febrero al sur, Entre Ríos al oeste y Catamarca al norte.<sup>24</sup> En cambio, de las 780 manzanas limitadas al sur y al oeste por los Boulevares Rosarino y Timbúes respectivamente, 317 tenían me-

nos de 10 habitantes por manzana (menos de 6 habitantes por hectárea o una vivienda por hectárea), y 216 manzanas tenían entre 11 y 50 habitantes por manzana.

#### El Censo Municipal de Conventillos o Casas de Inquilinato de 1895

Es difícil precisar el número de conventillos que existían dentro de los límites del Municipio de Rosario antes de 1895. El 19 de septiembre de 1895 el Intendente Municipal, Alberto Paz, ordenó un Censo de los Conventillos o Casas de Inquilinato que fue preparado en pocas semanas. El Censo arrojó las siguientes cifras: 1.026 conventillos o casas de inquilinato con un total de 8.316 piezas habitadas por 25.082 personas que representaban el 27,170/o de la población de Rosario (94.025 habitantes).<sup>25</sup> Cada inquilinato tenía un promedio de 8,10 piezas y 24,46 personas, o sea un promedio de 3,01 personas por pieza. Como en Buenos Aires, las décadas de 1870 y de 1880 fueron en Rosario de gran actividad constructiva. Sin duda la construcción de casas con cuartos alineados a uno o ambos lados de un pasillo o corredor, con servicios precarios, cuando los tenía, levantadas con rapidez en secciones de la ciudad que comenzaban a urbanizarse, constituyó un excelente negocio. "Los propietarios de ellos (los conventillos), señala el Primer Censo Municipal de Población (1900), perciben una renta mensual que en muchos casos, al cabo de pocos años ha duplicado el capital invertido en la obra".<sup>26</sup> Por esa razón, algunos entre los industriales más importantes de Rosario en esos años, como los hermanos Semino,<sup>27</sup> barraqueros como José Arjón, firmas comerciales como las de Chozas y Urtubey, Pinasco y Castagnino, Recagno hermanos, Echesortu y Casas, y Angel Muzzio e hijos, empresarios como Gregorio Machain y Juan Canals, importadores como Chiesa y rematadores como Miguel Grandoli figuran entre los propietarios de conventillos. Muchos de ellos figuraban en las Comisiones Directivas de la Bolsa de Comercio, de la Sociedad Rural, del Jockey Club y del Club Social o formaron parte del Concejo Deliberante Municipal.

El número de piezas y de habitantes, así como la calidad de los servicios que ofrecían los conventillos censados en 1895 era muy variado pero invariablemente deficitarios para las necesidades de sus ocupantes (cuadro Nº 4). La mayoría de los conventillos tenían entre 4 y 9 habitaciones (42,90/o) o entre 10 y 25 habitaciones (43,80/o) alojando entre ambas categorías, que he denominado conventillos de tamaño chico y mediano, respectivamente, al 86,80/o de la población residiendo en conventillos. Pero había conventillos de gran tamaño alojando cada uno a centenares de personas. El más populoso estaba en el Barrio Refinería, al noroeste de la ciudad. Tenía 95 piezas ocupadas por 369 personas, entre ellas 126 párvulos (menores de 14 años). Ese inquilinato tenía una sola canilla de agua corriente y sólo cuatro letrinas o sea una letrina cada 92 habitantes. El número de m<sup>3</sup> por habitantes (25,7m<sup>3</sup>) era algo superior a la Ordenanza Municipal establecida el 10 de diciembre de 1891 para este tipo de construcciones. Entre los inquilinatos clasificados como muy grandes en

**Cuadro Nº 4. Rosario. Número de conventillos clasificados según su tamaño. Año 1895.**

| Denominación | No de piezas | No de conventillos | No sobre total de conventillos | No de piezas | O/o sobre total de piezas | No de habitantes | O/o sobre total de habitantes | No de habitantes por pieza |
|--------------|--------------|--------------------|--------------------------------|--------------|---------------------------|------------------|-------------------------------|----------------------------|
| Muy grandes  | 51 o más     | 6                  | 0,6                            | 413          | 5,0                       | 1.217            | 4,9                           | 2,94                       |
| Grandes      | 26-50        | 15                 | 1,5                            | 528          | 6,3                       | 1.530            | 6,1                           | 2,89                       |
| Medianos     | 10-25        | 277                | 27,0                           | 3.644        | 43,8                      | 9.934            | 39,6                          | 2,72                       |
| Chicos       | 4-9          | 670                | 65,3                           | 3.569        | 42,9                      | 11.851           | 47,2                          | 3,32                       |
| Muy chicos   | 1-3          | 58                 | 5,6                            | 164          | 2,0                       | 550              | 2,2                           | 3,35                       |
|              |              | 1.026              | 100,0                          | 8.318        | 100,0                     | 25.082           | 100,0                         | 3,01                       |

**Fuente:** Municipalidad del Rosario, Memoria. Año 1895. 1er. semestre de 1896. Rosario, 1896, págs. 276-324.

el cuadro Nº 3.3, éste era el que presentaba los peores niveles de mantenimiento, sanitarios y de hacinamiento (3,88 personas por pieza). Era propiedad de José Arijón, empresario y hacendado natural de Galicia, radicado en Rosario en 1866. En las proximidades del lugar donde ordenaría la construcción del conventillo, Arijón compró en 1882 un saladero que luego reemplazó por una barraca en la que acopiaba madera y productos del país. "Los cuartos de Arijón", como se conocía localmente al conventillo hasta hace unas décadas, fueron posiblemente arrendados por el propio Arijón a sus empleados.

En el Barrio Refinería se concentraban 29 inquilinatos con un total de 449 piezas ocupadas por 1.716 personas, entre ellas 815 párvulos (47,50/o). El barrio tomó su nombre de la Refinería de azúcar que comenzó a operar en 1889. En 1887 el Barrio Refinería, ubicado dentro de los límites de la sección V del Municipio, estaba aún muy poco poblado, pero en 1900 la sección V ya contaba con 11.928 habitantes, que se elevaron a 21.758 en 1906 y a 34.684 en 1910 (cuadro Nº 1). La sección V estaba esencialmente ocupada por obreros. Sus habitantes encontraban empleo en la Refinería, en los talleres del Ferrocarril Central Argentino, en el puerto y en otras fábricas localizadas en la misma sección que ofrecía a las industrias la ventaja de conexiones ferroviarias y de muelles para el embarque y desembarque directo desde los vapores. La misma empresa Refinería Argentina era propietaria de un inquilinato de 44 piezas ocupadas por 155 personas, entre ellas 106 párvulos (68,380/o).

Además del Barrio Refinería, los conventillos estaban dispersos en la ciudad, con mayor concentración en ciertas calles de la sección III, como el Boulevard Santafecino (actual Boulevard Oroño), Alvear, Balcarce, Moreno, Dorrego y las calles transversales, a pocos centenares de metros de la estación del ferrocarril Central Argentino y en la cercanía del puerto. La sección III tuvo un rápido crecimiento demográfico entre 1887 y 1900. Otros distritos donde se concentraban los conventillos eran las manzanas cercanas a la vieja estación de cargas y pasajeros del ferrocarril Oeste Santafecino, en la sección II, y al noreste del proyectado parque Independencia, en la sección IV, la sección de más rápido crecimiento demográfico entre 1887 y 1900.

Ni el Censo de Conventillos de 1895 ni la Memoria Municipal de esos años incluyen información estadística sobre otros tipos de vivienda popular.

#### El Primer Censo Municipal de Población de Rosario: 1900

No existe para los años posteriores a 1895 una información tan detallada sobre el número, calidad y ubicación de los conventillos en el municipio de Rosario. Su número fue en aumento, si comparamos el número de conventillos con cinco piezas o más que existían en 1900 -único dato que suministra el Censo Municipal de ese año- con los que existían en 1895. En 1895 había 844 conventillos con cinco piezas o más y un total de 7.738 piezas y su número ascendió a 1.188 en 1900 con un total de 10.048 piezas.<sup>28</sup>

La construcción de edificios para servir de conventillos era frecuente y la municipalidad ejercía sobre ellas inspecciones periódicas para mejorar sus condiciones sanitarias. Aún así, en el texto del Censo Municipal de 1900 se reconoce que entre los conventillos construidos durante los últimos años, no superan el 10% los que "reunen todas las comodidades y prescripciones que exigen las leyes de la higiene".<sup>29</sup> En 1900 todavía existían 255 conventillos de cinco piezas o más sin baños; de ellos 204 dentro de los límites fijados por los Boulevares Argentino (Av. Pellegrini) y Santafecino (Bd. Oroño), que eran los más densamente ocupados, y 54 fuera de esos límites. El número de baños por conventillo era de 1,3 y en 1900 el número de piezas por conventillo de cinco piezas o más, con baño o sin él, era de 8,45.

Hay una nota optimista aunque equivocada en la Memoria presentada al Concejo Deliberante por el Intendente Municipal Luis Lamas correspondiente a los años 1901-1903: "El conventillo de otros tiempos y de otros pueblos, sugiere la Memoria, sucio, sin aire y sin luz, sin sumideros, sin comodidad alguna, puede asegurarse que no existe. Hoy impera en ellos la higiene y una relativa comodidad, porque en muchísimos hay cloacas, cuartos para baños, etc., se impide la aglomeración de personas en las piezas, se prohíbe tener criadero de aves o animales, y en casos especiales se requiere la intervención de la Asistencia Pública para los aislamientos o medidas que correspondan, evitando así el desarrollo de enfermedades infecto-contagiosas".<sup>30</sup>

Sorprenden el número de conventillos que cita el Intendente en su Memoria dentro de los boulevares Timbúes y Rosarino, cuyo trazado corría paralelo y a 9 cuadras al oeste y al sur de los dos Boulevares más centrales. De acuerdo a la Memoria existían 1.758 conventillos o casas de inquilinato con cuatro o más piezas: 573 tenían cloacas (32,60/o) y 1.298 tenían cuarto de baño (73,80/o). Estos datos son muy distintos a los presentados en los sucesivos Censos.

En agosto de 1899 la Intendencia Municipal presentó al Concejo Deliberante de Rosario un proyecto de construcción de casas para obreros siguiendo el ejemplo de diversas ciudades europeas.<sup>31</sup> Se pretendía animar a los inversores privados para que contribuyesen con sus capitales a la construcción de viviendas obreras, eximiéndolos durante diez años del pago de todo impuesto y servicio. La iniciativa no encontró respuesta y en la Memoria correspondiente a los años 1901-1903 la Intendencia se pregunta si ese retraimiento se debía al estado económico de la época, al estancamiento de la edificación o al temor de los inversores de obtener ganancias menores que las que obtenían construyendo viviendas edificadas expresamente para que sirviesen como focos insalubres, una obvia referencia a la construcción de conventillos.<sup>32</sup>

En esos años la Intendencia estaba dedicada a desalojar las viviendas "construidas a la ligera alrededor de los grandes talleres y fábricas", en aglomeraciones que no tenían en cuenta las normas mínimas de salubridad. La razón invocada es la imposibilidad de higienizar esos barrios espontáneos.

## El Segundo Censo Municipal de Población de Rosario: 1906

Una comparación mejor puede hacerse con los datos suministrados por el segundo Censo Municipal de 1906. Los 1.026 conventillos, con 8.318 piezas en el año 1895, han crecido en número hasta los 1.330 conventillos con 10.652 piezas en 1906 (cuadro N° 5). El promedio de piezas por conventillo en 1906 (8,0 piezas) es apenas inferior al de 1895 (8,11 piezas). En cambio, parecen haberse producido durante esos once años algunos desarrollos interesantes en la construcción y localización de conventillos. El primero fue la aparición de conventillos con dos plantas, fenómeno característico en algunas de las manzanas más densamente ocupadas, donde el precio de la tierra era alto. La mayoría de los conventillos con dos plantas estaban en las secciones I, II y III, las más densamente ocupadas.<sup>33</sup> El segundo fue la construcción cada vez más frecuente de conventillos fuera de los límites de los Boulevares, siguiendo las tendencias de expansión física de la ciudad hacia el oeste y hacia el sudoeste. Hacia 1895 las manzanas vecinas al Boulevard Santafecino (Oroño) y al Boulevard Argentino (Avenida Pellegrini) comenzaban a densificarse, aunque predominaba cierta preferencia por ocupar las manzanas vecinas a la costa del río Paraná, cerca de la estación Rosario Norte. Pero la ciudad comenzaba a poblarse en el área intermedia-entre esos Boulevares y los Boulevares Timbúes, al oeste, y Rosarino, al sur. La tercera característica fue un mejoramiento de los servicios con que contaban los conventillos.

**Cuadro N° 5. Rosario. Número de viviendas de los sectores de bajos ingresos, de habitaciones y servicios por secciones municipales. Año 1906.**

| CASAS DE INQUILINATOS |             |    |                   |     |                       |         |       |               |              |
|-----------------------|-------------|----|-------------------|-----|-----------------------|---------|-------|---------------|--------------|
| Secciones             | N° de pisos |    | Total de habitac. |     | Casas con servicio de |         |       | Total general |              |
|                       | 1           | 2  | 1                 | 2   | Agua corriente        | Cloacas | Baños | Casas         | Habitaciones |
| I                     | 118         | 12 | 1.015             | 184 | 131                   | 95      | 110   | 130           | 1.199        |
| II                    | 406         | 7  | 3.198             | 62  | 383                   | 145     | 322   | 413           | 3.260        |
| III                   | 470         | 12 | 3.611             | 123 | 475                   | 128     | 409   | 482           | 3.734        |
| IV                    | 161         | 1  | 1.125             | 4   | 148                   | 65      | 97    | 162           | 1.129        |
| V                     | 122         | 3  | 1.185             | 21  | 117                   | 4       | 82    | 125           | 1.206        |
| VI                    | 16          | 2  | 113               | 11  | 6                     | 6       | 6     | 18            | 124          |
| Total                 | 1.293       | 37 | 10.247            | 405 | 1.260                 | 443     | 1.026 | 1.330         | 10.652       |

### CASILLAS DE MADERA

| Secciones | Nº de pisos | Total de habitac. |       | Casas con servicio de |         |       | Total general |              |
|-----------|-------------|-------------------|-------|-----------------------|---------|-------|---------------|--------------|
|           |             | 1                 | 2     | Agua corriente        | Cloacas | Baños | Casas         | Habitaciones |
| I         | —           | —                 | —     | —                     | —       | —     | —             | —            |
| II        | —           | —                 | —     | —                     | —       | —     | —             | —            |
| III       | 35          | —                 | 51    | 33                    | 1       | 2     | 35            | 51           |
| IV        | 22          | —                 | 29    | 5                     | —       | —     | 22            | 29           |
| V         | 868         | —                 | 1.699 | 547                   | —       | 14    | 868           | 1.699        |
| VI        | 25          | —                 | 45    | —                     | —       | —     | 25            | 45           |
| Total     | 950         | —                 | 1.824 | 585                   | 1       | 16    | 950           | 1.824        |

### RANCHOS

| Secciones | Nº de pisos | Total de habitac. | Casas con servicio de |         |       |
|-----------|-------------|-------------------|-----------------------|---------|-------|
|           |             |                   | Agua potable          | Cloacas | Baños |
| I         | —           | —                 | —                     | —       | —     |
| II        | 187         | 319               | 31                    | —       | —     |
| III       | 83          | 119               | 76                    | —       | 5     |
| IV        | 39          | 53                | 3                     | —       | 1     |
| V         | 39          | 78                | 5                     | —       | —     |
| VI        | 67          | 251               | —                     | —       | —     |
| Total     | 415         | 820               | 115                   | —       | 6     |

Fuente: Segundo Censo Municipal de la Ciudad del Rosario de Santa Fe levantado el 19 de octubre de 1906, Rosario, 1908, págs. 282 y 283.

En 1906, el 94,70/o de los conventillos tenían agua corriente, y sólo el 33,30/o cloacas (cuadro Nº 5). Subsistían en el Municipio 415 ranchos, con un total de 820 habitaciones, fuertemente concentrados en las secciones II y III, junto a la costa, y en la sección IV, que constituía uno de los nuevos suburbios de la ciudad. Los ranchos no tenían servicios de cloacas ni baños pero el 27,70/o tenían acceso al agua corriente, posiblemente canillas ubicadas en algún rincón del área que ocupaban. Existían también 950 casillas de madera con 1.824 habitantes, sin servicios de cloacas y baños, pero el 61,50/o tenían acceso al agua corriente, posiblemente en la misma forma que los ranchos. No existían casillas de madera en las

secciones I y II y la abrumadora mayoría (91,40/o) estaban en la sección V, otro de los nuevos suburbios de la ciudad.

El Censo no definió la diferencia entre ranchos y casillas de madera. Los primeros, sin duda, ocupaban ilegalmente terrenos públicos y privados, y por descripciones de años posteriores, constituían villas miserias con características similares a las que han sido notorias en las ciudades contemporáneas. Entre las casillas pueden haber existido muchas construidas sobre terrenos adquiridos legalmente, si nos atenemos a su concentración en la sección V, donde fueron lanzados años antes algunas urbanizaciones para sectores de bajos ingresos, y el elevado porcentaje con acceso al agua corriente, pero posiblemente otras habían sido instaladas en terrenos ocupados ilegalmente.

De todos modos, de acuerdo al Censo Municipal de 1906, los ranchos y casillas constituían el 13,50/o del total de viviendas, excluidos los negocios, existentes en Rosario, y los conventillos el 13,20/o (cuadro Nº 6), pero el porcentaje de la población que vivía en estos tipos de vivienda era sensiblemente más alto.

### El Tercer Censo Municipal de Población de Rosario: 1910

El doctor Juan Alvarez, secretario de la Intendencia y Director del Tercer Censo Municipal de Rosario levantado el 26 de abril de 1910, al someter el Censo a la consideración del Intendente Municipal, ponía en evidencia la existencia de fuertes contrastes en la ciudad y, de una numerosa población viviendo en pésimas condiciones sanitarias.<sup>34</sup> Siendo los aspectos sanitarios, por su incidencia en la mortalidad de la población, una de las grandes preocupaciones de la Municipalidad de Rosario durante esas décadas -y de casi todas las Municipalidades del país también- es lógico que Alvarez enfocase en ellos la atención de su carta al Intendente, a veces con un detalle que sorprende dada la brevedad del texto (unas 2.200 palabras) y los diversos problemas de una ciudad que había casi cuadruplicado su población en 23 años (1887-1910) y la había veintuplicado en 52 años (1858-1910).

Alvarez planteó con claridad la situación de la vivienda en una ciudad en rápido crecimiento demográfico y en la que muchos obreros no encontraban empleo estable o adecuadamente remunerado: "...al librar casi por completo a la iniciativa privada el problema de construir viviendas cómodas para los nuevos pobladores, dista mucho de aproximarse a soluciones satisfactorias, ya que el esfuerzo de los particulares, con ser enorme, se orienta sólo en el sentido de la mayor ganancia".<sup>35</sup> "Y contrasta la riqueza existente que permite el funcionamiento simultáneo de cinco teatros, quince cinematógrafos y un hipódromo, los bancos que rebosan de capitales, y la rápida valorización de los inmuebles, con la existencia de barrios enteros en el más completo abandono por carecer la Municipalidad de recursos y porque la población no se acostumbra a tomar en serio esta clase de problemas".<sup>36</sup>

De los censos analizados en este trabajo, el Tercer Censo Municipal



Cuadro No 6. Rosario. Materiales de construcción y tipos de vivienda, servicios y habitantes por cuarto. Año 1906.

| Secciones  | Nº habi-<br>tantes | Casas de material |                   |          | Casillas<br>de madera<br>y zinc | Ran-<br>chos<br>barro | Casas con servicios |         |       |       | Sin especificar | TOTAL   |      | Habitantes<br>por<br>Cuarto |
|------------|--------------------|-------------------|-------------------|----------|---------------------------------|-----------------------|---------------------|---------|-------|-------|-----------------|---------|------|-----------------------------|
|            |                    | Particu-<br>lares | Inquilini-<br>tos | Negocios |                                 |                       | Agua<br>corriente   | Cloacas | Baños | Casas |                 | Cuartos |      |                             |
|            |                    |                   |                   |          |                                 |                       |                     |         |       |       |                 |         |      |                             |
| I          | 25.566             | 1.714             | 150               | 972      | —                               | —                     | 2.806               | 2.418   | 2.342 | 11    | 2.827           | 17.167  | 1,48 |                             |
| II         | 41.419             | 2.751             | 415               | 850      | —                               | 187                   | 3.720               | 1.434   | 3.365 |       | 4.201           | 17.640  | 2,34 |                             |
| III        | 37.150             | 2.570             | 482               | 905      | 35                              | 83                    | 3.711               | 1.194   | 2.483 |       | 3.875           | 17.465  | 2,12 |                             |
| IV         | 14.994             | 848               | 162               | 171      | 22                              | 39                    | 987                 | 252     | 426   |       | 1.242           | 4.134   | 3,62 |                             |
| V          | 21.758             | 1.955             | 125               | 664      | 868                             | 39                    | 2.724               | 16      | 870   |       | 3.649           | 10.073  | 2,16 |                             |
| VI         | 5.665              | 442               | 18                | 54       | 25                              | 67                    | 69                  | 57      | 47    |       | 606             | 2.281   | 2,48 |                             |
|            | 149.550            | 10.078            | 1.330             | 3.616    | 950                             | 415                   | 14.017              | 5.371   | 9.533 | 11    | 16.400          | 68.760  | 2,17 |                             |
| Pob. rural | 1.134              |                   |                   |          |                                 |                       |                     |         |       |       |                 |         |      |                             |
| Pob. total | 150.684            |                   |                   |          |                                 |                       |                     |         |       |       |                 |         |      |                             |

Fuente: Segundo Censo Municipal de la Ciudad del Rosario de Santa Fe, levantado el 19 de octubre de 1906, Rosario, 1908, pag. 281.

(1910) es uno de los que mayor información incluye sobre la vivienda. De los 2.006 conventillos censados, 1.992 (99,30/o) estaban conectados al sistema de aguas corrientes y 948 (47,20/o) al sistema de cloacas, eliminando los demás las aguas servidas mediante sumideros. Este dato es ilustrativo con respecto a la ubicación de los conventillos dentro de los distritos servidos con esos dos servicios. En cambio sólo 147 conventillos (7,30/o) estaban iluminados con luz eléctrica y sólo 10 mediante gas, utilizándose lámparas de kerosene en 1.455 (72,50/o) y otros sistemas en los demás. El Censo Municipal de 1910 no especificaba el número de habitaciones por conventillo, pero el texto es elocuente: "Cuarenta y cinco mil novecientos veintiseis seres humanos (45.926) viven en los dos mil seis (2.006) conventillos de la ciudad, arrojando un promedio de 1,4 piezas por cada familia".<sup>37</sup> Esa población, entre la que había 16.450 niños menores de 14 años, representaba el 23,880/o de la población de Rosario en 1910. Los 2.006 conventillos tenían en total de 16.176 piezas, o sea 8,06 piezas por conventillo, promedio casi idéntico a las 8,01 piezas por conventillo existentes en 1906. Es sorprendente el número de conventillos construidos entre el Segundo (1906) y Tercer Censo Municipal (1910), un breve lapso de cuatro años durante los cuales la población de Rosario creció en 41.592 habitantes. Según el Censo Municipal de 1906 existían en Rosario 1.330 conventillos y de acuerdo al Tercer Censo Municipal (1910) existían 2.006. Un aumento de 676 conventillos y de 5.520 habitaciones en conventillos habrían podido albergar a los promedios de personas por pieza que existían en 1895, según el Censo Municipal de Conventillos (3,01 personas por pieza), a 16.675 personas, o sea al 39,90/o del crecimiento de población entre 1906 y 1910.

Alvarez menciona que entre 1906 y 1910 fueron construidas en Rosario, "más de 3.000 casillas levantadas a toda prisa, en cualquier parte, con latas, con cajones viejos, con el primer material disponible; en ellas se albergan como pueden millares de personas, sin cuidarse de si la Municipalidad estará o no en condiciones de dotar de pavimentos, y alumbrados y cloacas, y servicios de limpieza a esos nuevos barrios formados en el mayor desorden y con la más completa ausencia de previsión".<sup>38</sup> Las 3.000 casillas construidas, según Alvarez, durante esos cuatro años, podrían haber albergado a unas 15.000 personas estimando una familia promedio de 5 miembros y una familia por casilla. Esta cifra representaría el 32,60/o del crecimiento demográfico de Rosario entre 1906 y 1910 que, sumada a la población incorporada a los conventillos durante el mismo período llevarían a un total del 72,50/o. Es decir, casi 3 de cada 4 nuevos habitantes incorporados a la unidad entre 1906 y 1910, se alojaron en conventillos o en casillas malsanas, sin servicios urbanos o con servicios urbanos muy precarios.

Lo que para muchos tal vez fuese una solución provisoria, se convertiría para la inmensa mayoría en una alternativa casi ineludible. Así surgieron y se expandieron, barrios como el de Las Latas, cerca de la unión de la calle Salta con la Avenida Castellanos (sección V), vecino a los nuevos talleres del Ferrocarril Central Argentino, o la Quema, cerca de la

costa y no lejos del hospicio de huérfanos (Laprida y Cerrito) y de la estación del ferrocarril Córdoba y Rosario, en plena sección II.<sup>39</sup> La actividad constructiva en Rosario fue durante esos años importante y en aumento. El Censo de 1906 especifica un total de 16.546 casas de todo tipo, y el de 1910 menciona un total de 22.915 casas, entre ellas, 21.354 disponibles, 784 desocupadas, 473 en construcción y 304 ocupadas por establecimientos públicos. Lamentablemente ambos Censos no desagregan las viviendas incorporadas durante el período intercensal por tipos de vivienda, y una relativa mejoría en el número de habitantes por casa y en el número de casas por mil habitantes, no oculta un deterioro en la calidad de la vivienda y, posiblemente, en el porcentaje de casas servidas con agua potable.

El Censo Municipal de 1910 no suministra datos generales sobre alquiler pero aclara que, "el negocio de sub-arrendar piezas resulta floreciente, como consecuencia de la escasez de alojamiento".<sup>40</sup> En cambio, el Censo de 1910 incluye apreciaciones sobre los alquileres promedio por pieza de conventillo.<sup>41</sup> El promedio general en los 2.006 conventillos censados era de 15\$ por pieza por mes, oscilando entre un mínimo de \$5 y un máximo de \$25. En 1910, un peón trabajando 8 horas diarias en un aserradero de madera o en una carpintería mecánica, fábrica de escobas o curtiembre, ganaba entre 2,50\$ y 3,00\$ diarios, los peones en los frigoríficos ganaban entre 3,00\$ y 3,50\$ diarios, en la refinería de azúcar 2,75\$, los estibadores 4,50\$, los peones albañiles entre 2,50\$ y 2,75\$ diarios. Aunque las huelgas eran frecuentes, muchas veces motivadas por mejoras sociales -jubilación, por ejemplo- y de trabajo, el problema fundamental era la continuidad laboral.

En esos años fueron iniciados algunos barrios de casas económicas. En el Barrio Arrillaga su promotor, el Dr. J. Daniel Infante, vendía a cuotas mensuales pequeños lotes individuales con simples casillas de dos ambientes o casas de material con tres a cuatro habitaciones sobre calles pavimentadas y servicios de agua potable, electricidad y tranvía eléctrico. Al parecer, el éxito de esta iniciativa lo llevó a iniciar el Barrio Mendoza. Iniciativas similares fueron promovidas por empresarios privados en los barrios del Arroyito, al norte de la ciudad; en el Saladillo, al sur y en Barrio Calzada.

## NOTAS

<sup>1</sup> De acuerdo a la Ley Orgánica de la Municipalidad, podían ser elegidos municipales (concejales) todo vecino de la ciudad nacional o extranjero mayor de 25 años, con un capital de 2.000 pesos o, en su defecto, profesión, arte u oficio que le produjese una renta equivalente (art. 4). El carácter limitativo de la Ley es obvio.

<sup>2</sup> Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe, 6, 7 y 9 de junio de 1887, pág. LXVII I.

<sup>3</sup> El primer presidente del Centro Comercial de Rosario, creado en 1884, fue Gregorio J. Machain, prototipo del grupo dirigente de la ciudad en esas décadas. Fue presidente del Concejo Deliberante en varias ocasiones. Presidió el Club Social y la Comisión Popular para la Defensa Sanitaria de la ciudad. Fue consejero de los Bancos Nacional, Hipotecario Nacional y del Banco de Italia y Río de la Plata. Murió en Rosario en 1916.

<sup>4</sup> Alvarez, Juan, *Historia de Rosario (1869-1939)*, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 1981 (originalmente publicada en 1943). Alvarez califica a la década de 1880 como de optimismo exagerado y de crisis de progreso, véase cap. XX, págs. 472-501.

<sup>5</sup> La mendicidad fue oficialmente permitida y reglamentada por Ordenanza Municipal del 12 de diciembre de 1879, mientras no fuese construido un Asilo de Mendigos.

<sup>6</sup> Carrasco, José Gabriel, *Guía civil y comercial de la ciudad del Rosario y su municipio, 1876*, Imprenta de E. Carrasco, Rosario, 1876.

<sup>7</sup> En 1910 Rosario tenía 192.278 habitantes.

<sup>8</sup> Del total de 19.280 personas empleadas en el comercio e industrias, 12.783 eran oficiales, operarios y peones, entre ellos 646 menores de 14 años. De ese total, 1.745 eran mujeres, entre ellas 184 con menos de 14 años. A pesar de la legislación que regulaba el descanso dominical y la jornada de ocho horas, en el 15,09% de las 4.032 casas de comercio e industrias, se trabajaba los domingos todo el día, y en el 28,30% medio día. Sólo el 31,70% de los establecimientos respetaban la jornada de 8 horas y en el 29,60% se trabajaba 10 horas o más por día. Tercer Censo Municipal de Rosario (1910), págs. 109-112.

9 El terreno seguía siendo utilizado con el mismo fin en 1900. Estaba ubicado sobre la costa del río Paraná a sólo dos cuadras de la plaza 25 de Mayo.

10 Son la actual avenida Pellegrini y Boulevard Oroño, respectivamente.

11 Registro Estadístico de la población de la provincia de Santa Fe con sujeción al Censo Oficial levantado en abril de 1858. Copia del original levantada por orden de Gabriel Carrasco el 4 de julio de 1900.

12 Los elevados porcentajes de viviendas precarias (ranchos y casas con techos de paja) eran comunes a todas las ciudades argentinas de la época. De las 1.313 viviendas censadas en la ciudad de Santa Fe en 1858, 299 (22,80/o) eran ranchos y 623 (47,40/o) tenían techos de paja. Los porcentajes eran aún más elevados en las ciudades y pueblos de menor población.

13 Vicuña Mackenna, Benjamín, "Páginas de mi diario durante tres años de viaje".

14 Palliere, León, *Diario de viaje por la América del Sud*, Peuser, Buenos Aires, 1945. En 1858, cuando Palliere visitó Rosario la ciudad tenía 9.785 habitantes.

15 Hinchliff, Thomas Woodbine, *Viaje al Plata en 1861*, Hachette, Buenos Aires, 1955, pág. 187. Originalmente publicada en inglés por Longman, Green, Longman, Roberts y Green, Londres, 1863.

16 Ross Johnson, H.C., *Vacaciones de un inglés en la Argentina*, Editorial Albatros, Buenos Aires, 1943, pág. 34.

17 Hutchinson, Thomas J., *Buenos Aires y otras provincias argentinas*, Editorial Huarpes, Buenos Aires, 1945, cap. X, págs. 137-145. Originalmente publicada en inglés por Edward Stanford, Londres, 1865.

18 Hutchinson, ídem., pág. 33 y siguientes.

19 Entre 1858 y 1869 la población de Rosario creció a una tasa media anual del 7,860/o, una de las más altas, para esas décadas, en América Latina.

20 Yaquinto, Ernesto N. y Capomaggi, Carlos A., "Reflexiones sobre una tipología de vivienda en Rosario (1880-1930)", en *Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, Instituto Argentino de Investigaciones en Historia de la Arquitectura y el Urbanismo, núm. 10, Resistencia, Provincia de Chaco, 1980, págs. 17-28. Una variable de este modelo es la "casa vestíbulo", con un angosto patio central cubierto de vidrio. Ver de César Carli, 80 al Sur del Trópico de Capricornio, cap. 5, "La casa vestíbulo", Sainte Claire Editora, Buenos Aires, 1980. El historiador Mario J. Buschiazzo la definió en algún trabajo como la casa pompeyana partida por la mitad.

21 Este modelo de vivienda era difícil de adaptar a los inviernos fríos y húmedos; por eso, en varios casos, el patio fue techado.

22 Carli, C., ob. cit., pág. 46.

23 Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe, Imprenta y Encuadernación de Jacobo Peuser, Buenos Aires, 1888. El Censo fue levantado

los días 6, 7 y 8 de junio de 1887 bajo la dirección de Gabriel Carrasco.

24 Catorce manzanas tenían densidades superiores a 301 habitantes por manzana, cuarenta y siete tenían densidades que oscilaban entre 201 y 300 habitantes por manzana y treinta entre 151 y 200 habitantes por manzana. El número de habitantes por hectárea habría oscilado entre 88 y 350.

25 Hardoy, Jorge E., "La vivienda popular en Rosario a fines del siglo XIX. El Censo Municipal de Conventillos de 1895", en Diego Armus, María Elena Langdon y Juan Rial, *Sectores populares y vida urbana*, Ediciones CLASCO, Buenos Aires, 1984.

26 Primer Censo Municipal de Población (1900), pág. 302.

27 Los Semino eran propietarios del principal molino harinero de Rosario a principios de la década de 1890. El molino La Estrella funcionaba en la calle Maipú al 1400. Las sociedades Carlos Semino y Hermanos, Semino Hermanos e, individualmente, Carlos y Marcelino Semino eran propietarios de diez conventillos en conjunto, casi todos localizados cerca del molino, lo que permite suponer que los Semino alquilaban a sus obreros los cuartos de los conventillos de su propiedad.

28 Primer Censo Municipal de Población de la Ciudad del Rosario de Santa Fe (1900), publicado por la Imprenta de Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1910, pág. 303.

29 Primer Censo Municipal (1910), pág. 303.

30 Memoria presentada al Honorable Concejo Deliberante por el Intendente Municipal Luis Lamas, del 1º de febrero de 1901 al 31 de diciembre de 1903, Rosario, 1904, págs. 186 y 187.

31 Memoria presentada al Honorable Concejo Deliberante, 1900-1901, pág. 26.

32 Memoria, 1900-1901, pág. 25.

33 Doce conventillos de dos plantas estaban en la Sección I, siete en la II y doce en la III sobre un total de 37 inquilinatos de dos plantas en 1906. Véase Segundo Censo Municipal (1906), págs. 282 y 283.

34 Alvarez, Juan, Carta al Señor Presidente Municipal, doctor Isidro Quiroga ( fechada el 20 de septiembre de 1910), en Tercer Censo Municipal del Rosario de Santa Fe levantado el 26 de abril de 1910, Rosario, 1910, págs. 25-30.

35 Alvarez, Juan, ídem., pág. 27.

36 Alvarez, Juan, ídem., pág. 26.

37 Tercer Censo Municipal del Rosario (1910), pág. 126. El Censo define a un conventillo como una "casa en la que con sólo una puerta a la calle viven tres familias o más", pág. 126.

38 Alvarez, Juan, ob. cit., pág. 27.

39 Monos y Monadas, "El barrio de Las Latas", año I, núm. 3, Rosario, 26 de junio de 1910, y Caras y Caretas, año XIV, núm. 642, Buenos Aires, 21 de enero de 1911. Citado por Héctor N. Zinny, *El Rosario de Satanás*, Editorial Centauro, Rosario, 1980, págs. 44 y 46.

40 Tercer Censo Municipal (1910), pág. 124.

41 Ídem., pág. 130.

La obra educativa de José Vasconcelos es una de las etapas estelares de la historia contemporánea de México. Aunque fue fugaz, aquella alegría fundadora plena de imaginación y esperanza trascendió a otros ámbitos y a otros tiempos de la vida pública. Con Vasconcelos, la educación se echó auestas un propósito de redención que se prolongaría en los fundadores de la siguiente generación. Puede hablarse del vasconcelismo editorial en Daniel Cosío Villegas, del médico en Ignacio Chavez, del laboral en Vicente Lombardo Toledano o del económico en Manuel Gómez Morín. Todas estas fundaciones participan del impulso generoso de aquella fuente original, a la que le imprimen un nuevo elemento: la técnica.

Las páginas que siguen no son una historia de aquella fundación. Su propósito es otro: interpretar los resortes subjetivos, íntimos, que movieron a Vasconcelos a concebir su obra. Se trata de un ejercicio de simpatía y comprensión histórica: repensar -como prescribía Collingwood- los pensamientos de Vasconcelos, y ver cómo éstos se proyectaron en una empresa tangible.

La narración interpretativa comienza en 1921. Para entonces, a sus 39 años, Vasconcelos había sobrevivido varias tormentas políticas, y una personal, particularmente intensa y dolorosa: el ascenso y caída de su amor por la enigmática "Adriana", personaje central del segundo tomo de las memorias.

En otro escrito (Revista Vuelta, núm. 78, mayo de 1983), he intentado penetrar en esa tormenta sentimental y en sus extrañas derivaciones espirituales. Aquí basta con afirmar que el Vasconcelos místico que buscaba los caminos de salvación en la tierra, leía, estudiaba y asumía de un modo profundamente comprometido una obra y un personaje que ahora nos parecen remotos, pero que el mismísimo Bertrand Russell tenía por el consuelo mayor en tiempos de desesperanza: Las Enéadas de Plotino.

Aquella lectura del mayor monista estético de la historia fue para Vasconcelos más que una revelación, una conversión. Hay muchas huellas de este proceso espiritual en los himnos, cuentos y ensayos que escribió entonces. En las Enéadas pudo acrisolar viejas lecturas místicas y orientales.

Tengo para mí que su vasto y desmesurado sistema filosófico no es más que una variación sobre el tema central de Plotino: la ascensión por la belleza. Había encontrado en el autor antiguo un surtidor de claves místicas, una puerta de salvación, pero también un maestro. Ahí están las fuentes primordiales del Monismo estético y de la Estética, obras que pueden verse, en efecto, como las *Enéadas* modernas de un neoplatónico americano. Esta afinidad es casi obvia pero hay otra que no lo es tanto: la que media entre el evangelio estético de Plotino y la obra educativa de Vasconcelos.

El 16 de septiembre de 1920, fecha más que simbólica, el rector Vasconcelos escribía a Alfonso Reyes una carta que confirma este desenlace inusitado del ascenso plotiniano. En su mismo despacho, los jóvenes Samuel Ramos, Eduardo Villaseñor y Daniel Cosío Villegas iniciaban la traducción de la primera obra clásica que editaría la Universidad, no es difícil adivinar cuál: las *Enéadas* de Plotino. La traducción parcial que fue finalmente editada era del propio Vasconcelos. La carta a Reyes lo revela por entero; hablaba desde una esfera celestial, casi en un estado de gracia: "Amo la belleza, decía, pero como un camino que conduce a Dios. El camino es la belleza, y me aparto de los creyentes al pensar que Dios es un ser que no se parece nada al humano. Ahora para mí el mundo no es más goce, mi cuerpo todavía esclavo puede sufrir y a veces sufre, pero mi alma vive despierta. Esto, ya te digo, es la gracia que yo hallé por el triple camino del dolor, el estudio y la belleza. El dolor obliga a meditar, el pensamiento revela la inanidad del mundo, y la belleza señala el camino de lo eterno. En los intervalos en que no es posible meditar ni gozar de la belleza, es preciso cumplir una obra, una obra terrestre, una obra que prepare el camino para otros, que nos permita seguir a nosotros mismos".

El proyecto de obra pública que insinuaba a Reyes no se acerca en apariencia al ideal místico de Plotino. Ciertamente, éste quiso construir una ciudad en memoria de Platón, su remoto maestro, pero es probable que desde las alturas celestiales mirase con perplejidad los afanes de esa fugaz emanación que encarnaba Vasconcelos. Habría condenado el celo con que el discípulo mexicano emprendía su obra terrenal, su excesiva contaminación política. Vasconcelos le habría parecido un filósofo demasiado "lleno de mundo". Pero la perplejidad mayor vendría en 1921: Vasconcelos convertido en el San Pablo de Plotino... en México.

#### Enéadas educativas

El sentido apostólico de aquella Secretaría es un conocido lugar común. Era, claro, una empresa redentora, pero lo que interesa es averiguar el sentido personal de esa redención. Era evidente el aliento religioso de la obra. En ese sentido, los discursos de Vasconcelos son explícitos. Buscaba que la Universidad "derrame sus tesoros y trabaje para el pueblo". Una educación intensa, rápida, efectiva, obra de "cruzados", de "fervorosos apóstoles" plenos de "celo de caridad" y "ardor evangélico". Alfonso Reyes expresó estos caminos de religiosidad mejor que nadie: "Con el tiempo se apreciará plenamente tu obra. Te has dado todo a ella -buen

místico al cabo-, poseído seguramente de aquel sentimiento teológico que define San Agustín al explicarnos que Dios es acto puro..."

Desde 1921 se oyeron voces disonantes que confirman el sentido de cruzada educativa, al poner en duda no su justificación moral sino su eficacia práctica. Gómez Morín fue definitivo: Vasconcelos confundía la religión con la organización educativa.

Todo esto recuerda la definición weberiana de profeta y revelación: "es el portador individual del carisma, renovador o fundador religioso que por virtud de un llamado personal reclama para sí la posesión de un mensaje enteramente nuevo e imperioso". "La revelación profética explica Weber- envuelve, tanto al profeta como a sus seguidores, en una visión unificada del mundo (...) Para el profeta, la vida del hombre y la de la tierra, los sucesos sociales o cósmicos, esconden un significado coherente (...) (La acción profética) conlleva siempre (...) un esfuerzo por sistematizar todas las manifestaciones vitales en una sola dirección..."

Es sin duda, el caso de la fundación educativa de Vasconcelos. Pero ¿en qué consistía su mensaje? ¿cuál era su revelación?

La verdadera novedad está en concebir la educación como ascenso, como palanca de la creatividad. Sólo con esta clave mística se entiende el lema de la Universidad: "Por mi raza hablará el espíritu". En cuanto a las formas de elevación, Vasconcelos fue muy claro: "las escuelas no son instituciones creadoras". Su verdadera apuesta está en los libros y en el arte: "La moral la han hecho: Buda en los bosques y Jesús en los desiertos. La idea nace en la soledad o en la lucha; en la congoja o en la dicha, pero nunca en la quietud de las aulas. La luz, la fe, la acción, el gran anhelo de bien que conmueve a esta sociedad contemporánea... se define en los libros; en los libros de nuestro contemporáneos y en los libros grandes y generosos del pasado: por eso un Ministerio de Educación que se limitara a fundar escuelas, sería como un arquitecto que se conformase con construir las celdas sin pensar en las almenas, sin abrir las ventanas, sin elevar las torres de un vasto edificio."

Vasconcelos desplegó una particularísima e irrepetida fe en el libro. Después de él, Moisés Sáenz, inspirado en Dewey, volvió a centrar la acción educativa en la escuela como un sitio en donde el niño aprendiera a socializarse. Bassols y, antes que él, Lombardo, propugnaron una escuela dogmática y doctrinaria. Vasconcelos confió en una redención silenciosa, anónima, diferida: el encuentro de un niño con un libro. Cosío Villegas lo dijo alguna vez con exactitud: "Entonces se sentía fe en el libro, y en el libro de calidades perennes; y los libros se imprimieron a millares y a millares se obsequiaron. Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos que anunciaran al caminante la proximidad de un lugar donde descansar y recogerse."

Pero ¿qué libros quiso editar y, en alguna medida editó Vasconcelos? No libros humanistas. No fuentes de crítica, sabiduría, escepticismo, humor sino lecturas de revelación, de anunciación profética. El siglo XVII casi no entraba en sus planes. No había piedad editorial para Gibbon,

Hume, los enciclopedistas o Voltaire. Montaigne y toda su venerable genealogía latina, a excepción de Plutarco, le parecía intrascendente. Era inútil traducir, según su fórmula, "libros para leer sentado": amenos, instructivos, pero incapaces de elevarnos. Los libros inmortales eran los que apenas comenzados nos impulsan a subir. "En estos, escribe Vasconcelos, no leemos, declamamos, alzamos el ademán y la figura, sufrimos una verdadera transfiguración". "Libros para leer de pie" que "nos arrancan de la masa sombría de la especie", libros rebeldes contra todo humanismo, que "reprueban la vida sin por ello transigir en el desaliento y la duda". "La verdad, pensaba Vasconcelos, sólo se expresa en tono profético" y conforme a este decreto ideó su programa: "Se comienza con la *Ilíada* de Homero, que es la fuerte raíz de toda nuestra literatura y se da lo principal de los clásicos griegos, los eternos maestros. Se incorpora después una noticia sobre la moral budista que es como anunciación de la moral cristiana y se da enseguida el texto de los Evangelios que representan el más grande prodigio de la historia y la suprema ley entre todas las que norman el espíritu; y la *Divina Comedia*, que es como una confirmación de los más importantes mensajes celestes. Se publicarán también algunos dramas de Shakespeare, por condescendencia con la opinión corriente, y varios de Lope, el dulce, el inspirado, el magnífico poeta de la lengua castellana, con algo de Calderón y el *Quijote* de Cervantes, libro sublime donde se revela el temperamento de nuestra estirpe. Seguirán después algunos volúmenes de poetas y prosistas hispanoamericanos y mexicanos; la *Historia Universal* de Justo Sierra, que es un resumen elocuente y corto; la *Geografía* de Reclus, obra llena de generosidad, y libros sobre la cuestión social que ayuden a los oprimidos, y que serán señalados por una comisión técnica junto con libros sobre artes e industrias de aplicación práctica.

Finalmente se publicarán libros modernos y renovadores, como el *Fausto* y los dramas de Ibsen y Bernard Shaw y libros redentores como los de Tolstoi y los de Rolland."

El proyecto privilegiaba a cinco autores. Dos místicos antiguos: Platón y Plotino, y tres místicos modernos: Tolstoi, Rolland y Pérez Galdós. Mientras que de Shakespeare -demasiado humano para cualquier moralista, como lo fue para Tolstoi que escribió un planifeto en su contra- se publicarían solo seis comedias, de los tres visionarios modernos se editaría la obra completa en 12 tomos cada uno. La de Galdós, por ser "el genio literario de nuestra raza... inspirado en una amplia y generoso concepto de la vida". La de Rolland, porque "en sus obras se advierte el impulso de las fuerzas éticas y sociales tendiendo a superarse a integrarse en la corriente divina que conmueve al Cosmos". Se editaría la obra de Tolstoi porque para Vasconcelos representaba la genuina encarnación moderna del espíritu cristiano.

La fundación de la revista *El Maestro* ilustra también este fervor de elevación libresca. En su primer número, Vasconcelos hacía "Un llamado cordial" a escritores y lectores en el que proponía a la revista como un Evangelio. Aquí se expresaba y perfilaba, con nitidez, el fundador del

que hablaba Weber. Ha venido -advirti- para "voltar de raíz los criterios" con que se ha organizado la obra de gobierno. "Convencidos (...) de que sólo la justicia absoluta, la justicia amorosa y cristiana puede servir de base para organizar a los pueblos (...) escribiremos para los muchos con el propósito constante de elevarlos, y no nos preguntaremos qué es lo que quieren las multitudes, sino qué es lo que más les conviene, para que ellas mismas encuentren el camino de redención". El Maestro se repartiría gratuitamente -"la verdadera luz no tiene precio". En sus páginas, los escritores prescindirían de la crítica y la vana búsqueda de notoriedad. Más que escritores serían arquitectos: "seremos constructores hasta en la crítica". El envío final es casi un himno a Plotino: "Publicaremos los hechos que interesan a la generalidad, las verdades que son la base de la justicia social, las doctrinas que se proponen hacer del hombre el hermano del hombre y no su verdugo, y daremos a conocer las expresiones de la belleza que es eterna y no de la belleza pueril que los hombres fabrican y las modas cambian. ¡Verdad, Amor y Belleza Divina, tal sea el lema radiante de los que en esta publicación escriban!".

Libros y revistas para hacer de cada niño, de cada lector, no un simple mortal sino un ángel, un semidios, un Prometeo... un Vasconcelos.

La otra palanca educativa, imprescindible en un manto de redención estética, era las artes. Vasconcelos decía entonces que había que hacer de cada escuela mexicana un "palacio con alma" para que los niños, pobres, descalzos y hambrientos, vivieran en palacios las mejores horas de su vida y guardaran recuerdos luminosos de su escuela. Se veía a sí mismo como un restaurador estético. En el estilo había que volver a la vieja tradición colonial, al siglo XVIII. Moralmente los edificios escolares aspirarían a ser templos, como en el siglo XVI. A Diego Rivera se encomendaron ciertas soluciones fundamentales para concluir el estadio que se construyó junto a la Escuela Benito Juárez. La palabra construcción era clave: "Hagamos que la educación nacional entre en el período de la arquitectura".

La estética permeaba todo el proyecto. La educación de párvulos preveía la observación de la naturaleza, juegos y cantos, recitaciones, dramatizaciones y dibujo. (El silabario de San Miguel -y cualquier otro silabario- estaba superado, podía esperar). Muy ligadas a esta pedagogía estética están otras invenciones vasconcelianas: museos, conservatorios, orfeones, teatro popular, métodos indígenas para la enseñanza del dibujo. Dos ideas afines eran el aseo obligatorio -jabón y alfabeto- y la ocurrencia de que los niños escucharan música de Palestrina en la escuela. El teatro al aire libre que se escenificaría en el nuevo estadio, tendría un papel estelar. Vasconcelos imaginaba fastos romanos: "un gran ballet, orquesta y coros de millares de voces", un arte colectivo que expresara los afanes de redención estética de la humanidad. En esos días pensaba que la ópera -con algunas excepciones, Wagner- tendía a desaparecer. La música y el baile -recuérdese a Isadora Duncan interpretando a Beethoven- sería el arte unificado del futuro: "Para comenzar a hacer algo en el sentido indi-



cado, será necesario llevar al estadio, no la repetición de los géneros más gastados, sino los brotes más lozanos del arte popular, los sones originales, los trajes vistosos de donde han de surgir nuevas artes suntuarias, los bailes que crean música y líneas regeneradoras de belleza. La noción de este arte colectivo está ya diseñada en las conciencias, como lo aprueba el éxito que se obtuvo cuando mandó retirar de los festivales al aire libre las romanzas y solos, para sustituirlas con coros y orquesta. Lo que es preciso hacer y lo único que falta es un lugar adonde pueda llevarse lo que produce el teatro y lo que produce el pueblo. Todo ello prosperará bajo la luz del Sol y al aire libre de este estadio, que la ciudad entera ha de ver levantarse como la esperanza de un mundo nuevo."

Este impulso entronca con un descubrimiento de México y lo mexicano que había nacido en plena Revolución con los poemas de López Velarde, la música de Ponce, los óleos de Saturnino Herrán y el afán de reivindicar, en palabras de Gómez Morín, "todo lo que pudiera pertenecernos: el petróleo y la canción, la nacionalidad y las ruinas". El súbito reconocimiento de las riquezas pasadas y presentes -piedad histórica, búsqueda de identidad, nacionalismo- no era obra directa de Vasconcelos, pero creció y afinó con su impulso. El mejor ejemplo de esta confluencia es su reivención de la pintura mural.

Hacia 1931, en el pequeño ensayo *Pintura Mexicana* subtítulo "El Mecenazgo", Vasconcelos ponía en boca de Dios estas palabras: "En el seno de toda esta humanidad anárquica aparecerán periódicamente los ordenadores: para imponer mi ley, olvidada por causa de la dispersión de las facultades paradisiacas. Serán mis hombres de unidad, jefes natos... ¡Por ellos vence el ritmo del espíritu! Budas iluminados unas veces, filósofos coordinadores otras, su misión será congregar las facultades dispersas para dar expresión cabal a las épocas, a las razas y al mundo."

Para Vasconcelos, sin el fiat de su plan, de la doctrina religiosa que -como intermediario de Dios- le había transmitido, los muralistas habían quedado en "medianías ruidosas". Su éxito dependió de "la fidelidad con que supieron acomodarse al plan espiritual de aquellos instantes raros de libertad y creación (...). Sin San Buenaventura y sin San Francisco no habría Giotto ni Fray Angélicos". En 1921 se había dado ese milagro. Su papel no era el de un mecenas nuevo, un nuevo Julio II, sino el de un iluminado, el portador de un ideal de elevación para quien ejecutaba la obra de arte y para quien la contemplaba. Una vez más un motivo plotiniano "...los que sirven orgullosamente a un ideal, se sobreviven; se trasladan al plano eterno."

Y en sus obras hallamos el temblor de las mismas manos que tejen y destejen la creación."

### ¿Cristiano a lo Tolstoi?

"Fui un cristiano tolstoiano". Así definiría, en años de inminente reconciliación con el catolicismo, el sentido personal y religioso de su obra educativa. El motivo de servicio desinteresado al prójimo en la forma y medida que dictase la propia capacidad fue sin duda auténtico. Esa dedica-

ción, había dicho Tolstoi, era el mejor viaje a Tierra Santa. "En México -le escribía a Reyes en 1920- hay ahora una corriente tolstoiana. Desgraciadamente la mayor parte de nuestros amigos no la entiende; son otros y generalmente los de abajo los que procuran cumplirla". En la revista *El Maestro* hizo publicar en varias entregas una homilía a Tolstoi: el Evangelio del trabajo según el sabio campesino Bondareff.

Su exhorto a los intelectuales para inscribirse como misioneros, refleja también motivos tolstoianos, a excepción de la última frase: "Es menester que el intelectual se redima de su pecado de orgullo, aprendiendo la vida simple y dura del hombre de pueblo, pero no para rebajar su propia mente, sino para levantarla junto con la del humilde."

Un tolstoiano más cabal, Antonio Díaz Soto y Gama, hablaba entonces de Vasconcelos como "de un vidente", y de los misioneros como encarnaciones de Cristo, maestros en la "moral práctica". El solo recuento de esa floración educativa parece confirmar también la vuelta piadosa al pueblo: escuelas de indios, técnicas y rurales; maestros ambulantes que bajo el brazo debían llevar el alfabeto, la aritmética, temas higiénicos, vidas ejemplares y canciones populares. Una vasta retribución moral al pueblo que, a su vez, parecía responder: había puntuales profesoras de nueve años, campañas en barrios y plazas, aulas improvisadas debajo de los árboles, generación espontánea de escuelas en sitios remotos.

Con todo, el "cristianismo tolstoiano" de Vasconcelos era más tolstoiano que cristiano y menos tolstoiano de lo que él mismo pretendía. Usaba con frecuencia las palabras justicia, libertad, igualdad pero lo hacía afectándolas de una excesiva consistencia ideal. En un ensayo publicado en 1924 que alcanzó cierta notoriedad, *La revulsión de la energía*, retomó sus preocupaciones filosóficas y postuló una interpretación monista del ser al amparo -textualmente- de "nuestro padre Plotino". En ella hay un párrafo que habría sublevado a cualquier cristiano, incluyendo a Tolstoi: "El fenómeno ético no es definitivo, sino un período intermedio de la acción humana. Una actividad limitada al hospital, a la casa de locos, el valle de lágrimas de esta vida terrestre... 'Ama a tu prójimo' no quiere decir precisamente 'Socórrelo', quiere decir eso y algo más: quién sólo lo socorre practica la caridad, que es faena dudosa."

"La caridad es faena dudosa". La moral no es más que la "estética de la conducta", una variante de la estatuaría. En esta doble creencia está todo Vasconcelos. Su propósito íntimo, personal, era desatar al país, fugarlo a un rango superior de existencia, una "era estética" indiferente a los deleznales conflictos de la tierra en la que: "no sólo las naciones, sino también los individuos, regirán sus actos, ya no por el móvil de la codicia y el odio, sino por la luz de belleza y de amor, que es innata en los corazones."

Por momentos -ése es el secreto de su permanente profesía- Vasconcelos logró, en verdad, "levantar lo que había de divino" en la existencia de México. Pero sólo por momentos. Su empresa educativa falló -como fallaría finalmente su empresa política- porque en el conflicto entre dos actitudes -la humanística y la religiosa- en lugar de optar por cualquiera

de las dos, las trastocó. Bien visto, su drama no fue distinto al que desgarró la vida de Tolstoi. Como él, Vasconcelos no trató de mejorar la vida en la tierra sino de reemplazarla por entero con una vida "más elevada". En ambos, el múltiple tejido de lo humano provocaba asco (palabra clave en Vasconcelos), intolerancia e impaciencia. Por eso, como su madre, según narraba al principio del *Ulises Criollo*, -y cómo Tolstoi- detestaba a Shakespeare. En la República estética de Vasconcelos no había duda, ironía, celos, traición, sensualidad ni humor. Habría un agostamiento -elevación, habría dicho- de la conciencia humana. Todos los hombres serían ángeles.

Pero no lo son. De haber sido un plotiniano cabal, Vasconcelos se habría desasido entera y alegremente de las miserias cotidianas y habría alcanzado una sostenida experiencia mística. Pero, como Tolstoi, era un místico de los sentidos, un imperioso místico extraviado por caminos terrenales. De allí su desgarramiento y el desgarramiento de quienes lo quisieron o lo siguieron. Una y otra vez antepondría sin misericordia -pero de un modo que ferozmente lo comprometía- las leyes de su insaciable afán de absoluto, belleza y plenitud, a la vida de otros seres humanos, "demiado humanos". Y a la suya propia.

En los momentos límites de su vida Vasconcelos no siguió el ejemplo de aquel otro místico extraviado por un reino que no era el suyo, y que en su tránsito practicó y predicó una virtud de valles, no cielos ni montañas: la caridad.

## Para una arqueología del discurso sobre Lima

Julio Ortega

University of Texas at Austin

"El Perú es Lima, Lima es el Jirón de la Unión, el Jirón de la Unión es el Palais Concert", solía decir, con famosa deducción, Abraham Valdelomar, el escritor que en la década del 10 había iniciado la narrativa regionalista, que firmaba como El Conde de Lemos, que imitaba a Wilde y que representaba la belle époque. No es casual, por lo mismo, que ese espacio afrancesado del diálogo anti-burgués -el Palais Concert-, estuviese, a su vez, amenizado por una orquesta de damas vienesas, con las cuales Valdelomar pudo haber culminado su ecuación irónica. Sin embargo, la ironía ilustra bien la ausencia de un centro en el mapa trazado por Valdelomar. El provenía de una familia de provincia de clase media, cultivaba los valores hispánicos tradicionales (como en su relato "El Caballero Carmelo"), y si hoy lo recordamos es precisamente por la calidad rural de ese relato, lo mejor que escribió. Quizá Valdelomar se equivocó alegremente en su famosa sentencia porque su errática aventura literaria y vital (en la cual son otras instancias el barrio Chino del opio y la política ilustrada), su breve y brillante culto del esteta como hombre público, anuncia, en contra de esa misma errancia, un centro más modesto y poco limeño: la mitología familiar y rural, la emotividad de la extraviada casa paterna.<sup>1</sup>

La trágica historia de Abraham Valdelomar ilustra reveladoramente el posible destino intelectual del escritor en el Perú. La ciudad de Lima, de alguna manera, ordena ese diseño como un centro elegido o, precisamente, como una pérdida del centro. En el caso, no menos dramático, de José María Arguedas, dos décadas más tarde, será el descubrimiento y el rechazo del lenguaje literario adscrito en Lima al mundo andino lo que motivará en él la necesidad de responder con el suyo propio, como una fuente recuperadora y más bien polar de una lectura de lo nacional. Pero si Arguedas pudo sostener su noción del centro en tácita oposición a las reducciones y deducciones de Lima, muchos otros escritores y artistas perderían, en Lima, al Perú; esto es, extraviarían la posibilidad de su propia libertad frente a la sucesiva naturalización de su lugar en el país, domesticación que Lima impuso, incluso en el discurso, en tanto centro del poder.

Este debate sigue siendo nuestro porque no hemos dejado hoy mismo de elegir, y ahora dentro de la Lima subvertida en tanto espacio de un delta peruano plural; y elegir suponer adscribirse a uno de los discursos establecidos o en reelaboración, que buscan dar cuenta de la legitimidad o de la ilegitimidad de Lima como centro o descentramiento del país. En un ensayo titulado *El Perú ya no es Lima (ni Lima es el Jirón de la Unión)*, Francisco Durand sintetizó lo que es hoy un lugar común: "Mientras Lima inicia la conquista del Perú desde el punto de vista de la industrialización capitalista, el Perú inicia la conquista desde el punto de vista del movimiento popular".<sup>2</sup> Esta polarización (Lima vs. el Perú) actualiza la tradición de un discurso acerca de la ilegitimidad del centro limeño sobre la otra polaridad: la del país moderno y el país tradicional. El primer énfasis antilimeño nos viene de Manuel González Prada, aunque su trazo se remonta a la crítica de los viajeros y a las condenas de la sátira. El segundo, más elaborado, nos viene de Mariátegui, quien se nutre más tarde de las ciencias sociales, las que, en los últimos tiempos, han hecho de sus balances una documentación de la ilegitimidad centralista. En cambio, el arquitecto Luis Rodríguez Cobos ha escrito recientemente lo siguiente:

"...aquella imagen de Lima como Ciudad Jardín, las tres o más veces coronada, la de Chabuca Granda (con José Antonios, barrancos y escalinatas), aquella Lima de los años 30-40 hacia atrás, aquélla, ya se fue. Y se fue hace mucho tiempo, hacia los años 45 y no volvió más, pues llegaron a ella contingentes de provincianos que se fueron ubicando dentro, alrededor y encima de Lima hasta coparla por completo. Los 300.000 habitantes, aproximadamente, que tenía la capital entre los años 30-40 no pudieron nada ni mostraron resistencia alguna frente a los tres millones de provincianos que se han atrincherado en Lima en las últimas tres décadas. A partir de 1945, entonces, Lima muere por deglución. Los provincianos tomaron hasta el último cerro en sucesivas invasiones, las que tuvieron su época de oro entre los años 60-70".<sup>3</sup>

El mapa de una batalla explicitado en este discurso es, quizá excesivo pero alude a la otra opción que se da en el interior de Lima: la que construye un centro y lo delimita, separando a Lima de las provincias y, con inteligencia involuntaria, a Lima del Perú. Esta legitimación de un centro se inserta también en una ilustre tradición discursiva. La referencia a una Lima "que se fue" evoca el famoso libro de cabecera del limenismo: *Una Lima que se va* de José Gálvez, otro escritor sutilmente paradójico: criollista, liberal, y por tanto, supuestamente modernizador, pero que, sin embargo, quiso ser el Ricardo Palma de los años 20, es decir, un nostálgico limeño que lamentaba la destrucción de las antiguas casonas provocada por el trazado de la Avenida Leguía y por donde se abría paso la nueva burguesía. Sin proponérselo, el arquitecto Rodríguez Cobos evocó la tradición de ese discurso y su mapa de una batalla es, inevitablemente, el de una batalla perdida.

Aquí se transparentan, entonces, dos Limas: la invadida, cuyo trazo se delinea en los años 30-40 y, la otra, la invasora, que amenaza desde los cerros y que ocupa a la otra por dentro. La imagen de la invasión no es, lo tememos, gratuita; tampoco es nueva. Periódicamente, quienes sostienen el discurso de Lima como centro han advertido sobre las distintas fases de esa "invasión". De cualquier modo, la reducción del centro (hay una Lima más genuina que otra) revela que se trata de un centro zozobante y, muy probablemente, errático. Lima se constituye en sujeto de este discurso y como espacio social y simbólico de la legitimidad y por lo mismo, dicho discurso renace ante cada nueva propuesta de "remodelar" el viejo núcleo de la ciudad, o de "planificar" el crecimiento sub-urbano, o de "proyectar" una Lima futura desde ese pasado, que es una imagen modeladora con menos de 300 mil habitantes. Esta noción de centro no sólo tiene una connotación restrictiva sino que además significa una pérdida del país, y por lo tanto, una pérdida del destino nacional de la propia Lima. Sin proponérselo, este discurso de la legitimación avala el divorcio, excluye la posibilidad de un mapa consensual, propone un centro nacional vacío.

Por otra parte, esta Lima que se fue, esta Lima que se va, no ha dejado de estarse yendo desde el comienzo mismo del discurso sobre Lima. Y no sólo en el de la legitimación central, sino también en el otro, en el del descentramiento. Muchas veces se ha dicho, por ejemplo, que la Lima colonial ha concluido, que ha sido abolida la Lima aristocrática, la Lima oligárquica, la Lima criolla, la ciudad, en fin, de la tradición. Sebastián Salazar Bondy, en su apasionado voto en contra, *Lima la horrible*, reconstruyó prolijamente un mito -el de la "Arcadia colonial"-, para combatirlo minuciosamente. Como era previsible, no faltó quien intentara escribir una "Lima la bella", para recuperar, por contraposición, el discurso central.<sup>4</sup> Con todo, esa "Arcadia" no dejaba de ser un nuevo aporte del discurso, a esa larga discordia entre dos opciones confrontadas que han hecho de Lima un sujeto discursivo, un espacio simbólico, desde donde dilucidar el propio lugar del hablante y del sentido.

Si para el arquitecto Rodríguez Cobos, 1945 fue el año de la catástrofe, para Aurelio Miró Quesada fue una fecha optimista. Escribe por entonces:

"El avance de Lima ha tenido, por otro lado, la virtud de no haberse efectuado sólo en el aspecto estrictamente urbano; es decir, en el sentido de multiplicación o elevación de edificios dentro del perímetro neto de la ciudad. Lima ha salido, por el contrario, a ver el campo; a asomarse a la costa marítima; y aún con las nuevas poblaciones, tan vinculadas a la vida de Lima, Chaclacayo, Santa Inés, Los Angeles, Chacrasana y Chosica- ha partido también a ascender el camino de la sierra. Se ha producido así, no una aglomeración dañina, con su consiguiente asfixia moral y material, en la ciudad, sino al contrario, una aireación, un hallazgo espontáneo y natural del placer expansivo e incomparable de la naturaleza. Se podría decir que en estos años Lima ha avanzado hacia el campo, no para destruirlo,

sino para asimilarlo e incorporarlo a su función. Y ha avanzado hacia el mar -del que sólo dista, por lo demás, diez kilómetros, pero del que había estado largo tiempo extraña y absurdamente separada-, porque ha sentido ahora el prestigio marino y se encuentra cómoda y eficazmente vinculada al océano por un lazo que es utilitario y sentimental al mismo tiempo".<sup>5</sup>

¿Lima retrocediendo ante la invasión o Lima avanzando sobre el campo, asimilándolo armónicamente, homogeneizadamente? Es claro, un movimiento paralelo: al mismo tiempo que los hechos de la ocupación son evidentes, lo son también los mecanismos integradores del Estado, una de cuyas formas es la urbana. Sólo que el optimismo de Miró Quesada es previo al desastre que exaspera a Rodríguez Cobos. El primero calculaba el futuro, el segundo habla desde ese futuro perdido. Quizá el problema no radique en el culto de la "Arcadia colonial" (Lima como memoria y culto del pasado) sino en la pérdida del futuro (Lima sin posibilidad de una "planificación urbana"), limitado por la desurbanización sin armonía de quienes poco esperan del desarrollo.

Ya en 1935, cuando se celebró fastuosamente el cuatricentenario de la fundación de Lima, en un volumen especial editado para conmemorarlo, el arquitecto Emilia Harth Terré, responsable de una parte del discurso limeño y del estilo arquitectónico neo-colonial, planteó un pronóstico marcadamente optimista sobre la "Lima futura". Reivindicando el rol perfeccionador de las utopías, Harth Terré justificó su pronóstico en base a una metáfora médica: "Observemos el palpitante urbano de Lima como el médico atiende al corazón de su paciente". Y en un trabajo suyo de 1927 proponía:

"Arterias nuevas que atraviesan barrios antiguos producirán en ellos benéficos resultados de renovación. Cirugía que dará nueva vida, vigor y buena salud. El problema debe contemplarse en beneficio de todos, y los barrios de la ciudad deben unirse entre ellos, lógica y racionalmente. Medicamentos y cirugía es lo que necesitamos. La medicación que representan los reglamentos para la ejecución de la obra que va a hacerse, y la cirugía necesaria en algunos casos, para reformar el mal hecho o lo que ya no sirve y que agobia la vida urbana que precisa salvar en bien de todos".<sup>6</sup>

El cientificismo de Harth Terré subrayaba bien no sólo la dimensión corporal de la ciudad, sino también su fe en los avances técnicos, ya que el discurso científico empezaba también a fundamentar su propio cuerpo social. Harth Terré prometía organización, prosperidad, salud. El viejo centro colonial de la ciudad era definido como "centro comercial", que ya lo había sido, y preveía su ampliación. Algunos de sus anticipos se han realizado, otros lo excedieron: "Se limitará la altura de los edificios a seis o siete pisos; el tranvía subterráneo cruzará la población de Norte a Sur en el sentido de la Avenida Central; los ferrocarriles accederán a la ciudad subterráneamente y las estaciones, con amplios patios, permitirán fácilmente el intenso vaivén de hombres y vehículos que a ellas lleguen o de

ellas partan". Propuso también la construcción de "barrios obreros" en la Avenida del Progreso, la zona industrial. Su mapa del crecimiento de la Lima futura era "un gran triángulo de desarrollo urbano": Lima, Miraflores y Magdalena Nueva. Un triángulo animado por la vida comercial en el que preveía parques, espacios libres y vías de tráfico que unieran "los diferentes centros de actividad comercial". Es el triángulo que, en efecto, sostuvo el desarrollo de la clase media y la pequeña burguesía intermedia. La utopía de este arquitecto optimista es, en verdad, un espacio de concertación: aquel que permite, en la racionalidad geométrica y médica, optar por las virtudes del desarrollo como una forma de salud común. Para él la ciudad crecía entre problemas y promesas, como las leyes del mercado, y su futuro utópico estaba justamente, no tanto en el mero progreso que podría significar el subterráneo sino en la posibilidad de mejora para una clientela concertada, igualmente beneficiada. Sin proponérselo, -e incluso desde una perspectiva progresista-, nuestro arquitecto colocaba el lugar del obrero junto a las fábricas y el lugar de la burguesía emergente, junto al centro comercial.

Podría decirse que sus predicciones se cumplieron. Todavía en 1945 Miró Quesada seguía pensando como posible la incorporación del campo en una forma armónica. Y también podría decirse que si el apocalíptico arquitecto de hoy tuviese razón; si, en efecto, Lima como centro del país perecía durante el corto experimento democrático de Bustamante y Rivero, se debió a que quienes fueron responsables de conducir la utopía y la armonía perdieron, sin remedio, el control de la urbe. La mediación del "centro comercial" ya no sostenía el aliento urbanizador. La ciudad convocaba a una clientela que, luego, en la práctica, no respondía a lo planificado consumiendo los mejores productos y que no ratificaba la pauta urbanizadora. Al contrario, esa clientela competía con la urbe, subvirtiendo sus órdenes naturales, rehaciendo su mapa futuro. No es casual que otro arquitecto, el presidente Fernando Belaúnde Terry, edificara dentro del triángulo de Harth Terré una gran urbanización de clase media: la Urbanización San Felipe; y que él mismo en una nueva utopía del desarrollo optimista, soñara con una "Carretera marginal" a lo largo de la selva, para establecer nuevos centros comerciales y desalentar así la migración a Lima.

El primer ensayo celebratorio de los cuatrocientos años de Lima es "Lima crepuscular" de Gastón Roger. El punto de vista de este autor no es menos místico: la nostalgia, el discurso de la Lima que se va. Ella es la ciudad más española de América, concluye el periodista, pero "no puede tampoco Lima eludirse y sustraerse al concierto y al ímpetu del orbe. Tendrá siempre su Malambo, su Potao, sus Amancaes henchidos de pasadizo, de romanticismo, de nostalgia, cansados con un cansancio de siglos. Pero tendrá también, por allá por donde los suburbios florecen, unas tennis womans sajonzadas y unos polistas manicurados y atléticos. Y una piscina privilegiada, sobre cuyos bordes marmóreos retozan, teñidos con el maillot de la flapper, unas vampiresas alucinadas con Hollywood". Así termina la nostalgia, con un mejor rol para el nostálgico: testimoniar pa-

ra la nueva clientela la modernización y los privilegios. Es interesante, sin embargo, advertir que en el mapa urbano del cronista las clases sociales ya no son ocultadas ni por el optimismo nivelador ni por el utopismo mediador:

"Arriba del río, la ciudad que esplende, que traba, que cultiva la política y el estudio universitario, que procura la aclimatación del hábito europeo o de la praxis yanqui, que hace deporte y reposa cavilando negocios en la biblioteca o en la cantina del club. Abajo, la Lima que jueguea, que canta con guitarra y con cajón, que está prendida a su pretérito andaluz, que luce con garbo la 'lisura' de la china y la insolencia del faite postinero, que se enfervoriza por su callejón de Romero, por su alameda de los Descalzos, por sus jardines de Malambo, por su pampa de Amancaes".

Abajo, arriba, suburbios. Esta jerarquía revela roles naturalizados: la nostalgia es ubicada "abajo", en el sector popular, mientras que el nuevo repertorio colonial florece en los suburbios. Esta vez la intermediación está en el discurso: el cronista es el especialista en el habla neutral de esa jerarquía; discurre entre los roles, complacido de haber ampliado su clientela. Si Harth Terré cree que el futuro es un proyecto arquitectónico, Gastón Roger cree que Lima será siempre Lima.

Si se trata, entonces, de percepciones, modelos y proyecciones que buscan organizar la información en representaciones formales, que implican estilos, opciones y jerarquías, se trata, en primer término, de distintos tipos de discursos que promueven la lógica de uno y otro sentido.

Para una tipología del discurso limeño habría que empezar, por lo mismo, distinguiendo los siguientes:

1) El discurso de Lima como centro, que se sostiene en la mitología colonial, adopta la nostalgia como punto de vista y propone una fuente legitimadora del sujeto en la tradición. Discurso de voluntad aristocratizante, su lugar social es menos obvio: sustenta a sujetos cuya condición oligárquica parecería en descenso, o refuerza el problemático ascenso en Lima de sujetos con formación especializada (esto es, su solución profesional). Ricardo Palma, sospecho que sin medir las consecuencias, propagó y en parte creó el repertorio limeño tradicional, que después la generación del 900, especialmente Ventura García Calderón, incorporaría como definitorio de lo peruano;

2) El discurso de Lima como centro vacío, sostenido por un dictamen crítico, satírico y vejatorio -una tradición en sí misma- contra la ilegitimidad nacional de lo limeño. Propone el cambio, la revuelta, y sustenta a un sujeto que gana identidad en lo popular, lo campesino o lo provincial. Discurso de filiación intelectual, a veces de un anticapitalismo romántico, su lugar social es lo moderno: representa el acceso a las instituciones mediadoras, los reclamos de la democratización, la autoridad profesional de la pequeña burguesía radicalizada. Entre sus sostenedores, Federico More llegó a plantear el separatismo de Lima del resto del país como una forma de sanción y Sebastián Salazar Bondy buscó una dimensión moral para exorcisar el fantasma recurrente de una Lima regresiva;

3) El discurso de la Lima criolla, ligado en parte al discurso tradicional más por necesidad de prestigio y por inseguridad social que por tributo colonialista. Salazar Bondy condenó acremente esta subcultura urbana pero necesitamos más evidencias para tratar de entender mejor este estilo ideofectivo de representación, cuya inestabilidad, capacidad de comunicación y adaptabilidad no han sido estudiadas. Proviene del encuentro de lo aristocrático con lo popular: discurso que populariza al primero y aristocratiza al segundo. Aquí, el sujeto, literalmente, se hace en el discurso. La compositora Chabuca Granda difundió una versión "aseñorada" de lo popular tanto como los Morochucos "asalonaron" el vals. José Diez Canseco fue el escritor que con más seriedad exploró esta zona popular o populista, en la que los conflictos sociales se naturalizan en la misma medida en que se acentúan los individuales;

4) El discurso de la cultura popular, del cual sabemos todavía muy poco, pero que puede rastrearse en versiones que en las provincias se hacen sobre Lima y que ya son lugares comunes (sobre lo mucho que la gente viste y lo poco que come, por ejemplo); o en la música popular (desde el inicial "vals criollo" de los callejones hasta el vals autorreferencial, vals de valse, donde Lima es un repertorio verbal); o en los programas cómicos de la radio y la televisión (donde el migrante serrano padece todas las iniciaciones rituales de su socialización frustrada); o en el habla oral nivelada popularmente (las distintas jergas, replanas y enunciaciones del mapa sub-urbano); o en el periodismo popular, tan ligado a los períodos de desarrollo urbano o, finalmente, en la cultura de la calle que se expresa, por ejemplo, en las acuarelas de Pancho Fierro y a través de diferentes tipos sociales que van del "faite" de fin de siglo al "achorado" de hoy;

5) El discurso especializado que desde el periodismo de opinión, la arquitectura polemizante y las ciencias sociales de divulgación postulan imágenes que se quieren más objetivas, autorizadas o analíticas, que asumen una supuesta "crisis urbana" permanente y plantean reconstrucciones de la vieja Lima en una discusión de estilos y tendencias urbanísticas. Implícitamente, este discurso sostiene el interés de su propia información, competente y competitiva. Los regulares "foros" urbanísticos para proponer alternativas al tema cíclico de la pérdida de Lima son un importante documento de imágenes y modelos que sobre la ciudad y su espacio social postulan distintos grupos de interés; comúnmente, la percepción de la ciudad es también una visión de la historia y, por lo mismo, una selección tácita de los agentes del discurso; y por último

6) El discurso literario, que ofrece desde la sátira de Caviédes y de Terralla y Landa hasta las versiones costumbristas de Pardo y Aliaga y de Segura, sin olvidarnos de la tradición de Palma y de la crónica modernista, imágenes de Lima que, sin duda, presiden paradigmáticamente nuestras percepciones más estables de la ciudad. La literatura de viajes ha levantado por su parte un edificio discursivo a veces más firme que la misma Lima. La narrativa urbana nace, hacia 1905, bajo el doble signo de la urbanidad inglesa y el espíritu galante francés con Cartas de una turista

de Enrique A. Carrillo, Cabotín. Este período de la primera urbanización culmina con la apología citadina de *La casa de cartón de Martín Adán*, hacia 1928. La narrativa urbana no volverá a plantear una nueva imagen de Lima sino en la década de los 50, con Julio Ramón Ribeyro, Enrique Congrains Martín y, posteriormente, Luis Loayza, Mario Vargas Llosa y Alfredo Bryce. Bajo un signo crítico, los agentes del discurso son aquí representados en la emergencia, la zozobra, el extravío o la indulgencia social de su destino urbano. En un trabajo en proceso nos proponemos discutir cada una de estas representaciones discursivas de Lima.

## NOTAS

<sup>1</sup> Los signos de renovación que Valdelomar adelantó fueron justamente valorados por José Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos* (1928). Sobre la aventura literaria de Valdelomar puede verse Luis Alberto Sánchez, *Valdelomar o la belle époque* (México, Fondo de Cultura Económica, 1969). Un análisis exhaustivo de *El Caballero Carmelo* es el de Armando Zubizarreta, *Perfil y entraña de "El Caballero Carmelo"* (Lima, Universo, 1968).

<sup>2</sup> En *La revista*, Lima, núm. 3, nov. 1980, págs. 27-30. Es interesante comparar las cifras en el siguiente cuadro que consigna:

Población urbana y rural del país, 1960, 1970, 1980  
(en miles de personas)

|      | Total  | Urbana | %  | Rural | %  |
|------|--------|--------|----|-------|----|
| 1960 | 10.022 | 4.873  | 49 | 5.149 | 51 |
| 1970 | 13.447 | 9.861  | 64 | 5.609 | 36 |
| 1980 | 17.980 | 11.980 | 67 | 5.800 | 33 |

<sup>3</sup> En su artículo "Planificación y estudios sobre Lima: Entre la ciencia y la ficción", *Debate*, Lima, núm. 13, 1982, págs. 23-27, Rodríguez Cobos comunica bien la temperatura del tema urbano en el Perú de hoy: "Investigar la realidad de Lima hoy en día es una actividad francamente subversiva. Exponer simplemente las tasas de mortalidad en las barriadas, los niveles alarmantes de desnutrición de los sectores populares -sobre todo de los niños-, el problema de la vivienda, de la educación, de la calidad de los servicios hospitalarios y de salud, entre otros, pueden en su conjunto desestabilizar el régimen mismo..."

<sup>4</sup> Salazar Bondy, Sebastián, *Lima la horrible* (México, Era, 2da. ed., 1964). Le responde el curioso libro de Leonidas Castro Bastos, *Impresiones sobre la Lima antañona* (Lima, Imprenta Mariela, 1976), donde los "limeños auténticos" son identificados como "Los leguísticos".



<sup>5</sup> Miró Quesada, Aurelio, Lima. Ciudad de los Reyes. (Buenos Aires, Emecé, 1946).

<sup>6</sup> Harth Terré, Hemilio, "Lima futura", en Lima, la Ciudad de los Reyes. En el IV Centenario de su fundación (Lima, Editorial Centenario, 1935).

**La belle époque carioca en concreto:  
las reformas urbanas de Río de Janeiro bajo la dirección de  
Pereira Passos.**

Jeffrey D. Needell, Departamento de Historia, Universidad de Oregon.

Traducción de Marta Savigliano

La belle époque carioca puede interpretarse de dos formas: primero, como la culminación de tendencias establecidas desde larga data en la cultura urbana; segundo, como el surgimiento de posibilidades únicas y específicas del período 1898-1914. Esto resulta particularmente evidente en las reformas urbanas llevadas a cabo en Río durante la administración del prefecto Pereira Passos, bajo el gobierno presidencial de Rodríguez Alvez (1902-1906).

**1. El Río de Janeiro de los años 1836-1852: una tradición colonial duradera.**

Ciertos datos biográficos del prefecto, la figura central del análisis, sirven de puntos de organización útiles. Francisco Pereira Passos nació en 1836, para la época en que la integración brasileña a la cultura y economía de los países del Atlántico Norte había comenzado a tomar las características del neocolonialismo. Pereira Passos falleció en 1913, justo antes de producirse el cataclismo de la Gran Guerra, es decir, al iniciarse la disolución del neocolonialismo clásico.<sup>1</sup>

En 1836, Brasil atravesaba el duro trance de la Regencia (1831-1840), del que surgieron las fracciones de élite más poderosas, con la nueva preocupación de crear un Estado centralizado bajo el escudo legitimador de una dinastía consagrada, la de Pedro II. Para este acuerdo en gestación eran fundamentales la resistencia y las exigencias de los dueños de plantaciones de café de la provincia de Río de Janeiro, área de influencia de la Corte. Junto con fracciones de otras élites regionales, dichas familias, propietarias de tierras y esclavos, identificaban sus intereses con la paz, la seguridad y los recursos de la monarquía, la que tenía su asiento en la ciudad portuaria de Río de Janeiro.<sup>2</sup> El padre de Passos fue probablemente un miembro típico de esta élite, propietario de plantaciones, de ascendencia portuguesa inmigrante y nativa: contaba con la riqueza y el prestigio suficientes como para ganarle a la Corona, el título de Barón de Mangaratiba, debiendo haber sido un hombre de peso en São João de

Marcos, pueblo de la provincia de Río de Janeiro donde nació Pereira Passos.<sup>3</sup>

Tal era el cuadro característico de la realidad rural, agro-exportador, vigente en el Brasil durante el siglo XIX. La Corte, como la ciudad más grande, populosa y europea del reino, presentaba una realidad bastante diferente.<sup>4</sup> No obstante, resulta también llamativo que, frecuentemente, es poca la distancia existente entre la urbanidad de la capital y las crudas realidades y tradiciones del campo y del pasado colonial.

Consideremos el impacto de la mano de obra esclava. En 1799, prácticamente la tercera parte de la población de Río -alrededor de 43.000 habitantes- eran esclavos; en 1821, aproximadamente la mitad de los 112.000 habitantes de la ciudad eran siervos; y hacia mediados de siglo, alrededor de la mitad de los 200.000 habitantes de Río continuaban sujetos a la esclavitud. Si para 1872, unos veinte años después de finalizado el tráfico de esclavos transatlántico, aproximadamente 66.000 de los esclavos residentes en la provincia y en la Corte eran nacidos en África, podemos imaginar cuánto mayor debe haber sido la proporción en épocas anteriores.<sup>5</sup>

Esta ciudad tropical, en la que una parte importante de la población era esclava, africana o de ascendencia africana, había estado sujeta a un crecimiento o mejoramiento urbano sólo limitado. Su finalidad básica había sido siempre, por supuesto, la de cumplir la función de puerto. Río había sido el centro del tráfico de oro y diamantes provenientes del interior de Minas Gerais durante el siglo XVIII. En el siglo XIX, luego del efímero tráfico provincial de azúcar y otros pocos cultivos tropicales, Río se convirtió en el principal almacén del café fluminense y mineiro. En 1763, la tensión con España en el área del Río de la Plata hizo que la Corona agregara el status de virreinal a su importancia económica ya establecida. Dicho status, obviamente, trajo consigo nueva población, nuevos edificios y un nuevo prestigio.<sup>6</sup>

La ciudad tenía su centro en los muelles y, hasta el siglo XIX, no se expandió mucho más allá de éstos; anteriormente se otorgaron grandes extensiones para chácaras (pequeñas granjas) en la cercana área ubicada entre Lapa y las colinas (morros) de Livramento y Conceição (ver Mapa A). En efecto, dichas chacras ocupaban terrenos relativamente próximos a la cidade velha (Ciudad Antigua) ya comenzado el siglo. En áreas tales como Engenho Velho, Tijuca, Engenho Novo, y Gávea, se cultivaban plantas comestibles; de hecho, algunas chacras se dedicaban a cultivos de exportación más ambiciosos, plantaban azúcar y, hacia fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, cultivaban el primer café comercial del Brasil. Para los habitantes de Río de aquella época, Botafogo o São Cristovão eran zonas adecuadas sólo para el retiro en vacaciones o para la pequeña agricultura; quedaban demasiado alejados del puerto para las labores diarias de los comerciantes de la ciudad y para los administradores de la Corona como para servir de distritos residenciales.<sup>7</sup>

La lentitud con que se desarrolló este crecimiento urbano tiene que ver, en parte, con las dificultades que presentaba el sitio donde estaba

#### Mapa A

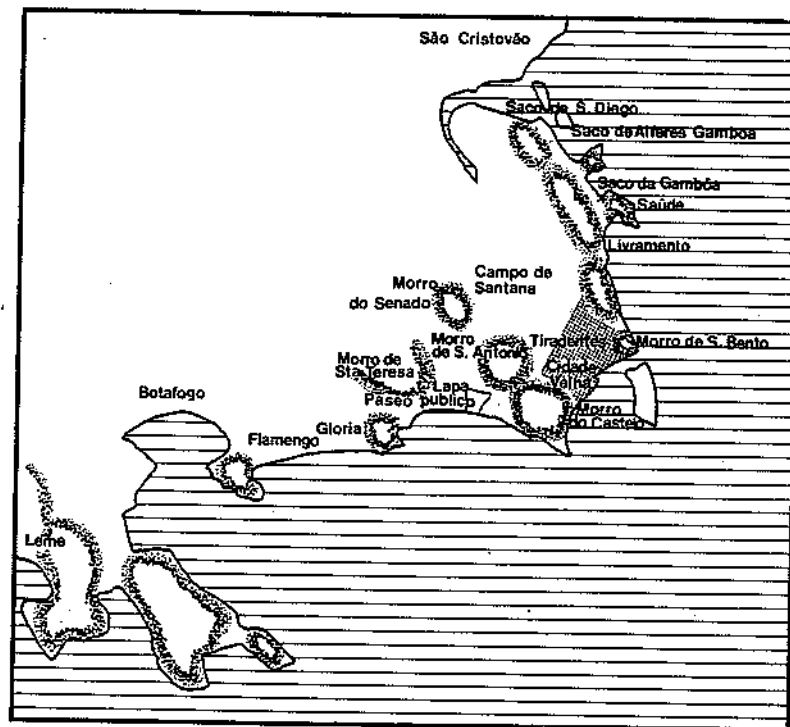
El área portuaria originaria se limitaba a la extensión entre los cerros São Bento y Castelo; más tarde hubo dársenas desde São Bento al Saco do Alferes.

Algunos distritos no pueden ser mostrados aquí: Engenho Novo, Engenho Velho y Tijuca, que se hallan al norte y al oeste del Saco de San Diego, como ocurre con la mayor parte de São Cristovão y Rio Comprido. Lem señala el comienzo de un área que se estrecha al sur en Copacabana y Cévea.

El lago de San Antonio está ubicado apenas ligeramente al nordeste del cerro de San Antonio.

Laranjeiras, y su continuación Cosme Velho eran calles residenciales que corrían al oeste y al sur separándose de la playa Flamengo, en las colinas al sur de Santa Teresa.

Por supuesto se trata de una burda imagen. El esbozo fue hecho a partir del Plan de Ryo de Janeyro... 1768, tal como fue reproducido por Gilberto Ferrez en O Rio de Janeiro e a defesa do seu porto: 1555-1800, Río de Janeiro, 1972, lámina núm. 48.



ubicada Río. Las colinas, pantanos y lagos que caracterizan a esta región ofrecían poco espacio para una fácil expansión. La misma *cidade velha* se situó en terrenos ganados con dificultad a los pequeños lagos, a las grandes áreas pantanosas y a las vías perennes de las inundaciones estacionales, entre los años 1560 y 1800 (ver Mapa B). Entre las colinas de Castelo St. Antonio había un lago; la zona ubicada hacia el oeste de la actual Rua de Uruguaiana era pantanosa y estaba sujeta a las inundaciones, y una larga lengua de la bahía bañaba los terrenos ubicados desde Gambôa hasta casi dos cuadras del actual Campo de Santana. Lapa era un área pantanosa hasta fines de la década de 1700, y con anterioridad, había sido un lago.<sup>8</sup>

Los gobiernos virreinales dedicaron repetidamente su atención a estos problemas, procurando secar la ciudad en formas cada vez más sofisticadas. La primitiva zanja de drenaje del Lago St. Antonio y la tubería adicional que se le suplementó con posterioridad (ambas datan del 1600) fueron cubiertas y convertidas en las actuales Rua de Uruguaiana y Rua Sete de Setembro. La Lapa pantanosa fue convertida, en parte, en el pequeño parque con lago y arroyos del Passeio Público. Incluso las áreas pantanosas ubicadas hacia el oeste, actuales Praça Tiradentes y Campo de Santana, comenzaron a ser rellenadas. Un virrey llegó al extremo de prohibir el uso de Santana como vaciadero. Los barriles con desperdicios humanos y desechos domésticos, tradicionalmente transportados por los esclavos en horas de la noche para vaciarlos en las afueras, fueron gradualmente confinados a ser arrojados a la bahía, y las zanjas de alcantarillado que surcaban a Santana fueron tapadas. Pocos años antes del fin de la era colonial, se prestó cierta atención incluso a las fuentes públicas, al alumbrado por aceite de pescado y a la construcción de un celebrado acueducto.<sup>9</sup>

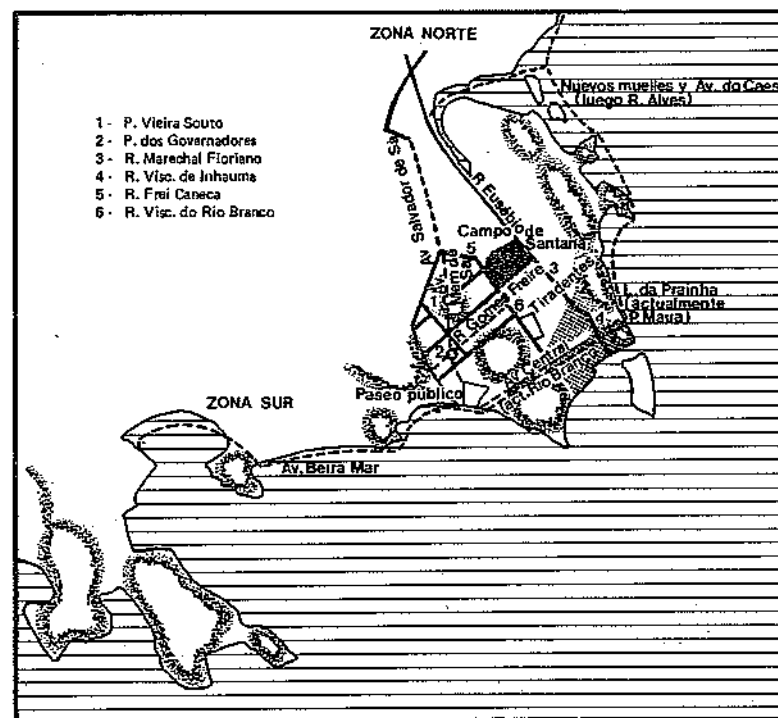
Este patrón colonial de pequeños cambios sucesivos caracterizaron también al Río que conocieron Pereira Passos y su padre durante el Imperio. (Brasil fue un Estado colonial hasta 1816, año en el cual el exiliado rey Juan VI lo convirtió en reino, equivalente al de Portugal. En 1822, el hijo de Juan VI, Pedro I, hace de Brasil un imperio independiente). Durante la enérgica administración de Paulo Fernandes Viana, bajo el reinado de Joao VI, las mejoras fueron bastante excepcionales. Pareciera que el establecimiento de la corte real exilada en Río hacía necesario el embellecimiento y mejoramiento del puerto. Durante la gestión de Fernandes Viana avanzaron rápidamente las instalaciones de alumbrado y pavimentación, se prohibieron algunos aspectos vergonzosos de la arquitectura colonial (p. ej. las rótulas, ventanas con persianas de estilo morisco), se reemplazaron algunos edificios especialmente feos o decrepitos, se construyeron nuevos muelles y depósitos, se edificaron nuevas fuentes públicas, se finalizó el rellenado de Santana creándose un pequeño parque en esos terrenos, se realizó la apertura de varias calles nuevas y la promoción de un nuevo distrito residencial, la *cidade nova* (Ciudad Nueva). La *cidade nova*, destinada por el príncipe regente Joao VI a servir de nexo entre su villa en las afueras y la *cidade velha*, abarcaba parte de los terrenos

## Mapa B

El área de Mangue ya estaba canalizada en la época de las reformas de Pereira Passos; lo nuevo fue el rellenado de gran parte del área antigua Saco de San Diego-Saco de Alfere y los nuevos muelles y calles subsidiarias. Toda el área existente entre la línea que señala la avenida Rodrigues Alves y las colinas está ocupada por viviendas para obreros y dársenas, destruidas en su mayor parte.

Las líneas de puntos indican calles incorporadas durante la era de las reformas; las líneas llenas indican calles ya existentes en ese momento. Téngase en cuenta que el Morro do Senado fue recortado durante las reformas y se tomó una pequeña porción de São Bento y de Castelo en función de la avenida Central.

Este también es un esquema aproximado, fue tomado de la misma fuente que utilizáramos para el Mapa A. La información deriva de Edmundo Canabrava Barreiros, *Atlas de evolução urbano da cidade do Rio de Janeiro*, Río de Janeiro, 1965, lámina núm. 18.



pantanosos del noroeste, drenados y rellenados; el complejo Mangue-Sao Diego-Saco de Gambôa (ver Mapa A).<sup>10</sup>

El trabajo de Fernandes Viana fue único en lo que respecta a su carácter organizativo. La posterior llegada de las mejoras europeas fue acorde a los avances de la tecnología europea en general. Estas se introdujeron fortuitamente, a través de la iniciativa individual y del mezuquino apoyo de la Corona, bajo la forma de educación y concesiones. Sin embargo, ni el patronazgo de la Corona en lo educativo, ni sus concesiones, fueron fuente de un ímpetu dinámico. La única escuela orientada hacia el mundo del Atlántico Norte en lo tecnológico fue la Escola Militar (Escuela Militar), fundada por Joao VI en 1808, en la cual se graduaban un número reducido de oficiales. Fue allí, por ejemplo, donde asistió Pereira Passos en 1852 para hacer sus estudios secundarios, y su camada de graduación contaba sólo con cuatro adolescentes, todos ellos bachilleres en matemática.<sup>11</sup> Respecto a las concesiones imperiales, se trataba sólo de eso. El capital, la planificación y la realización de las obras eran el arduo trabajo de los empresarios particulares, quienes fracasaban la mayoría de las veces. No existía ningún tipo de plan imperial que coordinara tales concesiones; más aún, con la perspectiva focalizada resultante, frecuentemente transcurrían años entre el otorgamiento de la concesión y la puesta en acción, es decir, cuando esta última efectivamente se producía.<sup>12</sup>

No obstante, si bien los cambios eran espaciados, el Río de mitad de siglo, en el que Pereira Passos obtuvo su grado de bachiller (1852-1856) era diferente del de la época en la que nació. Hacia fines de los años 1840, la monarquía centralizada y el café se habían establecido con firmeza, produciendo una serie de consecuencias de incidencia en la capital-puerto. Entre 1821 y 1849, su población prácticamente se había duplicado a unos 200.000 habitantes. La ciudad, como factoría en expansión, también había crecido en riqueza y se afianzó su importancia social y política como corte imperial. Obviamente, todo esto atrajo a los empresarios ya mencionados, quienes cada tanto, a pesar de los diversos problemas expuestos, aportaban a Río algún aspecto del desarrollo urbano del Atlántico Norte, distante en aproximadamente una generación de su aparición original.<sup>13</sup>

El transporte público, para las minorías que podían costearlo, fue iniciado por un servicio de botes que recorría las costas de la ciudad hacia fines del siglo XVIII. Alrededor del año 1817 una línea de coches operaba entre la cidade velha y la villa real. En 1822, el traslado por navegación a vela hasta Niteroy era regular, y después de 1835, fue reemplazado por un servicio de vapor. En 1837, se estableció un ómnibus regular tirado por mulas. En 1841, había líneas regulares de góndolas (vehículos con dos pisos, de tracción a sangre); en 1843, los vapores bordeaban con regularidad la ciudad, y, antes de 1850, corrían líneas regulares de coches para el transporte de pasajeros.

Aproximadamente para el tercer cuarto de siglo, se aceleró el ritmo del cambio. En 1847 una compañía extranjera se encargó de la recolección de residuos. En 1851, se iniciaron nuevas obras portuarias. En 1852,

se instaló el primer telégrafo. En 1854, el primer ferrocarril de Sudamérica conectó la capital estival de la corte con una estación de servicio de ferry para el cruce de la bahía y el acceso a Río. En el mismo año se instaló el primer alumbrado público a gas y, en 1857, por un lado, se construyó el primer sistema de alcantarillado subterráneo, y por otro, se expandió el alumbrado a gas a edificios particulares. También durante este año prácticamente se finalizó el control del área pantanosa de Mangue con un canal. En 1858, se bautizó el ferrocarril principal con la primera sección completa y la estación central ubicada detrás del área de los muelles. En 1858, apareció el primer tranvía tirado por mulas que continuó funcionando hasta el año 1864. Su sucesor, fundado en 1868, trajo consigo el establecimiento definitivo del vehículo.<sup>14</sup>

Todos los sistemas de transporte público y, en particular, el tranvía (bonde) que desplazó a los otros, permitieron que las áreas adyacentes a la ciudad se hicieran accesibles como distritos residenciales para la élite y los sectores medios. De hecho, las primeras líneas de cada sistema de transporte se extendieron hacia estas áreas. Se trataba de lugares más frescos y tranquilos, preferidos en forma creciente por los ricos extranjeros y los brasileños adinerados para establecer sus residencias. En un principio, sólo accesibles para las visitas semanales regulares o para un agradable semi-retiro, tales sitios comenzaron a estar dentro del radio de comunicación diaria hacia y desde la cidade velha. Los primeros coches conectaban con la Zona Norte (cidade nova, Sao Cristovao, Tijuca, Rio Comprido) y tanto el ómnibus como el bonde establecieron sus primeras líneas de recorrido hacia la moderna Zonas Sul (Glória, Flamengo, Laranjeiras, Cosme Velho y Botafogo), que progresivamente adquiría mayor prestigio (ver Mapa A).<sup>15</sup>

Por lo descripto resulta evidente que los avances relativos al urbanismo -tomando como parámetro los desarrollos del Atlántico Norte- se producían en Río en forma problemática. Esta era la situación durante la época de la Corte, coincidente con la juventud de Pereira Passos. La ciudad era relativamente una cuestión de poca importancia para los funcionarios imperiales. Durante el Siglo XIX, las cuatro ciudades más importantes de Brasil representaban menos de la décima parte de la población nacional. El grueso de la población, de la acumulación de capital, de las inversiones y del poder político continuaban siendo fundamentalmente rurales o destinados al comercio con el sector rural. Poco sorprende, entonces, que la clase dominante y el gobierno imperial hayan carecido, generalmente, de motivaciones para ocuparse de los problemas urbanos. Inclusive en aquellos casos en que éstos merecieron cierta atención, las dificultades existentes para obtener inversiones de capital destinadas a lo urbano, las características poco atractivas del pequeño mercado doméstico y las estructuras ideológicas prevalecientes en el accionar del gobierno atentaban en forma conjunta contra los planes de envergadura, de origen público o privado, que exigirían cierto grado de coordinación para reformar o mejorar la funcionalidad, el aspecto exterior o la infraestructura urbana.<sup>16</sup>

En cambio, se envidiaban la Civilización y el Progreso, identificados con la tecnología centrada en el urbanismo del Atlántico Norte, el cambio material y los estilos de vida asociados a éstos: aunque se trataba de valores a los que había accedido Europa y no se hallaban ni remotamente al alcance del Imperio. Dentro de las limitaciones que imponía la realidad neocolonial brasileña, estaba tanto la imposibilidad como el no poder concretar el deseo de realizar cambios importantes. La progresiva, si bien lenta y parcializada, acumulación de capital; las invenciones y técnicas de origen extranjero (reflejo, todo ello, de la riqueza y los contactos en continuo crecimiento dentro de las realidades neocoloniales) se aceptaban como procesos naturales. De hecho, los provincianos consideraban a Río un centro urbano espléndido y el contacto con esta ciudad confería prestigio. Tal vez sólo aquellos brasileiros que viajaban al exterior palpaban la distancia vergonzosa que separaba a la patria de la vida realmente "civilizada".<sup>17</sup>

## 2. El París del Segundo Imperio

Para muchos brasileños del siglo XIX, la civilización era sinónimo de Francia e Inglaterra. Desde los tiempos de la colonia, los brasileños, siguiendo el ejemplo de los portugueses, consideraban a cualquiera de estos dos países como los productores de lo mejor. Para los pocos interesados en cuestiones tales como la tecnología moderna, ambos países tenían mucho que ofrecer: Inglaterra, mediante su ejemplo, y Francia, mediante la enseñanza. La información de Pereira Passos ejemplifica la importancia de ambas naciones y, en particular, la influencia francesa.<sup>18</sup>

Pereira Passos se graduó en una escuela (Escola Militar) cuyo modelo era una de las grandes écoles de París (probablemente la Ecole Polytechnique): posiblemente haya estudiado los textos escritos por maestros franceses.<sup>19</sup> Al graduarse, recurrió a sus contactos familiares para asegurarse un cargo diplomático como secretario en el consulado de París. Allí, en 1857, continuó con su extraordinario propósito de hacer carrera en la Ingeniería. Empleamos deliberadamente el término extraordinario. Los hijos de los dueños de plantaciones, generalmente, eran enviados a las Facultades de Derecho del Brasil para que adquirieran la preparación humanista y jurídica necesaria para desempeñarse en la política y en la magistratura o en la administración imperial, con el objeto de consolidar la alianza entre la riqueza y la influencia local, y el poder y las conexiones provinciales e imperiales. Aparentemente, ésta era la expectativa que guardaba Pereira Passos padre respecto a su heredero, pero el joven pareciera haber exhibido cierta independencia y voluntarismo, propios de su futura carrera profesional. A partir rumbo a París, lo hizo con la sola idea de asistir a la Ecole des Ponts e Chaussées.<sup>20</sup>

Esta escuela era, tradicionalmente, el paso siguiente a dar por los graduados de la selecta Ecole Polytechnique, bastión de la ingeniería francesa en la época de supremacía de este país en ese campo. Los extranjeros podían ser admitidos como oyentes para asistir a sus cursos, con una au-

torización especial. Los estudiantes acostumbraban a pasar sus vacaciones desarrollando algún trabajo de campo; si bien Pereira Passos, como oyente, normalmente no hubiera contado con esta posibilidad, aparentemente consiguió participar de esta experiencia a través de las estrechas relaciones establecidas con sus colegas franceses. Colaboró en la construcción de una carretera y de obras portuarias, y trabajó solo en la construcción de un puente.<sup>21</sup>

Sin embargo, lo más interesante para nuestro propósito es el ambiente en el que se desarrolló su formación francesa y estas cálidas relaciones profesionales. Pereira Passos y los ingenieros entre quienes se perfeccionó realizando estudios formales, difícilmente hayan escapado a las influencias de la gran transformación que tuvo lugar en París para esta época. Se trataba del período de las Grandes Obras, cuya primera fase (1853-1858) estaba prácticamente finalizada cuando Pereira Passos llegó a París. Ninguna lección pudo haber sido más impresionante que ésta.

Generalmente las Grandes Obras se atribuyen a dos hombres, cuya colaboración fue tal que continúa siendo problemático para los estudiosos el determinar en qué punto termina la influencia de uno y comienza la del otro. Louis Napoleón, como Napoleón III, fue la figura de poder que imprimió la dirección inicial a las Obras y Georges Eugene Haussmann, el administrador empresarial que se hizo cargo de concretarlas. Ambos compartían en cierto modo, un pasado común de tradiciones familiares identificadas con el epílogo bonapartista a la Revolución Francesa, y ambos demostraron tener ambición y afinidad con el autoritarismo y las soluciones reformistas características del Segundo Imperio. Se trató, sin duda, de una favorable conjunción de intereses, enfoques y temperamento.<sup>22</sup>

Prácticamente todos los dedicados al estudio de las obras emprendidas por estos dos hombres quedan presos de un rumor consagrado. El prefecto estaba fundamentalmente interesado en reconstruir las calles de la ciudad de manera que París resultara segura contra las barricadas de una población tradicionalmente revolucionaria. De hecho, Haussmann se enorgullecía explícitamente de la destrucción o neutralización de los distritos obreros rebeldes. Además, la construcción de cuarteles en lugares estratégicos, conjuntamente con los amplios bulevares que dificultaban el levantamiento de barricadas, formaban, aparentemente, parte de los planes de Napoleón III, al mismo tiempo que la creación de empleos para dichas obras públicas constituía un beneficio político. No obstante, la naturaleza y los resultados de las Grandes Obras superaron ampliamente estos elementos subsidiarios. Estas demuestran preocupaciones urbanísticas mucho más puras.<sup>23</sup>

París, al igual que otras ciudades europeas, se había tornado cada vez menos viable estructuralmente, debido al crecimiento de la población y del tránsito, producto de la temprana industrialización. Las ciudades de Europa se hicieron demasiado populosas, y su deficiente articulación, así como las frecuentes epidemias, exigían soluciones primero utópicas y, luego, reformistas. Obviamente, estas últimas resultaban más aceptables

para las clases gobernantes establecidas, por tratarse de respuestas que proponían soluciones técnicas y administrativas relativamente inocuas comparadas con las de corte social y político radical.

Louis Napoleón fue, aparentemente, influido en gran medida por este reformismo durante su exilio político. Después de todo, las reformas progresistas de aceptación popular amplia, impuestas desde arriba, son compatibles con el bonapartismo. Además, el exilado, al igual que muchos integrantes de los círculos dirigentes franceses posteriores a la Revolución, admiraba a Inglaterra por ser una monarquía jerárquica estable. El gobierno inglés había patrocinado un movimiento de reforma de la salud pública urbana, asociada a Edwin Chadwick, primer secretario de Bentham. Ciertamente, además del impacto reformista y este precedente, estaba el ejemplo que ofrecía Londres. Louis Napoleón quedó especialmente impresionado por los placeres aristocráticos de Hyde Park y el sosiego del que podía disfrutar el común de la gente en los espacios verdes que salpicaban toda la ciudad. La combinación de estas ideas y ejemplos y la conveniencia política de promover el empleo en las obras públicas, impulsaron a Louis Napoleón a iniciar la reforma de París inmediatamente después de convertirse en emperador. Sin embargo, para asegurarse el éxito, necesitaba contar con un gobernante agresivo, capaz de promover dichos planes y protegerlos contra los intereses que, siendo amenazados, procurarían obstruirlos. Encontró a Haussmann, y, con él, logró el éxito. Juntos hicieron el París moderno, en tres programas sucesivos de demolición y construcción, entre los años 1853 y 1870.<sup>24</sup>

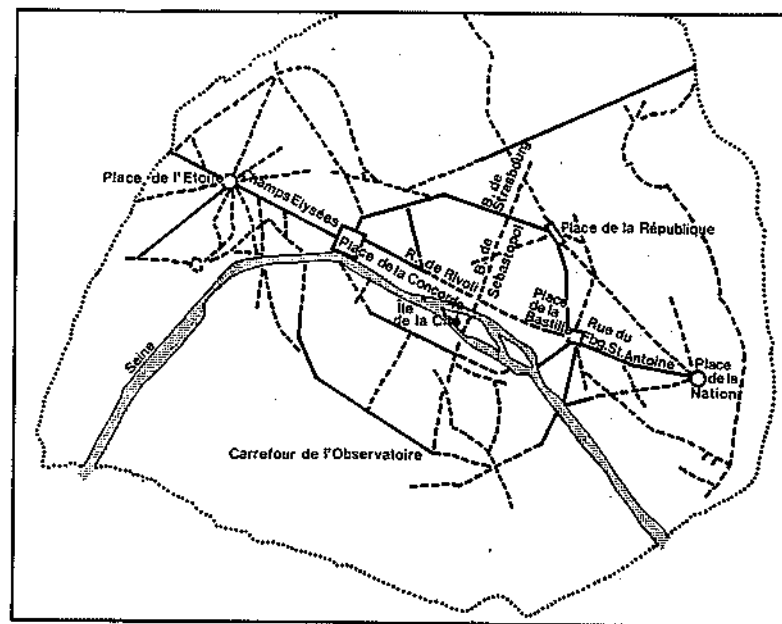
En estos programas, merecen destacarse tres logros fundamentales (ver Mapa C). En primer lugar, el sistema de viejas calles angostas, congestionadas y deficientemente articuladas de París fue transformado o reemplazado, según los casos, por tres modelos de vía pública diferentes pero compatibles. Uno de ellos planteó el acceso a la ciudad a través del Gran Cruce de la ruta Champs Elysées-Rue de Rivoli-St. Antoine, de este a oeste, y de la ruta Boulevard Sébastopol-Boulevard de St. Michel, de norte a sur. Otro, trazaba varias carreteras radiales que comunicaban a los suburbios de la ciudad con el centro. El tercero ofrecía cierto alivio al congestionamiento del centro mediante bulevares circulares que rodeaban el área central, permitiendo la comunicación entre los suburbios sin necesidad de atravesar el centro de la ciudad. La articulación entre estos nuevos bulevares y el anillo interno de bulevares más antiguos, así como con el Gran Cruce nuevo, se llevó a cabo mediante las famosos *places-carrefours* de Haussmann, plazas en las que convergían varias vías públicas, permitiendo el acceso a los diferentes sectores de la ciudad. La Place d'Etoile es, desde ya, la más famosa de estas plazas, y la función que ésta cumplía en la zona oeste era desempeñada por la Place de la République en el sector nordeste, por la Place de la Nation en el este y por el Observatoire en el sur.<sup>25</sup>

El segundo logro principal de las Grandes Obras fue la destrucción o penetración de gran parte de las áreas de vivienda obreras, viejas, insalubres y superpobladas, mediante la construcción de las nuevas vías públi-

### Mapa C

La línea punteada representa los límites de la ciudad; los bosques de Boulogne se encuentran por supuesto al sudoeste de la plaza Etoile. La mayor parte de los otros puntos importantes están señalados en el texto. Téngase en cuenta que las líneas cortadas indican algunas de las principales calles construidas durante la gestión de Haussmann. Las líneas llenas indican las principales calles construidas con anterioridad. La intersección más importante se encuentra justo al norte del antiguo centro de París, la Ile de la Cité, que es la mayor de las dos islas dibujadas.

El mapa proviene de uno que se halla en la obra de David H. Pinkney, *Napoleon III and the rebuilding of Paris*, Princeton, 1958, pág. 73, tomando también como referencia dos de los detallados mapas de Karl Baedeker, *Paris and its environs*, Leipzig, 1898, B2, B8.



cas. Con estas medidas Haussmann satisfizo no sólo los intereses estratégicos contrarrevolucionarios (eliminando o dividiendo a los centros potenciales de alzamiento), sino también los intereses de tipo reformista. Las vías públicas aliviaban el congestionamiento y, la combinación de este hecho con la construcción de un nuevo y celebrado sistema de alcantarillado que atacaba en forma directa a las condiciones de insalubridad fuertemente criticadas por la reciente epidemia de cólera, proporcionaba a la ciudad aire, luz y mayor salud.<sup>26</sup>

La tercera realización consistió en el embellecimiento de la ciudad. Esto se logró de tres maneras. Primero, mediante un estilo urbanístico desde entonces asociado al París de Haussmann: perspectivas amplias, frecuentemente centradas en grandes monumentos o edificios, bordeadas de fachadas de dos niveles que cumplían con ciertos requisitos comunes relativos a su apariencia, generalmente mostrando el estilo Beaux-Arts de la época. Segundo, mediante la restauración o erección de grandes edificios públicos, de los cuales la Opera es el más famoso y, para bien o para mal, símbolo de la sociedad del Segundo Imperio. Tercero, mediante la recreación de los parques londinenses de los cuales se había enamorado Louis Napoleón. Producto de la jardinería inglesa tradicional (en sí misma una reacción de fines del siglo XVII a la simetría geométrica de los parques post-Versailles), dichos parques eran fantasías estilizadas de la naturaleza, una serie instrumentada de caprichos inesperados. Grutas, arroyos, senderos tortuosos y caídas de agua fueron los elementos que empleó Haussmann para crear los magníficos Bois de Boulogne, el Bois de Vincennes, y el Parc des Buttes Chaumont.<sup>27</sup>

Todo esto hizo de París el ejemplo en el mundo europeo de cómo reformar una antigua ciudad en términos prácticos y estéticos. Y, si bien las perspectivas imponentes y la belleza monumental eran, frecuentemente, la impronta indeleble de la imaginación mundial, Napoleón III y su prefecto lograron integrar en sus planes la eficiencia y la calidad estética. Las reformas practicadas en Viena en los años 1860 presentan un cuadro contrastante respecto a esta unidad. Se centraron en una "calle-anular" de edificios imponentes identificados con la burguesía, aislando en el centro de la ciudad un conjunto aristocrático imperial; el anillo, más que articular las calles, representaba la victoria de la clase media. El París del Segundo Imperio era al mismo tiempo hermosamente simbólico y cuidadosamente práctico. Los grandes bulevares no daban la impresión de conducirnos por una galería de modernos monumentos burgueses aislados, dispuestos uno tras otro, en condescendiente celebración al triunfo de la clase media; eran más heroicos, concebidos con un criterio más atento a la tradición, más cargados de intencionalidad. Deliberadamente se proyectaban hacia los monumentos que en la ciudad representaban la gloria pasada y presente de Francia, aunque, por otra parte articulaban la gran metrópolis en proceso de industrialización.<sup>28</sup> Se trataba de una unidad entre belleza y eficiencia que Pereira Passos y otros ingenieros brasileños recordarían.

### 3. Río de Janeiro y su Belle Epoque

Pereira Passos regresó de París en 1860. Su aprendizaje en Europa no había concluido; viajó al exterior (a Francia y a Inglaterra) para hacer estudios informales en las décadas de 1870 y 1880. Después de su retorno y hasta principios del siguiente siglo, Pereira Passos aplicó muy poco sus experiencias sobre la reforma urbana europea. Concentró la mayor parte de sus energías en la construcción y administración de las carreteras que servían al complejo agro-exportador. Al igual que a la mayoría de los grandes ingenieros brasileños de la época, le preocupaba la infraestructura que acarrearía el comercio y la prosperidad, y con ello, la promesa de un desarrollo al estilo europeo. Lo más afín al tema de los proyectos urbanos que logró desarrollar con éxito Pereira Passos, fueron proyectos de suministro de agua y de servicios de tranvías.<sup>29</sup> Sin embargo, entre los años 1874-1876 estuvo presente una interesante, aunque frustrada, influencia de Haussmann.

La década siguiente a la Guerra del Paraguay (1865-1870) fue un período efímero de estabilidad política y de orgullo imperial. El gobierno conservador del vizcondado do Rio Branco (1871-1875), en parte para salirle al paso al reformismo liberal, decidió solicitar a la Corte la implementación de un programa de mejoras. El ministro del Imperio, Joao Alfredo Correia de Oliveira, asumió la conducción del programa y designó a Pereira Passos ingeniero de su ministerio y consultor técnico del Ministerio de Agricultura y Obras Públicas. Es así como Pereira Passos trabajó en muchas de las reformas de la época; encabezó un equipo de tres integrantes que elaboró el primer plan integral de mejoras. Sin embargo, el Emperador se oponía explícitamente a lo que denominaba, con bastante propiedad, "Haussmannización", y los ambiciosos planes de Pereira Passos fueron víctimas de la crisis financiera de mediados de la década de 1870. Las reformas producidas fueron meramente decorativas. Un botánico y arquitecto paisajista francés, Auguste Marie François Glaziou, quien sí contaba con los favores del Emperador echó mano al Campo de Santana y lo convirtió en una verdadera miniatura del Bois de Boulogne entre los años 1873 y 1880, empleando los característicos elementos ingleses: grutas, caídas de agua y senderos zigzagantes. La extraordinaria elegancia del parque resultaba un tanto grotesca; una muestra de los jardines "naturales" europeos en medio de un puerto tropical, donde la selva aún cubría las laderas más próximas.<sup>30</sup>

Durante un cuarto de siglo, Río sólo consiguió deteriorarse dentro de su carcasa colonial. Si bien el sistema de alcantarillado instalado a mitad de siglo (una vez aterrorizada la población por la epidemia de cólera) debe haber contribuido en alguna mejora, el puerto mereció, y con justicia, la reputación de pestilento. Los relatos contemporáneos describen al poblado, en el mejor de los casos, como exótico, con sus nuevas villas suburbanas, su rara arquitectura colonial, sus portadores negros y sus vendedores ambulantes tocados con turbantes, y su lujuriosa vegetación. Por otra parte, se destaca el temor permanente al brote estacional de fiebre



amarilla y una letanía de desprecio hacia las tumultuosas y sucias calles de Río y sus lugares públicos, y hacia el hedor mezcla de perfumes, sudor y suciedad. La breve prosperidad económica vivida durante el período en que se estableció la República (1889) tampoco impulsó la realización de mejoras en el sistema de muelles y almacenes, desastrosamente inadecuado, del puerto. Un joven colega de Pereira Passos, Gustavo André Paulo de Frontin (1866-1932), ganó la concesión para las obras portuarias, pero, debido al colapso económico sufrido en los años 1890, no pudo obtener capital suficiente como para llevar a cabo la empresa.<sup>31</sup> Los primeros gobiernos de la República debían concentrar sus fuerzas en un programa más primario; la supervivencia política y la consolidación, el restablecimiento de los créditos económicos externos, y, por último, la búsqueda de la estabilidad económica.

Ya para 1902 transcurría una nueva época. Se estaba logrando la consolidación política y se había obtenido un crédito en Londres. Estos logros significaron un costo considerable para la República en lo relativo a la solidaridad y a la ideología, y a cualquier expectativa de independencia financiera. No sólo se aceptó que el interés financiero europeo era necesario y bienvenido, sino que, además, el gobierno llegó a considerar que su cometido era el de poner todo su empeño para alentarlos. Este criterio no se restringió a los préstamos e inversiones europeas; también los inmigrantes europeos se volvieron un factor crucial para el bien de la nación y eran la promesa de un desarrollo al estilo europeo, todavía el único tipo de desarrollo concebible para aquella época. Si bien la *Belle Époque* (1898-1914) en Río representó la culminación de las tendencias europeizantes, obvias entre los miembros de la élite durante todo el siglo XIX, este período tiene sus aspectos particulares. A pesar de que las plantaciones de café ubicadas en el interior de Río se habían agotado, dando paso a las nuevas tierras del oeste de Sao Paulo, Río no presentaba señales de declinación. La capital portuaria retuvo y aumentó su importancia como centro del gobierno republicano, comercial, financiero e industrial. Además, 1898 marcó el fin del poder militar o de su amenaza para la República, así como la derrota del republicanismo radical jacobino. Comenzó la clara implementación de medidas destinadas a servir a los intereses de las élites terratenientes de los estados productores-exportadores más importantes y de sus aliados. Un semanario de moda de aquel año menciona el restablecimiento del poder de las "clases conservadoras": se aludía a la exitosa reorganización política de nuevos núcleos de la élite, surgidos del caos político y socio-económico de la década de 1890. Se comenzaba a vislumbrar la posibilidad de una expansión, producto de la nueva estabilidad política, suscripta por la incipiente penetración financiera europea; y esta situación generaba confiadas expectativas de acceder al progreso de estilo europeo.<sup>32</sup>

Este es, básicamente, el contexto político y económico en el cual fue posible realizar las reformas de Río. El sucesor de los presidentes civiles, quien garantizó la apropiación de la República por parte de la élite, comenzó a emplear los frutos de la victoria para remodelar la capital de la

República con la idea de convertirla no sólo en una pieza de exposición del régimen sino también en el nexo más eficiente de una economía neocolonial en resurgimiento. Este sucesor fue Francisco de Paula Rodrigues Alves (1848-1919). Hacendado e hijo de hacendados, funcionario en épocas del Imperio, ministro de finanzas en tiempos de la temprana República, presidente del Estado de Sao Paulo -quien durante su desempeño en el cargo logró vencer una epidemia aplicando reformas modernas- y, por último, padre que aún lamentaba la muerte de un hijo a causa de la fiebre amarilla en Río, Rodrigues Alves fue representante de las nuevas fuerzas en juego y su consciente instrumento. Sostenía que la reconstrucción y el saneamiento de Río eran fundamentales para atraer la inversión de capitales europeos con las consiguientes posibilidades comerciales que éstas acarrearían, por lo cual hizo de este objetivo el centro de su programa presidencial. Nombró a Pereira Passos, quien para aquel entonces tenía casi setenta años de edad, prefecto de la capital y, con ello, arquitecto clave de su proyecto. Muchos recordarán también la participación en los años subsiguientes, de Oswaldo Cruz como hombre elegido para encabezar la lucha contra la fiebre amarilla y la viruela en Río; pero nuestro objetivo fundamental es Pereira Passos, ya que a él se debe la metamorfosis de la ciudad.<sup>33</sup>

#### 4. Las reformas de Pereira Passos

Se acepta, en general, que las ideas que guiaron las reformas implementadas por Pereira Passos entre los años 1903 y 1906 fueron producto de su experiencia en Francia o de los planes que contribuyó a aplicar en tiempos del Imperio. Es obvia la deuda que estas experiencias (así como las mutaciones o agregados que puedan haber sufrido por colaboraciones en la realización de las reformas) tienen con la obra de Haussmann. Las declaraciones publicadas de los ingenieros que compartieron con Pereira Passos la ejecución de su tarea corroboran las repetidas afirmaciones que sobre este hecho hacen sus contemporáneos y los estudiosos. Los análisis de Sousa Rangel y de Alfredo Lisboa, publicados en dos revistas *belle-époque* de su tiempo, *Renascença* y *Kósmos*, son claro ejemplo de ello; un ejemplo agudizado por la sofisticación de los autores. Lisboa demuestra no sólo que las reformas de Haussmann fueron bien interpretadas por los colegas de Pereira Passos, sino también que las reformas subsecuentemente practicadas en Viena, Antwerp, Lisboa, Bruselas y Buenos Aires fueron el legado común de todos los ingenieros brasileños involucrados en la reforma de Río. La elección de Haussmann fue, entonces, una elección informada, llevada a cabo por un equipo altamente profesional.<sup>34</sup>

La principal prueba de ello reside, por supuesto, en lo que se llevó a la práctica. La administración y planificación de las reformas fue responsabilidad conjunta de las autoridades federales y municipales. El Ministro de Transporte y Obras Públicas, Ingeniero Lauro Muller, delegó la realización de la parte correspondiente al gobierno federal en dos colegas. Paulo de Frontin fue encargado del núcleo de las reformas, es decir, de la aveni-

da que atravesaría la Ciudad Vieja. Las obras portuarias fueron confiadas a Francisco Bicalho. Pereira Passos, operando independiente como prefecto de la ciudad capital (y habiéndole sido otorgadas dispensas legales dictatoriales), tuvo a su cargo la reforma del resto de la ciudad. Si bien estos datos conducen a atribuir la gloria de la concepción y realización de la reformas al grupo de colegas participantes, el plan general en sí mismo, parece deberse, en gran medida, a Pereira Passos; hecho que es sugerido tanto por el probable origen del mismo, como por la autoridad real bajo la cual se elaboró el plan publicado. Este plan presentó las características de un Haussmann puro, adaptado a las contingencias particulares del terreno y del desarrollo urbano cariocas.<sup>35</sup>

Las calles angostas, oscuras y encerradas de la *cidade velha* fueron ampliadas, aireadas e iluminadas, y mejor conectadas mediante la demolición de antiguos edificios, la modificación de viejas calles y el trazado de otras nuevas; (ver Mapa B). El área del viejo puerto fue modernizada, ampliada y articulada entre sí por medio de una gran avenida. Esta debía empalmar con la nueva avenida central para dar acceso a la *cidade velha*. La avenida central permitiría el transporte de mercaderías desde la avenida del puerto al centro de la ciudad, y canalizaría el tráfico y el comercio a través de la *cidade velha*, empalmando con una tercera avenida nueva que comunicaría con la Zona Sul. A estas tres nuevas y grandes avenidas, trazadas para bordear y atravesar el antiguo centro, se agregaban otras cuatro, dos de las cuales serían nuevas. Estas cuatro avenidas articularían determinadas áreas de la *cidade velha* entre sí y, a la vez, con la Zona Norte, evitando la convergencia del tráfico en las arterias principales o en el centro de la ciudad.

Pereira Passos supervisó la ejecución de más obras aun. La pavimentación de calles, la construcción de veredas y rutas macadamizadas, el Leme Tunnel (el segundo en comunicar el lejano suburbio de Copacabana con los suburbios más próximos a la *cidade velha*), el proyecto de la Avenida Atlántica de Copacabana (la avenida que conectaría los distritos de Flamengo y Botafogo), la destrucción del decrepito mercado municipal que desfiguraba el distrito de Glória y la construcción de uno nuevo más próximo al tráfico y a los servicios portuarios de la *cidade velha*, el proyecto de construcción o embellecimiento de sitios tales como la Praça XV, Praça 11 de Junho, Praça Tiradentes, Praça Glória, el Largo do Machado, y el Passeio Público y Campo de Santana. En la naturaleza simbólica de las reformas, tema al que volveremos, resultó característica la atención dedicada por Pereira Passos a atacar el ambiente carioca tradicional. El prefecto, empleando sus poderes e influencias, prohibió la venta de comida en las calles, salivar en el piso de los tranvías, la venta a domicilio de leche ordeñada en el lugar, la cría de cerdos dentro de los límites de la ciudad, la exposición de carne faenada en la puerta de las carnicerías, la circulación de perros vagabundos, el dejar las fachadas de los edificios sin pintar, continuar con los *entrudo* y *cordoes* de Carnaval, y muchas otras costumbres cariocas consideradas insalubres, "bárbaras" e "incivilizadas".<sup>36</sup>

De este modo, ciertos principios obvios en las Grandes Obras de París fueron adaptados a la capital brasileña. El ataque a la antihigiénica *cidade velha* de Río puede compararse a la destrucción que implementó Haussmann de las áreas obreras del centro de París. El acento puesto en la ventilación e iluminación mediante la ampliación de calles existentes, la demolición y las nuevas vías de tránsito, fue esencial en ambas reformas. El empleo de vías públicas que condujeran el tránsito desde los límites de la ciudad a través de su centro es una característica común a ambos planes, así como el uso de otras grandes calles para desviar el tránsito intersuburbano del centro, evitando el congestionamiento. Si bien el trazado y las dimensiones de Río no exigían el empleo de tantas *places-carrefours*, el principio de tales plazas se aplicó obviamente a cada extremo de la Avenida Mem de Sá (ver Mapa B). Allí, en la intersección de Men de Sá con la ruta Rua Frei Caneca - Rua Visconde do Rio Branco y en la conexión con el complejo *Passeio Público* - Avenida Beira Mar - Avenida Central, se efectuaban los empalmes con las redes que conducían hacia el centro y hacia los suburbios. El mismo principio está presente y se manifiesta con mayor claridad aún en las plazas Vieira Souto y dos Governadores, ubicadas sobre Men de Sá, y en el Largo da Prahna (Praça Mauá en la actualidad), cada una de las cuales es una plaza propiamente dicha, desempeñando el papel articulador asignado por Haussmann a sus plazas. Más aún, la intersección de la Avenida Central (en la actualidad Avda. Rio Branco) con la ruta Rua Visconde de Inhauma - Rua Marechal Floriano fue para Río lo que el Gran Cruce para París: dos grandes vías que atravesaban la ciudad, cortándose perpendicularmente en el centro de la misma.

Fue obvio el impacto del modelo racional e higiénico de las Grandes Obras de París de los años 1853-1870 sobre Pereira Passos y sus colegas, tanto en la elaboración de los planos concebidos por el prefecto en la década de 1870 como en la realización conjunta de las obras emprendidas entre 1903 y 1906. Se trata de un impacto también presente en los aspectos más estéticos de la metamorfosis de Río. La influencia parisina del proyecto como el estilo arquitectónico preferido por Pereira Passos y Paulo de Frontin -prestando especial atención a la jardinería de las plazas de la ciudad-, el renovado interés en el Campo de Santana (el Bois de Boulogne de Río), y el proyecto del hijo de Pereira Passos que presentaba una versión carioca del Opera de París fue fundamental en la concepción de la nueva Río, nacida bajo el ojo avisor de Pereira Passos.<sup>37</sup>

## 5. "O Rio civiliza-se" 38

Para el historiador de la cultura, el aspecto más intrigante de las reformas es percibir qué estaba ocurriendo en Río bajo la administración de Pereira Passos. La comprensión de este fenómeno implica tomar en cuenta no sólo lo que se hizo, sino también lo que se dejó de hacer.

Pereira Passos y Rodrigues Alves tuvieron claro que para civilizar Río era necesario rehacer el plan de la ciudad y su higiene. La "Civilización"

era concebida en términos de cambios materiales siguiendo los lineamientos modernos europeos (es decir, los franceses). Sin embargo, mientras los planificadores se preocupaban por el trazado práctico de base de la capital y de su puerto, compartían con la élite carioca la pasión por los cambios estéticos. Este punto ya fue señalado, pero merece una mayor atención. En efecto, vale la pena destacar que acontecimientos tales como las *batalhas de flores*<sup>39</sup> que tuvieron lugar en el remodelado Campo de Santana o las ceremonias asociadas al "milagro" de la Avenida Central, fueron auspiciados por el presidente y el prefecto, e hicieron un enorme impacto sobre sus coetáneos. Los periodistas argumentaron con particular rapidez la significación cultural de estas reformas urbanas. Visualizaron el afrancesamiento de Río no tanto como un nuevo complejo de vías públicas, eficiente y saludable, sino, más bien, como el símbolo y el significado de la rehabilitación del Brasil y de su futuro "civilizado" (es decir, europeo). En 1904, un escritor señala el papel que juega la reforma de Río en la necesidad de impresionar a los financistas e inmigrantes europeos: "El extranjero que desembarca aquí... de su rápida visita a nuestra empobrecida ciudad se lleva una triste impresión de todo nuestro país... Intentar convertir a Río de Janeiro en una ciudad moderna, confortable y civilizada es una necesidad indeclinable e ineludible de nuestro problema económico".<sup>40</sup>

La celebración de la Avenida Central (una de las reformas de mayor impacto), dado este supuesto generalizado del potencial simbólico de la metamorfosis de la ciudad, está cargada de fervor simbólico: "Para los que meditan (...) en el pasado y futuro de la Patria, la apertura de esta calle reviste una extraordinaria importancia, no sólo para el engrandecimiento material de la ciudad sino también para su engrandecimiento moral. Y como Río de Janeiro es el centro del progreso y de la civilización brasileña, y como por ella se juzga al Brasil entero, la Avenida Central, representando el confort, la higiene y la opulencia, convencerá a aquellos que nunca vinieron aquí y que abren juicio sobre lo que somos... que Brasil no es lo que les dijeron que era".<sup>41</sup>

La fantasía, la realización del deseo del carioca amante de la Europa de la *belle époque*, se hizo evidente en la importancia simbólica que revistió la Avenida Central, con sus perspectivas a lo Haussmann, sus fachadas *Beaux-Arts*, el acento puesto en el consumo de importaciones de moda, sus exhuberantes compradores y *flâneurs* de estilo, y sus edificios monumentales dedicados a la cultura europea (el Teatro Municipal, la Biblioteca Nacional). Para los brasileños significaba haber accedido a la "civilización". Esta fantasía era palpable aún antes de haberse concluido la Avenida y antes de que todos estos fenómenos hubiesen sido concretados. Mientras se efectuaba la demolición preliminar, un carioca escribe: "Las calles amplias y extensas, las largas plazas con jardines, los edificios altos y hermosos, las múltiples diversiones de simple placer o de goce intelectual que acompañan necesariamente a las transformaciones del medio en que vive la población han de modificar sus hábitos, influir sobre su carácter, activar sus iniciativas, despertarles el gusto por lo bello, el culto a los

ideales, el amor que se traduce en actos patrióticos y no un amor platónico, retórico".<sup>42</sup>

Las reformas deben ser comprendidas en esta atmósfera. En este momento de la era neocolonial, tenía aceptación general la idea de que el éxito de la "división internacional del trabajo" brindaría naturalmente su compensación a todos los países por igual; Civilización y Progreso a la europea. Las reformas efectuadas bajo el gobierno de Rodrigues Alves fueron vistas como un símbolo, tanto de sus intenciones como de las de los administradores anteriores a él, de erradicar los obstáculos accidentales que entorpecían la realización de las posibilidades naturales del Brasil, produciendo resultados inevitablemente buenos: "Las obras de saneamiento y embellecimiento de la capital de la República (...) acarrearán (...) ventajas admirables e innumerables (...) cabe al actual gobierno desarrollar la obra monumental de nuestro resurgimiento como pueblo que quiere ocupar el lugar al que tiene inalienables derechos en el concierto de las naciones, ya sea por sus logros intelectuales y morales como por las riquezas materiales y la vastedad de territorio con que lo dotó la naturaleza en un rasgo de asombrosa prodigalidad".<sup>43</sup>

Estas creencias -juntamente con la fantasía de alcanzar la Civilización en un futuro próximo-, el medio cultural y la percepción de las reformas contaban con un elemento esencialmente negativo. Si bien la Avenida y las demás reformas significaban que los cariocas se estaban acercando a la Civilización, volviéndose más europeos, también significaban la negación y el final de gran parte de lo que era la idiosincrasia brasileña. Abrazar la Civilización significaba, también, dejar de lado el pasado colonial, visto como retrógrado por muchos de los miembros de la élite carioca. Estos tendían a asociar los aspectos raciales y culturales de la realidad carioca con el pasado.

Las reformas fueron consideradas como un tónico contra el "letargo tropical", y como un ataque contra la realidad física que conspiraba por mantener al Brasil en un estadio tradicional (es decir, atrasado). Al iniciarse la construcción de la Avenida, por ejemplo, uno de los literatos de la ciudad, Olavo Bilac, manifiesta: "Hace pocos días, los picos, entonando un himno jubiloso, iniciaron los trabajos de construcción de la Avenida Central, tirando abajo las primeras casas condenadas (...) comenzamos a marchar hacia nuestra rehabilitación. Al derrumbarse las paredes, al caer las piedras y volar la tierra, se hacía presente un largo gemido. Era el gemido triste y lamentoso del Pasado, del Atraso, del Oprobio. La ciudad colonial, inmunda, retrógrada, empeñada en sus viejas tradiciones, estaba sollozando en el sollozo de esos materiales podridos que se desmoronaban. Pero el himno claro de los picos acallaba esa imponente protesta. ¡Con qué alegría cantaban los picos regeneradores! ¡Y cómo comprendían las almas de los que estaban allí lo que ellos decían, en su clamor incitante y rítmico, celebrando la victoria de la higiene, el buen gusto y el arte!"<sup>44</sup>

¿Y cuáles eran para Brasil estas viejas tradiciones, retrógradas y oprobiosas? No se trataba, simplemente, de los aspectos coloniales, insa-

lubres e ineficientes de la cidade velha; éstos encarnaban el símbolo de una cultura a la que los cariocas amantes de Europa querían atacar y destruir. Pereira Passos condenaba no sólo a las calles angostas y a la inmundicia, sino también a las fachadas despintadas, a los estilos rurales de consumo y a los aspectos "bárbaros" del Carnaval. Probablemente el ataque al Carnaval sea el caso más ilustrativo del conflicto con la tradición. El Carnaval, con sus salvajes procesiones populares (cordoes), formaba parte de la cultura afro-brasileña de las que se avergonzaba la élite amante de Europa. En el mismo ejemplar de la revista *Kósmos* en que Bilac celebraba la apertura de la Avenida, atacaba a los "abomináveis cordoes" de Carnaval y prorrumpía en invectivas contra "esa antigua costumbre de las procesiones báquicas. Creo que de todas las ciudades civilizadas, Río de Janeiro es la única que tolera esa exhibición vergonzosa (...) es indignante que esas orgías invadan las calles, en procesiones eróticas..."<sup>45</sup>

João do Rio, el más arrojado de los periodistas contemporáneos, señala que "el Carnaval hubiera desaparecido (...) si no fuera por el entusiasmo de los grupos de Gambôa, Saco Saúde, S. Diogo, Cidade Nova, entusiasmo ardiente (...) que envuelve y arrastra a la ciudad entera...". (Gambôa y el resto son los distritos obreros de la ciudad, predominantemente afro-brasileños). Y continuaba preguntando: "¿Ignoras el origen de los cordoes? Pues bien, ellos vienen de la fiesta de N.S. del Rosario, allá por los tiempos de la colonia. No sé por qué los negros gustan de N.S. del Rosario. Ya por aquella época gustaban salir por las calles, vestidos de reyes, animales, pajes y policías, tocando instrumentos africanos, y se detenían frente a la residencia del Virrey a bailar y cantar (...) el origen de los cordoes es el Afoché africano, día en que se burla a la religión..."<sup>46</sup>

Luiz Edmundo, otro periodista contemporáneo, recuerda que fueron las reformas de Pereira Passos las que reprimieron tales "tradições alienígenas": "Río civiliza-se, informan los diarios. ¡Y los ruidos bárbaros son invitados a desaparecer de una ciudad que comienza a rendir culto a la civilización!". Durante Carnaval el periodista señala: "Sólo el aristócrata, el elegante que asistió a la exposición del 1900 en París y que reside en Botafogo (...) celoso de su sombrero haute-forme (...) rehuye a los desvaríos de Momo..."<sup>47</sup>

Precisamente eran esos "aristócratas" y "elegantes" como Pereira Passos y Bilac, quienes condujeron las reformas. Dichos hombres querían atacar al viejo Brasil, ese Brasil "africano" que amenazaba sus esperanzas de Civilización. Y para la élite, se trataba de una "África" muy presente. La mayoría de los miembros de la élite había sido criados por negros y estaban rodeados de sirvientes negros, de los cuales, los adultos, habían conocido personalmente la esclavitud. Una parte importante de la población urbana era de ascendencia africana, y una mezcla de tradiciones culturales de ese origen florecía en los barrios de los sirvientes y en los distritos obreros, ubicados a pocos pasos del centro de la ciudad (ver Mapa B).

La favelas (barrios precarios) comenzaron a ocupar las laderas de las colinas próximas a los viejos muelles, hacia fines del siglo XIX, y las reformas de 1903-1906, bastante intencionalmente, se impulsaron contra

las viviendas obreras que ocupaban áreas llenas próximas a los muelles. Un periodista recuerda bien este viejo Río africano, "el país, hasta la época de la extinción del tráfico de esclavos africanos, era, todavía, una población más parecida a un rincón del África que a una nación del Nuevo Mundo. Y fue más o menos igual hasta iniciarse el presente siglo. Bilac, con muchas propiedad, llamaba al Río de Janeiro de su época, Antígua Cafrária portuguesa"<sup>48</sup>

Skidmore<sup>49</sup> ha demostrado que el racismo "científico" de esta época del colonialismo europeo no sólo fue aceptado en Brasil, sino que también impulsó a la élite y a sus representantes a desesperarse por el futuro de su país, al tiempo que explica el por qué de la selección realizada sobre la inmigración, para posibilitar el "blanqueamiento" de la futura "raza" brasileña. De hecho, la élite percibía frecuentemente a Brasil de la misma manera que los colonialistas europeos contemporáneos en otras partes del mundo. Y, tal como lo hemos sugerido anteriormente, esto ocurría especialmente antes de la época de las reformas. Luiz Edmundo cuenta como la alta sociedad, blanca, consideraba a la ciudad, como desagradable y parroquiana. Los hombres conducían sus carruajes importados en lugar de mezclarse con la "gente de poca o ninguna posición social". Y las mujeres "agradablemente aburridas", examinaban con lorgnons a "los plebeyos, prosaicos y mal vestidos" mientras pensaban en los Bois de Boulogne o en el Hyde Park, y "dejaban escapar, cada tanto, de sus bocanitas gentiles, tiernos suspiros, como arrancados del fondo de sus almas, ... que podrían traducirse así: ¡Dios mío, qué ciudad horrible y qué gente!"<sup>50</sup>

Dichos cariocas pueden haberse considerado los combativos representantes de una minoría blanca defensora de una cultura universalmente superior: la Civilización, a la que necesariamente debían aspirar todos los pueblos, si bien unos pocos podrían alcanzarla. En 1900, por ejemplo, un miembro de la élite escribe: "Nuestra imaginación no puede dejar de ser europea, es decir, de ser humana; ella (...) es atraída por la civilización de los europeos, con quienes tenemos la misma base común en el lenguaje, la religión, el arte, el derecho y la poesía, los mismos siglos de civilización acumulados (...) No quiero decir que haya dos humanidades, una superior y otra inferior, y que nosotros pertenezcamos a esta última; (...) pero, en el siglo en que vivimos, el espíritu humano, que es sólo uno y terriblemente centralista, está del otro lado del Atlántico..."<sup>51</sup>

Las reformas de Pereira Passos, al condenar explícitamente los edificios y las prácticas asociadas a las tradiciones consideradas retrógradas, bárbaras, coloniales y africanas, significaban la apuesta brasileña a esa cultura "humana", esa Civilización universal, atacando abiertamente al pasado brasileño. Y, para muchos miembros de la élite, ese ataque ya mostraba resultados positivos: "... la ciudad comenzaba a cambiar lentamente. Comenzaron a generarse nuevas corrientes migratorias. Nuevas y numerosas, aumentando en forma considerable nuestra población y, sobretudo, disminuyendo enormemente la cantidad de negros (...) Hubo transformaciones hasta en los usos y costumbres (...) Cambiamos todo, (...) hasta el

punto de llegar a cambiar por completo nuestra mentalidad, atascada por largos años de encierro y de rutina. Tenían razón, entonces, las gacetas de la tierra, cuando gritaban al unísono: ¡Río se civiliza! En efecto, ¡se estaba civilizando! El Progreso que, desde hacía mucho tiempo rondaba la puerta, sin permiso para entrar, fue recibido con júbilo".<sup>52</sup>

Hausmann, en sus proclamas de eficiencia, salud y belleza, había incluido planes de naturaleza contrarrevolucionaria; atacó los bastiones del alzamiento obrero. Pereira Passos, en sus proclamas de eficiencia, salud y belleza a la europea, incluyó planes de naturaleza anti-"colonial"; atacó los bastiones de un medio esencialmente brasileño y de su cultura afro-brasileña. En el caso de las obras realizadas por Pereira Passos, tal como él mismo y su audiencia de élite las percibieron, el impacto negativo de las reformas fue absorbido naturalmente por la propuesta positiva. Con estas transformaciones, Brasil comenzaba a renacer y demostró su potencial para unirse a la triunfante Civilización universal. Nuestras propias conclusiones son, desde ya, más amplias. En el nuevo Río "civilizado", triunfó la predisposición colonial -de antigua raigambre- de asimilar las formas europeas, y concretándose las realidades y los supuestos subyacentes en la belle époque carioca.

## NOTAS

<sup>1</sup> Sobre Pereira Passos, véase nota 3. Empleo el término "neocolonialismo" para referirme a la combinación de la independencia política formal con la dependencia económica y política informal, característico de los países latinoamericanos después de 1820 y floreciente en los años 1880; véase Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, 1972, caps. 4, 5; Furtado, Celso, *Economic Development of Latin America*, traduc. Macedo, S., Cambridge, 1976, caps. 3-5; Stein, Stanley J. y Stein Barbara H., *The Colonial Heritage of Latin America*, Nueva York, 1970, caps. 5, 6.

<sup>2</sup> Nabuco, Joaquim, *Um estadista do Imperio*, Rio de Janeiro, 1897, V. 1, págs. 27-33, 40-41; Murilo de Carvalho, José, "A composição social do partidos políticos imperiais", en *Cadernos do Departamento de Ciência Política*, 2, Belo Horizonte, 1974, págs. 23-25; Haring, C.H., *Empire in Brazil*, Nueva York, 1968, cap. 3; Furtado, Celso, *The Economic Growth of Brazil*, trad. de Aguiar, R.W. y Drysdale, E.C., Berkley, 1968, pág. 104.

<sup>3</sup> Athayde, Raymundo A. de, Pereira Passos, Rio de Janeiro, s.f., págs. 11-24; Vasconcellos, Barao de y Smith de Vasconcellos, Barao, Lausanne, 1918, s.v., "Mangaratiba". Cf. Stein, Stanley J., Vassouras, Nueva York, 1970, caps. 1, 2, 5.

<sup>4</sup> Sobre la ciudad en el Brasil del siglo XIX, véase Freyre, Gilberto, *The Mansions and the Shanties*, trad., Onis, H. de, Nueva York, 1963; Azevedo, Fernando de, *Brazilian Culture*, trad. Crawford, W.R., Nueva York, 1951, T. 1, cap. 3; Morse, Richard M., *From Community to Metropolis*, Gainesville, 1958, caps. 10-14; Graham, Richard, *Britain and the Onset of Modernization in Brazil, 1850-1912*, Cambridge, 1972, caps. 1, 4.

<sup>5</sup> Nótese que la población esclava no se reproducía en número suficiente, por lo que, constantemente, se requerían reclutamientos adicionales; véase Conrad, Robert, *The Destruction of Brazilian Slavery*, Berkley, 1972, págs. 24-27 y 287. Para consultar estadísticas sobre la población de la ciudad, véase Lahmeyer Lobo, Eulalia Maria, *História do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, 1978, V. 1, págs. 122-123, 135-136 y 225-226.

6 Lahmeyer Lobo, Eulalia Maria, ob. cit., V. 1, caps. 1-3, pássim; Boxer, C.R., *The Golden Age of Brazil*, Berkeley, 1969, págs. 312-316; Prado Júnior, Caio, *The Colonial Background of Modern Brazil*, trad. Macedo, S., Berkeley, 1971, págs. 77, 88-89, 167-168 y 286-288.

7 Lahmeyer Lobo, E.M., ob. cit., V. 1, págs. 100-101, 162-163 y 166; Cruls, Gastão, *Aparência do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, 1965, págs. 1, 146, 221-222 y 397; Morales de los Rios Filho, Adolfo, *O Rio de Janeiro imperial*, Rio de Janeiro, 1946, págs. 8, 18 y 312; Canabrava Barreiros, Edmundo, *Atlas da evolução urbana da cidade do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, 1965, láms. 8-14.

8 Canabrava Barreiros, E., ob. cit., láms. 8-14; Alencar Roxo, Estélio Emanuel de y Ferreira, Manoel, "O saneamento do meio físico", véase Nascimento Silva, Fernando (dir.), *Rio de Janeiro em seus quatrocentos anos*, Rio de Janeiro, 1965, págs. 285-288.

9 Roxo y Ferreira, ob. cit., págs. 285-290; de Lima e Silva, Ruy Mau-ricio, "Iluminação e gás", véase Nascimento Silva, F., ob. cit., págs. 357-358; Coaracy, Vivaldo, *Memórias da cidade do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, 1965, pág. 161, "Anexo", pássim.

10 de Macedo, Joaquim Manuel, *Memórias da rua do Ouvidor*, São Paulo, 1952, págs. 156-157; Coaracy, V., ob. cit., págs. 180-188; Bardy, Cláudio, "O século XIX", véase Nascimento Silva, F., ob. cit., págs. 104-106.

11 de Athayde, R.A., ob. cit., págs. 38-40; sobre la Escola Militar (más tarde llamada Escola Politécnica), véase Costa, João Cruz, *A history of Ideas in Brazil*, trad. Macedo, S., Berkeley, 1964, págs. 83 y 86; Hall, Michael M., "Reformadores de classe média no Império Brasileiro: A Sociedade Central de Imigração" en *Revista de História*, vol. 53, núm. 103, 1976, págs. 149-151; Mattoon, Robert H. (h.), "The Companhia Paulista de Estradas de Ferro, 1868-1900: A Local Railway Enterprise in Sao Paulo, Brazil", *Disertación de Doctorado*, Univ. de Yale, 1971, págs. 220 a 221; Murilo de Carvalho, José, "As forças armadas na Primeira República: O poder desestabilizador" en Fausto, Boris, (dir.), *História geral de civilização brasileira*, tom. 3, 2 vols., San Paulo, 1977, t.II, págs. 195 a 196. Cf. también Reboucas, André, *Diário e notas autobiográficas*, Rio de Janeiro, 1938; Reboucas fue estudiante y profesor de la Escuela.

12 Véase, por ejemplo, Coaracy, V., ob. cit., caps. 3 y 4, pássim; Bardy, C., ob. cit., págs. 116 a 118; Roxo y Ferreira, ob. cit., págs. 291 a 292; Lima e Silva, ob. cit., pássim; de Oliveira Neto, Nestor, "A evolução dos transportes", en Nascimento Silva, F., ob. cit., pássim; Graham, R., ob. cit., caps. 3, 4 y 7, pássim.

13 Véase Prado Júnior, Caio, *História económica do Brasil*, São Paulo, 1967, cap. 16, pássim y págs. 170 a 171; Stein, S.J., ob. cit., págs. 3 a 4 y 24 a 26; Furtado, C., ob. cit., págs. 104 a 105, 116 a 117, 119 a 120 y 123 a 124; Graham, R., ob. cit., caps. 1, 2, 3 y 7, pássim; Murilo de Carvalho, J., ob. cit., pág. 24 a 25; Lahmeyer Lobo, E.M., ob. cit., tom. I, págs. 101 a 105, 133, 155 a 161; Sweigart, Joseph E., "Financing and Marketing Brazilian Export Agriculture: The Coffee Factors of Rio de Janeiro, 1850-1888", *Disert. de Doctorado*, Univ. de Texas, Austin, 1980, págs. 2 a 4, cap. 1, pássim; Nabuco, J. ob. cit., tom. III, págs. 580 a 583,

Calmon, Pedro, *O marques de Abrantes*, Rio de Janeiro, 1933, cap. 17, pássim; Pinho, Wanderley, *Salões e damas do Segundo Reinado*, São Paulo, 1970, caps. 5, 8, 9 y 10, pássim.

14 Coaracy, V., ob. cit., págs. 147 149, 161 y 174; Oliveira Neto, N., ob. cit., págs. 347 a 355; Lima e Silva, ob. cit., pássim; Roxo y Ferreira, ob. cit., págs. 292 a 293; Bardy, C., ob. cit., págs. 116 a 118; Graham, R., ob. cit., págs. 92, 116 y 118.

15 Coaracy, V., ob. cit., págs. 147 a 149; Oliveira Neto, N., ob. cit., págs. 349 a 352; Marchant, Anyda, *Viscount Mauá and the Empire of Brazil*, Berkeley, 1965, pág. 59; Hilliard, Henry, *Politics and Penpictures at Home and Abroad*, Nueva York, 1892, págs. 375 a 376. Editores de *The Rio News, Handbook of Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, 1887, págs. 143 a 150; Dent, Hastings C., *A Year in Brazil*, Londres, 1886, págs. 235 a 237; Ferreria da Rosa, Rio de Janeiro, 1905, págs. 57 a 61; Cruls, G., ob. cit., vol. I, págs. 349 a 357 y 397 a 401, vol. II, págs. 459 a 460 y 507 a 517; Calmon, ob. cit., págs. 237 a 239; de Los Rios, ob. cit., págs. 303 y 312 a 316.

16 Morse, Richard M., Conniff, Michael L. y Wibel, John, *The Urban Development of Latin America*, Stanford, 1971, págs. 37 y 44 a 48; Furtado, C., ob. cit., caps. 19 a 25, pássim; Lahmeyer Lobo, E.M., ob. cit., vol. I, págs. 81 a 83, 162 a 166 y 209 a 222, pássim; Murilo de Carvalho, ob. cit., págs. 10 a 14 y 23 a 25; Vilela Luz, Nícia, *A luta pela industrialização do Brasil*, Sao Paulo, 1975, págs. 50 a 55; Reboucas, ob. cit., págs. 169 a 173, pássim; Marchant, ob. cit., cap. 9, pássim; Ridings, Eugene W. (h.), "Class Sector Unity in a Export Economy: The Case of Nineteenth-Century Brazil", en *Hispanic American Historical Review*, núm. 58, 1978; Ridings, E.W., "Interest Groups and Development: The Case of Brazil in the Nineteenth Century", en *Journal of Latin American Studies*, 1978, núm. 9; Sweigart, ob. cit., caps. 2, 4 y 5, pássim; Nascimento Silva observa la planificación urbana desarrollada por precursores, y en particular, por Grandjean de Montigny, un miembro de la Misión Artística Francesa de 1816; véase Nascimento Silva, ob. cit., págs. 121 a 122 y Morales de Los Rios Filho, Adolfo, *Grandjean de Montigny e a evolução da arte brasileira*, Rio de Janeiro, 1941.

17 Véase, por ejemplo, Nabuco, ob. cit., vol I, págs. 12 y 17 Coelho Neto, *A conquista*, Rio de Janeiro, 1921, págs. 60, 228 y 300; Nogueira da Gama, Visconde de, *Minhas Memórias*, Paris, 1893, 1ra. parte, pássim; de Rozende Martins, Amélia, *Um idealista realizador*, São Paulo, 1939, caps. 6 y 7, pássim; Nabuco, Joaquim, *Minha Formação*, Paris, 1900, caps. 4, 5 y 6, pássim.

18 Sobre el tema de la influencia cultural anglofrancesa en general, véase Needell, Jeffrey D., *The Origins of the Carioca Belle Epoque: The emergence of the elite culture and society of turn-of-the-century Rio de Janeiro*, *Disert. de Doctorado*, Univ. de Stanford, 1982; sobre la influencia tecnológica inglesa, véase Graham, R., ob. cit., págs. 136 a 140. Cf. también Freyre, Gilberto, *Ingleses no Brasil*, Rio de Janeiro, 1948, págs. 56 a 58, 63 a 66 y 81 a 83. Sobre la influencia tecnológica francesa, véase Freyre, Gilberto, *Un engenheiro frances no Brasil*, Rio de Janeiro, 1960, vol. I, págs. 219 a 259, pássim; Morales de los Rios Filho, Adolfo, *Dois notáveis engenheiros*, Rio de Janeiro, 1951, págs. 40 a 47, pássim.

19 Athayde, R.A., ob. cit., págs. 38 a 41 y 43; Azevedo, ob. cit., págs. 174 a 175 y 236 a 237. Cf. también de Los Rios, ob. cit., pág. 38 a 46, *pássim*. Sobre la Ecole Polytechnique, véase nota 21.

20 Athayde, R.A., ob. cit., págs. 15 a 18, 36 a 39, 43 a 44 y 107. Cf. Azevedo, ob. cit., págs. 179 a 190; Barman, Roderick y Barman, Jean, "The Role of the Law Graduate in the Political Elite of Imperial Brasil", en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 1976, núm. 18, págs. 425 a 427 y *pássim*.

21 Sobre las Ecoles y su tradición, véase *La grande encyclopédie*, París, s.f., s.v. "Ecole des ponts et chaussées", y Habosbawm, E.J., *The Age of Revolution*, Nueva York, 1962, págs. 47 y 329; Moody, Joseph N., *French Education Since Napoleon*, Syracuse, 1978, págs. 30 a 31; Anderson, R.D., *Education in France*, Oxford, 1975, págs. 11, 27 a 29, 58 a 59, 202 a 203; Wigmore, John H., (edit.), *Science and Learning in France*, s.l., 1917, págs. 97 a 104. Sobre la estadía de Pereira Passos en Francia, véase de Athayde, R.A., ob. cit., págs. 107 a 110. Cf. también Reboucas, ob. cit., págs. 15 a 16 y 225 a 226.

22 Con respecto a las reformas de Haussmann, me remito a Pinkney, David H., *Napoleon III and the Reconstruction of Paris*, Princeton, 1958, y a Chapman, J.M. y Chapman, Brian, *The Life and Times of Baron Haussmann*, Londres, 1957. Sobre el emperador y Haussmann, véase Pinkney, ob. cit., págs. 40 a 45 y Chapman y Chapman, ob. cit., págs. 63 a 66 y 71 a 74.

23 Pinkney, D.H., ob. cit., págs. 35 a 38; Chapman y Chapman, ob. cit., págs. 184 a 186.

24 Para una imagen general, véase Benevelo, Leonard, *The Origins of Modern Town Planning*, trad. Landry, J., *Disert. de Maestria*, Univ. de Cambridge, 1976, págs. 85 a 147, *pássim*; con relación a París, véase Pinkney, ob. cit., págs. 29 a 31 y 37 a 40, y Chapman y Chapman, ob. cit., págs. 63, 68, 86 a 87 y 195 a 196. Nótese en *ibid.*, págs. 4, 61 y 79, que algunos elementos presentes en el Gran Cruce eran modificaciones del "Plan de los Artistas" de 1797. Cf. Pinkney, ob. cit., págs. 32 a 33.

25 Chapman y Chapman, ob. cit., págs. 78 a 82 y 180 a 184; Pinkney, ob. cit., págs. 56 a 59 y cap. 3, *pássim*.

26 Pinkney, ob. cit., págs. 9 a 10, 12 a 13, 23 a 24, 34 a 36, 57 a 58, 67 y cap. 6, *pássim*; Chapman y Chapman, ob. cit., págs. 184 a 187, *pássim*.

27 Chapman y Chapman, ob. cit., págs. 85 a 89 y 189 a 197; Pinkney, ob. cit., págs. 19, 30 y cap. 4, *pássim*; sobre el modelo inglés, véase Hyams, Edward, *A History of Gardens and Gardening*, Nueva York, 1971, págs. 28 a 42.

28 Véase Schorske, Carl E., *Fin-de-Siecle Vienna*, Nueva York, 1981, págs. 24 a 46, *pássim*, en particular págs. 31 a 36. Cf. Chapman y Chapman, ob. cit., págs. 189 a 195, y en particular págs. 194 a 195. Según Schorske, Haussmann sería un barroco, por el acento puesto en la organización focalizada y radial.

29 de Athayde, ob. cit., caps. 10 a 14, *pássim*; Blake, Sacramento, *Diccionario bibliográfico brasileiro*, 7 vols., Rio de Janeiro, 1888-1902, vol. III, págs. 89 a 90. Cf. con la carrera de Paulo de Frontin en Dods-

worth Martins, Luiz, *Presença de Paulo de Frontin*, Rio de Janeiro, 1966, págs. 29 a 32, 38 y *pássim*; o con Reboucas, ob. cit.

30 de Athayde, ob. cit., págs. 172 a 176; Nabuco, ob. cit., vol. III, págs. 202 a 203, 423 a 424; Blake, ob. cit., vol. III, págs. 89 a 90 y 315; Coaracy, ob. cit., págs. 206 a 207; de los Rios, ob. cit., págs. 40 a 47; Oliveira Reis, "As administrações municipais e o desenvolvimento urbano" en *Nascimento da Silva*, ob. cit., pág. 127. Las reformas planificadas fueron redactadas en 1873 y se publicaron en 1875-1876; véase Pereira Passos, Francisco, Rodrigues de Moraes Jardim, Jeronymo y Ramos da Silva, Marcellino, *Relatorio da comissão de melhoramiento da cidade do Rio de Janeiro*, 2 vols., Rio de Janeiro, 1875-1876. Los proyectos iniciales fueron criticados por Luis Rafael Vieira Souto, un ingeniero de renombre, en el *Jornal do Comércio*; véase Oliveira Reis y de los Rios, obs. cit. Coaracy observa que Glaziou había sido invitado al Brasil por Pedro II, y había trabajado en el Jardim Botânico, la Quinta da Boa Vista, y la Floresta da Tijuca antes de ocuparse del Campo de Santan (1873-1880). (Véase cita de Coaracy, más arriba).

31 Roxo y Ferreira, ob. cit., págs. 291 a 292; Reboucas, ob. cit., págs. 11 a 14; Nabuco, Carolina, *Oito décadas*, Rio de Janeiro, 1973, pág. 10; Taunay, Visconde de, *Memórias do visconde de Taunay*; San Pablo, 1948, págs. 7 a 8; Barbosa de Oliveira, Albino Jose, *Memórias de um magistrado do Império*, San Pablo, 1943, págs. 220 a 221; Edmundo, Luiz, *De um livro de memórias*, 5 vols., Rio de Janeiro, 1958, vol. I, págs. 159 a 160; Cané, Miguel, *En viaje*, Buenos Aires, 1949, págs. 23 a 29; Quesada, Vicente G., *Mis memorias diplomáticas*, 2 vols., Buenos Aires, 1907, vol. I, págs. 104 a 105, 108, 118 y 120; von Binzer, Ina, *Os meus romanos*, trad. Rossi, A. y da Gama Cerqueira, L., Rio de Janeiro, 1980, págs. 53 a 54, 61 a 62 y 71; Leclerc, Max, *Lettres du Brésil*, París, 1980, págs. 53 a 57 y 261 a 262; de Rancourt, Etienne, *Fazendas et estancias*, París, 1901, págs. 39 a 41 y 49 a 51; Andrews, C.C., *Brazil*, Nueva York, 1989, págs. 15 y 25 a 29; Burke, Ullick R. y Staples, Robert, (h.), *Business and Pleasure in Brazil*, Londres, 1884, págs. 36 a 48; Dodsworth Martins, ob. cit., págs. 63 a 64 y 65 a 68. Nótese que la obra de Frontin continuó a la de Reboucas; véase Graham, R., ob. cit., págs. 192 a 194.

32 Véase Swaigart, ob. cit., cap. 5 y págs. 218 a 219; Stein, ob. cit., cap. 9; Lahmeyer Lobo, ob. cit., vol. I, págs. 170 a 223, *pássim*, vol. II, págs. 443 a 509, *pássim*. Cf. también Cano, Wilson, *Raízes da concentração industrial em São Paulo*, San Pablo, 1977, caps. 1 y 3, *pássim*; de Abranches, Dunshee, *Como se faziam presidentes*, Rio de Janeiro, 1973, pts. 1 y 2, *pássim*; Bello, José María, *A history of modern Brazil*, trad. Taylor, J.L. Stanford, 1966, caps. 7 a 13, *pássim*; Arinos de Melo Franco, Alfonso, Rodrigues Alves, 2 vols., Rio de Janeiro, 1973, vol. I, págs. 73 a 166; de Assis Barbosa, Francisco, "A presidencia Campos Sales" en *Luso-Brazilian Review*, núm. 5, 1968; Furtado, C., ob. cit., págs. 182 a 183, 189 y 190 a 197; Skidmore, Thomas E., *Black into White*, Nueva York, 1974, págs. 23 a 25 y 64 a 77; Hahner, June E., *Civilian-Military Relations in Brazil*, Columbia, 1969, págs. 125 a 134, 140 a 144 y cap. 8, *pássim*; Hahner, J.E., "Jacobinos versus Galegos: Urban Radicals versus Portuguese Immigrants in Rio de Janeiro in the 1890", en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, núm. 18, 1967. Love, Joseph, L., *Rio Grande do Sul and Brazilian Regionalismo*, Stanford, 1971, caps. 3 a 5,



pássim; Wirth, John, D., *Minas Gerais in the Brazilian Federation*, Stanford, 1977, págs. 99 a 105 y 151 a 152; Needell, ob. cit., págs. 45 a 68. El semanario de moda al que hago referencia es el *Rua do Ouvidor*; véase 14 de Mayo y 5 de Noviembre, 1898.

33 de Athayde, ob. cit., págs. 87 a 93; Melo Franco, ob. cit., vol. I, págs. 168 a 171, 190 a 191 y 307 a 312; Bello, ob. cit., págs. 174 a 177, 183 a 184 y 190 a 191; Edmundo, Luiz, *O Rio de Janeiro de meu tempo*, 5 vols., Río de Janeiro, 1957, vol. I, págs. 26 a 41. Melo Franco hace notar el impulso dado por Buenos Aires a la reforma carioca (véase vol. I, págs. 170 a 171); véase Beccar Varela, Adrian, *Torcuato de Alvear*, Buenos Aires, 1926, o Scobie, James R., *Buenos Aires*, Nueva York, 1974. Resulta obvia la rivalidad en de Barros, João, "Chronica" en *Renascença*, núm. 1, junio de 1904, pág. 124, o en Lopes, Thomaz, "Buenos Aires" en *Kósmos*, núm. 5, 1908. Sobre Oswaldo Cruz, véase Stepan, Nancy, *The Beginnings of Brazilian Science*, Nueva York, 1981.

34 de Athayde, ob. cit., págs. 174 a 176; Dodsworth Martins, ob. cit., págs. 76 a 77; Coaracy, ob. cit., págs. 206 a 207; Oliveira Reis, ob. cit., pág. 127; Melo Franco, ob. cit., vol. I, págs. 313 a 315; Edmundo, Luiz, ob. cit., vol. I, págs. 30 a 41; Souza Rangel, "Os melhoramentos do Rio", en *Renascença*, núm. 5, julio de 1904, págs. 181 a 182; Lisboa, Alfredo, "A Avenida Central", en *Kósmos*, núm. 1, nov. de 1904, págs. 1 a 7.

35 de Athayde, ob. cit., págs. 92 a 93, 174 a 176, 201 a 202, 215, 244 a 245 y 248; Dodsworth Martins, ob. cit., págs. 75 a 76, 83 a 84; Melo Franco, ob. cit., vol. I, págs. 316 a 319, 332 a 335, 344 a 346 y 350 a 351; Oliveira Reis, ob. cit., págs. 127 a 128; de Souza Rangel, Alfredo Americo, "Comissão da Carta Cadastral do Distrito Federal, em 13 de abril de 1903", en Pereira Passos, Francisco, *Melhoramentos projectados...*, Río de Janeiro, 1903, pássim; de Souza Rangel, A.A., et al., *Prefeitura do Distrito Federal, Planta dos melhoramentos projectados pelo prefeito Dr. F.P. Passos incluindo os melhoramentos projectados pelo Governo Federal: 1903*, Río de Janeiro, 1903. La planificación y las obras de los proyectos federales fueron realizadas por Frontin y Bicalho bajo la administración de Muller, pero la planificación global fue efectuada conjuntamente con Pereira Passos. En 1902 se dio a conocer la idea general de las reformas; en enero de 1903 estaban formados los equipos federal y municipal; Pereira Passos, en colaboración con Muller, Frontin y otros, tenía los planes redactados para abril de 1903; en el término de dos meses se iniciaron las obras menores; y, una vez obtenido un préstamo del exterior, se emprendieron las obras de mayor envergadura en 1904.

36 de Athayde, ob. cit., cap. 13, pássim; Melo Franco, ob. cit., vol. I, págs. 319 a 328; Morales de Los Rios Filho, Adolfo, "O Rio de Janeiro da Primeira República (1889-1930)", en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, núm. 272, 1966, págs. 10 a 15. Oliveira Reis, ob. cit., págs. 128 a 133; Souza Rangel, ob. cit., pássim.

37 Sobre los estilos estéticos y la atención prestada a los parques públicos, véase Melo Franco, ob. cit., vol. I, págs. 324, 345 y 352; Dodsworth Martins, ob. cit., págs. 82 a 83; de Athayde, ob. cit., págs. 243 a 244; Oliveira Reis, ob. cit., págs. 232 a 233. Melo Franco denomina *belle époque* al estilo arquitectónico; generalmente se lo conoce como *Beaux-Arts* o *Eclético*. Se lo asociaba al París posterior a Haussmann, porque predominaba hacia mediados de siglo y fue empleado en las Grandes

Obras. Véase Drexler, Arthur, (edit.), *The Architecture of the Ecole des Beaux Arts*, Nueva York, 1977, y Chapman y Chapman, ob. cit., págs. 189 a 194; Pinkney, ob. cit., págs. 82 a 87 y 90 a 93. Sobre los estilos *Beaux Arts* y *Eclético* en Río, véase Goulart Reis Filho, Nestor, *Quadro da arquitetura no Brasil*, San Pablo, 1970, págs. 43 a 44, 61 a 62, 171 a 174, 178 y las ilustraciones en Alured Gray Bell, *The Beautiful Rio de Janeiro*, Londres, 1914. Las fachadas de la Avenida Central debían cumplir con las especificaciones gubernamentales y ser aprobadas por un jurado del gobierno; véase Bilac, Olavo, "Chronica", en *Kósmos*, núm. 1, marzo de 1904. Estas fachadas fueron fotografiadas por Marc Ferrez para Anón., *Avenida Central, 8 de Março 1903 - 15 de Novembro 1906*, Río de Janeiro, 1906. El estilo "Art-Moderne" hizo una aparición meramente vacilante en París, recién en la Exposición del 1900; no es sorprendente, entonces que haya tardado en aparecer en Río. Los cariocas demostraron tanto entusiasmo como los franceses hacia el estilo *Eclético*; véase la respuesta al proyecto del Teatro Municipal en *Rua do Ouvidor* 24 de septiembre de 1904. De todos modos, la verdadera arquitectura *belle-époque* efectivamente apareció; véase la ostentosa descripción de la residencia de E. de la Balze (h.), de "estilo art nouveau", publicada en *Rua do Ouvidor*, 12 de noviembre de 1904. Sobre el "Art-Moderne" véase Champigneulle, Bernard, *Art Nouveau*, trad. Eisler, B., Nueva York, 1976, págs. 203 a 223.

38 Este "slogan" de la época fue acuñado por Figueiredo Pimentel; véase Broca, Brito, *A vida literária no Brasil - 1900*, Río de Janeiro, 1975, pág. 4, cap. 1, pássim. Junto con Olavo Bilac, Figueiredo Pimentel era un representante típico del periodismo de la *Belle-époque*, si bien Pimentel era más un columnista de sociales que un pensador. Sobre Bilac, véase Djimas, Antonio, *Tempos eufóricos (Análise de Kósmos: 1904-1909)*, Disert. de Doctorado, Univ. de San Pablo, 1975; sobre Figueiredo Pimentel, véase Edmundo, Luiz, ob. cit., vol. V, págs. 924 a 926; Maul, Carlos, *O Rio da Bela época*, Río de Janeiro, 1967, págs. 25 a 27; Nabuco, Carlina, ob. cit., pág. 58; Amado, Gilberto, *Mocidade no Rio*, Río de Janeiro, 1956, pág. 89. Esta sección está inspirada en mi lectura de Romero, José Luis, *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, 1976, cap. 6.

39 Estos fueron encuentros promocionados oficialmente para el alto mundo ("alta sociedad"). Aparecían en masse, miraban como las balsas decoradas competían por un premio, y participaban en un variado consumo conspicuo; véase *Rua do Ouvidor*, 1 de octubre de 1904.

40 de Barros, João, "Chronica", en *Renascença*, vol. 1, núm. 3, 1904, pág. 65.

41 Anón., "A Avenida Central", en *Rua do Ouvidor*, 10 de septiembre de 1904.

42 de Mariz Carvalho, J.C., "Pulcherrima Rerum", en *Kósmos*, vol. 1, núm. 9, 1904, pág. 4. Véanse también, los relatos de Latteux, Paul, *A travers le Brésil au pays de l'or et des diamants*, París, 1910, pág. 135; Bell, ob. cit., pág. 192; Amado, ob. cit., págs. 20 a 21; Maul, ob. cit., págs. 115 a 117.

43 Anón., "Drs. Lauro Muller e Paulo Frontin", en *Rua do Ouvidor*, 2 de abril de 1904. Una de las mejores declaraciones contemporáneas acer-

ca del papel económico natural del Brasil es la del futuro ministro de finanzas de Campos Sales; véase Murtino, Joaquim, "Relatório da Indústria, Viação e Obras Públicas", Río de Janeiro, 1897, reeditada como "Política brasileira: Um estadista da República", en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, núm. 219, 1953, págs. 239 a 265. Los supuestos en los que se funda lo expresado en la cita y en el pensamiento de Murtinho han sido analizados en Cruz Costa, ob. cit., págs. 184 a 186. 223 a 224 y pássim. Es por todos conocido que tales supuestos eran comunes en aquella época. Cané, M., ob. cit., págs. 6 a 16, es un ejemplo argentino de este tipo de pensamiento.

44 Bilac, Olavo, "Crônica", en *Kósmos*, vol. 1, núm. 3, 1904, pág. 2; véase, también, Anón., "Drs. Lauro Muller..." y "Avenida Central", así como Bilac, O., "Crônica", en *Kósmos*, vol. 3, núm. 8, 1906, pág. 2; *Ibid.*, vol. 2, núm. 11, 1905, págs. 1 a 2.

45 Bilac, O., "Crônica", en *Kósmos*, vol. 1, núm. 3, 1904, pág. 1.

46 do Rio, João, *A alma encantadora das ruas*, Río de Janeiro, 1951, págs. 126 a 127 y 130.

47 Edmundo, Luiz, ob. cit., vol. IV, págs. 771, 773 a 774; sobre la naturaleza "bárbara", "plebeya" y "africana" del Carnaval, véase *ibid.*, vol. IV, págs. 767 a 774, 800 a 805 y cap. 26, pássim; do Rio, ob. cit., págs. 123 a 134, en particular, págs. 129 a 132. No pretendo sugerir que todas las tradiciones del Carnaval Carioca fueran de origen africano; Luiz Edmundo (ob. cit., vol. IV, págs. 767 a 771) por ejemplo, escribe sobre los elementos portugueses presentes en el mismo, y algunos miembros de los sectores medios e inclusive, de la élite, celebraban, tradicionalmente, una versión más elegante en clubs, con máscaras y disfraces. Véase *ibid.*, vol. IV, cap. 25, pássim; Anón., "Echos e Factos", en *Rua do Ouvidor*, 30 de enero de 1904; *Ibid.*, 12 de febrero de 1904; von Binzer, ob. cit., págs. 67 a 71; Dent, ob. cit., pág. 239; Andrews, ob. cit., págs. 41; *The Rio News*, 1 de marzo de 1898; pág. 56. Pereira Passos autorizó solamente esta versión moderada; la otra fue censurada, al menos en aquel momento.

48 Edmundo, Luiz, ob. cit., vol. I, pág. 162. Sobre los negros y la élite, véase Freyre, Gilberto, *The Masters and the Slaves*, Nueva York, 1971, págs. 278, 342, 354 a 355, 367 a 368, 369 a 372, 379, 398 a 399, 418 y 460 a 467; y, por ejemplo, Nabuco, ob. cit., cap. 20; Nabuco, C., ob. cit., págs. 166 a 167; Taunay, ob. cit., págs. 5 a 6, 12, 15, 22, 44, 120 a 122. Con relación a los sirvientes, véase Edmundo, Luiz, ob. cit., vol. II, pág. 327. Nótese que el tráfico de esclavos transatlántico finalizó recién en los años 1850. y que la abolición de la esclavitud se produjo en 1888. El censo de 1890 indica 177.417 habitantes negros y de raza "mixta", de un total de población de 522.651 habitantes (de los cuales sólo 398.299 eran ciudadanos brasileños); es decir que, en 1890, aproximadamente un tercio de la población carioca era negra o mulata y los nacidos en Río sumaban entre la tercera parte y la mitad de la misma. Véase Ministerio da Indústria, Viação e Obra Pública, *Directoria Geral de Estatística, Redensamento geral da Republica... do Brazil... 1890: Districto Federal...*, Río de Janeiro, 1895, pág. 36. La existencia de barrios obreros negros hacia

fines del siglo pasado y principios del presente se hace evidente en *ibid.*, pág. 404 a 421; véase también Nascimento Silva, ob. cit., pág. 123; Edmundo Luiz, ob. cit., vol. II, caps. 8, 11 y 12, pássim; do Rio, ob. cit., pág. 126; Lahmeyer Lobo, ob. cit., vol. I, págs. 237 a 259; *Ibid.*, vol. II, págs. 504 a 505. Sobre las reformas de las áreas obreras, véase Souza Rangel, ob. cit., vol. II, págs. 2 y 6; Lisboa, ob. cit., págs. 2 a 6; Souza Rangel, ob. cit., págs. 181 a 182; Lahmeyer Lobo, ob. cit., vol. II, págs. 504 a 505. La destrucción de las viviendas obreras tuvo relación con las tensiones que condujeron al alzamiento urbano de 1904 (conocido como *Quebra-Lampioes*), que espero analizar más adelante.

49 Skidmore, ob. cit., págs. 27 a 32 y cap. 2, pássim.

50 Edmundo, Luiz, ob. cit., págs. 181 a 182.

51 Nabuco, ob. cit., págs. 40 a 43.

52 Edmundo, Luiz, ob. cit., págs. 162 a 163.

## **El ideal clásico en la evolución del paisaje urbano de Gran Bretaña y América del Norte en el siglo XVIII.**

Gilbert A. Stelter, Dept. of History, University of Guelph,  
Guelph, Ontario, Canadá.

Traducción de Ernesto Laibovich

El surgimiento de un nuevo clasicismo en la arquitectura de América del Norte debería hacernos recordar que el clasicismo constituye la tradición artística más importante de la civilización occidental. Sin embargo, con excepción de algunos pocos historiadores de la arquitectura, se tiende a ignorar la tradición clásica, tal vez por haberse fundado ésta en una especie de elitismo que hoy en día repugna a los historiadores. Actualmente, la historiografía pone el acento en escribir la historia partiendo de lo más común y cotidiano, del término medio, lo típico, y, en especial, del trabajador. De todos modos, el período formativo tanto para los Estados Unidos como para el Canadá, fue, en varios sentidos, el siglo XVIII de orientación clásica, y sólo el estudio de esta tradición, aunque elitista, nos llevará a la comprensión cabal del aspecto que presentaban los pueblos y ciudades de esta época.

Este trabajo se propone mostrar cómo las nociones clásicas británicas y norteamericanas sobre lo considerado "bueno" para la naturaleza de la sociedad, y bello estéticamente, se tradujeron en las características edilicias de pueblos y ciudades del Canadá de los primeros tiempos. Mi hipótesis central es que el ideal clásico constituyó una especie de contexto cultural para el moldeamiento de los paisajes urbanos del siglo XVIII. Algunos aspectos de este ideal revisten una importancia fundamental para el planeamiento urbano. El ideal clásico supone un mundo controlable por el hombre; esto dio como resultado la posibilidad del planeamiento racional de pueblos y ciudades, en contraste con la práctica habitual durante el medievo, consistente en la libre evolución espontánea. En cuanto al poder, el ideal clásico suministró una justificación cultural para la situación privilegiada de las clases más prósperas y favorecidas, y, por ende, también para la rígida estratificación social. Respecto de la expansión a ultramar del Imperio, el ideal clásico proporcionó el vehículo para la transmisión de la cultura británica "oficial" a las colonias norteamericanas y, más adelante, al Canadá.

Para desarrollar esta hipótesis será necesario:

- 1) definir a grandes rasgos el ideal clásico;

- 2) delinear su evolución y aplicación en el paisaje urbano británico,
- 3) explicar su papel central en el desarrollo de aldeas de las colonias británicas en América antes de la Revolución;
- 4) describir, más detalladamente, cómo este ideal se convirtió, de varias formas, en la base para el desarrollo del paisaje urbano de los primeros tiempos en el Canadá y en los Estados Unidos.

## 1. El ideal clásico

En su búsqueda de criterios sobre lo bueno y lo bello, el siglo XVIII se remontó al Renacimiento italiano y, en última instancia, a Grecia y a Roma. Estas épocas compartían todas ciertas convicciones básicas acerca de la naturaleza del hombre y del mundo. Este era concebido como ordenado por naturaleza, es decir, regido por principios y leyes que el hombre puede comprender a través de la razón y utilizar en su provecho para dominarlo.<sup>1</sup> Ese mundo controlable era el que estaba surgiendo de los experimentos de Isaac Newton en los campos de la física y de la óptica. En el ámbito estético, se reflejaba un énfasis en la forma perfecta y la uniformidad, y la concepción de un mundo platónico de universales de los que todas las cosas brotaban como de arquetipos. En literatura, los ingleses admiraban las coplas y odas de John Dryden, y luego las de Alexander Pope. En cuanto a la música, tuvieron que ir a buscarla al extranjero, en las obras de Haydn y Mozart, que reunían los requisitos de refinamiento, orden y contención necesarios, y donde la creatividad individual era sometida a las cualidades superiores de elementos universales y objetivos.<sup>2</sup>

Respecto de la arquitectura y el planeamiento urbano, el criterio convencional vigente en el siglo XVIII consideró las proporciones y la forma de un edificio o de toda una ciudad como la expresión, en sentido literal, de ritmos divinos.<sup>3</sup> La noción dominante era bastante simple, y consistía, en términos de Alan Gowans, en que "el buen arte, el arte dominable por la mente humana, debería poseer un comienzo definido y perceptible, un medio y un fin".<sup>4</sup> En lo bello entraba muy poco lo subjetivo, ya que el arquitecto o planificador trabajaba dentro de ciertos límites bien definidos. A través de la razón, conseguía distinguir las buenas de las malas proporciones, dado que el arte implicaba el principio de que las partes se encuentran sistemáticamente relacionadas con el todo.

En la aplicación de estos principios al trazado urbano se destacan varias características:

En primer lugar, el énfasis puesto en la simetría a fin de lograr una composición equilibrada. Las nociones estéticas predominantes sobre el diseño teórico y práctico suponían poner fin a la informalidad de las nociones medievales (es decir, góticas) de volumen (*massing*) y de espacio. Ya se tratara de edificios, de grupos edilicios o de una ciudad nueva, las normas de diseño renacentistas indicaban que todas las partes debían hallarse relacionadas de manera amplia y clara a un punto o elemento central. Referido a los edificios, esto significaba conferir una importancia nueva a la línea horizontal en desmedro de lo vertical, y la adopción de

**Figura 1**

Puerta "georgiana" de viviendas contiguas en la calle Marrion en Dublin, Irlanda, construidas durante las postrimerías del siglo XVIII.



un foco central. En cuanto a los planos urbanos, podía suponer un damero organizado en torno de una plaza (square) central (el modelo usual durante la época denominada Georgian), o bien los diseños radiales de los teóricos del Renacimiento, más de moda en el continente.

Un segundo principio consistía en el logro de la monumentalidad por medio de la integración de edificios individuales en una totalidad arquitectónica coherente. Esto se conseguía generalmente mediante la repetición de un patrón básico de elevación, método eficazmente utilizado en el caso de casas construidas en una misma cuadra con una fachada común (terraces), de casas alrededor de una plaza (square) o de edificios uniformes a lo largo de una calle principal.

Una tercera característica era la ornamentación clásica, que podía implicar la utilización de los tres estilos griegos (o cinco romanos), o bien los detalles en frontones, pilastras y balaustradas tal como los había interpretado Palladio, el arquitecto y planificador del Renacimiento.

En cuatro lugar, citaremos el empleo de materiales considerados "finos" (ashlar: sillar (piedra labrada), mapuesto (mampostería), revoque; ladrillo; tile: teja, tejuela, azulejo; pizarra) en lugar de los tradicionales (madera, mampostería y barda).<sup>5</sup>

La aplicación del diseño clásico, como ya adelantamos más arriba, suponía ideas definidas sobre la naturaleza de la sociedad y cómo ésta debía estar organizada. Según el parecer de quienes ejercían el poder, una sociedad correctamente ordenada era aquélla que poseía una jerarquía muy claramente establecida. El lugar ocupado en esta jerarquía podía expresarse en gran medida por el valor y el estilo de la residencia que se habitaba. La aristocracia podía construir nuevas casas de campo y de ciudad según la "última moda". La burguesía ascendente podía darse una imagen de alto "status" fundiendo sus casas individuales en un conjunto único ya sea a lo largo de una cuadra (terrace), o bien en forma semicircular (crescent) o encerrando una plaza (square). Por un lado, esto significaba la aceptación de una parcial renuncia a la identidad personal en pos de la apariencia de vivir en un palacio. Los conjuntos edilicios sobre una misma cuadra (terraces), correctamente diseñados, poseían un centro bien definido y sectores subordinados, de modo que dieran la impresión de ser la fachada de un palacio. Pero, por otra parte, el individuo mismo podía expresarse en la ornamentación, si bien el buen gusto exigía cierta conformidad con los vecinos respecto de capiteles, molduras y detalles de orden rústico. Pero el individualismo surgía muy claramente en un aspecto de la fachada: el de la puerta. Este se expresaba en variaciones de las columnas, y, sobre todo, en el diseño de los paneles laterales y abanicos (fanlights).<sup>6</sup> Los escoceses parecen haber sido sumamente delicados en sus variaciones como puede apreciarse en las puertas del sector más famoso del Charlott's Square, mientras que los anglo-irlandeses de Dublín tenían un gusto mucho más exhuberante, como se ha de ver en esta colorida puerta del Merion Square (figura 1).

Hay otro aspecto del ideal clásico en lo que hace a sus concepciones de organización social que no ha sido suficientemente examinado. Nos re-

ferimos al esfuerzo consciente por segregar espacialmente las distintas clases. Localmente, podemos observar cómo esta noción subyace en la construcción de los squares residenciales privados de la zona oeste de Londres. Pero mucho más notorio y en mayor escala, el mismo fenómeno puede apreciarse durante el siglo XVIII en el trazado de "ciudades nuevas" de diversas regiones: Limerick, Aberdeen y, especialmente, Edimburgo, donde las distinciones sociales entre las ciudades viejas medievales y las ciudades nuevas fueron expresamente planeadas como un rasgo deseable.

## 2. El ideal clásico en Gran Bretaña

El proceso comienza en el siglo XVII y continúa hasta adentrarse en el XIX, pero el momento culminante del ideal clásico en Gran Bretaña es el período denominado Georgian (por los reyes), es decir, el siglo XVII. Comparando con el resto de Europa, puede decirse que en Inglaterra el Renacimiento llegó tardíamente. Además, no hubo etapa barroca entre éste y el siglo XVIII, a pesar de lo afirmado por los historiadores de la arquitectura acerca de cambios importantes producidos cada cincuenta años. El barroco estuvo asociado con una cierta elaboración del detalle y de los principios de proporción renacentistas, con el propósito de lograr una impresión de grandiosidad, asociada ésta a su vez, por lo común, con los gobernantes absolutos del Vaticano, Versalles y San Petersburgo. En Inglaterra, el único exponente de esta línea es el Blenheim Palace, obra de inspiración barroca, sobrecargada, concebida por Vanbrugh a principios del siglo XVIII como monumento al triunfo militar.

El clasicismo en su variante inglesa derivó en gran medida de un estilo renacentista relativamente moderado. El desarrollo de esta tradición está representado por varias figuras claves, fundamentalmente Inigo Jones, el primero en comprender verdaderamente los principios del diseño renacentista en Inglaterra. Gracias a su influencia, la interpretación de Palladio del clasicismo romano se convirtió en el rasgo predominante durante más de un siglo. Esta incluía la aplicación de pilastras, pórticos y cornisamento y, sobre todo, de las ventanas venecianas y frontones triangulares palladianos, para realizar las entradas principales. En la década de 1630, Jones construyó el parque residencial Covent Garden, que habría de convertirse en el prototipo de los proyectos residenciales en que un propietario aristócrata cedía en concesión algunos sectores de sus terrenos para ser comercializados por distintos constructores privados. El segundo exponente importante fue Christopher Wren, cuyo plan para la reconstrucción de Londres tras el incendio de 1666 representaba algunos de los estilos de diseño urbano por entonces más usuales en el continente, y cuyas iglesias, entre ellas St. Paul's, dominaron toda Londres. El tercero fue un discípulo de Wren, James Gibbs, cuyos diseños de iglesias tales como la de St. Martin-in-the Field fueron imitados ampliamente en toda Gran Bretaña y Norteamérica, especialmente a través de la consulta de sus libros, por ejemplo, *A Book of Architecture* (1728). En éste daba ins-

trucciones detalladas para los constructores, de modo de poder ser empleado, como decía Gibbs, "por cualquier obrero que entendiera las líneas".<sup>7</sup>

El clasicismo de fines del siglo XVIII estuvo dominado por la figura del escocés Robert Adam, quien representó un alejamiento del estilo de Palladio fundado en el clasicismo romano. Por entonces, los descubrimientos arqueológicos acababan de probar que la verdadera fuente del ideal clásico no había sido Roma, sino Grecia. Adam tomó elementos de ambas; no fue un mero imitador o copista, sino que interpretó esas fuentes para crear su propio estilo. Por medio del empleo de los órdenes clásicos y de la recreación de sus proporciones y ornamentación, su intención era lograr llegar a la esencia del original, pero al mismo tiempo a algo nuevo, algo que su mejor biógrafo llama "clasicismo romántico".<sup>8</sup> La mayoría de sus mejores trabajos fueron interiores y residencias de campo para ricos, pero también diseñó una cantidad de edificios públicos y conjuntos edilicios de importancia.

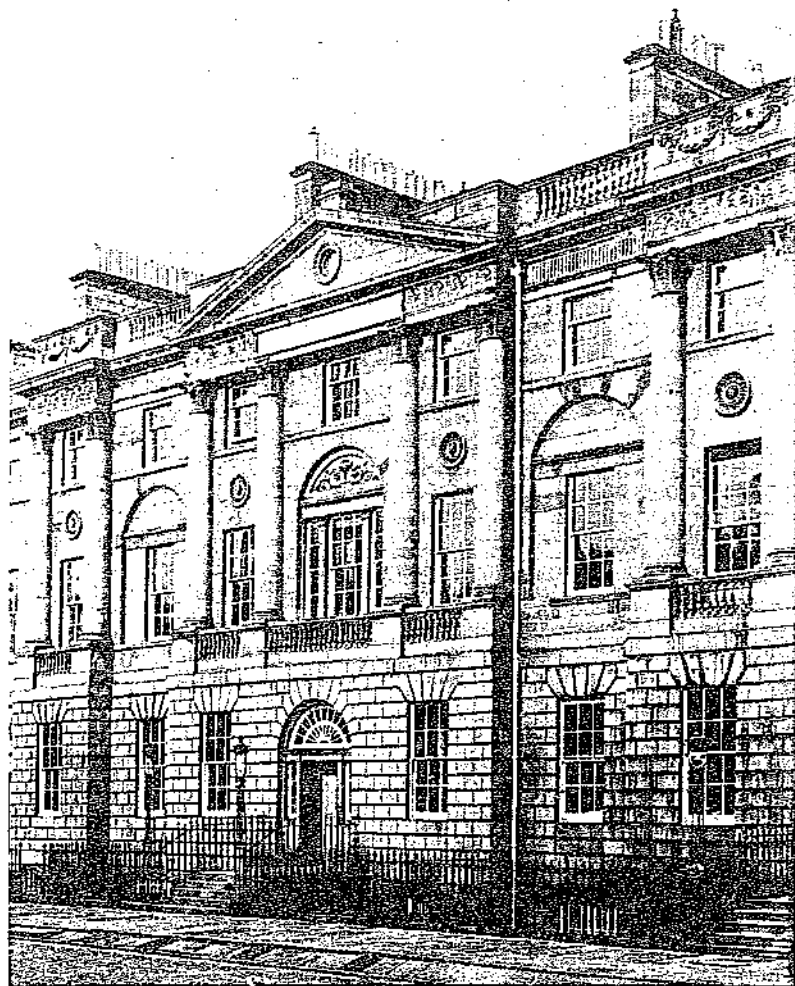
La etapa final del clasicismo en Gran Bretaña está representada por John Nash, el arquitecto y planificador de la Regent Street y del Regent's Park de Londres, a comienzos del siglo XIX. Nash fue principalmente un ecléctico, y tomó prestados, de un modo bastante indiscriminado, elementos de una gran variedad de estilos usuales en ese momento: romano, griego, gótico, indio y chino, con los cuales construyó sus grandes conjuntos y pabellones. En cuanto a planificación urbana, su Regent's Park fue calcado indudablemente sobre el modelo de la ciudad ideal de C.N. Ledoux en *Architecture considérée sous le rapport de l'art, des mœurs, et de la législation* (1804). Esto lo combinó con *crescents*, *cricuses* (plazas circulares) y *terraces*, elementos consagrados desde su aplicación primera en la ciudad de Bath, a mediados del siglo XVIII. También su Regent Street, que unió el parque homónimo con el centro de Londres, representaba los valores imperantes en el siglo XVIII. Esta calle constituiría, según sus propias palabras, "una frontera y una separación total entre las calles y *squares* habitados por la nobleza y la clase media, y las calles más estrechas y casas más humildes ocupadas por los obreros y el sector comerciante de la comunidad".<sup>9</sup> De este modo, la separación informal entre el este y el oeste de Londres se vio acentuada por el único esquema importante de que llegara a gozar esta ciudad.

El espíritu imperioso y arrogante del arte clásico armonizaba bien con el estilo confiado de la Gran Bretaña del siglo XVIII. La prosperidad económica tenía por base la productividad y los excedentes agrícolas, las grandes aventuras en ultramar y el comercio exterior, y una estructura industrial en crecimiento. Las ciudades estaban en la vanguardia del cambio y la nueva riqueza era evidente sobre todo entre la burguesía urbana.<sup>10</sup> La búsqueda generalizada de cultura, "status" y poder hizo que el paisaje urbano tradicional fuera reemplazado por la moda del mundo clásico. Los ejemplos más espectaculares de Londres, Bath y Edimburgo, descriptos arriba, fueron sólo, en términos de Peter Borsay, "la punta del iceberg", ya que la transformación abarcó una gran cantidad de ciudades en toda la Gran Bretaña.<sup>11</sup>

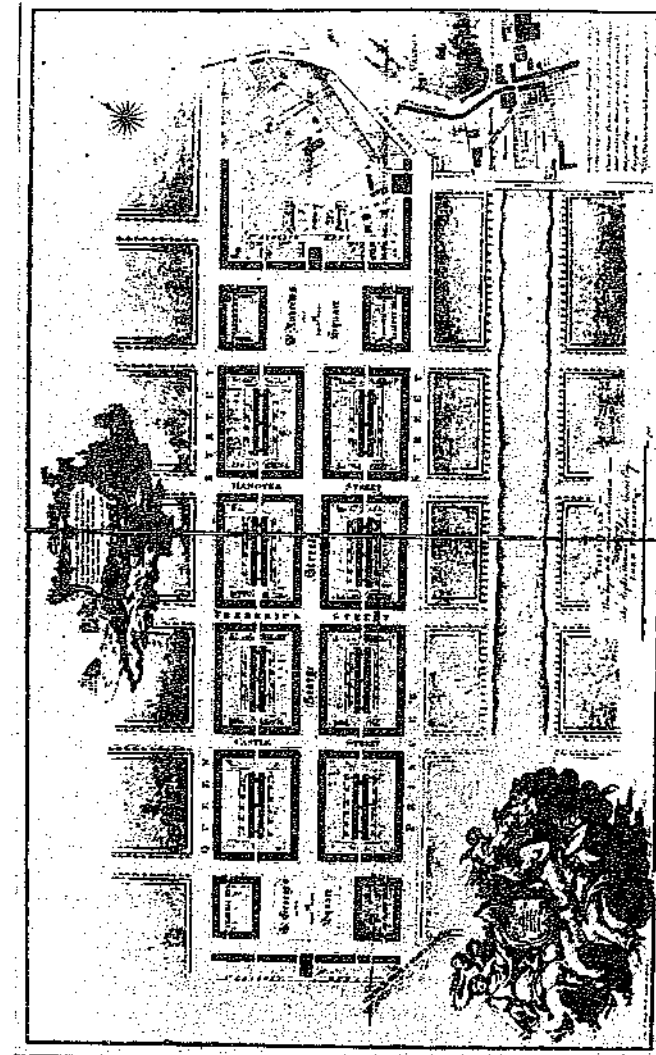
El foco irradiador de gran parte de estos cambios fue Londres, cuyo liderazgo era ampliamente reconocido por ciudades tanto provinciales como coloniales. La contribución londinense más importante fue el *square* residencial, producto de un singular arreglo entre propietario y constructor. Esta modalidad suponía también el principio de una unidad de desarrollo completa, compuesta de una plaza, calles secundarias, y, a veces, un mercado y una iglesia.<sup>12</sup> A diferencia de los *squares* franceses contemporáneos, con tendencia a la monumentalidad, los primeros *squares* británicos tenían un carácter privado y estaban diseñados para lograr el aislamiento de sus residentes del resto del vecindario.<sup>13</sup> Las grandes propiedades del West London suministraron los emplazamientos para Bloomsbury, St. James, Bedford, y muchos otros *squares*. Estos fueron imitados de una manera muy directa en los *squares* anglo-irlandeses de Dublín. Con la reconstrucción y el nuevo crecimiento producidos desde la década de 1730 en el balneario de Bath, hizo su aparición en el diseño de residencias un nuevo elemento: la monumentalidad. Los Woods, padre e hijo, realizaron una clara elaboración de precedentes romanos en el Circus, un conjunto residencial circular construido sobre el modelo del Foro. Pero la obra que popularizó la idea de un bloque de casas urbanas presentadas como entidades monumentales fue sin duda el Great Crescent (*crescent*: conjunto edilicio en forma semicircular o de media luna).<sup>14</sup> Robert Adam y otros arquitectos adoptaron enseguida este principio en los *squares* de Londres, y tal vez con mayor éxito aún en la Charlotte Square de Edimburgo (figura 2).

La construcción de la "ciudad nueva" de Edimburgo representó, en más de un sentido, el pináculo del ideal clásico en Gran Bretaña. La extensión de la ciudad, planeada y regulada por la municipalidad, que data de la década de 1760, representó un significativo alejamiento del modelo de desarrollo privado de Londres y Bath y se asemejaba al sistema de control central practicado en la construcción de algunas ciudades coloniales. La idea de construir un agregado clásico a una ciudad medieval pudo haber obedecido a la influencia del ejemplo de la aldea francesa de Nancy, donde en el siglo XVII se extendió la primitiva ciudad medieval en una *ville neuve* en plano de damero, y a la cual se aplicó luego eficazmente un esquema clásico en el siglo XVIII.<sup>15</sup> Pero el modelo más inmediato era Londres, por lo menos en la medida en que sus añadidos clásicos simbolizaban prosperidad, crecimiento y un estar a la moda. La New Town (ciudad nueva) de Edimburgo consistía fundamentalmente en un damero con tres calles principales paralelas y dos plazas (*squares*) simétricas. El plano de James Craig fue considerado luego carente de atractivo y de imaginación, pero era en realidad una solución excelente para ese sitio en particular. A pesar de que originariamente el gobierno municipal no se preocupó por el desarrollo de una paisaje urbano uniforme, luego puso efecto normas referidas a la altura y a la ubicación de los edificios, de los techos, etc. Las extensiones realizadas a la ciudad nueva en el siglo XIX solían por general apartarse del modelo de damero y plazas (*squares*) e imitaban en cambio los modelos circulares (*circuses*) y semicirculares

Parte norte de la calle Charlotte en Edimburgh, diseñada por Robert Adam en 1791.



**Figura 3.** Plano de la New Town por James Craig, Edimburgh.





crescents) de Bath. La monumentalidad de ésta se hace evidente sobre todo en los crescents, como, por ejemplo, el erigido en la propiedad del conde de Moray. La ciudad nueva ensanchó deliberadamente la brecha espacial entre la élite y la ascendente clase media por un lado, y los pobres y las clases trabajadoras por el otro, ya que estas últimas quedaron reducidas al hacinamiento en las increíbles callejuelas y pasadizos de la ciudad vieja medieval (figura 3).<sup>16</sup>

### 3. El ideal clásico en las colonias americanas antes de la Revolución

En su libro *The history of the city*, Leonardo Benevolo traza una clara distinción entre la calidad de los modelos urbanos del Renacimiento producidos por Europa y la calidad de sus aplicaciones en el Nuevo Mundo.<sup>17</sup> Esta dicotomía se dio en toda expansión europea, pero mientras que España y Francia parecen haber conferido cierta importancia a la calidad y a la forma de sus aldeas coloniales, esto no ocurrió en el caso de Inglaterra. España y Francia utilizaban estas aldeas de un modo directo como agencias de las estrategias imperiales, en tanto que las inglesas de las colonias americanas eran generalmente el producto de compañías privadas o de centros comerciales surgidos espontáneamente como respuesta a las necesidades de una sociedad agrícola. Sólo en las colonias más alejadas hacia el norte, donde la presencia del Imperio Francés amenazaba los intereses británicos, las aldeas eran a menudo el producto de la acción imperial directa. Estas constituyeron las colonias que habrían de seguir siendo británicas después de la Revolución, cuando los vínculos imperiales fueron reforzados aún más ante la amenaza norteamericana.

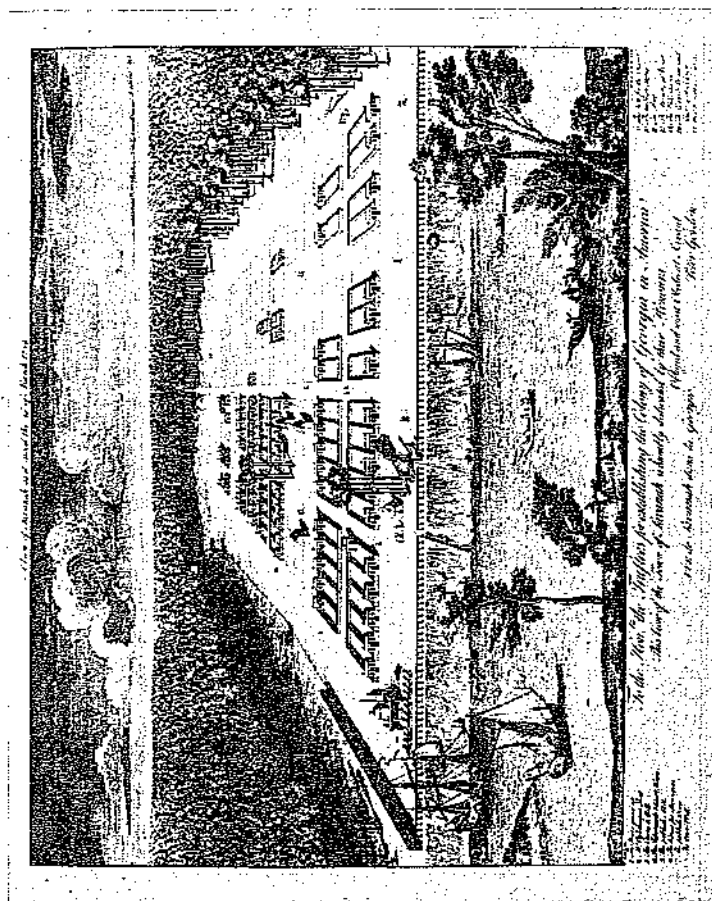
Aunque el ideal clásico se diluyó quizá un poco al ser aplicado a las ciudades del Nuevo Mundo, no puede dudarse que, de cualquier modo, éste dio forma a todo el proceso de edificación urbana. Dos de las primeras capitales coloniales norteamericanas, Annapolis en Maryland y Williamsburg en Virginia, fueron diseñadas por funcionarios coloniales según la tradición de Christopher Wren.<sup>18</sup> Más importantes aún como prototipos fueron los planos de Filadelfia y de Savannah, ambos en forma de damero y sorprendentemente parecidos al plano (no llegado a utilizar) para reconstruir Londres. El plano de 1683 para Filadelfia, con su damero interrumpido por una plaza square central y cuatro plazas square menores, también reflejaba en gran medida la influencia del uso por entonces común en Inglaterra, bien conocido por William Penn y sus planificadores. El plano de Filadelfia se apartaba sin embargo de la tradición y práctica inglesas en el énfasis puesto en el espacio alrededor de las viviendas urbanas individuales, medida originariamente concebida como protección contra incendios y enfermedades. El espacioso damero con su plaza square central habría de ser repetido una y otra vez a medida que los norteamericanos se trasladaban hacia el oeste.<sup>19</sup> La ciudad de Savannah también seguía el modelo inglés, y, según un especialista, respondía a los cánones ideales del planeamiento renacentista. Trazado por el gobernador de Georgia, James Oglethorpe, en la década de 1730, el plano

de Savannah estaba realizado sobre la base de unidades celulares limitadas denominadas *wards* (barrios, distritos) que podían ser repetidas indefinidamente y tenían cuatro grupos de diez casas cada una; además, cuatro parcelas estaban reservadas para edificios públicos, alrededor de una plaza. Al igual que en Filadelfia, la ciudad y el campo se planificaban al mismo tiempo, ya que cada colono recibía una parcela en la ciudad, un terreno de jardín fuera de la ciudad y otro para chacra, en el campo.<sup>20</sup> El antecedente de este sistema era tal vez la ciudad fortificada del siglo XIII inglés; éstas pueden ser consideradas, a su vez, como la versión posterior del *castrum* romano, asentamiento de frontera empleado durante la expansión del Imperio. (figura 4).

Los más claros ejemplos de "ciudades nuevas" del siglo XVIII en las colonias fueron construidos en Nueva Escocia cuando ésta sufrió la amenaza de la versión francesa de ciudad renacentista en Cape Breton, la fortaleza de Louisbourg, hecha en el estilo de Vauban. Como en Irlanda un siglo antes, estas ciudades eran puntas de lanza inglesas y protestantes en un medio extraño y hostil. En Nueva Escocia, por ejemplo, el superintendente Charles Morris parece haber trazado en 1749, para su superior, el gobernador Shirley de Massachusetts, un abarcador esquema de asentamientos. Este contemplaba una serie de pueblos "protestantes", apropiadamente diseñados en forma de pequeñas cuadrículas, ubicadas en medio de la población francesa católica de la Acadia agrícola.<sup>21</sup> A pesar de que este ambicioso plan no se llevó totalmente a cabo, Morris seleccionó y diagramó luego los sitios de Halifax, Lunenburg y otros. Estos pueblos eran pequeños dameros con un square o plaza central. El mismo modelo fue luego utilizado por Samuel Holland para Charlottetown y Georgetown en la década de 1760, en lo que habría de convertirse en la Isla Príncipe Eduardo.

En cuanto al paisaje urbano, en las colonias de América del Norte sucedió lo mismo que en Gran Bretaña; la élite y la burguesía ascendente reemplazaron lentamente las antiguas tradiciones por los estilos clásicos más de moda, a pesar de que estos estilos estaban casi 25 años a la zaga de los de Inglaterra. El estilo dominante entre la élite era el palladiano: la simplicidad dada por la simetría con un mínimo de ornamentación, generalmente limitada a una planta baja en estilo rústico, un pórtico jónico o una hilera de pilastras y una ventana veneciana. Sin embargo, hay una diferencia importante entre ambos paisajes urbanos: los colonizadores emplearon los estilos ingleses en los edificios individuales, pero no imitaron el conjunto edilicio sobre una misma cuadra (*terrace*) ni el square, sino que prefirieron la casa aislada, aun en lugares bastante densamente poblados. La casa norteamericana vernácula, por ejemplo del tipo de la de Nueva Inglaterra, evidenciaba la influencia clásica por el énfasis puesto en lo horizontal y en sus proporciones claras y simétricas. El paisaje urbano de Nueva Escocia representaba una combinación de la influencia norteamericana de inspiración británica y la directamente británica. La iglesia anglicana de Halifax, St. Paul's, fue construida por los funcionarios coloniales para enfrentar la plaza pública central. El espíritu

Figura 4. Vista de Savannah, Georgia, en 1784.



de esta obra se remonta a las iglesias londinenses de Gibbs, pero tal como las interpretó el genio norteamericano. Su estructura fue transportada desde Boston. Los detalles, como las ventanas de Palladio y el campanario de Gibbs, eran similares a los de la mayoría de las iglesias anglicanas y de otras confesiones posteriores de Nortamérica en el siglo XVIII.<sup>22</sup>

Muchas casas particulares de la ciudad y del campo también reflejaban la conjunción del estilo vernáculo de Nueva Inglaterra con el clásico, como puede apreciarse en las casas de Lunenburg de este período.<sup>23</sup>

#### 4. El clasicismo después de la Revolución Norteamericana

La revolución política en la ex-colonias no se vio acompañada inmediatamente por ningún cambio cultural importante. Charles Bulfinch, por ejemplo, viajó a Londres después de la Revolución y se decidió a reconstruir su ciudad de Boston según el modelo londinense. Comenzó a partir de una ciudad construida básicamente de madera, y contribuyó a convertirla en una ciudad de ladrillos, éstos por lo general pintados para dar la impresión de ser piedra. Bulfinch se consideraba a sí mismo un seguidor del tipo de clasicismo de Adam y desarrolló Beacon Hill con todo éxito, como un baluarte aristocrático, construyendo crescents (media lunas, conjunto de edificios en disposición semicircular) y terraces (conjunto edilicio armónico sobre una misma cuadra) en el mejor estilo de moda.<sup>24</sup> En Nueva York, donde una clase media extensa y próspera también construía terraces, dominaron los estilos pre-revolucionarios de la Inglaterra del siglo XVIII. Los visitantes provenientes de Gran Bretaña advertían la semejanza con las casas de West London, salvo que éstas estaban construidas con ladrillos rojos.<sup>25</sup>

Pero la tradición clásica comenzó a cambiar en manos del hombre más influyente de la época, Thomas Jefferson.<sup>26</sup> En sus primeras obras domésticas, por ejemplo en su Monticello, Jefferson fue esencialmente un clasicista del siglo XVIII, interesado en las proporciones, la belleza evidente por sí misma y la actitud artística moderada. En sus edificios públicos posteriores, representó la vanguardia del movimiento que arrasaría a la flamante nación: el nuevo clasicismo (classical revival). El Capitolio de Richmond y la Universidad de Virginia constituyen imitaciones directas de formas romanas, pero no porque sus proporciones sean consideradas artísticamente "correctas", sino por lo que estas formas expresan simbólicamente. La nueva república se convertiría en la encarnación de la República Romana. Por eso la forma de templo romano se elige preferentemente para grandes edificios públicos y hasta para grandes mansiones, una forma cuya inconveniencia para tales funciones sería difícilmente superable. Lo romano fue luego reemplazado por lo griego como un antecedente más adecuado para la democracia norteamericana.

A partir de la segunda década del siglo XIX, el resurgimiento griego fue empleado para expresar el espíritu de libertad en todos los edificios legislativos construidos en cada estado.<sup>27</sup>

Si bien el plano en forma de damero siguió siendo la base para la ma-

yoría de las nuevas ciudades o las extensiones de las viejas, el trazado de Washington puede considerarse, al igual que la aceptación de la arquitectura del nuevo clasicismo, como un rechazo simbólico de Gran Bretaña y de su cultura. La elección del plan de L'Enfant, con sus obvias reminiscencias de París y Versailles, y de la tradición barroca continental, obedecía al propósito de expresar algo, aparte de la mera provisión de relaciones funcionales en un sitio en particular. El diseño radial de las calles permitía que los edificios más importantes sirvieran como un paisaje de fondo que acentuara simbólicamente ciertas características particulares del sistema de gobierno norteamericano. Lo inapropiado de este plan para otras ciudades en general se demostró en copias desafortunadas como Detroit y Buffalo.

Las consecuencias de la Revolución Norteamericana en lo que siguió siendo la América del Norte británica tienen una historia algo distinta, dada la continuación de los vínculos con Gran Bretaña. Como resultado de la emigración de refugiados, se creó una cantidad de colonias separadas; otras, experimentaron grandes cambios debido a este repentino aflujo. Estas colonias poseían varios rasgos en común, sobre todo el hecho de que oficialmente eran británicas, aunque su población era norteamericana o franco-canadiense. Los edificios públicos importantes y los trazados urbanos eran diseñados bajo la directa influencia británica, generalmente por ingenieros militares y superintendentes, mientras que la arquitectura doméstica era el producto de las costumbres norteamericanas.<sup>28</sup> Dos elementos interrelacionados de esta nueva situación distinguen a los habitantes de estas ciudades de los de sus contrapartes en los Estados Unidos. Muchas ciudades canadienses de importancia estratégica estaban concienzudamente fortificadas debido a la continua amenaza de los Estados Unidos, convertida en realidad durante la guerra de 1812. Las ciudades de Halifax, Quebec y Kingston contaban todas con sólidas defensas, y en ellas la vida urbana se asociaba en gran medida a la presencia militar británica. Las instituciones de gobierno locales imitaban el modelo británico y no el norteamericano, y las ciudades fueron gobernadas por magistrados nombrados por Londres durante más de cien años después que las ciudades norteamericanas hubieran obtenido un alto grado de autonomía.

La mayor parte de los refugiados provenientes de las colonias norteamericanas emigró a Nueva Escocia, donde los funcionarios británicos los ayudaron a establecerse en varios pueblos de fundación espontánea. Los terrenos del futuro poblado eran rápidamente subdivididos en cuadrículas con la obligatoria plaza (square) central, y los refugiados recibían un lote en la ciudad y otro de tierras cultivables, en las afueras. La función de estos pueblos de refugiados era servir de centros comerciales para una nueva sociedad. St. John, por ejemplo, cumplió este papel satisfactoriamente, pero otros, como Shelburne, no consiguieron hacerlo. En cuanto a su apariencia, estos pueblos eran norteamericanos, como puede apreciarse por muchas de las casas de este período que aún permanecen en pie en Shelburne.<sup>29</sup>

De entre las ciudades realistas de Nueva Escocia, sólo Sidney, pro-

Figura 5. Plano de Halifax, Nova Scotia, 1749.

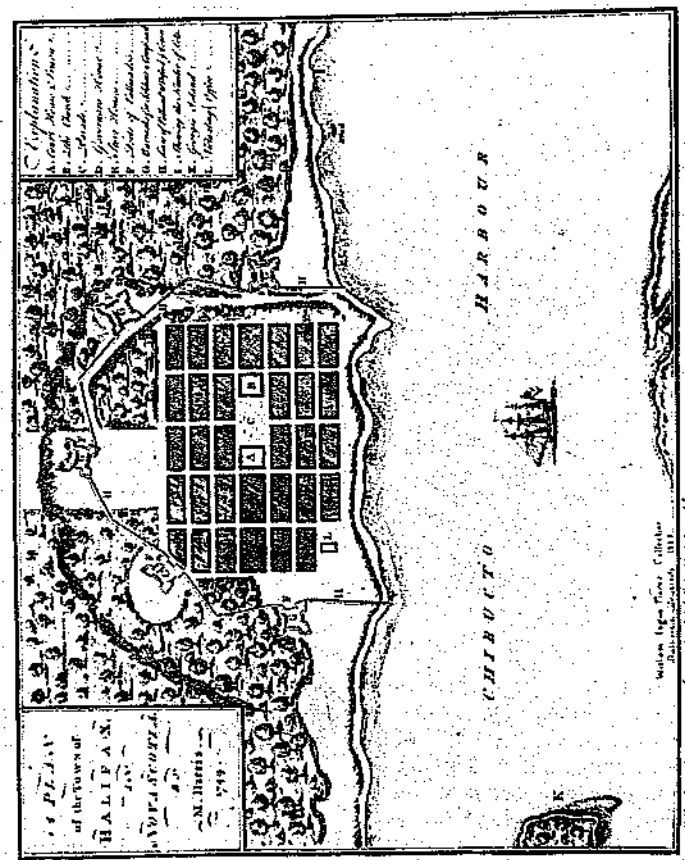
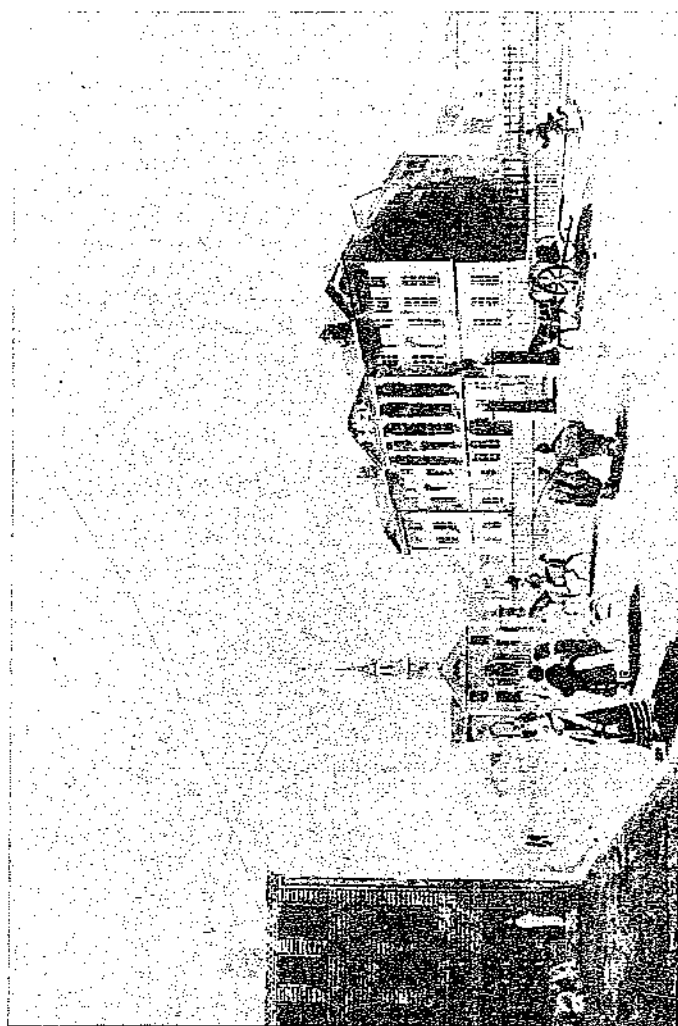


Figura 6. Imagen de la parte central de Halifax hacia 1819.



yectada como capital de una nueva provincia, Cape Breton, fue el producto de una planificación seria realizada por un funcionario experto. El nuevo gobernador, Joseph DesBarres, había cobrado buena fama por su relevamiento de la costa atlántica y la publicación de los mapas respectivos en *The American Neptune*, en los primeros años de la década de 1780.<sup>30</sup> Aunque las autoridades británicas limitaron sus proyectos para Sidney por considerarlos demasiado ambiciosos, de todos modos sus planos y documentos son la mejor evidencia con que contamos acerca del pensamiento clásico de los funcionarios coloniales del Canadá. El plano urbano que había trazado en 1786 representó un progreso importante respecto del simple damero del siglo XVIII de ciudades como Halifax y Charlottetown. En este plano, la plaza (square) central estaba reservada para una casa de gobierno y distintas reparticiones públicas. El espacio central destinado a los edificios públicos se completaría con una gran plaza circular al estilo de Bath, ocupada por una imponente iglesia de forma octogonal. Los planos detallados, realizados en acuarela, de esta iglesia y de otros ocho edificios públicos, fueron enviados a Londres para su aprobación. El resto de la ciudad exhibía el sentido de equilibrio y simetría típico de los teóricos idealistas del Renacimiento; con el tiempo, sin embargo, la desgraciada aldea resultante representaba un lamentable alejamiento de la visión clásica de DesBarres (figura 5).<sup>31</sup>

Al igual que en otras de las primeras ciudades del Canadá, en Halifax la vinculación oficial con Gran Bretaña se hacía evidente sobre todo por el carácter y la cantidad de edificios públicos construidos. Entre ellos, el más importante era quizá la Province House (1811-1819), la sede legislativa, cuyo diseño se convirtió en una especie de modelo del tipo administrativo británico que habría de ser seguido en la construcción de edificios legislativos de otras provincias atlánticas, así como de los tribunales y cabildos de toda la América del Norte británica (figura 6).<sup>32</sup> A diferencia de los edificios públicos norteamericanos del nuevo clasicismo, que recreaban conscientemente los templos griegos, la Province House tenía claramente el estilo del siglo XVIII avanzado de Robert Adam y hubiera encajado fácilmente en la Edimburgo de esta época. Otras estructuras clásicas dignas de mención en Halifax son el "Old Town Clock", construido sobre la Citadel Hill por el duque de Kent (padre de la reina Victoria), quien favoreció la predilección de la época por los edificios circulares y las cúpulas. Gracias a su influencia, los anglicanos construyeron una iglesia redonda, St. George's, versión ampliada del reloj.<sup>33</sup>

En lo que habría sido la colonia francesa de Nueva Francia, los funcionarios británicos y los inmigrantes de habla inglesa impusieron al paisaje urbano las características del clasicismo inglés, convirtiéndolo en una mezcla de estilos medievales franceses, y clásicos. En Montreal, una nueva élite, formada por los comerciantes provenientes de Escocia, Inglaterra y las colonias americanas, dejaron su huellas en la construcción de enormes mansiones en estilo inglés clásico sobre las laderas del Mont Royal, iniciando de este modo la tendencia a separar la residencia del lugar de trabajo y, no por accidente, los ricos de los pobres.

En Montreal, las plazas (*squares*), que ya eran varias, se multiplicaron, sin embargo, la transformación trajo apareada una tendencia hacia el *square* de tipo más bien residencial y no monumental, como en la tradición francesa. Los edificios públicos como la Court House, y comerciales como el Bank of Montreal, exhibían una forma moderada del clasicismo británico del siglo XVIII. El nuevo régimen se evidenciaba también en el campo religioso. Tanto en Quebec como en Montreal se construyó catedrales anglicanas que eran copias fieles de la obra de Gibbs, St. Martin's-in-the-Fields. Irónicamente, la respuesta de los católicos romanos de Montreal consistió en demoler su vieja estructura barroca y reemplazarla por una nueva Notre-Dame en el modo neo-gótico, un estilo que habría de convertirse en el símbolo de la cristiandad durante la era siguiente.<sup>34</sup>

La frontera occidental de la América del Norte británica sólo recibió una porción relativamente pequeña de refugiados de la Revolución Norteamericana, pero debido a este influjo se convirtió en 1791 en una provincia separada, el Alto Canadá. Con anterioridad a la creación de la provincia, los funcionarios imperiales intentaron planear su desarrollo subsiguiente mediante un comprensivo esquema que ilustra de un modo espectacular la confianza de los clásicos en la organización del ambiente para acomodarlo a sus propósitos. Ciudad y campo debían formar parte de una sola unidad, con ciudades de una milla cuadrada (1,609 km<sup>2</sup>) situadas en medio de jurisdicciones que les perteneciera de diez millas cuadradas (16,09 km<sup>2</sup>) cada una. El esquema había sido extraído tal vez de antecedentes norteamericanos como la ciudad de Savannah, ya que muchos funcionarios habían servido en las colonias norteamericanas. Pero este esquema daba por supuesto un control sobre la población de frontera que en la práctica resultaba imposible. En los dos lugares en que se aplicó este trazado, Niagara y New Johnston, los residentes locales ignoraron los grandiosos esquemas y construyeron residencias y negocios en lugares reservados para plazas o grandes boulevares diagonales.<sup>35</sup>

Un sistema más realista y efectivo fue el introducido por John Graves Simcoe, quien se convirtió en el primer Lt.-Governor (teniente-gobernador) de la provincia, en 1792. Este modeló su esquema siguiendo la tradición romana, y proyectó una serie de poblados semi-militares que serían conectados por caminos que construirían sus tropas. Su planificación de ciudades individuales era menos grandiosa, como en el caso de York (luego Toronto), pero esto se debía a su intención de restablecer el sistema de clases británico por medio del modo en que eran asignadas las tierras. Mediante el trazado de una pequeña cuadrícula, separó intencionalmente las parcelas grandes, ubicadas al frente de la ciudad y destinadas a la nueva élite, en las cuales los estilos arquitectónicos y el tamaño de las casas estaría sujeto a ciertas normas. Las parcelas pequeñas, sobre las que se ejercería un control menor, estarían ubicadas en la parte posterior de la ciudad. Cuatro años después, la pequeña cuadrícula fue extendida sobre terrenos reservados para este propósito. La "ciudad nueva" de York guardaba cierta semejanza con la de Edimburgo, aunque las dos plazas

(*squares*) de York estaban diseñadas para alojar edificios públicos, y no elegantes viviendas en forma de *terraces*.<sup>36</sup>

Si bien el refinamiento en el trazado de muchas poblaciones del Alto Canadá fue el resultado directo de la acción de los funcionarios imperiales, el producto final fue por lo general el espacioso damero, popular por esos tiempos en los Estados Unidos. Un buen ejemplo, tanto por la generosa porción de terreno destinada a cada casa como por el tipo de construcciones, es la ciudad de Niagara. Muchos de los primeros residentes de Niagara eran realistas provenientes del estado de Nueva York, y sus viviendas reflejaban la tradición clásica norteamericana. D.W. Smith, importante funcionario provincial, construyó una casa con simetría clásica y toques palladianos en el tratamiento de la entrada y de las ventanas. Tras la destrucción total de la ciudad durante la guerra de 1812, comerciantes prósperos y funcionarios del gobierno edificaron casas más ostentosas, provistas de espléndidas entradas similares a las que habían sido comunes en Gran Bretaña y sus colonias americanas en el siglo XVIII.<sup>37</sup>

El hecho de que este estilo siguiera vigente hasta bien entrada la década de 1840 habla a las claras del carácter conservador (y hasta podríamos decir, retrógrado) de los primeros desarrollos urbanos en el Canadá.<sup>38</sup> Un buen ejemplo de este clasicismo tardío fue la denominada "ciudad nueva" de Montreal, realizada desde 1840 hasta 1860 sobre las laderas de Mont Royal. Los proyectistas más importantes estaban bien familiarizados con el concepto del siglo XVIII de ciudad nueva. Un propietario publicitaba sus lotes diciendo que estaban situados "sobre esa hermosa llanura inclinada que habría de denominarse 'LA CIUDAD NUEVA DE MONTREAL', y que sin lugar a dudas habría de rivalizar en esplendor con la ciudad nueva de Edimburgo".<sup>39</sup> Esta modalidad tuvo lugar hacia 1850 y fue una imitación de la *terrace* británica que unía un grupo de casas conectadas por una fachada común de características monumentales. La iniciativa provino de George Browne, el arquitecto nacido y educado en Belfast, quien también se desempeñaba como empresario de bienes raíces cuando realizó la Wellington Terrace, en 1855. El y otros varios constructores erigieron una gran cantidad de éstas en los años siguientes, pero hacia fines de la década de 1860 este modelo había perdido adherentes a medida que el clasicismo perdía terreno lentamente en el diseño urbano ante el avance del romanticismo individualista.

<sup>1</sup> Una fuente a la que he recurrido con gran provecho es el trabajo teórico y descriptivo sobre el clasicismo desarrollado en dos libros de Alan Gowans: *Images of American living, four centuries of architecture and furniture as cultural expression* (Philadelphia, 1964) y *Building Canada: an architectural history of Canadian life* (Toronto, 1966). Otra buena introducción general es: John Summerson, *The classical language of architecture* (Cambridge, Mass., 1976). Para un análisis del clasicismo más reciente, véase: Helen Searing, *Speaking a new classicism: American architecture now* (Northampton, Mass., 1981).

<sup>2</sup> Clendenin, William R., *Music: History and theory* (New York, 1965), págs. 266-308.

<sup>3</sup> Wittkower, R. *Architectural principles in the age of humanism* (London, 1962).

<sup>4</sup> Gowans, *Images*, pág. 140.

<sup>5</sup> Borsay, Peter, "Culture, Status, and the English Urban Landscape", *History*, 67 (February, 1982), págs. 1-12; A.E.J. Morris, *History of urban form before the industrial revolution* (New York, 1979), págs. 121-154.

<sup>6</sup> Borsay, Peter, *idem*, pág. 10.

<sup>7</sup> Citado por Summerson, John, *Architecture in Britain, 1530 to 1830* (London, 1963) pág. 210.

<sup>8</sup> La mejor biografía es la de Doreen Yarwood, *Robert Adam* (New York, 1970). También es útil: John Fleming, *Robert Adam and his circle in Edinburgh and Rome* (London, 1962).

<sup>9</sup> Citado por Morris, *History of Urban Form*, pág. 233.

<sup>10</sup> Jones, E.L. y Faljus, M.E., "Urban Improvement and the English Economy in the Seventeenth and Eighteenth Centuries", en P.J. Usselding, eds., *Research in Economic History*, vol. 4. Greenwich, Conn., 1979; C.W. Chalkin, *The Provincial Towns of Georgian England, A Study of the Building Process, 1740-1820*, London, 1974; P. Abrams y E.A. Wrigley, eds., *Town and Societies*, Cambridge, 1978.

<sup>11</sup> Borsay, Peter, *idem*, pág. 2.

<sup>12</sup> La obra clásica sobre el tema es: John Summerson, *Georgian London* (Cambridge, Mass.,) 1945-1978.

<sup>13</sup> Zucker, Paul, *Town and square from the agora to the Village Green* New York, 1966.

<sup>14</sup> Summerson, John, "John Wood and the English Town-Planning Tradition" en Summerson, *Heavenly Mansions* (London, 1949); R.S. Neale, *Bath: a social history, 1680-1850* (London, 1981).

<sup>15</sup> Morris, *History of Urban Form*, págs. 169-172.

<sup>16</sup> El mejor estudio es Youngson, A.J., *The Making of Classical Edinburgh, 1750-1840* (Edinburgh, 1966). Una reseña útil es la de Ian Adams, *The Making of Urban Scotland* (London, 1978). Para la experiencia de Dublín, en un contexto algo distinto, véase: Edward McParland, "The Wide Streets Commissioners: Their Importance for Dublin Architecture in the late 18th-early 19th Century", *Irish Georgian Society Journal*, 15 1972, págs. 1-32.

<sup>17</sup> Benevolo, Leonardo, *The history of the city* (London, 1980), pág. 605.

<sup>18</sup> Millar, John F., *The architects of the American Colonies* (Barre, Mass., 1968).

<sup>19</sup> Reys, John, *The making of urban America: a history of city planning in the United States* (Princeton, 1965).

<sup>20</sup> Bannister, T.C., "Ogelthorpe's Sources for the Savannah Plan" *Journal of the society of architectural historians*, 20 (núm. 2, 1961), págs. 47-62. Morris, *History of urban form*, págs. 273-274.

<sup>21</sup> Planos de los asentamientos por ser construídos en Annapolis, Menis y Shiegnecto, June 12, 1749, c.o. 700 N.S. núm. 13, Public Record Office, London.

<sup>22</sup> Gowans, *Building Canada*, figura 53.

<sup>23</sup> Lunenburg Heritage Society, *A walk through old Lunenburg* (Lunenburg, 1979), 49; Bill Plaskett, *Understanding Lunenburg's architecture* (Lunenburg, 1979).

<sup>24</sup> Kirker, Harold y James, *Bulfinch's Boston, 1787-1817* (New York, 1964).

<sup>25</sup> Lockwood, Charles, *Bricks & Brownstone: The new York row house, 1783-1929, an architecture & social history* (New York, 1972), pág. 15.

<sup>26</sup> Hamlin, Talbot, *Greek revival architecture in America*, (New York, 1955).

<sup>27</sup> Gowans, *Images of American living*, págs. 243-284; Henry Russell Hitchcock y William Seale, *Temples of democracy: the state capitals of the USA* (New York, 1976); Richard Pare, ed., *Court house, a photographic document* (New York, 1978).

<sup>28</sup> Adamson, Anthony, "Architecture in British Canada, the Georgian influence, 1745-1845", *Canadian antiques collector*, 9 (núm. 1, 1974) págs. 38-41.

<sup>29</sup> McLeod, R.R., "Historical sketch of the town of Shelburne, Nova

Scotia", *Acadiensis*, 8 (1908), págs. 35-52; Watson Smith, T., "The loyalists at Shelburne", *Nova Scotia historical society, collections*, 6 (1887-1888), págs. 53-89.

30 Una reciente biografía por Geraint Evans, *Uncommon Obdurate: the several public careers of J.F.W. DesBarres* (Salem, Mass., 1969) prácticamente ignora sus logros como planificador.

31 Mapas y diseños de Sydney, 1786, MPD 180, Public Record Office, London.

32 Gowans, *Building Canada*, figura 89; Mary Sparling, comp. *Great Expectations, the european vision in Nova Scotia, 1749-1848*, Halifax, 1980).

33 Heritage Trust of Nova Scotia, *Founded upon a rock: historic Buildings in Halifax and Vicinity Standing in 1967* (Halifax, 1971), págs. 14-17.

34 Marsan, Jean-Claude, *Montreal in evolution* (Montreal, 1981), págs. 126-165; Richardson, A.J.H., "Guide to the architecturally and historically most significant Buildings in the old city of Quebec", *Bulletin of the association for preservation technology*, 2 (núms. 3-4, 1970), págs. 25-36.

35 Stelter, Gilbert, "Urban planning and development in upper Canada", en Woodrow Borah, Jorge Hardoy y Gilbert Stelter, comp. *Urbanization in the Americas: the background in comparative perspective*, Ottawa, 1980.

36 Spelt, Jacob, *Toronto* (Toronto, 1973), pág. 40.

37 Stokes, Peter, *Old Niagara-on-the-Lake* (Toronto, 1971).

38 Arthur, Eric, *Toronto, no mean city* (Toronto, 1964), posee un capítulo titulado "A late flowering Georgian".

39 Hanna, David, "Creation of an early victorian suburb in Montreal", *Urban history review*, 9 (October, 1980), págs. 38-64.

## Los orígenes de la burguesía industrial en México.

### El caso de una familia de la Ciudad de México

L. Lomnitz y M. Pérez- Lizaur

#### Introducción

Los estudios sobre el desarrollo del capitalismo y los orígenes de la burguesía son enfocados, generalmente, desde dos perspectivas: la histórico-estructural, que sigue la teoría marxista o neoclásica, y que se aboca a analizar los grandes procesos históricos y económicos que permitieron la acumulación del capital y la lógica de los mismos; y segundo, la que se centra en el nivel del individuo-empresario, sus características y sus relaciones con la sociedad, y que ha sido desarrollada en los escritos de Weber y Schumpeter. En antropología esta corriente está representada por Barth y la escuela transaccional.

Ambos enfoques son de gran utilidad para comprender el proceso de formación de la burguesía pero no son suficientes para abarcar la totalidad del fenómeno, puesto que entre dichos niveles se encuentran un espacio socio-cultural y estructuras sociales intermedias, condicionados por el sistema simbólico cultural (familia y parentesco, redes sociales) que articulan las dimensiones histórico-económicas con las individuales psicológicas.

Los estudios antropológicos, en general, ocupan un nivel intermedio entre las macro estructuras analizadas por los economistas y los sociólogos, y los niveles individuales estudiados por los psicólogos y sociólogos. Entre el individuo y la clase social, y la sociedad nacional existen estructuras intermedias, tales como grupos, quasi grupos, conjuntos y "redes sociales" que cada día son más importantes como "puentes entre el contexto estructural y la acción individual en las sociedades complejas".<sup>1</sup>

Los individuos no toman decisiones en el vacío o como miembros abstractos de una categoría socio-económica, sino más bien sus decisiones son el resultado de la interacción con otros hombres. El contexto social inmediato de los individuos en las ciudades tiene una acción especial tanto en los procesos o niveles macrosociales como en los individuales. "El concepto de red social presenta perspectivas prometedoras que pueden ser una contribución para mejorar nuestra habilidad para entender la na-



turaliza sistemática de estos contextos sociales variantes".<sup>2</sup> "Las redes representan una estructura micro, en un nivel intermedio de abstracción, entre la estructura social macro y el individuo".<sup>3</sup>

El objetivo de este trabajo es relacionar los eventos de la historia social y económica de México desde 1850 con la evolución de una familia de industriales, en términos de orígenes de capital, de decisiones económicas y de las características de la empresa familiar mexicana en general, a través de algunos empresarios en particular. Queremos mostrar especialmente la importancia que las redes sociales han tenido en el desarrollo de la burguesía local. Nos interesa presentar, a través de este ejemplo, cómo los procesos históricos son conformados por individuos que actúan dentro de sistemas simbólicos y que es en este ámbito intermedio donde las dimensiones económicas, culturales y psicológicas se van interrelacionando. En otras palabras, los procesos históricos, como dice E. P. Thompson, están siendo hechos por personas de carne y hueso que viven dentro de grupos concretos: "No veo la clase como una estructura y menos aún como una categoría, sino como algo que acontece de hecho, en las relaciones humanas".<sup>4</sup> "Estoy firmemente convencido de que no podremos entender este fenómeno (de clase) si no lo vemos como una formación social y cultural, como algo que surge de unos procesos que sólo pueden ser estudiados en pleno funcionamiento y a lo largo de un dilatado período histórico".<sup>5</sup>

Desde el punto de vista del proceso de industrialización, la historia de México puede dividirse en tres grandes períodos:

a) **1850-1910**, que corresponde a la Reforma, la República Restaurada y el Porfiriato. Este período se caracteriza por la consolidación de un estado nacional de corte liberal que trae el comienzo de la modernización y de la industrialización del país. Las Leyes de Reforma, en 1857, son el primer paso legal decisivo para liberar de manos de la Iglesia la gran riqueza acumulada en forma de tierras, propiedades y diversos bienes, quitándole así su hegemonía política y educativa. El período finaliza con los 30 años de dictadura porfiriana, cuando la paz, el orden y el progreso son las banderas que impulsan los procesos de modernización. En esta época se impone la infraestructura política, económica y social que dará base al desarrollo de la burguesía industrial.

b) **1925-1960**. La etapa anterior culmina con la Revolución de 1910; luego sigue un período de reconstrucción y modernización, donde el Estado logra, por un lado, el control de la tierra y los recursos energéticos, y por otro, asume la rectoría de la sociedad abocándose a industrializar al país, asegurando la infraestructura y la protección necesarias a la iniciativa privada (o burguesía nacional), y estructurando su sistema político en base a una ideología nacionalista. La coyuntura de la Segunda Guerra Mundial aunada a una política previa de sustitución de importaciones da lugar a lo que se llama "el gran milagro mexicano". En este período el país llega a ser prácticamente autosuficiente en industria de consumo.<sup>6</sup>

c) **1960-1982**. Las condiciones del mercado mundial para la industria de consumo varían después de terminada la Segunda Guerra Mundial. Los países industrializados del centro vuelven al mercado de bienes de consumo con tecnologías novedosas, sofisticadas y caras (ej. sintéticos, electró-

nica, química, computación, etc.). Esto cierra mercados externos a la industria mexicana. Simultáneamente, es el período de auge de las empresas transnacionales, las cuales penetran en el interior del país, con sus elevados capitales y tecnología desarrollada, compitiendo en condiciones muy superiores con la industria nacional. Aparecen las corporaciones (públicas y privadas, nacionales y transnacionales) como una forma superior de organización productiva, frente a las cuales la empresa familiar está en desventaja. Al mismo tiempo, se desarrolla la industria de bienes de capital, la que requiere un alto nivel de tecnología y capitalización que muy pocas empresas mexicanas poseen. El Estado, las transnacionales y algunas corporaciones mexicanas son las que devienen líderes del proceso, quedando en un segundo plano la burguesía tradicional de productores de bienes de consumo organizados en empresas de tipo familiar. Finalmente, el Estado participa cada vez más en el proceso productivo, ejerciendo un control cada vez mayor sobre las fuentes de capital (sobre todo con el petróleo). Podríamos decir que esta etapa culmina con la absorción, por parte del Estado, de algunos de los grupos o corporaciones mexicanos más fuertes y con la reciente nacionalización de la Banca. Se calcula que el Estado actualmente controla un 80% de la economía nacional.<sup>7</sup>

### La familia Gómez

Al hablar de la "familia Gómez" nos referimos a un grupo de parentesco que comprende 5 generaciones de descendientes con un antepasado común y que incluye aproximadamente 150 familias nucleares que se reconocen mutuamente como parientes. Estas familias van conformándose en una serie de "ramas" que se colocan en diferentes estratos de la sociedad urbana: desde industriales grandes, medianos y pequeños, profesionales libres -que muchas veces se vuelven empresarios- así como empleados de todos los niveles. Característica común a todos los que se reconocen como parientes es la de trabajar en el sector privado. Dicho en otras palabras, se trata de un grupo de la burguesía industrial que a finales del siglo XIX pasa del comercio a la industria y se mantiene en ella hasta la fecha.

Carlos Gómez, el ancestro reconocido de la estirpe, es hijo de un pequeño y pobre terrateniente criollo. Su primera esposa, criolla también, muere dejando tres hijos; más adelante él vuelve a casarse con una mujer india con quien tiene 9 hijos más. Después de la muerte de Don Carlos en 1876, su esposa, "Mamá Inés", queda prácticamente en la pobreza. Este es el momento de la paz porfiriana, cuando comienzan a darse las condiciones propicias para el desarrollo industrial. Leopoldo, el hijo mayor del segundo matrimonio de Don Carlos, se formará y surgirá como empresario precisamente durante este período.

Una prima de Leopoldo, casada con un rico comerciante español radicado en la ciudad de Puebla, de acuerdo con las tradiciones y las buenas costumbres, al enterarse de la muerte de su tío, busca a Leopoldo (quien a la sazón tiene 16 años) para que trabaje en la tienda con su esposo y

ayude de esa forma a su madre viuda. Leopoldo comienza así su carrera como mocito en una tienda de pasamanería y telas. Algunos años después, el español y su familia (incluyendo a Leopoldo) se trasladan a la ciudad de México. Allí abre una tienda de encajes y cintas en el centro de la ciudad. A medida que pasan los años, Leopoldo va tomando las riendas del negocio, ya que los hijos de su prima son aún demasiado pequeños para hacerlo. Al mismo tiempo tiene la oportunidad de conocer y relacionarse con comerciantes, financieros e industriales importantes de la Ciudad de México, conservando también a través de su familia (tenía 4 tías monjas) relaciones con miembros de la jerarquía eclesiástica.

En 1900 Leopoldo ocupa cierta posición respetable dentro de la comunidad de los hombres de negocios, y para la primera década de este siglo se lo menciona como propietario de fábricas textiles, accionista de aserraderos, tabacaleras, minas, fábricas de ropa (en México y en el extranjero), tiendas, bancos y financieras, y compañías de seguros.<sup>8</sup> También aparece como miembro del Jockey Club (club muy exclusivo de la sociedad mexicana de la época) y como amigo y socio de algunos de los miembros de la Sociedad de Amigos del Presidente.<sup>9</sup>

¿Cómo llega Leopoldo Gómez a tener ese capital? De acuerdo a la tradición familiar, esto se debe a sus cualidades personales, ya que es trabajador, ahorrativo e inteligente. Sin embargo, por más ahorrativo que sea, es difícil que sólo por eso haya podido acumular tan rápidamente tal cantidad de dinero. Nuestra hipótesis (apoyada también por la tradición familiar) es que su principal recurso son sus relaciones sociales y la habilidad con que sabe manejarlas, es decir, lo que Bourdieu llama un "capital social" que puede convertirse después en otros tipos de capital.<sup>10</sup> De particular importancia son sus contactos con la Iglesia, la cual tiene que esconder su riqueza y trabajarla a través de terceras personas que sean "de confianza". La literatura sobre el tema muestra que la Iglesia es, durante más de 300 años, la única institución nacional capaz de acumular capital, no sólo en propiedades sino en dinero, y por consiguiente, es la institución bancaria por excelencia.<sup>11</sup> Tres pueden ser las formas de tener relaciones económicas con la Iglesia: asociarse con ella, prestar el nombre y administrar su dinero. Posiblemente las relaciones de Leopoldo con la Iglesia hayan sido de los tres tipos según las diferentes empresas, lo cual explicaría esta explosión económica.

Si bien no tenemos una prueba fáctica sobre esta hipótesis, la subsecuente historia de la familia muestra continuos lazos con el clero. Por ejemplo, durante la persecución religiosa de los años 20, las casas de los Gómez son refugio para curas y monjas, y aún hoy se mantienen conexiones con diversas órdenes, instituciones y altas jerarquías eclesiásticas. Incluso en épocas recientes se ha sabido de fuertes préstamos de la Iglesia a miembros distinguidos de la familia.

Leopoldo tiene, además, otras relaciones que pueden serle útiles, como por ejemplo con hombres de negocios españoles a quienes conoce a través de su primo político. Con algunos conforma sociedades e incluso dos se convierten en cuñados. Estas uniones le dan probablemente, oportu-

nidades para hacer negocios y, sobre todo, acceso a la actividad económica de la colonia española, que para entonces es un grupo muy próspero y dinámico.

Finalmente, Leopoldo cuenta con una red familiar que incluye a su prima (la esposa de su empleador y socio), a su hermano abogado, quien durante toda la vida es el encargado de los asuntos legales de su empresa (función que requiere de gran confianza), a sus cuñados y, eventualmente, a varios sobrinos e hijos que van ocupando posiciones claves en sus negocios.

En la década de 1890, su situación económica le permite traer a su madre y hermanos a la Ciudad de México -que, en ese momento cuenta con 500.000 habitantes- y casarse con una mujer de origen europeo. Todos viven en una casa grande en el barrio de Tacuba, en los suburbios. Hacia finales de siglo, cuando su posición económica se afianza, la familia se traslada a una casa en la calle de Puente de Alvarado, zona que, para entonces, es céntrica y bastante elegante.

La casa tiene dos pisos: Leopoldo, su esposa e hijos ocupan el segundo piso, mientras que Mamá Inés y las hijas solteras viven en la planta baja. Un hermano casado se asocia con el esposo de otra de las hermanas: ambos se establecen en provincia y con ayuda de Leopoldo ponen una casa de ropa. Finalmente, los dos medios hermanos también migran a México y se establecen en el barrio de Popotla, a una distancia de 30 minutos a pie de la "casa" de la familia.

Poco después de la Revolución de 1910, Leopoldo abandona el país junto con su esposa e hijos. Se establecen en España por unos dos años y regresan a México para 1915. El resto de la familia permanece en México en sus residencias y trabajos. Al regresar Leopoldo y una vez que su economía familiar se recupera, se establece en Santa María la Rivera, barrio nuevo de clase media alta, donde compra una manzana completa de terreno para él y sus hijos. Mamá Inés se cambia a San Rafael (a 15 minutos a pie de Leopoldo) con sus dos hijas solteras; los hermanos de provincia regresan a México y se establecen en el centro de la ciudad, donde ponen un hotel. La última de las hermanas, casada con un español, se establece en San Rafael frente a la casa de Mamá Inés.

Durante la década del 20 Leopoldo y Mamá Inés son las figuras dominantes de la familia. Leopoldo procura darle trabajo a los parientes, mantiene a su madre y hermanas solteras, y ayuda a todos aquellos parientes que lo necesitan. Mamá Inés, por otro lado, es el centro afectivo familiar, y por tanto, visitada diariamente por sus hijos y nietos. Su casa es el lugar donde se festajan todas las fiestas familiares; cualquier evento es una buena excusa para organizar saraos en los cuales todos los parientes colaboran con alguna actividad especial: unos montan piezas de teatro y bailables; otros tocan algún instrumento y bailan. Las especialidades culinarias de Mamá Inés son el mayor atractivo de la reunión. Eventualmente éstas son transmitidas a las hijas y llegan a ser parte de la cultura familiar. Es de interés hacer notar que aún hoy estas recetas sólo se transmiten de madre Gómez a hijas, y no a las nueras. Continúa, además, la

costumbre que data de la época en que migran a México de reunirse toda la familia una vez por semana. En fin, en casa de Mamá Inés todo aquél que se sienta miembro de la misma asiste puntualmente a las reuniones, las que además son patrocinadas por Leopoldo.

En términos generales podríamos decir que la familia forma una red de relación bastante cerrada en la cual hay un líder emocional y otro económico, el que, a su vez, sirve de intermediario con la sociedad mayor. Tan cerrada es esta red, que encontramos cinco casos de endogamia entre primos, precisamente durante esta época.

En lo que se refiere a la actividad económica, Leopoldo tiene varias fábricas textiles que opera con la ayuda de sus hijos y varios sobrinos. Cuando muere, en 1925, deja a sus hijos en herencia 4 fábricas, dos operadas por sus dos hijos hombres y las otras dos a hijas casadas, cuyos esposos han sido ya absorbidos en la empresa con anterioridad. A las otras hijas les deja bienes inmuebles. El patrón de organización de la empresa familiar queda ya establecido en esta época. Sus características son:

a) Centralización de las decisiones en el empresario-patrón, el cual se dedica a buscar oportunidades y a abrir los contactos con individuos o instituciones externas a la familia para conseguir fuentes de financiamiento, abastecimiento y mercado, a lo cual dedica su tiempo y esfuerzo.

b) Las ganancias se van reinvertiendo. Hay una diversificación del tipo de inversiones y empresas, desde comercio, industria y bienes raíces, aunque con cierta tendencia a especializarse en ramos que le son familiares al empresario (en este caso, textil), tanto en lo técnico como en la comercialización.

c) A la cabeza de cada empresa es necesario ir colocando personas de confianza, preferiblemente parientes, que se dediquen a operarias cotidianamente. Estas personas pueden ser cuñados, yernos, sobrinos y, sobre todo, hijos. Generalmente, éstos son los últimos en incorporarse a la empresa (debido a su edad), desplazando a sus primos y tíos en las plazas de mayor responsabilidad, lo cual va creando ciertos conflictos. Una tradición de la familia seguida hasta hoy día es que los hijos y sobrinos comiencen a trabajar desde muy jóvenes en lugares muy bajos de la jerarquía de la organización, y que vayan subiendo poco a poco, pasando por todas las posiciones posibles. Se considera que es mejor esta forma de entrenamiento empresarial, que mandar a los hijos a estudiar a las universidades.

Lo que ha ido desarrollándose como tradición, en este tipo de empresa, es que los sobrinos, a medida que van siendo desplazados por los hijos del empresario, establecen sus propias empresas independientes, en la mayoría de los casos, con la ayuda del empresario. Este procedimiento permite, por una lado, evitar y limar los conflictos entre los parientes, y por otro crear una red económica que gira alrededor de la empresa central y que la complementa. Así por ejemplo, se pueden establecer talleres o fábricas pequeñas que maquilan para las grandes, o que les producen algunos insumos necesarios; tiendas donde se comercializa la producción; empresas para transportar los productos, etc. Se va formando así una red

de relaciones económico sociales que sirven para entrenar a los nuevos miembros del grupo (la reproducción social), para crear un capital social de relaciones extra-familiares utilizables por todos, para transmitir información económicamente relevante, para complementar las actividades económicas de la red y, fundamentalmente, para brindar apoyo y cierta seguridad económica a sus miembros sin importar el nivel socio-económico al que pertenecen. Por ejemplo, los sobrinos pobres, a pesar de no tener el mismo nivel de capital, se incluyen dentro del mismo grupo social y, en última instancia, tienen acceso a determinadas oportunidades que de otra manera no tendrían.

d) La herencia se divide, en cada generación, entre un número grande de hijos. Esto tiene consecuencias muy negativas para el proceso de acumulación de capital, ya que se fragmenta cada 20 ó 30 años. La distribución de la herencia, idealmente y según la ley, debe ser equitativa entre hijos e hijas. Varía el tipo de bienes que se heredan, por ejemplo, los hijos se quedan, generalmente, con los bienes de producción (también algunas de las hijas, siempre y cuando sus esposos hayan sido incorporados en las actividades operativas de la empresa durante la vida del padre-empresario), mientras que las hijas heredan bienes inmuebles, joyas y capital líquido.

El padre planea, durante su vida, qué empresa va a dejar a cada hijo, permitiéndole administrarla poco a poco, pasándole sus contactos sociales y enseñándole a manejarlos. Esto le da un gran poder al padre ya que de él depende el futuro económico del hijo.

Finalmente, otra característica de este tipo de empresa es la importancia que tiene el poder personal del empresario. La empresa no es una institución con vida independiente. El empresario, si quiere, puede sacar capital para fines personales propios (viajes familiares al extranjero, enfermedades, etc.), o puede colocar en las listas de empleados a todos los parientes o protegidos que desee, sin tomar en cuenta su eficiencia o preparación. Es decir que el objetivo de este tipo de empresa no es solamente el de ser un instrumento de acumulación, sino el de proveer de poder y prestigio personal a su dueño.

Este patrón cultural ha tenido consecuencias económicas importantes ya que no sólo predispone en contra de la asociación, sino que además fomenta el deseo de los hijos de repartir la herencia y constituirse ellos mismos en un nuevo patrón, y también, el abrirse a un mercado de acciones. Todo esto repercute negativamente en el proceso de capitalización.

#### 1925-1960: los años del "milagro mexicano".

En 1925 muere Leopoldo y en 1927, Mamá Inés. Con esto concluye una etapa de la vida familiar de los Gómez y, fundamentalmente, el liderazgo económico familiar queda vacío. Las diferencias socioeconómicas entre los hermanos de Leopoldo comienzan a marcarse y la familia se segmenta en ramas que van ocupando diferentes posiciones. Para 1930 podemos identificar 4 "ramas" socialmente estratificadas: los descendientes directos de Leopoldo, dedicados a la empresa industrial, y tres ramas

colaterales que se encuentran en relación de dependencia con respecto a los descendientes de Leopoldo (empleados, maquiladores, profesionales, etc.). En el nivel de la estructura social urbana los miembros de este grupo desde empleados a pequeños o medianos empresarios de clase media, hasta nuevos empresarios de alto nivel y profesionales libres.

A pesar de esta segmentación, Anita, la hija menor, retoma el liderazgo emocional, reemplazando a Mamá Inés. Anita se casa ya mayor con un empleado de banco, vive en Santa María la Rivera, no tiene hijos y se ocupa de ser el centro emocional de la familia: organiza reuniones; centraliza información constante sobre todos los parientes y la transmite; y se preocupa de que los ricos ayuden a los pobres, ya que tiene gran ascendencia sobre sus sobrinos empresarios, con quienes tuvo constante contacto desde que eran niños. Vive hasta 1966 (90 años); su larga vida y el liderazgo emocional que ejerce impiden que la familia se pulverice.

Mientras tanto, comienza la lucha por el liderazgo económico entre los dos hijos de Leopoldo: Leopoldo Jr. y Pablo.

Leopoldo Jr. (1898-19 ?) -sobre el que se centran las expectativas de toda la familia- hereda no sólo el nombre de su padre sino también, la primera, la más antigua y la más prestigiosa de las fábricas. Pablo (1900-1958), el menor, hereda, por su parte, otra fábrica igualmente importante. Sin embargo, en poco tiempo, las diferencias entre los hermanos se hacen patentes. Leopoldo se dedica a mantener su fábrica en el mismo nivel, a consolidar el prestigio social de la familia en la sociedad, y a buscar su legitimización como "familia vieja" de abolengo. El y sus hijos se casan con descendientes de familias porfirianas y establecen un estilo de vida "criollo", es decir, ligado al campo. Tienen ranchos a la manera de la antigua hacienda y toros de lidia. Sus casas son decoradas en estilo colonial. Leopoldo se convierte en patrocinador de las artes y activo miembro de sociedades religiosas y de beneficencia. Su rol dentro de la familia no es el de ejercer el liderazgo económico, sino el de instituir el prestigio social. Cultiva relaciones con la Iglesia y con familias de la vieja aristocracia mexicana.

Pablo, por su parte, se dedica a relacionarse intensamente con los políticos del momento y a extender la empresa heredada de su padre. Cuando Pablo toma las riendas de su empresa, a los 25 años de edad, México vive la etapa de la reconstrucción nacional. El presidente Calles está en el poder y es el momento en que se sientan las bases del nuevo sistema político y económico, incluyendo instituciones de apoyo a la industria, tales como la Nacional Financiera y el Banco de México. Más tarde, durante la administración de Lázaro Cárdenas (1934-1940), se nacionaliza el petróleo, se adoptan reformas de corte nacionalista, y se promulgan decretos de sustitución a las importaciones que favorecen el desarrollo de la industria nacional.<sup>12</sup> Asimismo, durante las gestiones de Ávila Camacho (1940-1946), Miguel Alemán (1946-1952) y Ruiz Cortines (1952-1956) se produce una alianza entre el Estado, la iniciativa privada y el sector laboral, que favorece el desarrollo industrial del país. El nacionalismo va unido al crecimiento económico y prevalecen las ideas conciliatorias,

tratándose de evitar la confrontación como forma de resolver los problemas sociales. Durante la década del 40 el Estado construye gran parte de la infraestructura que posibilita el desarrollo industrial en materia de: energéticos, transporte, irrigación, financiamientos estatales, organización y control de los sectores laborales, educativos y políticas de sustitución de importaciones. La Segunda Guerra Mundial estalla en el momento en que la industria nacional está preparada no sólo para atender las demandas del mercado interno (la población de México en 1940 es de 19.653,552 h.),<sup>13</sup> sino también para aprovechar las oportunidades de lanzarse a un mercado exterior de bienes de consumo, sobre todo con E.E.U.U. Durante esta etapa la economía mexicana tiene un crecimiento medio de 6.70% por lo que se la conoce como la década del "milagro mexicano".<sup>14</sup>

Pablo sabe aprovechar la coyuntura socio-económica que vive el país, convirtiéndose en uno de los líderes del proceso de industrialización de bienes de consumo. Al tomar las riendas de su empresa ya posee una serie de relaciones heredadas de su padre, las que incluyen industriales y comerciantes de su ramo, la Iglesia y la colectividad española, por un lado, y las relaciones familiares (un primo técnico de las empresas del padre y relaciones de parentesco diversas), por el otro. Conoce, además, a los líderes obreros de su fábrica. El interés del Estado en promover la industria y apoyar al sector privado (sobre todo al mexicano) se concreta, alrededor de los años 20, en una convención nacional del ramo textil.<sup>15</sup>

Suponemos, por lo tanto, que en ese momento, Pablo tiene oportunidad de conocer a miembros de la nueva clase dirigente estatal y amplía así sus redes personales. Lo que sí es seguro es que establece relaciones de amistad con algunos de ellos; ya que en 1939 invita a un famoso general de la Revolución como padrino de bautizo de su hija, honor que sólo se concede entre los Gómez a familiares muy cercanos.<sup>16</sup> Luis González<sup>17</sup> cita su nombre como uno de los artífices del Cardenismo, es decir, como persona ligada a todos los políticos, artistas, intelectuales e industriales de la época del Presidente Cárdenas (1934-40). Su enorme mansión, situada en las Lomas de Chapultepec (nueva colonia rica del momento) es un ejemplo arquitectónico y una clara representante de esa época. Allí se dan grandes fiestas a las que asisten desde artistas del cine mexicano, jefes de la Iglesia, grandes empresarios y banqueros, hasta los políticos más importantes. Pablo marca también un "estilo de vida de los Gómez": casas elegantes, autos lujosos, viajes rumbosos con toda la familia, compras de artículos de lujo en el extranjero, regalos suntuosos, ranchos, etc. Pero, mientras él hace hincapié, de acuerdo a su espíritu posrevolucionario, en la parte mestiza de su nacionalismo, Leopoldo lo hace en la parte "criolla".

Pablo es, entonces, el gran innovador de esa generación, ya que amplía y diversifica su red social -haciendo uso de ella para agrandar sus empresas a través de financiamientos, contratos y permisos-, sin descuidar, al mismo tiempo, sus relaciones familiares.

La estructura de la empresa mantiene el mismo patrón general que le diera su padre: centralización de las decisiones en el empresario (intermediario entre la familia, la empresa y el mundo exterior), diversificación de

las inversiones (al morir era dueño o accionista de 36 empresas diferentes), la utilización de parientes y personas de confianza en la administración de las empresas individuales (empleo y ayuda a más de 60 miembros de la familia), la inversión en bienes raíces urbanos y rurales, como forma de ahorrar capital, la inclusión de los hijos en el trabajo de la empresa desde edad temprana, la ayuda a sobrinos y parientes a establecerse por su cuenta ampliando la red de negocios familiares, el desprecio por la tecnología y la educación formal, y finalmente, la división de la herencia a su muerte.

Entre ambos hermanos, hacia los años 50, había una alianza social táctica, por la cual uno aportaba las relaciones políticas y financieras, mientras que el otro las de prestigio social y eclesiástico.

La imagen que se proyectó en la sociedad era la de una familia rica y de abolengo. Para entonces, casi todos los miembros de la "parentela" trabajaban directa o indirectamente para ellos; los que no eran empleados de las empresas de Leopoldo o de Pablo, eran empresarios, dueños de pequeñas fábricas o talleres textiles que maquilaban a las empresas mayores, o bien algunos profesionales jóvenes que trabajaban prestando servicios a los parientes. Muy pocos se conservaban totalmente independientes de la vida económica familiar, pues aunque no trabajaran directamente en las empresas de los descendientes de Leopoldo el padre, sí tenían relaciones comerciales o realizaban negocios esporádicos con ellos. Además, existe un conjunto de información necesaria para realizar este tipo de actividades, que van desde el entrenamiento informal para operar un negocio, hasta como llevar a cabo relaciones con la gente. Hasta información sobre oportunidades de negocios y conocimiento de las personas adecuadas para sacar permisos, conseguir financiamientos o para llenar puestos claves.

A pesar de la unión social y económica de la parentela, se va ahondando la estratificación social a la que corresponde una escisión por ramas y su distribución en el espacio urbano. Para mediados de los años 40, los empresarios ricos de la familia se establecen en los barrios nuevos y elegantes de la ciudad (Lomas, Polanco, Anzures), mientras que los parientes de clase media permanecen en las zonas originales de la familia (Sta. María la Rivera, San Rafael y Popotla). Se diferencian, al mismo tiempo, sus estilos de vida: por ejemplo, la rama llamada de "Popotla" (por el barrio en el que se establecen y viven desde los años 20 hasta los 60), es decir, los descendientes de los hijos del primer matrimonio de don Carlos (y por lo tanto criollos) se caracterizan por un nivel más alto de educación que del promedio de los Gómez descendientes del abogado, así como también por mantener una religiosidad muy intensa y formal (entre ellos hay varias monjas y solteronas asiduas a ir a misa a diario, rezar novenas, etc.). Su estilo de vida es menos ostentoso que el de los Gómez ricos, viven en buenas casas pero sin grandes lujos; gustan de mobiliario estilo francés, Luis XIV mexicanizado, llenos de dorados, brocados, estatuillas de porcelana, etc., al mismo tiempo que conservan piezas de la familia de la herencia del abuelo abogado. En esta rama hay varios profesionales, algunos de los cuales se han convertido en medianos y grandes empresa-

rios. Uno de ellos, por ejemplo, ha llegado a ser líder de una de las cámaras industriales en la rama química, es decir, de una industria no tradicional. Entre ellos hay varios empleados de confianza de los tíos ricos y algunos profesionales liberales (médicos, ingenieros).

La rama descendiente de una de las hermanas de Leopoldo representa la típica familia de clase media mexicana: las mujeres son secretarías; el hombre tiene un pequeño negocio que maneja con ayuda de las hermanas solteras y hay varios empleados de distintos rangos. En general, su nivel educativo es el técnico (aunque en recientes generaciones ya hay dos profesionales). Viven en Santa María la Rivera desde los años 20 hasta los 60 y luego se mudan a los nuevos suburbios de clase media de la ciudad (Ciudad Satélite). Todos han trabajado en alguna época de sus vidas para alguna de las empresas de los Gómez ricos y cuando tienen algún problema recurren a ellos. Las mujeres de esta rama son las poseedoras de la tradición culinaria de la familia. Sus casas están decoradas con muebles baratos de estilo indefinido, carpetitas de crochet, imágenes del Sagrado Corazón, la Sagrada Familia y mantelitos de terciopelo, mientras que las casas de los jóvenes están amuebladas y decoradas con muebles comerciales baratos.

La rama descendiente de la hermana menor de Leopoldo, casada con un español rico, se establece en los años 40, en Polanco, barrio de clase alta que colinda con el Parque de Chapultepec y está cerca de las Lomas y Anzures. Allí viven los descendientes de Leopoldo. El nivel educativo de esta rama es, actualmente, el más alto (todos los jóvenes de la 4a. generación son profesionales). Sus miembros son los que comienzan a ocupar cargos técnicos en el Estado. Sus casas tienen un estilo más moderno, aunque con obras de arte colonial. Se la considera una de las ramas ricas de la familia. Mantienen contacto con todas las otras ramas, tanto con las ricas (por los negocios y el status socioeconómico), como con las más pobres, gracias a que tiene una mujer centralizadora que se ocupa de mantener los contactos, y un empresario que ha dado empleo a más de 20 miembros de la parentela.

Por último, la rama descendiente del hermano menor de Leopoldo ha sido siempre mal vista por la familia, ya que es la que ha hecho más escándalo y más ha transgredido las normas familiares. Entre sus miembros se encuentran un alcohólico, un estafador que estuvo en la cárcel, un hombre que se casa con tres hermanas sucesivamente, una mujer que se casa con el viudo de una de las primas ricas y una divorciada. Esta rama vive repartida por la ciudad, aunque el núcleo se ha mantenido en San Rafael desde los años 20. Dos hombres son pequeños o medianos empresarios y el resto son empleados. Es la rama que menos contacto tiene con las demás, aunque hay una mujer centralizadora que se encarga de mantener una vida social activa con los Gómez para no perder los contactos con ellos.

¿Qué es lo que mantiene unido a este grupo de parientes de niveles diferentes, en una ciudad que de 1930 a 1980 crece de 1.500.000 habitantes a 15 millones, y que tiene graves problemas de tránsito que dificultan la intercomunicación?

Básicamente hay tres motivos: a) **representan una red económica interdependiente** -sin ser una corporación-. A pesar de que las empresas pertenecen a individuos (no a grupos) y que éstos defienden o aspiran a su independencia económica, la realidad es que son mutuamente interdependientes en lo que se refiere a entrenamiento, contactos, información y complementariedad, etc. b) **La actividad ritual**. Los Gómez son muy dados a las reuniones sociales, a la celebración de múltiples rituales religiosos o de ritos de pasaje en la vida de los individuos: bautizos, matrimonios, primeras comuniones, funerales, cumpleaños, etc. No pasa una semana sin que participen por lo menos en una celebración. No todos los miembros de la familia comparten cada uno de los festejos: hay celebraciones en las que solamente participa la familia extensa trigeracional; otras en las que asisten ciertas ramas unidas socioeconómicamente; otras a las que van todos, o por lo menos están abiertas a la asistencia de todos (por ejemplo, funerales), y otras en las que participan miembros de la misma edad o generación. Esto permite que directa o indirectamente la información circule entre todos los miembros de la familia y es esta circulación la que permite que no se pierda el sentido de pertenencia al grupo. Además, en estas ocasiones, el grupo se ve a sí mismo como tal, se transmite la ideología familiar, se establecen jerarquías (según la importancia económica o social de cada individuo), e incluso se hacen negocios. c) **Las mujeres centralizadoras**. Finalmente, dentro de la parentela, hay mujeres cuyo rol es controlar y centralizar la información referente a la familia. Se encuentran en distintas ramas y tienen distintas edades. Se comunican con sus propias ramas y familias, y a la vez entre ellas, transmitiendo a diario la información de cada uno de los miembros del grupo. Algunas de ellas mantienen también comunicación con los empresarios (que son sus hijos, hermanos o esposos), informando sobre los miembros que necesitan trabajo y solicitando ayuda. Este grupo de mujeres consolidan una red de comunicación informal que abarca el universo de la parentela. Hay que destacar la importancia que ha adquirido el teléfono dentro de esta red desde que la parentela se ha ido desperdigando por la ciudad. Cuando la ciudad era pequeña y la familia vivía concentrada en el área central, los contactos eran cara a cara, o a través de visitas diarias, asistencia a misa, al mercado en grupo, etc.

#### Los últimos 20 años.

A fines de los años 50 comienzan a aparecer en los grupos financieros corporaciones, como respuesta a los grandes cambios económicos que se dan al final de la Segunda Guerra Mundial.<sup>18</sup> Pablo muere en esta época sin haber alcanzado a consolidar sus empresas como grupo. Deja a sus herederos (3 hijos hombres y dos mujeres) una considerable herencia, que es fraccionada. Los hijos, ya al mando de sus empresas, se enfrentan a una situación distinta a la de su padre: los cambios y la importancia de la tecnología, la necesidad de grandes capitales, la aparición de transnacionales y de las corporaciones nacionales en el mundo económico, una ma-

yor competencia entre iguales, una mayor participación del Estado y, fundamentalmente, la necesidad del país de pasar a otra etapa de industrialización, es decir, a la de producción de bienes de capital. En otras palabras, en este momento, el tipo de empresario representado por los Gómez deja de ser el líder industrial del país, desplazado por banqueros y presidentes de grupos económicos fuertes, o bien por corporaciones extranjeras. Es, asimismo, un momento en que se dan numerosas quiebras.<sup>19</sup>

Durante esta época los empresarios Gómez han debido buscar formas diferentes de sobrevivencia: asociándose o vendiendo sus empresas a corporaciones, quedándose como empresarios medianos maquilando ellos mismos a las empresas mayores, etc. Algunos, los que han optado por crecer, han tenido que: o bien asociarse con otros capitales y reestructurar la empresa, dejando de lado a la familia y sus valores, o bien buscar esposas ricas y sin hermanos, cuya herencia incremente su capital. Otros han intentado líneas de producción menos competitivas, tales como servicios o productos novedosos pero de fácil tecnología. Por su parte, los viejos se han dedicado a la especulación de terrenos y del dólar, así como a vivir de sus intereses bancarios. La industria de la construcción es actualmente, la línea más fuerte de la familia, en conjunción con la especulación de terrenos. Finalmente, los jóvenes han comenzado a considerar la posibilidad de especializarse y convertirse en técnicos para la iniciativa privada y también para el Estado.

Todo ello ha repercutido en las relaciones sociales de los Gómez. Ya no tienen acceso directo a los niveles más altos de la jerarquía política sino que se conectan con funcionarios intermedios, gobernadores de Estado o directores generales y subsecretarios. Sólo dos o tres empresarios de alto nivel de la familia (Leopoldo y dos de los hijos de Pablo) poseen contactos con los presidentes de la banca, los demás, se relacionan con los gerentes de sucursales. Sus conexiones con la Iglesia persisten, aunque sólo los descendientes de Leopoldo el viejo las tienen con los altos jerarcas. Aún poseen contactos con otros empresarios y siguen buscando las relaciones con el Estado a través de sus funcionarios. Las conexiones políticas continúan siendo las de mayor importancia, ya que de ellas dependen créditos, permisos, contratos, etc. Pero aun así, las relaciones con funcionarios estatales son de tipo político y económico, y no sociales y familiares. Un nuevo tipo de relación que aparece como importante es la que se obtiene a través de los colegios y las universidades con compañeros que más adelante son profesionales y, eventualmente, ocupan posiciones importantes como ejecutivos o técnicos para el Estado y corporaciones importantes; o bien con hijos de políticos destacados, es decir, con la nueva clase dominante. También son importantes los contactos con ejecutivos extranjeros representantes de compañías transnacionales. Sin embargo, las relaciones más relevantes siguen siendo las familiares, o las que se realizan a través de parientes. Un ejemplo claro es el caso de un joven abogado, hijo de empresario, que parte sin capital. Fue a una escuela exclusiva y prestigiosa en México y su primer trabajo fue en la empresa



de su padre, donde conoció y se unió con un extranjero, director de una firma transnacional en México. Este le ofreció, al cabo de algunos años, asociarse con él y crear una empresa en la que él aportaría la tecnologías transnacional y parte del capital, mientras que el joven pondría su trabajo, un poco de capital, sus relaciones sociales y el nombre e inscripción mexicana de la empresa. En la empresa se ocupó maquinaria extranjera usada y vieja, por la que pagaban una módica renta. Al cabo de algunos años, el extranjero vende sus acciones al joven Gómez, el cual a su vez para obtenerlas tiene que recurrir a su cuñado (esposo de una de sus hermanas), quien entra al negocio como accionista. Además, el gerente de producción es un primo con nivel técnico. El producto es vendido a grandes empresas para lo cual requiere de contactos importantes con sus gerentes, contactos que fueron adquiridos por él a través de los años. Su principal fuente de abastecimiento de materia prima es PEMEX, para ello necesita de un contacto especial -ya que en México es difícil aún hacer las compras a una compañía si no es a través de la persona adecuada-. En este caso es un primo de segundo grado que trabaja como persona de confianza para un familiar cercano de uno de los directores importantes de la compañía. Por otro lado, a los efectos de financiamiento, su cuñado es socio, a su vez, en otros negocios de un accionista de un banco. Finalmente, su esposa, hija de un intelectual, está relacionada con técnicos que trabajan para el Estado y se encargan de mantenerlo informado.

### Discusión.

Las relaciones sociales entre los empresarios mexicanos tienen una gran relevancia, generalmente desconocida en la estructura comercial de los países desarrollados. Podemos destacar tres aspectos de la utilización, en el mundo económico, de los contactos sociales: a) grupos de acción, b) redes sociales para la circulación de la información y c) redes sociales orientadas a facilitar el acceso a los recursos económicos.

a) **Grupos de acción.** El rol de pequeños grupos corporados, centrados alrededor de un empresario, ha sido descrito con frecuencia en la literatura antropológica a partir de Barth.<sup>20</sup> En México estos grupos de acción están constituidos en forma primaria por parientes.

Inicialmente los empresarios Gómez atienden sus negocios íntegramente en forma personal. A partir del crecimiento y la diversificación de sus empresas contratan parientes para ocupar las posiciones de confianza. Los empresarios se convierten así en intermediarios entre la familia y el sistema nacional sin abandonar el control absoluto de sus empresas. Los posibles conflictos de roles, como pueden ser aquellos entre hermanos y primos, son evitados al patrocinar la formación de pequeñas empresas independientes, vinculadas con el gran empresario Gómez, a través de relaciones patrón-cliente. Una de las formas de integrar grupos de gente de confianza es que las hermanas o hijas de empresarios se casen con hombres capaces y preparados, pero sin dinero, quienes eventualmente pueden formar parte de las empresas. Este hecho, no explícito, es una verdad

estadística, de la cual no conocemos su génesis, pero que se halla ampliamente confirmada.

Contratar o dar empleo a un pariente equivale, en la terminología Gómez, a "ayudar". Leopoldo Gómez, el primero de los empresarios de la familia, "ayudó" a más de 20 parientes y se dice que Pablo Gómez ayudó a más de 60. Se espera que los sobrinos y primos dejen los puestos clave en las empresas cuando los hijos del empresario/patrón lleguen a la edad suficiente para ocupar dichos puestos. A los parientes desplazados se les ofrece entonces la oportunidad de montar un negocio relacionado con la empresa.

La ideología Gómez apoya este sistema de grupos de acción, enfatizando la lealtad y la cooperación entre parientes. Otro concepto muy valorado es el de masculinidad (hombre fuerte, independiente y poderoso) el que se asocia con la imagen del empresario. Aquellos parientes que toda su vida conservan un status de "empleado" son considerados y llamados "pobrecitos"; un hombre es aquél que es su propio jefe.

Teóricamente, la burguesía mexicana incluye únicamente a los dueños de los medios de producción y a sus socios. Sin embargo, en la realidad, está integrada también por la red total de parientes de un empresario, lo que representa un conjunto de personas con mancomunidad de intereses y del cual el empresario puede escoger personal para operar sus negocios. Incluye un grupo de profesionales y de pequeños empresarios entre y con los cuales hay un sinnúmero de intercambios de bienes y servicios. Cada red de parentesco representa una intrincada maraña de relaciones patrón/cliente. Según lo anterior, el concepto de clase no necesariamente debería ser definido de acuerdo al nivel socioeconómico de sus componentes, sino que debería tenerse en cuenta, además, las redes sociales de los empresarios que incluyen todo un espectro de personas -desde pobres hasta ricos-, y que representa un sistema estratificado de solidaridad con la burguesía.

b) **Acceso a la información.** Una gran cantidad de información económicamente significativa circula dentro de la red de parientes Gómez, así como entre las redes aledañas. El gran número de reuniones familiares a las que asisten son su forma de propagación (cumpleaños, bautizos, funerales, etc.). El relieve de los rituales familiares se sustenta en el ostentoso estilo de vida de los empresarios ricos. Los gastos que ocasionan estas reuniones se justifican por el prestigio y la solidaridad que ellas les reportan. En oposición a la racionalidad capitalista,<sup>21</sup> el gasto ritual ostentoso es señal de buen sentido en los negocios.

Uno de los principales recursos en la economía de los países latinoamericanos es la información,<sup>22</sup> ya que los mercados son débiles y la información pública es pobre y poco confiable. En dichas condiciones, las redes de parientes representan la principal fuente de espionaje económico. En las reuniones sociales, aun entre mujeres, circula una gran cantidad de información económica, y no hay fiesta o reunión familiar en la que por lo menos un negocio o una transacción se realice. Simplemente por esta razón es importante asistir a los festejos familiares. Aquellos parientes que



dejan de asistir asiduamente a dichas reuniones, dejan de pertenecer a la red de parentesco.

La unidad básica de solidaridad entre los Gómez (así como a través de todo México) es la gran familia o familia de tres generaciones.<sup>23</sup> Cada gran familia representa una unidad corporativa que comparte recursos sociales, entre ellos, el de la información. Las familias trigeracionales se reúnen una vez por semana, cuando menos, en casa de los abuelos. Además, existen otro tipo de rituales a los que asisten una red más amplia de parientes. Es decir que, según el tipo de reunión de que se trate es el número y el tipo de parientes que asisten a ella.

c) Acceso a recursos económicos y de poder. Según Schumpeter,<sup>24</sup> un empresario es además de un hombre de negocios, un innovador. Las innovaciones que introduce son tecnológicas, de mercado y de producción. Sin embargo, en México, la principal innovación de un empresario es, normalmente, el uso que da a sus relaciones sociales para la satisfacción de sus necesidades económicas.

El proceso de industrialización en México empieza tarde -respecto al de otros países- y en condiciones adversas, entre las que se pueden mencionar un mercado interno raquítico y una gran escasez de capital líquido. Asimismo, no se cuenta con una mano de obra técnicamente capacitada ni con una tecnología local adaptada a la industria. En estas condiciones, los Gómez son fuertemente innovadores, en cuanto saben encontrar recursos financieros escasos para la industrialización, en un momento histórico difícil. Esto es posible gracias a sus relaciones con la jerarquía eclesiástica.

Más tarde, cuando una nueva élite conómica y política llega al poder en México, los Gómez establecen relaciones con los altos funcionarios políticos. Pablo Gómez fue quien abrió este camino que muchos otros han seguido; al mismo tiempo que otro empresario importante de la familia, Pedro Jiménez, diversificaba sus conexiones con el mundo de la banca y de los negocios a través de sus contactos con la colonia española residente en México, y Leopoldo cuidaba las relaciones con la Iglesia y la antigua aristocracia. En tiempos más recientes, las generaciones jóvenes encuentran un lugar en una economía dominada por el Estado y las grandes corporaciones industriales y financieras.

El empleo de las relaciones sociales y de la red de parientes como fuente de capital y poder no es exclusivo de los Gómez; es una característica que distingue a la empresa no sólo en México, sino también en otros países de América Latina.<sup>25</sup>

## Conclusiones.

Las relaciones sociales son un recurso especial de la empresa familiar mexicana, la cual es característica de los estadios iniciales del desarrollo en otros lugares.<sup>26</sup> En Latinoamérica, dadas las condiciones de inestabilidad económica y la importancia que tiene el parentesco, este tipo de empresa es persistente. Este fenómeno se explica por el hecho de que la

empresa familiar permite la diversificación, ya que los parientes desarrollan múltiples negocios cada vez que encuentran oportunidad, ocupando posiciones en la industria, el comercio, bienes raíces, agricultura y servicios. Además, los empresarios al delegar la responsabilidad administrativa en parientes, se aseguran el control financiero familiar. Resumiendo, la red de parentesco es un conjunto de personas disponibles para operar en las empresas. Su relación tiene un alto nivel de solidaridad, reforzado, a su vez, por los rituales familiares.

Las redes sociales han jugado en tiempos de crisis (la Reforma Liberal y la Revolución), un importante papel en el proceso de asegurar una suave transición de las fortunas familiares. En el presente, cuando la empresa familiar se encuentra en una situación de difícil supervivencia frente a las grandes corporaciones nacionales y extranjeras, las redes sociales son una vez más un recurso importante en la lucha.

De todas maneras, no son la panacea para todos los problemas. La empresa familiar tiene un defecto importante que la pone en desventaja frente a otro tipo de empresas: el anteponer la lealtad y la confianza por sobre la eficiencia y la técnica. Muchas de las empresas Gómez han probado no ser competitivas frente a otras más tecnificadas y modernas.

Las redes sociales familiares son un recurso valioso en los períodos de adaptación y transición pero, por un lado, no sustituyen la tecnología, y por otro, sus recursos no son comparables a los de una transnacional o a los del Estado. En otras palabras, la empresa familiar tiene limitaciones propias que impiden su desarrollo; su estructura paternalista se adapta mal a la organización corporativa de los negocios modernos. Asimismo, su participación en sectores actuales de la economía, donde los insumos necesarios son una alta tecnología y un alto índice de capitalización, está casi vedada.

Las relaciones sociales familiares siguen siendo consideradas como un recurso cuya operación puede facilitar la acumulación de capital y como una posibilidad que asegura la supervivencia en épocas de crisis.

Lomnitz ha mostrado en otro trabajo,<sup>27</sup> en un contexto social totalmente diferente, cómo los habitantes de una barriada pobre de la Ciudad de México utilizan sus redes sociales como una especie de "seguro social", pero que, a pesar de ello, no son suficientes para solventar su falta de participación en la economía de mercado.

Por último, las decisiones económicas de los empresarios familiares están guiadas más por conceptos simbólicos-culturales o ideológicos, que por motivos económicamente racionales. Ejemplo de ello fue la incapacidad de los Gómez de conformarse con un grupo financiero poderoso, en su afán por conservar el poder personal y la independencia de cada empresario. Si tenemos en cuenta que una de las características de las élites urbanas es la de anteponer la seguridad económica a las gratificaciones personales de poder, podemos afirmar que los empresarios tipo Gómez están en desventaja en este tipo de sociedad.

<sup>1</sup> Véase Gluckman, M. y Eggan, F., "Introducción to the social anthropology of complex society" en Banton M. (comp.), *American Anthropological Association Studies Monograph* (4), Londres, Tavistock, 1969.

<sup>2</sup> Véase Wolfe, Alvin W., "On structural comparison of network situation and social network in cities", en *The Canadian review of sociology and anthropology* 7 (4), 1970, págs. 226 a 244.

<sup>3</sup> Véase Lomnitz, Larissa, "Migration and network in Latin America" en Portes, A. y Browning H.L., (comps.), *Current perspectives in Latin America urban research*, ILAS. Agosto, Universidad de Texas, 1976, cap. VI, págs. 133 a 150.

<sup>4</sup> Véase Thompson, E.P., *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona, Ed. Laia, 1977, vol. 1, pág. 7.

<sup>5</sup> *Ibidem.*, pág. 11.

<sup>6</sup> Véase Hansen, Roger D., *The politics of Mexican development*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1971.

<sup>7</sup> Véase Ceceña, José Luis, "Controles para un Estado todopoderoso" en *Excelsior*, noviembre de 1982, 17:7A, pág. 7.

<sup>8</sup> Véase Salazar, Roberto G., *El empresario industrial; patrones tradicionales de constitución y sucesión empresarial*. Centro de Estudios Económicos y Demográficos, El Colegio de México, 1971. Tesis.

<sup>9</sup> Véase González Navarro, Moisés, "El porfiriato, la vida social" en *Historia moderna de México*, Cosío Villegas (comp.), México, Ed. Hermes, 1973.

<sup>10</sup> Véase Bordieu, Pierre, "Le capital social" en *Actes de la recherche en Sciences sociales*, 31 de enero de 1980, págs. 2 y 3.

<sup>11</sup> Véanse Bailey, David, *¡Viva Cristo Rey! The Cristero Rebellion and the Church-State conflict in Mexico*, Universidad de Texas Press, 1974, págs. 5 a 13. Knowlton, Roberto J., *Church property and the Mexican Reform. 1956-1910*, De Kalb: Northern Illinois Press, 1976. Quirk, Roberto E., *The Mexican Revolution and the Catholic Church. 1910-1929*. Bloomington and London: Indiana University Press, 1973.

<sup>12</sup> Véanse Hansen, Roger D., ob. cit., págs. 49 y 50. Nafinsa, *La política industrial en el desarrollo económicos de México*. Nafinsa, Comisión Económica para América Latina, México, 1971.

<sup>13</sup> Brito, Enrique, *La población en México*, Centro de Investigaciones y Acción Social, CIEAS, 1969.

<sup>14</sup> Hansen, Roger D., ob. cit.

<sup>15</sup> Krause, Enrique, *Historia de la Revolución mexicana. Período 24-28*. México, El Colegio de México, 1977, pág. 25.

<sup>16</sup> Véase Lomnitz, L. y Pérez-Lizaur, M., "The history of a Mexican urban family" en *Journal of family history* 3 (4), 1978, págs. 392 a 409.

<sup>17</sup> González, Luis, *Historia de la Revolución mexicana. Período 34-40*, México, El Colegio de México, 1979, págs. 143 a 153.

<sup>18</sup> Véanse Cordero, Salvador y Santin Rafael, *Los grupos industriales: una nueva organización económica en México*, Cuadernos del CES (23), (Centros de Estudios Sociológicos), México, El Colegio de México, 1977. Nafinsa, ob. cit.

<sup>19</sup> Véanse Nafinsa, ob. cit. y Alejo, Francisco Javier, *La estrategia del desarrollo económico en México en 1920-1970*. B.A. Tesis, Facultad de Economía, México: UNAM, 1969.

<sup>20</sup> Barth, Frederick, *The role of the entrepreneur in social change in northern Norway*, Oslo, Bergen, Tromsø: Scandinavian University Books, 1963.

<sup>21</sup> Véase Weber, Max, *The protestant ethic and the spirit of capitalism* New York, Charles Scribener's Sons, 1965.

<sup>22</sup> Véase Aubey, R., Kyle, J. y Strickon, A., "Investment behavior and elite social structures in Latin America", en *Journal of Interamerican Studies and World affairs* 16 (1), febrero de 1974, págs. 73 a 95.

<sup>23</sup> Véase Lomnitz, L. y Pérez Lizaur, M., *Family and enterprise in México*, en prensa (1983).

<sup>24</sup> Schumpeter, Joseph, *Teoría del desenvolvimiento económico*, México, F.C.E., 1976. (Publicado en alemán por primera vez en 1912).

<sup>25</sup> Véanse Glade, W.P. Jr. y Anderson, Ch. W., "Entrepreneurship in the state sector: Conasupo of Mexico", en *Entrepreneurs in cultural context*. Greenfield, Strickon y Aubey (comps.). Albuquerque: University of New Mexico Press. Págs. 191 a 222. Greenfield, S. y Strickon, A., "Entrepreneurship in social change: toward a populational, decision-making approach", en *Entrepreneurs in cultural context*. Eds. Greenfield, Strickon y Aubey, Albuquerque: University of New Mexico Press, págs. 329 a 350. Long, Norman "Multiple enterprise in the central highlands of Perú", en *Entrepreneurs in cultural context*. Eds. Greenfield, Strickon y Aubey, ob. cit., págs. 123 a 158. Aubey, R., y otros, ob. cit.

<sup>26</sup> Véanse Benedict, Burton "Family firms and economic development" en *Southern journal of anthropology* 24 (1), 1968, págs. 1 a 11. Barth, Frederick, ob. cit.

27 Lomnitz, Larissa "Dinámica del desarrollo de la unidad doméstica en una barriada de la ciudad de México" en *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina*. Comps. J.E. Hardoy y R.P. Schaedel, Buenos Aires: Ediciones SIAP.

## Imagen e ideología: Nueva York vista por un fotógrafo

Alan Trachtenberg, Yale University

Traducción de Marta Savigliano

A comienzos del siglo XX, la ciudad de New York presentaba los primeros síntomas de la extraordinaria transformación que sufriría alrededor de los años 1920, y que alteraría no sólo su aspecto sino también el carácter eco-político del sitio urbano, es decir, su propia naturaleza de "ciudad". Este momento no pasó inadvertido para los observadores contemporáneos, muchos de los cuales percibieron el cambio en diversos campos -tanto del espacio físico como del social-, frecuentemente sin reconocer el carácter sintomático de aquellas densas multitudes, la extensión de los suburbios periféricos, la incipiente confusión de idiomas; es decir, sin considerar necesariamente a este cambio como de naturaleza anti-urbana. En términos generales, detectamos una imagen profundamente informe y un deseo (traducido con frecuencia en nostalgia) de orden; un lamento que, a corto plazo, impulsó un programa de cambio positivo.<sup>1</sup> Mi propósito en este artículo es destacar e investigar especialmente las conexiones existentes entre las imágenes políticas y estéticas del orden, conexiones entre las imágenes de la polis y del arte que conformaron un nexo clave en la cultura intelectualista de la Era Progresista. Mis observaciones se basan particularmente en la fotografía, en los esfuerzos realizados por personas dedicadas a retratar el Nueva York contemporáneo, es decir, que buscaban en la fotografía un principio de representación y de ordenamiento de la vida urbana. En resumen, quisiera examinar la participación de los fotógrafos en la "búsqueda del orden", rasgo característico de la cultura general de la época.

El principio del orden en la fotografía reside ostensiblemente en las propiedades físicas de la misma, su aparente transparencia y la inmediatez de la representación. No obstante, yo quisiera considerar a las tomas fotográficas no tanto como ilustraciones del aspecto de las cosas en un momento determinado, sino más bien como interpretaciones y proyecciones, como tomas cargadas de ideología. Las decisiones que pudieran parecer totalmente técnicas o estéticas (tales como la elección del ángulo de visión, de un determinado lente, de un formato específico, de una forma de impresión y de muestra -exposición o publicación- de la imagen

son decisiones que implican una percepción cultural y una determinación ideológica. En este sentido, las fotografías pueden incluirse, entre las demás producciones culturales, como manifestaciones, realizaciones de las proposiciones implícitas concernientes a la realidad. Allan Sekula escribe, "... una fotografía comunica mediante su asociación con algún texto implícito u oculto (...) un sistema de proposiciones lingüísticas".<sup>2</sup> Tomada como una densa red que en su integridad proclama y delinea el terreno de lo social, puede afirmarse que dichas proposiciones o propuestas de lo real contribuyen a conformar la ideología de la cultura; "otorgan" de acuerdo a los conceptos de Clifford Geertz, "una significación a las situaciones sociales que, de no ser así, serían incomprensibles, y las construyen de modo de posibilitar la acción intencional".<sup>3</sup> Las ideologías serían entonces, "mapas de la problemática realidad social y matrices para la creación de la conciencia colectiva". Tomando en cuenta tales definiciones, podemos comenzar por considerar a los fotógrafos de principios de siglo como cartógrafos de lo problemático de Nueva York, tanto en lo que se refiere a su conciencia colectiva como a su forma cada vez más dilatada.

El lugar en sí, el sitio de la ciudad, se había convertido en una cuestión problemática y, con ello, en una proposición importante para la cultura de Nueva York desde alrededor de los años 1890 hasta la I Guerra Mundial. Los elementos componentes de esta proposición (y su carga ideológica) aparecen en el discurso público del período. Adna Weber, por ejemplo, en su *The growth of cities in the nineteenth century* (1899), toma esta cuestión como eje de su obra: procuraba encontrar una base estadística para definir la "ciudad", lo cual supone una crisis de sentido. Las antiguas definiciones de ciudad, observa Weber, suponían una relación estable entre el campo y el poblado; el proceso moderno de "concentración" alteró radicalmente esas relaciones, haciendo estragos en las definiciones. Ahora, se lamenta, "no resulta en absoluto sencillo definir las características distintivas de una ciudad". Esta creciente invisibilidad o ilegibilidad de la "ciudad" en el contexto urbano se convierte, tanto para Weber como para la ciencia social en general de principios de siglo, en uno de los principales predicamentos culturales de la nueva sociedad industrial. La intensa concentración (y el proceso parecía estar acelerando su ritmo) del poder industrial y financiero, la marcada especialización en funciones y servicios y la concomitante fragmentación de los espacios urbanos, los nuevos sistemas mecánicos de transporte, comunicaciones y coordinación, la rigidez de las divisiones sociales complejizada por la magnitud que adquirían las diferencias étnicas (la "otra mitad" estaba compuesta, fundamentalmente, de inmigrantes); todo esto parecía constituirse en una amenaza sin precedentes, una amenaza a la estabilidad de las ideas y de los sentimientos, al orden político y social.

Las ciencias sociales buscaban formulaciones que sirvieran de instrumentos intelectuales para la guía y el control. El pragmatismo, especialmente en la versión instrumentalista del movimiento filosófico de John Dewey, puede considerarse como una respuesta adecuada a la crisis de valores y de sentido imperante en la esfera pública. Los miembros de aque-

llos grupos que sentían tambalear su segura posición de poder (tanto cultural como política) percibían la situación como aun más desesperada y la amenaza tomaba dimensiones mayores. El pensamiento de Henry Adams se tiñe, en estos años de confusión, de un sentimiento de impotencia frente a lo que se perciben como "fuerzas" abstractas que gobiernan a la sociedad y al destino humano. Su *Education of Henry Adams* (1907) concluye dando una imagen de Nueva York tan potente como la del dínamo, como metáfora de la condición cultural: "El perfil de la ciudad se tornó frenético en su afán de explicar algo que carecía de significación. La energía parecía haberse desembarazado de su condición servil, afianzándose en la libertad. El cilindro explotó y arrojó grandes masas de piedras y vapor contra el cielo. La ciudad adquirió el aire y el movimiento de la histeria, y los ciudadanos gritaban, en todos los tonos imaginables del miedo y la irritación, pidiendo que las nuevas fuerzas fueran controladas a toda costa". En estos años, aparecieron los rascacielos no sólo como el rasgo más distintivo del nuevo sitio urbano, sino también como un fenómeno arquetípico del proceso de cambio en su totalidad, de desafío a las normas tradicionales de construcción y, también, de explicación. Henry James señaló que estos altos edificios eran el símbolo del predominio de los valores comerciales sobre los demás valores. En *The American scene* (1907) menciona a los "multitudinarios rascacielos" evocando "extravagantes alfileres sobre una almohadilla ya ocupada en exceso". En representación de todo lo crudo y vulgar del nuevo mundo americano, son "gigantes del mercado puro", "coronados no sólo por la falta de historia, sino también sin posibilidad alguna de otorgar tiempo a la historia, consagrados al servicio estrictamente comercial, con independencia del costo social". Al mismo tiempo, y tal vez, como signo definitivo de su arrogante apropiación del nuevo escenario americano, "las vastas estructuras hacedoras de dinero" tenían la capacidad de justificarse a sí mismas "un poco horribles, un poco románticas", "reluciendo en el espacio con la insolente sublimidad de los acantilados".

Estaba claro que los altos edificios, erigidos por las fuerzas ciegas e irresistibles de la ciudad, se habían convertido en el emblema de la confusión urbana, de la carencia de los controles y significados tradicionales. Montgomery Schuyler, un importante crítico de arquitectura, escribe en *Scribner's* (1909) sobre "la evolución del rascacielos" (empleando, no sin ironía, el término "evolución en el sentido de crecimiento orgánico). Al igual que James, habla de "monumentos meramente utilitarios", cuya "motivación última" se revela "una vez que quitado el disfraz de la masonería, fueron forzados a asumir su crudez y dureza original" quedando reducidos a la "fe en el dólar" y al "temor del infierno que implica no hacer dinero". El perfil urbano que para Adams carecía de sentido, para Schuyler era casi seguramente explicable en términos del símbolo de un exacerbado individualismo competitivo. Observa que "...en los tumultuosos centros de las grandes ciudades, esas estructuras en torre se subordinan a la 'comodidad' en la misma medida en que se desprecia a la corte-sía". Los rascacielos llegan a representar una cuestión central para toda la

sociedad: ¿debiera la "comodidad" prevalecer sobre la "cortesía"? Schuyler se imaginaba un futuro "no demasiado remoto, en el cual la multiplicación y magnificación de los rascacielos se tornará sencillamente incompatible con el bienestar de las comunidades, en el cual el interés individual estará por encima del interés común". Si bien no presenta un plan específico, concluye que "las nuevas Babeles comerciales" deben estar sujetas a algún control superior por el bien de la urbanidad y de la coherencia de la vida pública. Es así como el nuevo paisaje ciudadano y, en particular, el rascacielos, su principal emblema, se convirtieron en el núcleo de las persistentes demandas de control y significación por parte de un número cada vez mayor de americanos, en estos años cruciales.

El encuadre cultural puede comprenderse, entonces, como un momento de la historia al que Richard Morse ha denominado la "descomposición de la idea-ciudad", un acontecimiento auspicioso para la modernidad a lo largo de todo el mundo urbanizado. El contexto se define a sí mismo a través de esas protuberancias y alteraciones del espacio familiar, representadas por el rascacielos y también por los cambios invisibles de las relaciones sociales, expresados en el aspecto de los interiores y en las nuevas formas del trabajo no productivo allí desarrollado. En este marco aparece, entonces, el hombre con la cámara.

En marzo de 1903, el *Scribner's Magazine* publica un ensayo de un conocido periodista, John Corbin, sobre "La Ciudad del Siglo Veinte", con "ilustraciones fotográficas de Alfred Stieglitz". El artículo sostiene que si bien la vida en las ciudades americanas puede resultar cruda y aún "grotesca" a los ojos de los admiradores de la grandiosidad europea, la visión transformadora de un artista puede modificar esta impresión: "Lo que nuestras ciudades americanas precisan para tornarse bellas es un artista que presente ante nuestros ojos negados, las bellezas ya existentes". La inclusión de las ilustraciones de Stieglitz -treinta fotografías, cada una de las cuales adorna una página del artículo- obedecen a la intención de ofrecer un ejemplo de esta idea. Cada imagen representa un lugar o una escena familiar de Nueva York: coches tirados por caballos aguardando pasajeros en Madison Square; el Astoria Hotel visto a la distancia, con la perspectiva de una calle empedrada; gente en una playa de Battery Park. Algunas de estas fotografías se han hecho famosas en el canon Stieglitz y, por lo tanto, monumentos de la fotografía moderna: "Lluvias de primavera", por ejemplo, y "La mano del hombre". Ya reconocido como representante de la "fotografía pictórica", movimiento que abogaba por el reconocimiento de las posibilidades artísticas del medio, Stieglitz había estado fotografiando en las calles de Nueva York con una cámara fija durante aproximadamente una década. Las reproducciones de sus obras aparecían con la relativa regularidad en las revistas de fotografía, pero ésta fue la primera aparición de un número significativo de reproducciones ante un público lector no especializado. Este acontecimiento merece una atención particular, dado que ofrece la oportunidad de ver un conjunto de tomas de Stieglitz, sobre la ciudad como parte de un texto mayor, se trata de un ensayo sobre la ciudad que da una oportunidad al arte precisa-

mente en una coyuntura histórica en la que el mismo concepto de "ciudad" parecía derrumbarse. Así, mientras las fotografías, con sus tonos y matices atmosféricos y el placer de las calles húmedas y las vistas brumosas, podrían parecer ajenas a cualquier idea y más aún a cualquier ideología, su inclusión en el artículo las hacía cómplices inevitables del texto, participantes de su mensaje y significado.

El mensaje -el desorden y la "brutalidad" aparentes de Nueva York pueden revertirse a través de la mirada ordenadora e imaginativa de un artista- puede comprenderse mejor, en el contexto de un programa cultural destinado a un sector particular del público lector, si tenemos en cuenta que era parte de una visión más general de Nueva York propuesta por Scribner's (limitándonos a sus páginas, si bien otras publicaciones periódicas merecerían un juicio similar) durante esos años. A principios de siglo, aparecieron diversos artículos sobre el aspecto y la forma de la ciudad ilustrados (con dibujos o fotografías), y todos hacían hincapié en el mismo tema: para apreciar la ciudad es necesario explorarla. Cada uno intenta despertar un sentimiento de orgullo por el lugar propio, recurriendo especialmente a comparaciones favorecedoras con las ciudades europeas. Llevando títulos tales como "Landmarks of Manhattan" (noviembre de 1895), "The Water-Front of New York" (octubre de 1899), "The Walk-Up Town in New York" (enero de 1900) y "The Cross Streets of New York" (noviembre de 1900), estos ensayos crearon un clima revelador a la colaboración Corbin-Stieglitz de 1903, particularmente con el empleo de la modalidad del "tour", es decir, un texto descriptivo apoyado con ilustraciones gráficas sobre un desplazamiento a través del espacio urbano. Todos los artículos subrayan que el lector no necesita viajar al exterior para experimentar lo "pintoresco". Inclusive entre las notables "manifestaciones materiales" de la ciudad del Nuevo Mundo -destacándose, entre tales manifestaciones, los altos edificios- hay mucho "digno de verse": por ejemplo, las luces, tonos y matices constantemente cambiantes de la "escena espectacular" que ofrece el puente de Brooklyn; el paseo casual hacia el centro de la ciudad, "pleno de diversidad, color, encanto y regocijo". Estos artículos insisten en que para el flaneur, Nueva York supera a París y a Londres. Aquí, uno puede toparse en las calles con espectáculos de lo casual, lo accidental, sobre el fondo de los edificios modernos más elegantes.

Podemos decir, entonces, que el texto de Corbin ideologiza las tomas de Stieglitz, haciendo de su forma de representación (el predominio de la bruma, la niebla y el humo, por ejemplo) una interpretación particular de la ciudad como lugar. Esto no significa que la ideología, que describe a la ciudad como un lugar de momentos estéticos desmaterializados, gobierne totalmente las fotografías. De hecho, incluidas en contextos diferentes, estas mismas tomas pueden interpretarse de un modo muy distinto: por ejemplo, como muestras del desarrollo dentro del medio estrictamente fotográfico, como ser, con respecto al empleo de la cámara manual, la fotografía nocturna, la captura de reflejos sobre las superficies húmedas, etc. También puede considerárselas como equivalentes, en fotografía, a

las pinturas y dibujos "Ash Can" de los mismos años, los cuales incluían así mismo vistas de las calles de la ciudad (en términos generales) como objeto central. No obstante, el contexto del artículo de Corbin sugiere con claridad cómo las preocupaciones del fotógrafo, que aparentan ser estricta e inocentemente estéticas, participan, independientemente de la intencionalidad, de una dialéctica cultural mayor. Además, las fotografías de Stieglitz se ajustan de tal modo al argumento de Corbin que nos vemos obligados a establecer cierto parentesco, aunque más no sea indirecto, entre el proyecto fotográfico que desarrolló Stieglitz en estos años y el proyecto de Corbin y otros de rehacer la ciudad en la imaginación como un lugar ordenado, con forma, experimentándolo con cierta distancia, inclusive en presencia de las percepciones de desorden, deformidad y amenaza.

En 1897, Stieglitz había publicado una carpeta incluyendo una docena de fotografías con el título de *Picturesque Bits of New York and Other Studies*. En el concepto de "pintoresco" podemos detectar rasgos importantes de tal parentesco. El término en sí, aplicado a New York, significa que la ciudad es un lugar apropiado para la búsqueda de los materiales mundanos y efímeros que permiten aplicar el tratamiento pictórico de "pintoresco", en el sentido de conformar una "pintura". Si bien este término no ocupa un lugar destacado en el ensayo de Corbin, su significado está presente en su argumentación y en su afán de inducir al lector a realizar un "tour" imaginativo en la ciudad. Además, la forma que adopta lo pintoresco en la carpeta de Stieglitz, está representado a través de un tipo definido de fotografías, sin la precisión del detalle ni la riqueza de la información visual presente en las tomas desarrolladas en el mismo período por fotógrafos de la reforma social (Jacob Riis y Lewis Hine), o comerciales (los hermanos Brown). Las fotografías de Stieglitz se destacan por la imprecisión, por lo generalizadas; pretenden superar (aunque sin destruir totalmente) la exactitud topográfica. En lugar de apuntar a la precisión procuran "sugerir". En la introducción a *Picturesque Bits of New York*, el crítico Walter Woodbury observa con respecto a la famosa "Invierno, Quinta Avenida" (un carro tirado por caballos se acerca a través de una intensa tormenta de nieve, resaltando en el fondo la superficie nevada de la calle de la ciudad): "Aquí se incluye lo suficiente como para estimular la imaginación poética".

Las fotografías de la ciudad tomadas por Stieglitz durante estos años enfatizan lo atmosférico (bruma, nieve, humo, luces nocturnas en la niebla), cumpliendo con la fórmula "pintoresca" de la sugerencia "poética", en oposición a la información funcional. De este modo, las tomas también se exponen a la apropiación ideológica como signos de una ciudad imaginativa, liberada de la interpretación de deformidad amenazante, percepción muy poderosa que constituía un rasgo saliente del nuevo sitio urbano. Enmarcadas en el artículo de Corbin, estas fotografías sirven al nuevo público de clase media como un instrumento pedagógico conducente al consumo estético.

Si bien Stieglitz pronto abandonaría su estilo pintoresco, continuaría

con su proyecto de representar a la ciudad, sus multitudes céntricas, sus ferry boats y, especialmente, sus altos edificios. En el transcurso de la siguiente década, su punto de vista se ajustaría cada vez más a la perspectiva "desde mi ventana", a partir de la cual su representación de la ciudad se volvería más distante, más austera, mucho menos atmosférica y más geométrica. Sus tomas finales de los años 1930 son rascacielos perfectamente lineales y seriados que cubren por completo el horizonte, obliterando tanto el cielo como las formas edilicias más pequeñas y menos regulares. Estas fotografías de Stieglitz semejan juicios severos a una ciudad sin escala humana. Sin embargo, con el cambio de siglo, su visión parecía coincidir con la búsqueda de un principio ordenador, cuestión que preocupaba a muchos americanos a medida que se enfrentaban con los signos urbanos de aquellos cambios que hicieron de la descomposición de la ciudad un emblema de la modernidad.

<sup>1</sup> Véase Trachtenberg, Alan, *The incorporation of America: culture and society in the Gilded Age*, Nueva York, 1982, y Wiebe, Robert, *The search for order, 1877-1920*, Nueva York, 1967.

<sup>2</sup> Sekula, Allan, "The invention of photographic meaning", en *Artforum*, enero, 1975, págs. 27 a 45.

<sup>3</sup> Geertz, Clifford, en "Ideology as a cultural system", *The interpretation of culture*, Nueva York, 1973, cap. 8, págs. 193 a 233.

## Conformación de la cultura urbana de clase media en Brasil: una perspectiva antropológica

Gilberto Velho

Universidad Federal de Rio de Janeiro

Traducción de Marta Savigliano

1. Durante los últimos quince años, las investigaciones sobre los sectores medios de la sociedad brasileña se han convertido, para la antropología de este país, en uno de los principales campos en expansión.

En Brasil, hasta mediados de la década del sesenta, la antropología social se ocupaba fundamentalmente de los estudios indigenistas y produjo una serie de trabajos sobre áreas rurales y campesinado así como también algunos libros y artículos específicos sobre los inmigrantes y la herencia negra.

Al crearse los programas de postgrado, se desarrollaron nuevos intereses, evidenciando una creciente preocupación por la áreas urbanas. En un principio, la mayor parte de los trabajos apuntaban a los sectores urbanos de menores recursos, los favelados, obreros, etc. Con el tiempo, los jóvenes antropólogos comenzaron a interesarse cada vez más por los sectores medios. Obviamente, había muchas razones para que esto ocurriera. El comportamiento y las actitudes políticas, las creencias religiosas, las aspiraciones de movilidad social y los modelos familiares y de parentesco de la llamada clase media se mostraban extremadamente desafiantes para la teoría antropológica. También existía la fuerte motivación, por nadie ignorada, de discutir y examinar las propias raíces como "intelectuales de clase media". De hecho, con el transcurso del tiempo, los antropólogos discutieron las ventajas y desventajas que surgen del estudio de lo "familiar" y de lo "exótico", intentando refinar su perspectiva metodológica<sup>1</sup> para trabajar en sus propias sociedades.

Después de las primeras investigaciones, surgió una cuestión muy obvia: resultaba imposible hablar de una clase media.<sup>2</sup> El objeto de estudio estaba constituido, en realidad, por diversos grupos y segmentos que presentaban grandes diferencias de identidad y que superaban, inclusive, a las similitudes en ingresos y ocupación.

Estas diferencias podrían observarse desde la perspectiva del *ethos* y de la cosmovisión, considerándolas, en general, como diferencias culturales no obstante estar inmersas en la sociedad brasileña y compartir ciertos aspectos y experiencias comunes.



2. Haré referencia aquí a tres grupos de este universo del sector medio que habita en Río de Janeiro. Sostengo que éstos presentan fronteras nítidas en lo que hace al estilo de vida, al *ethos* y a la cosmovisión. Entre los grupos se dan diversos grados de interacción, e incluso resulta posible identificar individuos específicos que desempeñan un rol de tipo broker. Obviamente, no son grupos aislados sino que están conectados con redes sociales más amplias.

El primer grupo es un segmento que he denominado "aristocracia de clase media". Abarca algo más que una red de familias e individuos y es posible reconocer en ella una fuerte identidad basada en ciertas variables culturales. En términos generales, han formado parte de la élite brasileña durante tres o cuatro generaciones. Sus abuelos fueron gobernadores de estado, generales del ejército, abogados o doctores famosos, senadores federales, diplomáticos y exitosos hombres de negocios. Figuran unos pocos casos con títulos de nobleza de la aristocracia imperial.<sup>3</sup> Algunos de ellos son empresarios, ya sea como socios o como miembros de una familia que controla una empresa, o como por ejemplo, una escuela privada, una editorial, hoteles, etc. En general, se consideraran a sí mismos como gente culta. Todos los hombres y la mayoría de las mujeres tienen estudios universitarios. Muchos de ellos residieron en el exterior como estudiantes graduados o acompañando a sus familias. Son ricos y educados pero no cabe definirlos como una burguesía clásica. Los jóvenes, al igual que sus padres y abuelos, trabajan para el Estado o en profesiones liberales; algunos en grandes empresas y otros en sus propias oficinas y, con bastante frecuencia, se da una combinación de ambas alternativas (la mayoría ni posee ni controla "medios de producción". Hacen hincapié fundamentalmente en su estilo de vida, que a su propio juicio es cosmopolita y sofisticado. Viajan con regularidad a Europa (sobre todo a París y a Londres) y a los Estados Unidos (más que nada a Nueva York). Asisten a conciertos, exposiciones y gastan grandes sumas de dinero en discos, libros, video-cassette, etc. Son consumidores de "alta cultura". Entre ellos figuran además artistas: poetas, músicos, escritores y además periodistas. En general, este tipo de actividad se hace posible debido a la existencia de bienes o subvenciones familiares.

En mi investigación trabajé con doce familias nucleares (padre, madre e hijos) que presentaban numerosos vínculos de parentesco entre sí.<sup>4</sup> Había cinco apellidos (nombres de familia)<sup>5</sup> que establecían conexiones y alianzas.

Las relaciones de parentesco incluían, fuera de las familias nucleares, a hermanos, primos, tíos, cuñados, etc. Observé que la gente contrae matrimonio dentro de esta "aristocracia de clase media", es decir que resulta posible identificar un cierto grado de endogamia. Hablan de las "buenas familias", "familias tradicionales" y "viejas familias". Todos estudiaron en alguno de los tres secundarios de élite: o en alguno de los dos colegios católicos (uno para varones y otro para mujeres), o en una escuela privada mixta considerada más moderna y avanzada desde el punto de vista pedagógico. En la actualidad, prácticamente todos sus hijos estudian en

esta escuela privada - siendo muchos de ellos condiscípulos- y siguen la tradición de sus padres.

Por otro lado, estas familias desarrollaron un intenso grado de sociabilidad, más allá de los vínculos de parentesco previamente existentes en muchos casos. Fueron colegas en el secundario, y a veces en la universidad. Cuando no eran vecinos, residían en lugares próximos en Río, todos en la zona Sur (sobre todo en Botafogo y Copacabana). Gran parte de los abuelos tenían quintas en la misma área. Allí, hijos y nietos tuvieron y tienen un contacto permanente durante los feriados, vacaciones y fines de semana. Obviamente, viven dentro de un grupo claramente definido, y establecen poco contacto con otra gente, lo que aumenta las posibilidades de contraer matrimonio dentro del grupo (incluyendo entre las parejas posibles a los primos, parientes políticos, etc.).

Este grupo se diferencia de otros segmentos del sector medio en base a su tradición, educación y *savoir-vivre*. Puede que cuenten con menos dinero que otros sectores medios de movilidad social ascendente y exitosa, pero, mientras puedan mantener un estilo de vida sofisticado, considerarán a esos grupos de mayor riqueza como "nuevos ricos". Entre los sectores medios, este grupo sigue siendo, por supuesto, uno de los más sólidos en términos económicos. Son propietarios de su vivienda y departamentos hacen inversiones, viajan, etc. Su preocupación básica es mantener cierto nivel de consumo y un estilo de vida elegante. En lo político, presentan una amplia variación: es posible reconocer cierto "aire radical" mezclado con individuos orientados hacia el conservadurismo. La política no es considerada muy importante, ya que se valoriza mucho el ser tolerante y amable, cualidades difíciles de encontrar en los militantes políticos tanto de izquierda como de derecha.

En general, los integrantes de este sector no se están empobreciendo, pero otros grupos están haciendo más dinero y ocupando lugares de mayor preeminencia en el desarrollo de los sectores medios. Estos grupos emergentes son considerados por la "aristocracia de clase media" como "advenedizos".

El segundo grupo observado está conectado al capital financiero: trabaja con la bolsa de acciones, otorga y saca préstamos de dinero, dirige compañías financieras, etc. Estos individuos forman parte de la misma generación que los mencionados en el primer grupo pero se diferencian en que son la primera generación de sus familias, en tener éxito y establecerse con cierto grado de solidez. Hacia fines de los años sesenta y comienzos de la década del setenta, los entonces jóvenes iniciaron una acelerada carrera en medio del "milagro brasileño". Estuvo presente una buena cuota de especulación: mientras muchas empresas e individuos entraron en quiebra, otros pudieron obtener dinero, conexiones y cierta reputación como competentes. Sin embargo, no contaban con la misma educación que la élite tradicional. Muy excepcionalmente hablan o leen francés o inglés, ignoran las reglas de etiqueta y nunca leen a los grandes clásicos de la literatura occidental. No les gusta ni Bach ni Mozart. Su "cultura de gustos", en términos de Herbert Gans, es más popular.<sup>6</sup> Sus vestimentas, muebles

y valores estéticos están fuertemente influidos por sus orígenes, los que, en general, coinciden con lo que los sociólogos denominarían una clase media baja. Sus padres fueron empleados de oficina, obreros de cuello duro o pequeños comerciantes (una especie de "pequeña burguesía"). Tienen parientes en las Fuerzas Armadas pero de rango bajo o medio. Estudiaron en escuelas públicas y muy pocos fueron a la universidad. Los hombres, en general, provinieron de Río, en su mayoría de la zona Norte o de vecindarios más pobres de la zona Sur. Algunos de sus padres no completaron los estudios en la escuela primaria y muy pocos finalizaron el secundario. Entre sus abuelos podemos contar a inmigrantes pobres venidos de Portugal, Italia, Líbano, etc., o de otros estados del Brasil. En los últimos quince años, sin embargo, están haciendo dinero, organizando prósperas empresas y comprando todo tipo de bienes costosos tales como autos importados, joyas valiosas y ropa fina. La élite considera que sus gustos son horribles y que, si bien gastan grandes cifras de dinero en locales nocturnos, restaurantes y en la compra de vino francés, whisky y, a veces, cocaína, no sabían como usarlos. Cuando descubrieron el mercado del arte, compraron obras de todo tipo. Convulsionando a los compradores más conservadores.

Así es la clase media "nuevo rica" brasileña. Son católicos poco definidos, pero gran parte de las mujeres asiste a cultos espiritistas a los que los hombres, en general, temen y procuran evitar. Los matrimonios son, en su gran mayoría, hipergámicos. Las mujeres eran más pobres y se casaron con los hombres de este grupo en el momento en que iniciaban su movimiento de ascenso social. Hay un alto índice de divorcios; los hombres mantienen amantes muy abiertamente, ya que para ellos esto es símbolo de status.

No estoy en condiciones de interpretar la operación del mercado financiero brasileño, pero estas diez familias del segundo grupo representan, en forma definidamente clara, un segmento diferente en lo que respecta al estilo de vida, si lo comparamos con el primer grupo examinado. En términos políticos son indiferentes o apoyan al régimen que les permitió e inclusive favoreció su movilidad social. En general son definidamente anticomunistas, extremadamente individualistas y los hombres pelean mucho entre sí. Pueden ser socios e incluso amigos durante cierto tiempo, pero no pudimos encontrar nada comparable a las fuertes conexiones familiares del primer grupo. Por otra parte, conocen a un universo mayor de personas incluyendo hombres de negocios, políticos, gente de clase media baja y, en ciertas situaciones, a miembros de la "aristocracia de clase media". A éstos los conocen y frecuentan por asuntos de negocios y, en algunos casos, por compartir ciertas actividades de tiempo libre (en el Jockey Club, en la playa o en cócteles).

La gente de este segundo grupo reside, también, en la zona Sur y muchos de ellos compran terrenos y casas quinta cerca de las propiedades tradicionales del primer grupo. La relación entre ambos es ambigua y tensa, con sentimientos encontrados de admiración, envidia y competencia.

El tercer grupo reside en la zona Norte de Río de Janeiro. No cuen-

tan con el mismo nivel de ingresos que los dos grupos anteriores: muy pocos de ellos son propietarios de sus casas o departamentos; de catorce familias, sólo dos de ellas tenían auto. Les lleva por lo menos dos horas trasladarse ida y vuelta desde sus casas hasta los lugares de trabajo ubicados en el centro o en la zona Sur. Son "tradicionales" en el sentido de que permanecen en el mismo barrio en que vivieron sus familias a lo largo por lo menos de dos y, a veces, de hasta cuatro generaciones. Se definen a sí mismos como "verdaderos cariocas" comparándose con los pobladores de la cosmopolita zona Sur, "llena de extranjeros".

Están fuertemente apegados a sus familias, tienen muchos "compadres" y lazos de amistad importantes dentro del barrio. Al igual que en el primer grupo, los nietos pueden conservar la amistad iniciada por sus abuelos. Los padres y abuelos fueron mayoritariamente empleados de oficinas estatales (del gobierno federal, estadual o local) y unos pocos, pequeños comerciantes. A diferencia de lo sucedido con las familias del segundo grupo, hubo poca movilidad social ascendente. Obviamente, ha habido cambios: ahora tienen heladeras y televisores en sus casas, pero su estilo de vida sigue siendo estable. Un cambio importante e interesante es que mientras los abuelos eran católicos, entre los de treinta y cuarenta años hay numerosos espiritistas y umbandistas. Concurren regularmente a rituales en los que la gente recibe y se comunica con espíritus de diversos tipos.<sup>7</sup> Aún asisten a las iglesias, pero depositan una importante carga social y simbólica en estas religiones extáticas.

En general trabajan para grandes empresas y los ingresos familiares suman de quinientos a ochocientos dólares (mientras que en los primeros dos grupos oscila entre los tres y los cinco mil dólares). No obstante, este grupo continúa identificándose como de clase media -clase media remediada- por comparación con la clase obrera y los desempleados o subempleados que en Río son legión.

3. De la comparación de los tres grupos surge una común identidad como clase media, según como esta gente se considera a sí misma. Sin duda el primero de ellos tiene la sensación definida de pertenecer a una élite, pero, al mismo tiempo, se diferencia de la burguesía realmente rica. Queda claro también que los primeros dos grupos que analicé pertenecen a los sectores más privilegiados de la sociedad brasileña, pero que no tienen el control del estado ni están al frente de las principales empresas del país. Podría decir que cuentan con socios más fuertes y que, muchas veces, tienen que aceptar decisiones que, aunque afectarán sus vidas no pueden discutir.

El tercer grupo está, en todo sentido, en una oposición más modesta y tiene menor poder y prestigio. Sin embargo, si hacemos un análisis comparativo de las generaciones, podemos reconocer grandes similitudes entre el segundo y el tercer grupo. La diferencia más obvia es que, en el lapso en el que centramos nuestra atención, hubo, en el segundo grupo, un movimiento social ascendente marcado, mientras que el tercero se mantuvo estable. No pretendo subestimar las diferencias existentes entre

ambos, claramente visibles en la generación de sus padres. La mayor parte de la gente del segundo grupo reside en la zona Sur de Río y tiene un nivel de educación más elevado mientras que el componente del tercero son originarios de la zona Norte y cuentan con menor educación. Una diferencia importante, y esencial desde mi punto de vista, es que estos últimos establecieron fuertes vínculos comunitarios, como ellos mismos remarcaron en numerosas oportunidades. En este aspecto, estas familias se acercan más a la "aristocracia de clase media". Forman parte de un grupo mayor que presenta una notable continuidad en términos de tiempo, naturaleza, intensidad de las relaciones y estabilidad de la residencia. La mayor diferencia respecto a la sociabilidad se relaciona con lo que he denominado grado de endogamia, bastante más fuerte entre los "aristócratas". Los matrimonios fuera del "núcleo original" son más comunes en el tercer grupo. Por lo tanto, si bien existe una marcada estabilidad en términos de su red de amigos y vecinos, conectado con un profundo compromiso con la familia, pueden considerarse menos cerrados que los del primer grupo. El segundo, como ya dije, cuenta con raíces menos sólidas. Son el prototipo del comportamiento individualista. Podríamos afirmar, en forma muy esquemática, que en el primero y en el tercer grupo se valoran la continuidad y la estabilidad aunque en términos diferentes, es decir, con un *ethos* y una cosmovisión específicos. Este énfasis en la continuidad para mantener un estilo de vida contrasta con la ideología de cambio que moviliza a los miembros del segundo grupo. Estos presentan lazos débiles con sus familias de origen; su modelo de amistad es bastante inestable y, por otra parte, establecen relaciones con un conjunto diferenciado de grupos y segmentos de la sociedad brasileña: interactúan, permanentemente, con gente heterogénea. Pareciera que se están volviendo más ricos y que los más prósperos se están aproximando a un proyecto social burgués, si bien con marcadas diferencias respecto al modelo clásico de ascetismo y sobriedad. Tal como he señalado anteriormente, gastan mucho dinero en objetos de consumo costosos y mucho tiempo en actividades no productivas. En este sentido podríamos hablar de una cosmovisión y un *ethos* hedonistas en clara oposición al modelo calvinista.

El primero y el tercer grupo valoran la continuidad y desean mantener sus vínculos y relaciones. Podríamos hacer, desde ya, muchas preguntas respecto al querer y al poder, pero sostengo que hay una elección en este modelo de comportamiento, así como se elige la movilidad y el ascenso en el caso del segundo grupo. El punto teórico sería -y no creo plantear una gran novedad- que la cultura establece ciertos límites y una serie de alternativas y posibilidades. Las variables materiales y económicas son básicas para establecer esta configuración pero existe también un "campo de posibilidades"<sup>8</sup> que es esencialmente ideológico o, en otras palabras, que se funda en las creencias y en los valores no conectados en forma inmediata a las denominadas condiciones socio-económicas. La otra cuestión es que la cultura es un proceso en el que los grupos y los individuos tienen alternativas, interactúan y hacen elecciones. Pueden sur-

gir nuevos valores pero también podemos encontrar la persistencia de una "red de significados"<sup>9</sup> que darán coherencia al *ethos* y a las cosmovisiones frente a impactos y cambios sociales de diferente naturaleza.

1 Véanse Da Matta, Roberto Augusto, "O ofício do etnólogo ou como ter anthropological blues", *Boletim do Museu Nacional, Nova Série, Antropologia*, núm. 27, mayo de 1978. También publicado en *Aventura sociológica*, Edson Nunes (comp.), Zahar Editores.

2 Véanse de Velho, Gilberto, *A utopia urbana*, Rio de Janeiro, Zahar Editores, 1973; *Nobres e anjos. Um estudo de tóxico e hierarquia*, Ph.D. Disertación, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de São Paulo, diciembre de 1975; "Accusations, family mobility and deviant behavior", en *Social Problems*, Nueva York, febrero de 1976, núm. 3, vol. 23. Stigmatization and deviance in Copacabana", en *Social Problems*, 1978, núm. 5, vol. 25.

3 Imperio Brasileño: 1822-1889. Fue gobernado por la dinastía Bragança. Los títulos nobiliarios no eran hereditarios, pero las familias valoraban, y algunas aún aprecian en gran medida, este origen aristocrático.

4 La edad de la gente entrevistada varía entre los treinta y los cuarenta y cinco años. La mayoría tienen hijos y, en casi todos los casos, sus padres estaban vivos.

5 Ver de Abreu Filho, Ovidio, *Raça, sangue e luta: identidade e parentesco em uma cidade do interior*, (M.A. Disertación), Museu Nacional, UFRJ, 1980.

6 Gans, Herbert J., *Popular and high culture, U.S.A.*, Basic Books, 1974.

7 Ver Velho, Yvonne, *Guerra de Orixá*, Rio de Janeiro, Zahar Editores, 1975; y Viveiros de Castro Cavalcanti, Maria Laura, *O mundo invisível: cosmologia, sistema ritual e noção de pessoa no espiritismo*, Museu Nacional, 1982.

8 No está en bibliografía.

9 Ver Geertz, Clifford, *The interpretation of cultures, U.S.A.*, Basic Books, 1973.

## Recife y la gran sequía

Gerald Michael Greenfield, Associate Professor, University of Wisconsin, Parkside.

La investigación para este informe se llevó a cabo mientras el autor desempeñaba el cargo de senior Fulbright Lecturer en la Universidade Federal de Pernambuco, Recife, Brasil, en 1981. El autor desea expresar su agradecimiento al Pró-Reitor para Assuntos de Pesquisa e Pós-Graduação, Prof. Armando Souto Maior, y al Coordinador y vice-Coordinador del Curso de Mestrado em História de la UFPE, Profs. Marc Jay Hoffnagel y Marco Antonio de Oliveira Pais.

Traducción de Ernesto Leibovich

Bandidaje y misticismo; ésta es la fórmula clásica para resumir la realidad histórica del Nordeste brasileño. Pero también hay otra imagen que siempre la acompaña: la de devastadoras sequías y subsiguientes emigraciones, desde las regiones áridas del interior hacia las capitales regionales como Recife y Salvador, y, luego, a las grandes metrópolis nacionales, Río de Janeiro y São Paulo. Los informes sobre sequías en el Nordeste aparecen desde los tiempos de los primeros asentamientos; luego, los siglos venideros han sido testigos de sucesivos períodos de sequía.<sup>1</sup> Aunque algunos de éstos resultaron ser de intensidad relativamente moderada, otros asolaron toda la región durante varias temporadas, dejando indemne solamente la exuberante faja costera. Ninguna, dentro de este último tipo, provocó tantos estragos como la llamada Grande Seca que abarcó los inviernos de 1877 a 1879, y devastó los complejos algodoneros y ganaderos, pilares de la economía de las tierras del interior, poniendo en movimiento una enorme corriente migratoria que se extendió desde la zona productora de caucho del Amazonas hasta la cultura en apogeo del café, en el Sur. Además, el surgimiento de epidemias produjo una mortalidad estimada en más de doscientas mil personas. Esta cifra hace de la Grande Seca "el desastre natural más costoso en la historia del hemisferio occidental".<sup>2</sup>

Si bien los daños producidos por la sequía al sertão<sup>3</sup> y a sus habitantes sugiere un enfoque rural, el propósito de este estudio es concentrarse más bien en una perspectiva urbana, poniendo el acento en varios aspectos clave de la interacción entre los emigrantes o retirantes y la metrópoli regional, Recife, capital de la provincia de Pernambuco. Establecer en su totalidad el contexto más amplio en el cual se dio esta interacción requeriría un elaborado modelo dinámico que combinara factores políticos, económicos y culturales; especificara la naturaleza de los sistemas urbanos del Nordeste; identificara patrones de articulación regional, así como también los vínculos entre Brasil y el capitalismo en expansión del mundo occidental; y, en última instancia, evaluara los efectos recíprocos de estos variados factores y relaciones. Así, por ejemplo, desde una perspec-

tiva interna, la de la economía política, podría observarse que la declinación producida durante el siglo diecinueve en la economía esclavista y azucarera del Nordeste produjo un desplazamiento del poder económico y político que confirmó el predominio del Centro-Sur.<sup>4</sup> Para explicar tanto la causa como el efecto, esta transformación fue asociada al desarrollo en Río y São Paulo de lo que podría denominarse una mentalidad "modernizante" y "europeizante" que tiende a despreciar al Nordeste y considerarlo como un vetigio molesto del pasado colonial. Desde este punto de vista, muchos de los problemas de la región parecerían provenir de una combinación de actitudes tradicionalistas, por parte de los magnates del azúcar, y de los riesgos inherentes a una población de composición heterogénea.

El predominio de estas actitudes es en cierta medida un factor indicador de la gran importancia y arraigo de los lazos del Brasil con el capitalismo occidental. Estos constituyen un fenómeno que tiene sus raíces en procesos tanto internos como externos. Así, sobre todo a lo largo de la segunda mitad del siglo diecinueve, la estabilidad política del Brasil, sumada a las medidas relativamente sensatas de su Emperador y a la expansión de la producción de café, dieron entonces a la nación un cierto nivel de prosperidad, además de convertirla en un escenario atractivo para la inversión extranjera. Al mismo tiempo, desde un punto de vista externo, podría citarse la supresión forzosa del comercio de esclavos del Atlántico, así como la necesidad, por parte de la creciente economía industrial local, de naciones como Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, que llevó a estas mismas a alentar la economía exportadora del Brasil y ampliar sus funciones e influencias en este intercambio. Como parte de este proceso generalizado, el capital y la tecnología extranjeros, predominantemente británicos, promovieron la producción de importantes cambios en las ciudades brasileñas. Las capitales costeras, por cierto, funcionaron siempre como factorías y puentes con el mundo "civilizado" de Europa occidental.<sup>5</sup> De pronto, sin embargo, esas ciudades comenzaron a desarrollarse tanto en dimensiones como en poder. Fueron el asiento de los símbolos visibles del capital extranjero (por ejemplo, bancos y casas de comercio); constituyeron el lugar de residencia preferido (hasta cierto punto obligado) para las personas de poder; disfrutaron señas de modernidad tales como sistemas de alumbrado, agua corriente, cloacas y transporte, y de cultura, tales como teatros líricos, imprentas y universidades; además, tuvieron gran importancia como centros de comunicación a partir de los cuales los caminos y vías de ferrocarril se abrieron en amplios abanicos, a fin de promover la extracción de materia prima de sus hinterlands.<sup>6</sup>

Esta breve descripción no es suficiente, por supuesto, para abarcar en su totalidad toda esta variedad de procesos. Existen, por otra parte, varios subprocesos; por ejemplo, el crecimiento de la agricultura algodonera del Nordeste y la declinación de la ganadería, la creación de una nueva zona geo-económica (el agreste), el auge del caucho en el Amazonas y las transformaciones de los modelos de organización política y social, fenó-

meno reflejado en sucesos como el de Quebra-Quilos, y, luego, en Loaseiro y Canudos. Todos éstos son elementos importantes del contexto en que se dio la Gran Sequía.<sup>7</sup> Describir y analizar todos ellos requeriría la redacción de un grueso volumen. Por lo tanto, aun reconociendo la presencia e importancia de estos distintos aspectos de la realidad, y de niveles de abstracción superiores, el presente estudio se fija metas más modestas. El tema de la sequía será utilizado como un medio para el tratamiento de tres asuntos: la primacía de Recife dentro de Pernambuco, la racionalidad del comportamiento migratorio y el carácter de las actitudes de la élite hacia los emigrantes y hacia la política de asistencia. Estos ítems, como quedará luego sugerido en la conclusión, no sólo facilitarán la comprensión del fenómeno de la Gran Sequía, sino que arrojarán también alguna luz sobre el tema de las grandes migraciones del campo a las ciudades en el Brasil contemporáneo.

Antes de seguir adelante, empero, se hace necesaria una descripción general del desarrollo de la sequía, así como de la política del gobierno, a fin de proveer un marco apropiado para el ulterior tratamiento de la cuestión. La base legal oficial para la asistencia pública en el Brasil había sido establecida en la Constitución de 1824 y asignaba el ejercicio de tales funciones, entre otros, al Ministro del Imperio. Por otro lado, la Ley Orgánica de 1828, que organizó los municipios, sugería que tales cuerpos eran responsables del bienestar general de sus ciudadanos. La invocación a las funciones de asistencia del Ministro durante la Gran Sequía no constituían ninguna novedad, puesto que éstas habían sido ejercidas ya en otras ocasiones.<sup>8</sup> A los fines de nuestro estudio, sin embargo, la base teórica o legal de la asistencia resulta menos importante que el modo en que la teoría se vio traducida en medidas oficiales. Es decir, entonces, que debemos rastrear el funcionamiento en la práctica de las medidas de asistencia tal como acompañaron la evolución de la sequía.

Durante la temporada invernal de 1876, las lluvias en toda la zona Nordeste habían resultado escasas. Al año siguiente, las escasez se convirtió en una falta total. Esta situación produjo trastornos y una considerable destrucción de la actividad económica, junto a un fuerte aumento en el precio de los comestibles. Al mismo tiempo, se registró el comienzo de las oleadas de migración. El gobierno Provincial de Pernambuco estableció entonces una Comisión Central de Socorros (Comissão Central de Socorros), con sede en Recife, así como otras varias comisiones de socorro locales, todas ellas subordinadas a la central de Recife. Esta tuvo luego a su cargo la provisión de ayuda a todo el Nordeste, incluyendo las provincias de Paraíba, Río Grande do Norte, Piauí y Ceará. Por medio de Socorros Públicos, el Ministro del Imperio extendió créditos para solventar los gastos de las medidas de asistencia, que incluían ayuda directa a aquellas personas incapacitadas para trabajar, así como proyectos de obras públicas (por ejemplo, caminos, cementerios y tanques de agua) para proveer empleos a los que sí estaban en condiciones de trabajar.

La intención inicial era llevar ayuda a las áreas más afectadas por la sequía, de modo de impedir un mayor desarrollo de la migración. Hacia oc-

tubre de 1877, no obstante, la Comisión Central emitió un informe pesimista que destacaba el agravamiento de las condiciones en el interior, especialmente en las zonas más alejadas (o alto sertão). El origen de esta situación residía no sólo en la severidad de la sequía, sino en la imposibilidad de alcanzar la ayuda adecuada a lugares tan remotos. Los malos caminos, la escasez generalizada de agua y pasturas y la dificultad para encontrar personas dispuestas a emprender un viaje tan arduo parecían constituir obstáculos insalvables. Por lo tanto, la Comisión aconsejó a sus varios afiliados locales desistir de todo intento de asistencia directa a esos lugares, e instó a recomendar a sus habitantes (sertanejos) que se dirigieran a aquellos sitios más accesibles y favorables donde ya se había conseguido hacer llegar suministros y oportunidades de empleo.<sup>10</sup> Debido a la naturaleza del terreno del Nordeste, así como al trazado de los caminos y ferrocarriles, sólo resultaban accesibles (con excepción de algunas áreas a lo largo del río San Francisco) aquellos asentamientos relativamente cercanos a la costa. La combinación de las medidas oficiales y los patrones de transporte existentes dieron como resultado no sólo una intensificación de la emigración, sino también su concentración forzosa en pocas zonas. Desde luego, se registró una marcada preferencia por las capitales costeras como Recife.

Así pues, en setiembre de 1877 habían llegado ya a Recife grandes contingentes de emigrantes (retirantes), y al mes siguiente, la Comisión Central afirmaba que su número "crece día a día".<sup>11</sup> Un factor adicional vino a agravar la situación. Debido a su condición de puerto más importante de la región y sede de una de las dos compañías marítimas más importantes del Nordeste, Recife se convirtió en la escala obligada para todos aquellos que partían en busca de una oportunidad más al sur. Los barcos repletos de esclavos para las plantaciones de café y de retirantes en busca de oportunidades en la economía más dinámica del Centro-Sur, solían comúnmente detenerse por un tiempo en Recife.<sup>12</sup> Aunque una buena parte del inmenso contingente sólo estaba de paso, aparentemente muchos de los retirantes decidían concluir su viaje ahí mismo. Además, Recife se presentaba también como la alternativa lógica para aquellos retirantes que encontraban insuficiente la asistencia recibida en otras ciudades de la costa nordeste. En efecto, ciudades costeras pequeñas como Fortaleza y Aracati se vieron obligadas a recurrir a la Comisión o al Presidente de Pernambuco por encontrarse prácticamente ocupadas por los retirantes. Así, hacia mediados de 1877, comenzaron a amarrar en Recife botes repletos de retirantes.<sup>13</sup>

En respuesta a las presiones generadas por este aflujo masivo cada vez más intenso, la Comisión Central autorizó un gran número de obras públicas dentro de la ciudad, entre ellas la ampliación de hospitales y la construcción o remodelación de lugares de alojamiento. Pero todos estos proyectos, además de trabajo, que era provisto por los retirantes a cambio de asistencia, requería también gastos materiales. Enseguida, los crecientes gastos comenzaron a ser motivo de preocupación, ya que la Comisión Central temía no poder afrontar este tipo de proyectos simultánea-

mente en la capital y en el interior.<sup>14</sup> Así, en marzo de 1878 se ordenó suspender las obras públicas en Recife en cuanto las cuentas corrientes expirasen, aun cuando las obras estuvieran a medio terminar. Entonces, la política se orientó a evacuar la ciudad, por medio del énfasis puesto en el empleo de los retirantes en ocupaciones agrícolas. De este modo (proseguía el razonamiento oficial), éstos lograrían muy pronto abastecerse con su propio trabajo, reduciendo así (y eventualmente eliminando) la necesidad de la ayuda del gobierno.<sup>15</sup>

Para entonces, ya se había establecido, en las proximidades de Palmares, la Colonia Socorro, una comunidad agrícola que habría de constituirse en modelo para otros asentamientos y actividades de este tipo.<sup>16</sup> No obstante, este cambio de políticas fracasó en su intento de reducir inmediatamente la cantidad de retirantes de Recife. Durante los meses siguientes, los informes de la Comisión continuaban expresando preocupación acerca de lo que denominaban el "diario aumento de los retirantes en la ciudad", y advertía acerca de la creciente amenaza de epidemias.<sup>17</sup> Algunas medidas alentaban cierta esperanza de reducir la aglomeración urbana, entre ellas, la orden, emitida a toda la población activa de retirantes, de trasladarse a la Colonia Socorro, y la ubicación de retirantes en las plantaciones vecinas de caña de azúcar. La Comisión recomendaba incluso, en caso de resultar necesario, el uso de la fuerza, a fin de compeler al éxodo a aquéllos que preferían permanecer en la ciudad.<sup>18</sup>

La instalación de una nueva Comisión Central en junio de 1878 señaló una tendencia más pronunciada aún de abandono de las medidas de asistencia en pos de una reducción de los gastos. Los medios para llevar a cabo este plan fueron simples y directos. En un lapso de cinco meses, se clausuró todos los locales públicos de albergue y se expulsó y suspendió la ayuda a todos aquellos retirantes juzgados capaces de conseguir empleo.<sup>19</sup> En otros casos, la Comisión lograba un arreglo con propietarios que quisieran tomar retirantes y proveerlos de semillas, alojamiento temporal y materiales necesarios para construir su propio albergue, a cambio de cuatro días por semana de trabajo obligatorio para el propietario. Al mismo tiempo, la Comisión alentó a todos los retirantes que quisieran volver a sus primeros hogares, colaborando para este propósito con víveres y dinero. En su informe de fin de año, la Comisión observaba con gran satisfacción que el nuevo enfoque había reducido en gran medida los gastos de asistencia; además, la cantidad de retirantes de Recife había sido reducida de una cifra estimada en veinte mil a un décimo de la misma.<sup>20</sup> Este énfasis en la limitación de gastos de asistencia continuaba a principios del año siguiente, no sólo en la ciudad, sino a través de toda el área de sequía. En junio de 1879, a pesar de que varios informes indicaban que la sequía no había cedido aún por completo, el gobierno imperial ordenó la suspensión de toda ayuda.<sup>21</sup>

El papel principal de la Comisión Central y su evidente preocupación por las condiciones de la ciudad y la aglomeración de emigrantes en la misma hablan a las claras de la primacía de Recife tanto dentro de Pernambuco como en toda la región. El siglo diecinueve, especialmente

su segunda mitad, fue testigo del marcado crecimiento de los primeros centros urbanos brasileños. El lugar de Recife en este proceso, sin embargo, resulta un tanto contradictorio. Con excepción de algunos breves períodos, las exportaciones del Nordeste a lo largo del siglo diecinueve, que convergían tradicionalmente en Recife, declinaron en relación a las exportaciones totales del país.<sup>22</sup> Esta caída se explica, desde luego, por la rápida expansión de la producción de café en el Centro-Sur. En el marco nacional, entonces, Río de Janeiro eclipsó a Recife. Poseedora de la mayor población urbana y del puerto más importante, asiento no sólo del gobierno nacional, sino de la mayor parte de las instituciones culturales del país, Río representó casi, tanto administrativamente como políticamente, el resumen de toda la nación.<sup>23</sup> Si esto no fue así totalmente, no se debió a la importancia de Recife, sino al rápido surgimiento de São Paulo, que ya a fines del siglo diecinueve daba claras muestras de su futuro papel de ciudad más grande e industrializada del Brasil.<sup>24</sup> Por el momento, aunque incapaz aún de disputar el dominio de Río, São Paulo aventajaba a Recife en cuanto a población y riqueza. En efecto, mientras los dos centros urbanos del Sur experimentaban un desarrollo dinámico, Recife, entre los años 1850 y 1900, creció sólo modestamente: de 70.000 a 113.000 habitantes, según las cifras oficiales. Además, el total para el año 1900 representaba en realidad nada menos que una caída de 4.000 habitantes respecto de las cifras del censo provincial para 1870. Por cierto que los estudiosos sospechan de la precisión de los informes de estos primeros censos y someten estas cifras a revisión, pero aun así, la tendencia delineada manifiesta tan sólo un crecimiento constante, pero no espectacular.<sup>25</sup> Además, mientras ciudades como Río y São Paulo concentraban proporciones cada vez mayores de la población provincial, a fines de la década de 1870 Recife albergaba sólo el 11% de la población de Pernambuco.<sup>26</sup>

Estas cifras de población parecerían contradecir la afirmación anterior acerca de la primacía de Recife. Sin embargo, obviando los datos de población y dejando de lado comparaciones engañosas entre Recife y Río o São Paulo, para concentrarse en cambio en factores tales como funciones y servicios, el panorama cambia totalmente. En efecto, se hace evidente que Recife, a fines del siglo diecinueve, era una ciudad principal. Este hecho habría de ser luego confirmado (y también producido) por migraciones posteriores en el siglo veinte. El marcado desequilibrio entre las capitales costeras y las provincias era común en prácticamente todas las regiones. Refiriéndose a las condiciones sanitarias imperantes en 1873, por ejemplo, el Inspector de Salud Pública de la provincia se lamentaba de que "en la mayoría de los asentamientos del interior no hay médicos, no hay farmacias, no hay nada excepto miseria".<sup>27</sup> En un informe posterior, quince años después, el titular de ese mismo cargo señalaba que desde sus comienzos la Inspección de Higiene había intentado extender su radio de acción a toda la provincia, sin alcanzar resultados positivos; su Inspección había sido por lo tanto obligada "a concentrar casi toda su atención en la capital".<sup>28</sup>

Recife disfrutaba de una clara superioridad en materia de servicios educacionales y culturales. Contaba con las únicas bibliotecas públicas de la provincia, un cuarto de sus escuelas públicas y la totalidad de sus instituciones de nivel superior. Cabe mencionar aquí que su Facultad de Derecho, una de las dos existentes en toda la nación, atraía estudiantes de todo el Nordeste, los cuales asumían por lo general, al recibirse, cargos de importancia.<sup>29</sup> Además, en tanto centro intelectual y cultural, era sede de los diarios más importantes de la provincia y de la gran mayoría de todas las demás publicaciones. Como compendio de todo este aspecto, cabe señalar que los edificios públicos de la ciudad excedían mil veces en valor el de todos los del resto de la provincia juntos.<sup>30</sup>

Tal vez resulte aún más significativo al respecto el examen de los presupuestos asignados a los distintos concejos municipales de la provincia Recife, con sólo el 11% de la población provincial total, absorbía un 67% del presupuesto. Las cifras "per capita" subrayan aún más que los porcentajes totales este profundo desequilibrio: Recife recibía dos mil-réis por cada uno de sus habitantes, mientras que, de todas las otras municipalidades, sólo Olinda (ya casi un suburbio de Recife) recibía, por habitante, un solo mil-réis, y las restantes, a lo sumo, un décimo de las asignación de Recife. Así, por ejemplo, el presupuesto para el cementerio de Recife excedía el presupuesto total autorizado para cualquiera de las municipalidades de Pernambuco.<sup>31</sup> Este presupuesto mayor permitía a la ciudad disfrutar de un nivel de servicios y de "modernidad" que superaba ampliamente la realidad del interior, y era, asimismo, un testimonio de la importancia predominante de la ciudad como capital y centro administrativo.

El papel más amplio de Recife en el contexto regional constituye otro tema cuyo debido tratamiento excedería en mucho los límites del presente trabajo. Este papel se evidencia en una variedad de áreas. Recife fue el puerto más importante del Nordeste, y funcionó como centro no sólo de exportación, sino también del comercio costero. Los productos de otras ciudades costeras más pequeñas de Nordeste pasaban tradicionalmente por Recife, para ser transbordadas allí hacia las ciudades importantes del Sur, o bien recolectadas para ser embarcadas luego al exterior. La ciudad servía también como centro para el intercambio de productos importados y nacionales provenientes del Sur.<sup>32</sup> Además, como ya se ha dicho, su puerto era sede de la Companhia Pernambucana de Navegação, una de las dos empresas marítimas más importantes del Nordeste. Recife constituía asimismo un punto clave para la comunicación terrestre, como centro de irradiación hacia el interior de los caminos para carros, y luego del ferrocarril.<sup>33</sup> Era, por supuesto, la sede del gobierno provincial, pero también funcionaba como centro para las actividades de los extranjeros por toda la región. Por ejemplo, mientras que en Recife los Estados Unidos mantenían su consulado, en Fortaleza sólo poseían un funcionario consultor (cargo ocupado, además, por un ciudadano británico).<sup>34</sup> Observemos, por último, que a lo largo de todo el final del siglo diecinueve, una gran parte de la élite regional estudiaba en la Facultad de Derecho de



Recife. En este sentido, entonces, la elección de Recife como sede para la Comisión Central de Socorros, responsable de varios estados vecinos dentro de la región, representaba una elección lógica, dado el poderoso atractivo y, hasta cierto punto, la fuerza dominante que la ciudad ejercía en todo el Nordeste. De modo similar, el hecho de haberse convertido en el objetivo de tantos retirantes, sugiere una evaluación racional por parte de los mismos, base de una decisión que hubiera sido seguramente mantenida de no haber mediado una política específica en su contra por parte del gobierno. Así pues, esta primacía (tanto provincial como regional) en términos de servicios, funciones y riqueza, se tradujo en un aumento de la población: una tendencia reversible únicamente (aunque sólo a duras penas) a través de una política oficial consciente, destinada al logro de esa meta.

Si bien Recife surge, tras este análisis, como la mejor opción racional para las víctimas de la sequía necesitadas de asistencia, la imagen predominante en el momento sugería que los movimientos de los retirantes estaban caracterizados más por un vagabundeo sin rumbo que por decisiones lógicas. La estimación que da cuenta de estas distintas perspectivas es en cierta medida una prerrogativa del historiador, quien puede contemplar los sucesos como un todo, en lugar de vivílos en forma fragmentaria. Una evaluación sumaria de los movimientos de los retirantes durante la Gran Sequía revela características y patrones comunes. Entre éstos, cabe señalar la importancia de la unidad familiar, la atracción ejercida tanto por la política oficial como por los factores del ambiente natural y, por último, lo que podría denominarse un enfoque "creativo" de las oportunidades brindadas por el sistema formal de bienestar social. La fuerza de la unidad familiar se evidencia inmediatamente al observar en varias fuentes que los viajes solían realizarlos familias enteras. Las crónicas periodísticas y los informes públicos se refieren por regla general no a individuos, sino a familias retirantes. Las estadísticas de mortalidad de los hospitales más importantes de la ciudad confirman esta tendencia. Las listas recorren todo un espectro desde los muy jóvenes hasta los muy viejos, muestran una gran cantidad de muertes de niños pequeños, y registran a veces lo que parece ser la muerte de prácticamente una familia entera.<sup>35</sup> También la Comisión Central de Socorros manifiesta siempre la necesidad de lugares donde alojar a los hijos y esposas de aquellos retirantes enfermos o ausentes por algún contrato de trabajo. Asimismo, los programas para aliviar la aglomeración urbana ubicando a los retirantes en ingenhos vecinos o en la Colonia Socorro, hablan también en términos de familias.<sup>36</sup> Por lo visto, entonces, la familia constituía una institución fuerte, importante en la lucha por la supervivencia.

Si bien abundan informes acerca de retirantes que vagan sin rumbo, enloquecidos casi por las privaciones, en muchos, respecto a los patrones observables de tales vagabundeos, tienen sin embargo un sentido. Los más serios estudiosos contemporáneos de la sequía en Ceará afirman que la sabiduría tradicional del sertanejo incluía los trayectos por sendas y la ubicación de lugares que habían provisto socorro en ocasión de sequías ante-

rioros. En el caso de Pernambuco, el patrón general parecería ser el abandono del alto sertão para encaminarse inicialmente a aquellas zonas del interior más favorecidas en términos de tierras para cultivo y provisión de agua. Una vez agotados los recursos de estas zonas, o bien debido a la superpoblación, los retirantes buscaron posteriormente la abundancia de las tierras costeras, en especial el extenso hinterland de Recife. La racionalidad de este trayecto, podría argüirse, debió haber sido clara para los funcionarios del gobierno, ya que en buena medida sintetiza la política oficial: Al principio, frustrados por la incapacidad para proveer ayuda directa para el alto sertado, el gobierno, al igual que los sertanejos, abandonó la región, y acumuló provisiones y ofreció oportunidades laborales en lugares más accesibles y propicios; luego, estableció una colonia agrícola en las tierras más ricas de la zona costera. También utilizó Recife como punto de reunión de retirantes de áreas costeras más reducidas que serían embarcados hacia el sur. Sólo cuando la aglomeración parecía amenazar la salud pública y la seguridad de la ciudad, el gobierno intentó revertir esta lógica natural y alentar la vuelta al sertão.

No sería demasiado exagerado, entonces, afirmar que algo del "vagabundeo sin rumbo" percibido en los retirantes era meramente el reflejo de las idas y venidas de la política oficial, en tanto este divagar de la misma alteraba los cálculos de los retirantes. El gobierno aconsejaba primeramente a los sertanejos permanecer donde estaban porque se les enviaría ayuda; luego, los alentaba a abandonar esos lugares y congregarse en otros sitios intermedios más accesibles; a continuación, los conducía al área general de Recife, y aun a la ciudad misma, para finalmente instarlos a volver a sus primitivos hogares. Además, estos cambios a gran escala en la política del gobierno se vieron complicados por defectos administrativos. Los trabajos de asistencia social no se caracterizan, ciertamente, por poseer un funcionamiento perfecto. Los embarques de alimentos y otros suministros necesarios no siempre llegaban a destino, o bien no lo hacían a tiempo; las cantidades asignadas para proveer ayuda a ciertos lugares resultaba a veces inadecuada en relación al número de personas que la requerían; los barcos enviados para transportar a los retirantes de un lugar de la costa a otro no siempre poseían capacidad suficiente.<sup>37</sup> Algunos incidentes específicos pueden servir de ejemplo para documentar este tipo de problema. En cierta ocasión, unos retirantes habían sido transportados de Recife a Colonia Socorro. Una vez allí, el director se negó a admitirlos alegando falta de recursos. Los retirantes debieron volver entonces a Palmares, un asentamiento ya desastrosamente superpoblado por emigrantes, a fin de aguardar el traslado en tren, de vuelta a Recife.<sup>38</sup> En otra oportunidad, el gobierno alentó a los retirantes a trabajar en la línea de ferrocarril, para luego descubrir que su *impressario* los sometía a un régimen laboral inadecuado; entonces el gobierno instó a los retirantes a no trabajar más en la línea.<sup>39</sup> Por último, puede mencionarse el comienzo de varios proyectos de construcción para asistencia pública interrumpidos abruptamente por falta de fondos o cambios de política que ordenaban emprender nuevas obras en algún otro sitio.

El comportamiento del retirante, manifestado tanto en acciones inherentes como ajenas a la estructura formal de asistencia, indica una actitud activa y no pasiva. Dentro del sistema, los retirantes se las ingeniaban para sacar el mayor provecho. Así, por ejemplo, se registraban varias veces en los puestos de ayuda del gobierno, a fin de recibir varias raciones. De lo recolectado, la porción que excedía las necesidades de consumo podía luego venderse para asegurarse otros productos. Esta misma práctica se repetía en el caso de la ropa. A menudo, retirantes que habían sido expulsados de un alojamiento de la ciudad, solventado por el gobierno sólo necesitaban buscar otro, y presentarse allí como recién llegado. Un fenómeno interesante se daba cuando los residentes pobres de Recife intentaban procurarse víveres haciéndose pasar por retirantes. Numerosos informes del interior dan cuenta de estos "falsos retirantes" que iban mendigando de casa en casa y se presentaban en los puestos del gobierno como víctimas de la sequía, cuando en realidad eran residente de las zonas aledañas.<sup>40</sup> A pesar de los programas patrocinados por el gobierno, muchos retirantes de Recife quedaron excluidos de los canales formales de asistencia. Para algunos, esto significaba buscar refugio en cualquier zona que pareciera propicia, y por lo general terminaban engrosando la población del *mocambo* de Recife, casas precarias erigidas sobre los vastos terrenos pantanosos, a lo largo de los varios ríos de la ciudad. Otros retirantes se volcaron al crimen. Un informe policial, por ejemplo, observaba una duplicación en la tasa de crímenes contra la propiedad, y adscribía este incremento a la influencia de los *sertanejos*, así como a la generalizada situación de pobreza generada por la sequía.<sup>41</sup>

Los casos de fraude y de crimen, por supuesto, escandalizaban a los ciudadanos respetables.<sup>42</sup> Tanto la prensa como los informes oficiales se apresuraban en observar que si bien todos los ciudadanos del Imperio tenían el derecho de recibir ayuda, era necesario trazar una línea divisoria entre los pobres merecedores de ella y los que no la merecían. Los verdaderos necesitados, como era de esperarse, avivaban el paternalismo característico de la sociedad brasileña de fines de siglo. Los informes destacan la triste condición de los retirantes, los horrores de sus viajes desde el interior, sus privaciones... todo ello debido a un incontrolable desastre natural. La asistencia, tanto privada como pública, proveía el dinero para socorrer a los enfermos; el encargarse de los afectados era visto con toda claridad como un mandato, un acto inspirado por la caridad tanto cristiana como nacional.<sup>43</sup> En cuanto a los falsos retirantes, sin embargo, y a la población físicamente capacitada para trabajar pero no dispuesta a hacerlo, los juicios sobre ellos emitidos tendían a ser bastante más desagradables. En estos casos se ponía de relieve la improvidencia y haraganería del *sertanejo*, y el retirante era pintado como el artifice de su propia desgracia. Estas gentes merecían no caridad, sino castigo.<sup>44</sup> Requerían una disciplina y una supervisión rigurosas, a fin de asegurarse que realizaran el trabajo del que eran capaces. Estas variadas corrientes de pensamiento se evidenciaban en muchas de las medidas adoptadas. El padre capuchino director de la colonia de huérfanos, por ejemplo, se rehusó a admitir a los

primeros retirantes en presentarse, fundándose en la noción de que éstos comprendían el sector menos deseable de la población del interior, es decir, el de aquellos que no habían ahorrado en los años anteriores.<sup>45</sup> Cuando los planes para la contratación de mano de obra retirante no satisfacían las expectativas, la razón a menudo alegada era la aversión del *sertanejo* a la constancia en una tarea difícil.<sup>46</sup> Así también, de un modo similar, en ocasión de la clausura de algún alojamiento o de la ubicación de los retirantes en los *engenhos*, surgía siempre la posibilidad de que algunos de ellos se negaran a partir, simplemente por indolencia; entonces se indicaba la necesidad de adoptar medios compulsivos. Por último, la decisión del gobierno de abandonar la política de ayuda directa por la de trabajo remunerado, fue sugerida en parte por la idea de que el ocio no debía ser subsidiado y el mantenimiento prolongado del sistema de distribuciones gratuitas acarrearía el peligro de eliminar toda iniciativa y hábito de trabajo.<sup>47</sup>

Este mismo complejo de actitudes se hacía manifiesto en la propensión a deshumanizar a los retirantes, verlos y tratarlos como a objetos. Si se hecha una ojeada a los debates previos y a la elaboración de los proyectos de asistencia, se ve claramente que para muchos los retirantes representaban poco más que un servicio, una fuente cómodamente accesible de mano de obra explotable. Ya se tratase de ambiciosos programas de desarrollo para los pueblos, de la extensión de las redes viales o ferroviarias, de la construcción de edificios públicos o de las variadas actividades de los contratistas privados, queda claro que todos deseaban "extraer su tajada". Los programas y los planes se multiplicaban, y un proyecto sustituía a otro; mientras tanto, los retirantes eran trasladados de aquí para allá, embarcados de puerto en puerto, cargados y descargados como una mercancía más. A todo esto, poco era el interés despertado por las consecuencias personales o humanas de este proceso. En efecto, cuando se decretó la suspensión de los programas de asistencia, sólo pudieron forzar un cambio las potenciales amenazas al orden público. Entretanto, una clase alta que despreciaba en sí mismo el trabajo manual, hablaba sin embargo de sus cualidades ennoblecedoras.<sup>48</sup>

Todas estas actitudes, que junto a las apreciaciones acerca de un errar sin rumbo de los retirantes, representan una opinión de los estratos más altos de la sociedad, pueden deberse a varios factores. Un tratamiento exhaustivo de los mismos (como en el caso de otros puntos de este análisis) resultaría aquí impracticable; de todos modos, podemos arriesgar una identificación y evaluación preliminar de los elementos en juego. Un factor sin duda importante es la distinción entre la costa y el interior, un fenómeno relevante de la tradición brasileña. En ciertos casos, tal separación evidencia un desconocimiento de los hechos. Para decirlo lisa y llanamente: aunque las élites de la costa imaginen mitologías románticas sobre el interior, o bien lo estigmaticen, raramente comprenden su realidad. Así, por ejemplo, el vaquero en su atuendo de cuero se erigió en símbolo del Nordeste; según algunos, la economía ganadera y su carencia de una rutina de trabajo constante explica la haraganería del *sertanejo*.<sup>49</sup>

Sin embargo, en el momento en que se expresaban tales opiniones, la mayoría de los sertanejos no pertenecía a la civilización del cuero, sino que practicaban una economía de subsistencia como granjeros.<sup>50</sup> De un modo similar, el juicio del padre capuchino acerca de los primeros retirantes, en el sentido de que representaban a los más imprevisores, revela un total desconocimiento de la estructura de la actividad económica del sertão. La acumulación de excedentes nunca resultó fácil para la mayoría de los habitantes, quienes, atrapados en formas de trabajo subordinado, por ejemplo como agregados, trabajaban en gran medida para otros.<sup>51</sup> Además, con anterioridad a la Gran Sequía, muchos de los habitantes más prósperos del interior, quienes se habían visto beneficiados por un fugaz auge de la producción algodonera, vio declinar su fortuna cuando el sur de los Estados Unidos reanudó su producción después de la Guerra Civil. En realidad, la economía de subsistencia y la existencia marginal eran características de buena parte de la región, de modo que cuando el gobierno enviaba los suministros destinados a las víctimas de la sequía, los comisionados locales del servicio de asistencia solicitaban permiso para distribuir las raciones entre los pobladores permanentes, cuyas condiciones de vida eran apenas superiores a las de los retirantes.<sup>52</sup> La incapacidad de la mayoría de los asentamientos del área para absorber a los emigrantes es también un testimonio de la generalizada carencia de excedentes. Por último, cabe señalar que no pocas personas creían que los pobladores del interior disfrutaban de un ambiente natural por demás saludable y abundante, y que la causa misma de la sequía debía residir en la manera insensata en que el sertanejo había desgastado la vegetación natural.<sup>53</sup>

La distinción entre costa e interior llevaba implícita también una distinción entre civilización y barbarie, modernidad versus atraso.<sup>54</sup> Gran parte del desarrollo brasileño a lo largo del siglo diecinueve reveló profundos desequilibrios espaciales, no sólo entre el Nordeste y el Sur, sino entre las capitales costeras en desarrollo y los asentamientos estáticos del interior. Así, a medida que Recife se modernizaba cada vez más en el marco de sus relaciones comerciales y culturales con Europa, disfrutando de mejoras tales como tranvías, cañerías para agua corriente y drenaje, alumbrado de gas y nuevos pasajes, todos sus residentes, pero especialmente la élite, se distanciaba cada vez más de las condiciones de vida de los pobladores del interior. A propósito, Gilberto Freyre recuerda que en tiempos de su abuelo, la entrada a la ciudad de la gente del interior constituía un espectáculo divertido que inducía sentimientos similares a los asociados con la llegada al pueblo de un circo.<sup>55</sup>

En la medida en que el Brasil, a fines de siglo, adhirió a los dogmas del positivismo, a las nociones de progreso iluministas y al concomitante racionalismo científico de pensadores como Buckle y Spencer, los pobladores del interior ya no fueron sólo curiosidades de una época pasada, sino obstáculos para el progreso de la nación.<sup>56</sup> Se desarrollaron instituciones de cultura nacional, con sede casi siempre en Río y una acentuada influencia de Europa Occidental y de los Estados Unidos, que ponían de relieve el gran potencial de la nación y se lamentaban de las carencias, tanto inte-

lectuales como morales, de una buena parte de la población nacional.<sup>57</sup> Llevadas por nociones de progreso material y considerando la inmigración europea como una fuente bienvenida para el mejoramiento genético de la población nativa, las élites brasileñas, ya sea de Río o de Recife, se encontraban predispuestas por completo a considerar como características esenciales de los habitantes del interior la irracionalidad, la ignorancia y la pereza, así como a asumir sin titubeos el derecho a legislar, adoptar políticas y decidir qué era lo mejor para las masas.

Ya se lo llame paternalismo o patriarcado, estas nociones se originaron no sólo en actitudes importadas de Europa, sino en concepciones locales acerca de la clase social. La índole jerárquica de la sociedad brasileña, admirablemente captada en los títulos dicotómicos de Gilberto Freyre *Los amos y los esclavos*, *Las mansiones y las chozas*, sólo se vio atenuada, pero no disminuida, con la irrupción del progreso registrada en el siglo diecinueve. El desarrollo fue desequilibrado y favoreció a la clase en perjuicio de la masa. Así, por ejemplo, las instituciones educacionales experimentaron un crecimiento considerable, pero la estructura de la educación favorecía la enseñanza superior: facultades de Derecho, escuelas de medicina, por ejemplo, en lugar de extender la enseñanza primaria. Como ha observado una autoridad en la materia, "esta educación de corte aristocrático estaba destinada a la preparación de una élite más que a la educación del pueblo"<sup>58</sup> y los egresados de este sistema no podían dejar de sentirse pertenecientes a un orden superior. Los sertanejos, por el contrario, evidenciaban, a los ojos de esta gente, todas las características de los estratos sociales más bajos: analfabetismo, vestimenta y comportamiento groseros, a menudo piel más oscura y, quizá lo más grave, dedicación al trabajo manual (por entonces aún asociado indeleblemente con la esclavitud). Puesto que los miembros de las clases inferiores poseían naturaleza inferiores, lo cual explicaba en parte su misma ubicación en la estructura social, se los consideraba capaces no sólo de pequeños delitos y fraudes, sino de una violencia salvaje, e incapaces de discernir correctamente las acciones que redundarían a largo plazo en su propio beneficio. Así, se convertía lógicamente en un factor importante en la política del gobierno la supervisión rigurosa ante el peligro de desórdenes, y por otro lado, la tendencia a ignorar los costos humanos resultantes de los constantes cambios de objetivo. Evidentemente, la política del gobierno se desarrollaría seguramente en un contexto en que los mismos emigrantes se considerarían personalmente culpables de los problemas y del fracaso de los intentos de solución.

Estas actitudes, junto a otros procesos asociados con la Gran Sequía, son en cierta medida esclarecedores para el enfoque de temas del presente. Esto significa en cierto modo que hemos sido testigos de algo así como un "ensayo general" de las grandes migraciones rurales hacia las ciudades del siglo veinte. Es obvio que las caracterizaciones de los emigrantes pobres como inferiores o irracionales aún persisten. También evidente resulta la oposición de opiniones entre los de arriba y los de abajo, un conflicto que transforma estrategias racionales o un comportamiento esmerado

desde el punto de vista de los emigrantes, en deshonestidad o aversión al trabajo a los ojos de la élite.<sup>59</sup> También merecen tomarse en cuenta las dificultades realmente serias del desarrollo de una estrategia coherente para responder a las presiones producidas por la migración masiva y la aparentemente inevitable función de las grandes metrópolis como centro receptor final. Para concluir, viene al caso una observación desalentadora, referida a la naturaleza cíclica de los movimientos humanos y a la transferencia de recursos. Los retirantes abandonaron sus tierras en busca de ayuda para ir a encontrarse sólo con una serie de soluciones pasajeras o de corto alcance. Finalmente, sólo quedaban dos opciones: volver al lugar de origen a aguardar la próxima sequía o depresión, o bien buscar una oportunidad laboral en las ciudades costeras y otras áreas económicas dinámicas. En ninguno de los dos casos, sin embargo, surgiría solución estructural alguna. En efecto, el hecho de que el fin de la Gran Sequía encontrara la realidad del Nordeste prácticamente inalterada puede muy bien constituir el símbolo de muchos de los programas de desarrollo y de bienestar social del Brasil contemporáneo. No se producen cambios estructurales; sólo se recicla la pobreza, y los desequilibrios regionales y sociales se agravan o mantienen.

## NOTAS

<sup>1</sup> Cardim, Fernão escribe acerca de una sequía en el Nordeste ya en 1583. Véase su trabajo *Tratado da terra e da gente do Brasil*. Río de Janeiro, 1925. Se han registrado sequías de importancia en los años 1605-1606; 1614; 1692; 1711; 1721-25; 1736-37; 1745-46; 1754; 1777-78; 1790-93; 1804; 1816-17; 1824-25; 1830 y 1844-45. Alves, Guarino, *Janela para o Nordeste*, Fortaleza: 1960, pág. 24.

<sup>2</sup> Cuniff, Roger L., "The Great Drought: Northeast Brazil, 1877-1880", Ph.D. dissertation (tesis de doctorado), University of Texas, Austin, 1970, pág. 283. Esta afirmación se funda en la declaración de Cuniff de que un cálculo conservador concede una cifra de 220.725 muertos. Su conclusión está basada en estadísticas para el año 1878 en Ceará y otros sitios de la zona de sequía, y en cálculos para los años 1877 y 1879.

<sup>3</sup> Una definición de sertão como "tierras del interior" ("backlands") no expresa todas sus connotaciones y su rico significado. El sertão ha sido siempre en el Brasil una zona misteriosa y casi una región al margen del resto de la nación. Habrá de hacerse referencia nuevamente a este punto más adelante, al considerar las actitudes respecto de los sertanejos, es decir, los pobladores de las tierras interiores.

<sup>4</sup> Las dilatadas dimensiones del Brasil hacen útil la división en regiones. Se ha empleado varios modelos, no siempre concordantes entre sí. Actualmente, el Instituto Brasileño de Geografía y el Consejo Nacional de Estadísticas utiliza un modelo de cinco regiones: Norte, Nordeste, Este, Sur y Centro-Oeste. Según esta división, Salvador de Bahía y Río de Janeiro se encuentran en el Este, mientras que São Paulo está en el Oeste. El término Centro-Sur, tal como es empleado en este estudio, se aparta del esquema anterior, y su función es abarcar el triángulo de dinamismo económico constituido por Minas Gerais, Río de Janeiro y São Paulo, el cual ha cobrado una importancia creciente hacia fines del siglo diecinueve, y vino a dominar completamente al Brasil durante la Vieja República. Salvador de Bahía, sin embargo no es considerada integrante del Nordeste, de acuerdo con el modelo citado.

<sup>5</sup> Hardoy, Jorge Enrique, "City and Countryside in Latin America: an analysis of social and economic relations", en Joseph S. Tulchin, comp.

**Latin America in the year 2000**, Reading, Mass, 1975, pág. 232. Hardoy observa: "Recife, Natal, Salvador y otras ciudades del Nordeste fueron centros administrativos y de servicios para un interior escasamente poblado y poco conocido, pero actuaron primeramente como puntos de intercambio y contacto con Portugal y Europa, donde el azúcar brasileño constituyó un monopolio".

6 Un buen tratamiento de la cuestión del desarrollo urbano puede encontrarse en Morse, Richard M., "Cities and society in 19th. Century Latin America: the illustrative case of Brasil", *Proceedings of the 37th International Congress of Americanists*, vol. 1, 1968, págs. 393-322.

7 Sobre los cambios en los patrones de utilización de las tierras y el surgimiento del agreste, véase Barman, Roderic, "The Brazilian peasantry reexamined: the implications of the Quebra-Quilo revolt, 1874-1875", *Hispanic American Historical Review*, 57, núm. 3, agosto de 1977, págs. 401-424. Fundamental para la comprensión de esos patrones y sus procesos asociados: Correia de Andrade, Manuel, *A terra e o homem no nordeste*, segunda edición, São Paulo, s.d. Sobre Quebra-Quilos, nombre dado a los disturbios aparentemente ocasionados por un intento de introducción del sistema métrico, pero que representa, según interpretaciones más recientes, una protesta social más fundamental, véase, además de Barman, Armando Souto Maior, *Quebra-Quilos, lutas sociais no otomo do Império* São Paulo, 1878. El denominado milagro de Joazeiro do Norte ocurrió en Ceará en 1889; el agua de comunión se convirtió en sangre en la boca del comulgante. El cura local, Padre Cicero Romão Batista, se convirtió finalmente en una poderosa figura política. Véase Ralph Della Cava, *Miracle at Joazeiro N.Y.*, 1970. El famoso episodio del místico Antonio Conselheiro y sus seguidores en Canudos es el tema de la obra maestra de Euclides da Cunha, *Os Sertões*.

8 Cuniff, *Great Drought*, págs. 132-133.

9 Ibid., pág. 142.

10 De la Comissão Central de Socorros al Dr. Manoel Clementino Carneiro da Cunha, Presidente da Provincia, 15 outubro, 1877. *Arquivo Público Estadual de Pernambuco*, Recife (de aquí en más, APEP) Da. 33.

11 De la Comissão Central de Socorros al Dr. Manoel Clementino da Cunha, Presidente da Provincia, 1 setembro, 1888. *Comissão Central de Socorros al Dr. Manoel Clementino Carneiro da Cunha, Presidente da Provincia*, 2 novembro, 1877, APEP, Da 33.

12 Varias crónicas periodísticas dan cuenta de la entrada y salida de barcos repletos de retirantes y esclavos. El *Jornal do Recife*, por ejemplo, observa el 7 de julio de 1878 la llegada de la embarcación Bahia, con destino a Río, con 476 esclavos para vender, el contingente más importante hasta la fecha, "do norte do imperio para a corte". Este mismo barco llevaba unos 150 retirantes, de los cuales 17 desembarcaron, y el resto transbordó a una embarcación francesa con destino a los puertos del Sur. Otro informe periodístico representativo (*Jornal do Recife*, 9 maio, 1879), destaca la zarpa de un buque con 327 esclavos para ser vendidos en Río, y señala: "Decididamente o norte do imperio vai ficar sem escravos, porque a necessidade e o commercio de vender a humanidade os vai emigrando para o sul".

13 El *Jornal do Recife*, 15 diciembre de 1877, reimprimió lo siguiente, extraído de la Folha Oficial del Presidente Provincial: "Accedendo às repetidas reclamações da presidência do Ceará, a braços como o número avultadíssima de cerca de 30.000 retirantes, na capital e proximidades, acaba de concordar como o sr. Gerente da Companhia Pernambucana a ida allí de dous de seus vapores, como o fin de conduzir em para Pernambuco ou Bahia, o maior número possível de retirantes, mediante a paga de 7\$ por cada um".

14 Al Sr. Desembargador Francisco de Assis Oliveira Maciel, Presidente da Provincia, de la Comissão Central, 1º de febrero de 1878. APEP, Da 35, vol. 2.

15 Al Dr. Adelino de Luna Freire, Vice Presidente da Provincia, de la Comissão Central, 1º de marzo, 1878. Ibid., 13 abril, 1878. APEP, Da 35, vol. 2.

16 La fecha oficial de fundación es el 7 de abril de 1878. La población inicial, de 600 habitantes, aumentó a unos 3.000 al mes siguiente. Cuniff, *Great Drought*, pág. 253.

17 De Adelino Antonio de Luna Freire, Vice Presidente da Provincia, de la Comissão Central, 10 de mayo, 1878; *ibid.*, 16 de mayo, 1878. APEP, Da 35, vol. 2.

18 A Adolpho de Barros, Presidente da Provincia, de la Comissão Central, 22 de julio, 1878, APEP, Da 35, vol. 2. Al mes siguiente, la Comissão Central informó al Presidente Provincial (*ibid.*, 9 de agosto, 1878) que había "empregado todos os esforços para que tenham exito as providencias tomadas por Vexa no intuito de acelerar o regresso dos emigrantes as suas antigas residencias".

19 *Relatório da Comissão Central de Socorros aos Indigentes Vítimas da Secca (Pernambuco, 1878)*, págs. 4-8.

20 *Ibidem*.

21 En octubre de 1878, el Ministro del Imperio envió una circular a los presidentes provinciales del Nordeste, en la que observaba la recesión de la sequía y el aumento de suministros disponibles en las áreas afectadas por éstas, y ordenaba, por consiguiente, entre otras cosas, que todos los retirantes aún mantenidos a expensas del gobierno fueran trasladados a sus poblaciones de origen; que todas las solicitudes de comida fueran dirigidas al gobierno general y no a las comisiones; y que sólo los gastos que tuvieran "a más íntima ligação" con la sequía fueran autorizados.

*Relatório apresentado a Assembleia Geral Legislativa na primeira sessão da décima sétima legislatura pelo Ministro e Secretario de Estado dos Negócios do Imperio Conselheiro Carlos Leôncio de Carvalho*, Río de Janeiro, 1878, pág. 120. La suspensión de la ayuda imperial acarrió también la interrupción de la mayoría de los proyectos relacionados con la sequía, así como la disolución de la Comissão Central. *Jornal do Recife*, 1º de julio, 1879. Cuniff, *Great Drought*, pág. 255. Los créditos de emergencia otorgados a través de extensiones especiales permitieron algunos gastos de asistencia en Pernambuco, aunque en una medida muy reducida, hasta mayo de 1880. *Ibid.*, pág. 265.

22 Dos productos importantes, el azúcar para el Nordeste y el café para el Centro-Sur, ilustran claramente este cambio. Así, en la década 1821-1830, el azúcar representó alrededor del 30% de las exportaciones del Brasil, y el café, el 18%. Los respectivos porcentajes para la década de 1850, son de 21,20% y 48,80%. Por último, en la década de 1880, el azúcar representó sólo alrededor de un 10%, mientras que la cifra para el café fue del 61,50%. Hélio S. Silva, "Tendências e Características do Comércio Exterior no Século XIX", *Revista de História da Economia Brasileira*, junio, 1953, pág. 8. Sobre la industria del azúcar, puede consultarse: Gileno De Carli, *Geografia econômica e social de cana de açúcar no Brasil*, Rio de Janeiro, 1938, David Denslow, "Sugar Production in Northeastern Brazil and Cuba, 1858-1908", Ph.D. dissertation (tesis de doctorado), Yale University, 1974, y Peter Eiseberg, *The Sugar Industry in Pernambuco: Modernization Without Change, 1840-1910*, Berkeley, 1973.

23 Azavedo, *Brazilian Culture*, págs. 81-84 y 371-374.

24 Para un tratamiento amplio del crecimiento histórico de São Paulo, véase Richard M. Morse, *From community to metropolis, a biography of São Paulo, Brazil*, nueva edición aumentada, Gainesville, 1974. Un estudio clásico del proceso de industrialización es: Nícia Vilela Luz, *A luta pela industrialização do Brasil*, São Paulo, 1961, y específicamente sobre São Paulo: Warren Dean, *The industrialization of São Paulo, 1880-1945*, agosto, 1969.

25 Cifras comparativas de población para São Paulo y Río de Janeiro.

|           | 1856              | 1870              | 1890              | 1900               | 1906 |
|-----------|-------------------|-------------------|-------------------|--------------------|------|
| S         |                   |                   |                   |                    |      |
| San Paulo | 181.158<br>(1872) | 235.381<br>26.040 | 552.651<br>64.935 | 811.000<br>239.820 |      |

Un estudio de las distintas evaluaciones del crecimiento de la población de Recife puede encontrarse en Mario Lacerda de Melo, *Metropolização e Subdesenvolvimento. O caso do Recife*, Recife, 1978, cap. IV.

26 Como hace nota Robert M. Levine (*Pernambuco in the Brazilian Federation, 1889-1937*) Sanford, 1978, pág. 19, las estadísticas oficiales para 1872, que dan una población de 117.000 habitantes para Recife y 842.000 para la provincia, arrojan un porcentaje del 13,80%. La cifra del 110% se deriva de un informe periodístico de un censo reciente de todos los distritos de Pernambuco, que da como resultado la misma población total provincial, pero da una cifra de 92.474 para Recife porque excluye algunos distritos suburbanos. *Jornal do Recife*, 4 de enero, 1879.

27 Al Dr. João Alfredo Correa de Oliveira Andrade, Ministro do Império, del Dr. Pedro de Athyde Lobo Moscozo, 31 de enero, 1873. APEP, Saúde Pública.

28 A Joaquim José de Oliveira Andrade, Presidente da Provincia, del Dr. Matheus Vaz de Oliveira, 20 de agosto, 1888. APEP, Saúde Pública, 9.

29 Acerca del papel de la Facultad de Derecho en la formación y socialización de la élite, véase Howard Craig Hendricks, "Education and Maintenance of the social structure: the Faculdade de Direito do Recife and the Brazilian Northeast, 1870-1930". Ph. D. dissertation (tesis de doctorado), SUNY-Stony Brook, 1977. Un estudio clásico sobre la Facul-

tad de Derecho durante este período es Clovis Bevilacqua, *História da Faculdade de Direito do Recife, 1827-1927*, 2 vols., Río de Janeiro, 1927.

30 Sobre las escuelas públicas, véase *Relatório apresentado ao exm. sr. Presidente da Provincia em 31 de janeiro de 1878 pelo Director Geral Interino Bacharel Ernesto de Aquino Fonseca*, Pernambuco, 1878, mapa núm. 3, "Quadro Demonstrativo das Escolas Públicas da Provincia de Pernambuco". Sobre bibliotecas y edificios públicos, véase las varias "Falias" o "Relatorios" de los Presidentes Provinciales.

31 Estas cifras están calculadas a partir de estadísticas de población registradas en Brasil, *Directoria Geral de Estadística, Relatório e trabalhos estatísticos apresentados ao... Ministro e Secretario de Estado dos Negócios do Imperio pelo Director Geral...* em 31 de dezembro de 1876, Río de Janeiro, 1877. Los presupuestos han sido extraídos de la "eli provincial" 1291, que fijó los ingresos y gastos para el período que va del 1º de octubre de 1877 al 30 de setiembre de 1878. De un presupuesto total para las camaras muncipaes de 323:833\$ 490, Recife recibía 199:688\$ 524. El presupuesto para el cementerio de Recife era de 17:688\$ 000; Olinda, que disfrutaba del segundo presupuesto más alto, poseía una asignación autorizada de 12:449\$ 443. Cuniff (*Great Drought*, págs. 134-135) observa estos desequilibrios tanto en Ceará como en Pernambuco.

32 Acerca del papel de Recife como centro comercial en esta época, puede buscarse información en los varios *Relatórios* de la Associação Commercial Beneficente. También es útil a este respecto el informe del Presidente Provincial en 1876 *Relatorio com que o Exam. Sr. Dr. João Pedro Carvalho de Moraes Passou a Administração da Provincia ao Exm. Sr. Dr. Manuel Clementino da Cunha no dia 1º de maio de 1876*, Pernambuco, 1876, donde éste observa: "Praça commercial importante, é esta capital fornecida pelos mercados estrangeiros das mercadorias que reclama seu extenso e variado consumo. Só Excepcionalmente importa de outras provincias mercadorias estrangeiras, ao passo que fornece as que recebe directamente para o consumo das provincias de Alagoas, Parahyba, Rio Grande do Norte, e em grande parte tambien para do Ceará."

33 Para un tratamiento sucinto del desarrollo de Recife durante el siglo diecinueve, véase Manuel Correia de Andrade, *Recife: Problemática de una metrópole de regio subdesenvolvida*, Recife, 1979, pág. 85-97.

34 United States, National Archives, Consular Reports, Pernambuco, T344, Reel 10.

35 Una lista de personas enterradas a expensas del erario durante un período de seis meses en 1878 muestra un total de 1.589, de los cuales el 20% tenía diez años de edad o menos. Aproximadamente un 80% tenía 60 años o más. *Empresa Funeraria, Relação dos retirantes falecidos e conduzidos em carros funebres para o cemeterio público...*, APEP Santa Casa, 16. Un ejemplo representativo extraído de un informe periodístico de 1877 *Jornal do Recife*, 17 de julio, observa la existencia en una casa derruida de Recife de "quarenta pessoas, entre homens, mulheres e crianças, vindas do sertão". Cuniff, *Great Drought*, cap. V, *passim* también destaca la fuerza de los vínculos familiares.

36 El vice-Presidente Provincial, por ejemplo, manifestó la necesidad de construir un nuevo hospital en la Isla de Pine para aquellos enfermos



que no pudieran ser alojados en el superpoblado hospital principal de la ciudad, el Pedro II. Asimismo afirmó la necesidad de construir viviendas provisionales en la Isla para alojar a las familias de los enfermos. *Relatório com que o Exm. Sr. Dr. Adelino Antonio de Luna Freire 1º Vice-Presidente Passou ao Exm. Sr. Dr. Adolpho de Barros Cavalcante de Lacerda Presidente Efectivo a Administração desta Província, 20 de maio de 1878. Pernambuco, 1878, pág. 6.* A este respecto cabe notar asimismo que el gobierno provincial estableció una colonia agrícola destinada en principio a alojar a los hijos huérfanos de los retirantes. Sobre este asentamiento puede hallarse información en un informe adjunto al *Relatório del Presidente Provincial para 1878; Director ao Presidência de Pernambuco, 31 de janeiro de 1878.* Como ejemplo ilustrativo de este caso: La Comisión Central de Socorros, al referir las distintas medidas adoptadas para desalojar a los retirantes de la ciudad, observa que de una cifra estimada en 20.000 retirantes, sólo quedaban 2.000, "Compreendendo-se nesse número os que não podem voltar a seus lares por terem nos hospitais pessoas de suas famílias e muitos orfãos e viúvas". *Relatório da Comissão Central de Socorros aos indigentes vítimas de seca, Pernambuco, 1878, pág. 8.* Por último, puede citarse el *Relatório del Presidente Provincial para 1879, pág. 10*, donde se hace referencia al número de retirantes ubicados en el alojamiento más grande de Recife nuevamente en términos de familias. Así, refiere que el 15 de junio había 1.121 familias de 6.079 personas.

37 El *Jornal do Recife* por ejemplo (4, junio, 1878) informa de la llegada del buque Dantas, trayendo desde Ceará 1.424 retirantes, y observa además que han muerto en el trayecto otros veinticuatro. El diario continúa diciendo: "Sem espaço sufficiente para accomodar tão grande numero de pessoas, vinham ellas amontoadas, por dizer assim e no meio da repugnante esterqueira". En otra ocasión semejante, el caso del buque Marquez de Caxias, el jefe del puerto de la ciudad calificó al capitán de la embarcación de "ávido de dinheiro", ya que éste había transportado 1.448 retirantes mientras que la capacidad el barco, sólo en caso de "gran urgência", era a lo sumo de 800 personas. A Adolpho de Barros Cavalcanti Lacerda, Presidente da Província, de Manoel Ricardo da Cunha Couto, 5 de junio, 1878. *APEP, Poto do Recife, 15.* El capitán afirmaba que su contrato había sido sólo por 800-1.000 retirantes, pero que había sido obligado a aceptar al resto, incluso personas enfermas, por las autoridades de Aracati. *Jornal do Recife, 8 de junio, 1878.*

38 A Adolpho de Barros Cavalcanti de Lacerda, Presidente da Província, de o Juiz de Direito e Presidente do *Comissão de Palmares, 17 junho, 1878.* Ao Presidente da *Comissão, Juiz de Direito de Palmares, 17 junho, 1878.* Ao Presidente da *Comissão, Juiz de Direito de Palmares do Directos da Colonia Socorro, 17 junho, 1878. APEP, Da 35, vol. 2.*

39 Los salarios se pagaban sólo mensualmente, y en ese lapso los trabajadores estaban obligados a comprar comida en el almacén de la compañía. Ao Dr. Manoel Clementino Carneiro da Cunha, da *Comissão Central 1, setembro, 1877. APEP, Da 33.* El impresario fue acusado asimismo de pagar con vales y no en efectivo. Ao Dr. Clementino Carneiro da Cunha, da *Comissão Central, 25, maio, 1877. Ibid.*

40 Para un caso de fraude referente a raciones de alimento y otros delitos, véase el *Relatório del Presidente Provincial para 1879, Recife,*

1879, pág. 9. El Inspector Provincial de Sanidad elevó una queja al Presidente Provincial (Ao Dr. Adolpho de Barros, Do Dr. Pedro d'Attahyde Lobo Moscozo, 12 julho, 1878. *APEP Sp 4.*) porque los retirantes vendían sus raciones extra "por qualquer preço para entregarem-se ao jogo e a embriaguez, como não é raro encontral-os cada passo, em deplorável estado". Acerca de los "falsos retirantes", véase: Ao Presidente do Moscozo 18, junho, 1878, *APEP, SP 4, y Jornal de Recife 29, agosto, 1877.*

41 El *Relatório del Presidente Provincial para 1877, Pernambuco, 1878, pág. 6*, observa que en 1876 el número de crímenes públicos ascendía a 283, mientras que de enero a noviembre de 1877 la cifra era de 486 hechos. Dice así: "avultam os crimes contra a propriedade. E o que se devia esperar nas atuais condições da provincia".

42 Debería acotarse, no obstante, que también provocaban expresiones de indignación las actividades de los especuladores y otros comerciantes que sacaban provecho de los planes de asistencia: traficantes de harina y de carne, y personas que falseaban el número de retirantes a su cargo a fin de recibir mayores suministros.

43 El Concejo Municipal de Recife designó comisiones encabezadas por varios ciudadanos prominentes con el propósito de solicitar donaciones por todos los sectores de la ciudad y luego publicar sus nombres y las cifras recolectadas. Así está registrado, por ejemplo, en el *Jornal do Recife, 26 de septiembre, 1877: "A Camara Municipal fazendo publico este acto de philantropia e caridade agradece aos distinctos cidadãos que tao dignamente cumpriram essa missaõ, tornando se dignas de lovor e honrosa menção".* Así también, una carta de la Comisión Central dirigida al Presidente Provincial, 8 de junio, 1877, *APEP Da 33*, dando cuenta del beneficio producido por las donaciones, observaba que ni la crisis comercial y monetaria que había afligido a la provincia ni el hecho de que acababa de recolectarse dinero para asistir a las víctimas de las inundaciones en Portugal, así como a las de la sequía en otras provincias del norte, "poderam impedir que a caridade dos Pernambucanos ainda desta vez se manifestasse a favor dos desvalidos".

44 Un buen ejemplo de este tipo de actitudes lo constituye un editorial del *Jornal do Recife, 23 de junio, 1879*, donde se hace notar que si bien la Constitución establece el deber de impedir que los sertanejos mueran de hambre, también era cierto que la ayuda sería pagada por los que trabajaban. Por lo tanto, consideraciones acerca de la justicia (económica, moral y distributiva) hacían necesario que la ayuda gratuita se destinara únicamente a aquéllos "que se acham inhabilitados para o trabalho e proporcionados aos validos tão somente a troca de servicios prestados a sociedade".

45 Este califica a los primeros en llegar como "los más indolentes y perezosos". *Directoria de Colonia Orphanologica Isabel, 31 de janeiro de 1878, O Director Frei Fidelis Maria de Fognano ao Presidência de Pernambuco. (Agregado al Relatório del Presidente Provincial para 1878, Pernambuco, 1878, págs. 17-23, pág. 20.*

46 Falla con que O EXM Sr. Dr. Adolpho de Barros Cavalcante de Lacerda Presidente da Província abriu a Sessão da Assembléa Legislativa em 19 de dezembro de 1878, Recife, 1879, pág. 52. Véase además un artículo



lo titulado "Povoado da Preguica" en *Jornal do Recife*, 24, setiembre de 1878.

47 Para un ejemplo de la sugerencia del uso de la fuerza, véase. Ao Adelino Antonio de Luna Freire, Vice-Presidente da Provincia da Commissão Central, 10 de mayo, 1878, APEP, Da 35. Un tratamiento del tema de la necesidad de establecer el requisito del trabajo a fin de evitar el exceso de "ociosidade". Un ejemplo representativo puede hallarse en el Relatório del Presidente Provincial para 1878, pág. 4. Al revisar la política de gobierno para 1878, el ministro del Imperio observó casos de conflictos provocados por los retirantes y los adscribió al hecho de que éstos habían "perdido o hábito de trabalho". Relatório... Pelo Ministro e Secretario de Estado dos Negocios do Imperio, Rio, 1878, pág. 120.

48 Véase, por ejemplo, *Jornal do Recife*, 1º de julio, 1879. El arriba citado Relatório del Ministro del Imperio, pág. 121, hablaba del trabajo como lo único que daría a los sertanejos "días de felicidade e de engrandecimento".

49 Discurso de H. A. Milet en el Congreso Agrícola do Recife, 7 de octubre, 1878. *Jornal do Recife*, 31 de diciembre, 1878.

50 Cuniff, *Great Drought*, pág. 25, y págs. 95-96.

51 Nuevamente, el mejor estudio comprensivo sobre los patrones de trabajo en el Nordeste es: Manuel Correia de Andrade, *A Terra e O Homem no Nordeste*. Véase también Djacir Menezes, *O outro Nordeste: ensaio sobre a evolução social e política do Nordeste da "Civilização do Couró"* e suas implicações históricas nos problemas gerais, segunda ed., refundida e aumentada, Rio de Janeiro, 1970.

52 Véase, por ejemplo, Ao Dr. Manuel Clementino Carneiro da Cunha, Presidente da Provincia, Da Commissão Central, 16 de julio, 1877, APEP Da 33, 1877.

53 Cuniff, *Great Drought*, pág. 184.

54 El tratamiento original y clásico de este tema ha sido, desde luego, el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento.

55 Un reconocimiento contemporáneo de este desarrollo desequilibrado aparece en una carta proveniente de un pueblo del interior, Pesqueira en Pernambuco, publicada en *Jornal do Recife*, 9 de junio, 1877. "Quando vejo a nossa capital como tanta iluminação, tanto bond, tanta maxambomba, locomotora e vejo os municípios sem uma estrada, sem um edificio... Sem uma casa de açogue". Gilberto Freyre *Social life in Brazil in the middle of the nineteenth century*, *Hispanic American historical review* 5, núm. 4, 1922: 597-630, pág. 605, destaca que los pueblos del interior permanecían prácticamente ajenos a progreso ("truly medieval") hasta que el ferrocarril hizo su aparición en el país. Su observación sobre la entrada al pueblo de la gente del interior se encuentra en este mismo estudio, págs. 603-604. También advierte que el sertanejo de los años cincuenta era aún más pintoresco que los sertanejos de hoy.

56 El darwinismo social sugería un fuerte nexo entre raza y progreso, que influyó en muchas teorías sobre la civilización y el desarrollo. Un buen tratamiento del impacto específico de estas teorías en el Brasil del siglo diecinueve puede verse en Thomas E. Skidmore, *Black into white*,

*race and nationality in Brazilian thought*, N.Y. 1968. Véase también E. Bradford Burns, "Ideology in nineteenth century Latin American historiography". *Hispanic American Historical Review*, 58, núm. 3, 1978: 409-431.

57 Acerca del desarrollo de las instituciones y la cultura nacional, véase Azevedo, *Brazilian Culture*.

58 Ibid., pág. 381.

59 Dos tratamientos de estos distintos puntos de vista, son Janice Perlman, *The myth of marginality, urban politics in Rio de Janeiro*, Berkeley and Los Angeles, 1976 y Alejandro Portes y John Walton, *Urban Latin America. The political condition from above and below*, agosto, 1976.

**Port-au-Prince 1860-1915:**

**La construcción de una metrópolis caribeña**

Michel S. Laguerre

University of California at Berkeley

Traducción de Marta Savigliano

Durante la segunda mitad del siglo XIX, las ciudades capitales de las islas del Caribe atravesaron por una fase estructural dentro de un proceso de transformación cultural.<sup>1</sup> Para la mayoría de ellas este período corresponde, a grandes rasgos, a la época post-emancipación. Durante esta era, las ciudades capitales constituyeron un nicho ecológico para la interacción cara a cara y estratégica entre los antiguos señores y esclavos. Ahora la lucha por la supremacía no se daría en los terrenos de la plantación sino más bien en las mismas ciudades capitales. Los mulatos cultos, mantenidos hasta entonces alejados de las funciones públicas, iniciarían hábilmente su carrera dentro del sistema político. De hecho, los conflictos ideológicos fundados en cuestiones raciales encontrarían su expresión más completa y desinhibida en la arena política urbana. Sin embargo, es imposible comprender a fondo la situación de la ciudad tomando en cuenta sólo a los grupos tradicionales; resulta necesario considerar la presencia de los nuevos inmigrantes burgueses y el desarrollo de la vocación internacional de la ciudad capital: ésta se convirtió en el centro articulador entre el interior y el resto del mundo.

Muchos factores incidieron en la transformación cultural de las ciudades capitales del Caribe durante la segunda mitad del siglo XIX. Primero y principal, la abolición de la esclavitud acarrió la consecuencia lógica de posibilitar a los libertos emigrar a la ciudad capital en busca de empleo, creando y posteriormente incrementando la población de los barrios marginales. Esta situación fue inevitable ya que, el campo no podía proporcionar trabajo asalariado para todos los libertos y también porque algunos de ellos no deseaban permanecer en las plantaciones donde habían trabajado como esclavos.

Segundo, la liberación de la esclavitud produjo indirectamente una visible desertión de la mano de obra rural tradicional, dado que los antiguos esclavos no estaban siempre dispuestos a continuar trabajando para los que hasta entonces habían sido sus amos. Por esta razón, los dueños de las plantaciones no pudieron continuar contando exclusivamente con la población negra local para el trabajo en las plantaciones. Para llenar

este vacío se pensó, como estrategia económica, en la inmigración de trabajadores extranjeros, fundamentalmente chinos e hindúes. Las capitales caribeñas se convirtieron entonces en el escenario del desembarco de miles de paquistanos, hindúes, chinos, japoses y nativos de las Indias Orientales. No todos ellos se incorporaron al trabajo rural, y algunos permanecieron en las capitales. Esto ocurrió especialmente con aquellos que contaban con algún oficio de utilidad en la ciudad, tales como los artesanos, comerciantes, etc. La presencia de esta comunidad dispersa e incipiente contribuyó a configurar el carácter étnico de la ciudad capital.

La ciudad capital del Caribe se convirtió también en teatro del descontento político y de guerras intestinas, a medida que la burguesía local imponía su estilo político sobre el gobierno nacional, procurando una mayor ingerencia en las cuestiones del país. Esto se debió, en parte, a la penetración de los capitalistas extranjeros en el tablero de la economía política de estas colonias y países satélites. Los empresarios alemanes, ingleses, franceses, españoles y americanos competían entre sí por el mercado local, y tuvieron influencia sobre la política urbana caribeña, frecuentemente impredecible. Mientras se consideró que dichos empresarios hacían una contribución positiva al crecimiento de la economía local, su presencia continuó sintiéndose no sólo en las ciudades capitales de los países independientes del Caribe sino también en las de las otras islas aún bajo un régimen colonial.

La transformación cultural de la ciudad capital también podría atribuirse parcialmente a la progresiva presencia de un pequeño sector de la población formado por intelectuales y funcionarios públicos educados en ciudades metropolitanas europeas. En las colonias británicas, por ejemplo, los jóvenes recibían frecuentemente becas para estudiar en Inglaterra. Las sucesivas administraciones haitianas enviaron algunos estudiantes a París con el mismo propósito. Se pensaba que a su regreso, podrían ocupar posiciones administrativas, convirtiéndose en una fuente de sabiduría para los líderes locales. Aquellos que retornaban, en la mayoría de los casos ocupaban los roles fundamentales de *culture broker*\*, "creador de cultura" y "difundidor de cultura". Estas observaciones preliminares nos proporcionan un marco general y comparativo para la comprensión de la cultura de las ciudades capitales del Caribe en la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, cada ciudad tiene características infraestructurales y culturales únicas que la hacen diferente de otros medios urbanos. En este ensayo, me centraré en Port-au-Prince, una de las más antiguas capitales de las Indias Occidentales, y discutiré su conformación estructural y cultural desde 1860 hasta 1915, es decir, hasta el momento en que se produce la invasión y ocupación estadounidense en Haití.

\* Término aplicado a aquellos individuos que, aprovechando su situación estratégica dentro de un determinado contexto socio-cultural, funcionan como "puentes" y articuladores entre su propio medio y otra cultura, generalmente dominante. (N. de T.)

## Ecología de Port-au-Prince

Durante la primera mitad del siglo XIX, Port-au-Prince continuaba siendo una ciudad cerrada con muy pocos visitantes e inmigrantes extranjeros, ya que el país protegía sus fronteras y se preparaba para un eventual retorno de los franceses. Recién en los años 1860, después de proclamada la independencia de la República Dominicana, y una vez reconocida la independencia de Haití por una serie de países europeos y por los Estados Unidos, Port-au-Prince comenzó a ampliar sus fronteras geográficas más allá de los distritos tradicionales y a desarrollarse como una metrópolis del Caribe. La ciudad se convirtió también en un centro de espionaje en el Caribe, ya que los gobiernos de Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos intentaban reforzar sus vínculos diplomáticos y comerciales con Haití. Por esta razón, para hacernos una idea de la ecología de Port-au-Prince, debemos confiar no sólo en los cronistas locales sino, también, en los visitantes extranjeros quienes registraron sus impresiones y memorias de la ciudad.

Después de la prolongada administración del Presidente Jean-Pierre Boyer (1818-1834), quien se preocupó fundamentalmente por mantener la parte oriental de la isla bajo el control haitiano, Port-au-Prince se convirtió en escenario de guerras intestinas durante las cuales se incendiaron o destruyeron muchas viviendas y sitios públicos. Sin embargo, con el advenimiento de la presidencia de Fabre Geffard (1859-1867), la ciudad se embarcó en una nueva odisea caracterizada por la restauración de los edificios y el resurgimiento y expansión de los vecindarios burgueses.

Durante la presidencia de Geffard, sir Spencer St. John, un representante del gobierno británico, informó de este modo sobre sus observaciones. Escribió que "al llegar a Haití en 1863, la capital contaba con varios edificios públicos respetables. El palacio, aunque sin belleza arquitectónica, era amplio y cómodo, y estaba adecuado convenientemente al clima; el Senado, la Casa de los Representantes, las viviendas ocupadas por varios ministros, el teatro pequeño y bonito, era todo lo más notable (que podía verse en el centro de Port-au-Prince)" (St. John 1884:VI).

Un visitante americano que estuvo en Port-au-Prince alrededor del año 1870 dejó la siguiente descripción de la ciudad capital. Hazard escribió que "hoy en día, la parte baja de la ciudad tiene unos cuantos comercios distinguidos, especialmente los de comerciantes extranjeros que residen en las plantas altas; la mayoría de las casas, sin embargo, están hechas de madera en los estilos arquitectónicos más irregulares e indescritibles. Las plazas de mercado son simplemente manzanas abiertas, y la iglesia, si bien es grande, no presenta ninguna característica digna de mencionar; las calles, sin embargo, bordeadas de tiendas y mercaderías singulares, libres de veredas, y constantemente llenas de gente, tienen una apariencia rara y original" (Hazard 1873:452). El visitante se asombró también del trazado de las calles y de sus irregularidades. Señala que "las calles, amplias y de buena anchura, corren en ángulo recto hasta el frente de esta bahía, y están cruzadas a intervalos regulares por otras, dando al poblado la aparien-

cia de haber sido trazado con una gran irregularidad" (Hazard 1873:450).

Probablemente sea Paul Deleage, un viajero francés que visitó Port-au-Prince en 1896, quien nos ha proporcionado la descripción más completa y rica en detalles sobre la ciudad. Cuenta que la ciudad abarcaba un centro comercial concentrado en el distrito Bord-de-Mer, y a continuación, el sector de los mercaderes donde las tiendas y pequeños negocios se mezclaban con viviendas de clase media y baja. A medida que uno se aleja del distrito comercial hacia el lado este de la ciudad, se encuentra con los distritos residenciales en expansión y los barrios exclusivos de Turgeau. Algunos comerciantes extranjeros adquirieron viviendas en Turgeau. Deleage informa que era un espectáculo admirable ver a las cinco de la tarde a los miembros de la comunidad extranjera y a la élite comercial trasladarse desde el área Bord-de-Mer hacia Turgeau. La casa del general Francois Manigat, "Eden-Villa", y la del Presidente Salomon (1879-1888), "Solitude-Villa", se encontraban también en Turgeau (Deleage 1887:66,221). En los sectores noreste y sudoeste de la ciudad se ubicaban los dos mayores barrios precarios de Port-au-Prince, Belair y Morneá-Tuff. Los practicantes de Voodoo, curanderos y urbanites de la clase más baja se concentraban en estos dos barrios.

Al iniciarse el presente siglo, un viajero británico, Hesketh Prichard, dejó las impresiones generales de su visita a Port-au-Prince. Prichard escribió: "enmarcado por montañas de un azul brumoso, enhebrado de nubes de cientos de tonalidades delicadas, Port-au-Prince yace sobre sus playas como el esqueleto blanco de una ballena varada, cuyas costillas son las casas. A medida que nos vamos aproximando, la hierba que pareciera crecer entre ellas se transforma en palmeras" (Prichard 1990:27). Sus impresiones sobre la edificación de la ciudad parecen corroborar lo informado por anteriores visitantes. Siguiendo a Prichard (1900:31) "la ciudad no tiene pretensiones arquitectónicas. Las casas están hechas fundamentalmente de madera, y es muy frecuente que se produzcan incendios... Los edificios más admirables son la catedral... y el palacio blanco del presidente".

Dos razones fundamentales parecen explicar las características de las viviendas de Port-au-Prince o la falta de *chef-d'oeuvre* arquitectónica en la ciudad: los incendios periódicos que destruían las casas con estructura de madera y la habilidad de los miembros de la élite política y comercial para comprar viviendas en Europa como una medida de seguridad personal. Estos dos factores se relacionaban con la inestabilidad política del país. Los incendios que arrasaban la ciudad eran frecuentemente producto de las guerras civiles e intestinas. Estas ocurrían normalmente al finalizar un período de mandato presidencial. Cuando el presidente pretendía permanecer en sus funciones por un período más prolongado, la oposición mostraba su resistencia provocando incendios que tomarían el curso previsto. Spencer St. John, quien publicó su libro en 1884, escribió que "los incendios... arrasaron con la ciudad; en los barrios comerciales de Port-au-Prince sería difícil encontrar alguna casa existente en 1863" (St. John 1884:VI). Deleage explica que para un político o un miembro de la

burguesía haitina, era mucho más seguro comprar una propiedad en Europa que construir una vivienda en Port-au-Prince, dado que, la posibilidad de que ésta resultara quemada o confiscada por un futuro gobierno era un riesgo que muy pocos haitianos de bien querían correr.

### La población de la ciudad

Durante el período 1860-1915, no se realizaron censos en la ciudad. Por esta razón debemos remitirnos a las estimaciones gruesas disponibles. La situación es la misma para el cálculo de la población total. St. John informa que "durante la presidencia del general Geffard, le he oído decir que, en base a la mejor información oficial a su disposición, la población había aumentado a más de 900.000 habitantes" (St. John 1884:128). Corvington (1975:217) el historiador local de la ciudad, establece la cifra de 29.000 habitantes para el período de la gobernación de Geffard. También calcula una población de 40.000 habitantes para la ciudad en 1880 mientras que Deleage, quien visitó Port-au-Prince en 1886, piensa que ésta oscilaba entre los 30.000 y los 40.000 habitantes (Deleage 1887:69). Corvington (1977:116) estima una población de 70.000 habitantes para la ciudad en 1890 y de 120.000 habitantes en 1900. Sin embargo, no aclara cómo establece estas cifras ni proporciona las fuentes de sus datos.

A esta altura, no nos interesa tanto la cifra exacta correspondiente a la población como su composición y las características dinámicas de la misma. Me refiero, por ejemplo, al grado de desarrollo de los enclaves culturales y nichos étnicos establecidos por los habitantes extranjeros de la ciudad, una característica que Port-au-Prince compartió con otras capitales del Caribe.

La mayor parte de la población de la ciudad estaba compuesta, evidentemente, por negros haitianos. La élite negra y mulata que formaba parte de la clase alta había alcanzado su posición por nacimiento, educación, habilidades comerciales y experiencia militar. La población de los barrios marginales estaba compuesta, fundamentalmente, por negros pobres, según lo informan Deleage y otros visitantes de la ciudad para el mismo período. Muchos de los habitantes de los tugurios habían llegado a la ciudad mientras estaban enrolados en los ejércitos revolucionarios. Venían a la ciudad para hacer una revolución en favor del líder político que apoyaban, y luego de la victoria de sus partidos, algunos permanecían en ella ocupando puestos estatales. Una vez que el presidente en cuestión era despojado de sus cargos, muchos de sus seguidores terminaban por perder sus empleos estatales pasando a integrar la población de los tugurios y asentamientos marginales de la capital.

Hacia fines del siglo XIX, el crecimiento de la población mulata era notable. La presencia de comerciantes extranjeros produjo cierto incremento en la cantidad de matrimonios interraciales. St. John (1884:180) escribió que "al llegar a Port-au-Prince, se había formado un pequeño club de extranjeros, y... la mitad de los presentes estaban casados con

damas haitianas". Se trataba de un fenómeno reciente, ya que Leger (1907:206) dice que "hasta el advenimiento de Geffard, los extranjeros en Haití, si bien gozaban de una gran protección, estaban sujetos a muchas restricciones; es así como no se les permitía casarse con nativos. El 18 de octubre de 1860, se promulgó una ley autorizando dichos matrimonios". Hacia fines de siglo, era común la práctica del matrimonio interracial entre los miembros de la élite haitiana. Existían varios casos de hombres haitianos que habían contraído matrimonio con mujeres europeas. Algunos de ellos habían conocido a sus esposas mientras estudiaban o llevaban a cabo una misión en Europa. Este era el caso de algunos estudiantes haitianos que habían regresado de París y el del propio presidente Salomon, quien contrajo matrimonio con una mujer francesa. En 1886, después de su viaje a Port-au-Prince, el visitador francés Deleage (1887:175) escribió que "los matrimonios entre hombres franceses y mujeres haitianas eran frecuentes".

El visitador americano Hazard proporcionó una imagen más completa de la población de Port-au-Prince. Escribió que (1873:453) "la población era fundamentalmente negra, mientras que la clase mulata constituía la principal aristocracia a la que se agregaban los criollos franceses blancos así como muchos de los comerciantes extranjeros, y se los veía como núcleo social en diferentes proporciones según las circunstancias". Más adelante agrega que "como muchos de los integrantes de la población nativa de color han sido educados en Francia, hay una cantidad de hombres de gran cultura, extremadamente corteses y gentiles en sus modales; y respecto a algunos de los hombres jóvenes, sólo unos pocos se diferencian de los blancos, y se puede afirmar que muchos de ellos son bastante elegantes en sus vestimentas y modales. Entre la población criolla pueden encontrarse mujeres sumamente agradables y vivaces, casadas, muchas de ellas, con extranjeros".

La ciudad comenzó a abrirse al mundo poco después de que la independencia de Haití fuera reconocida por Francia, Alemania, Inglaterra, España y los Estados Unidos. En el año 1862, todos estos países contaban con funcionarios diplomáticos residiendo en Port-au-Prince con el fin de proteger los intereses de sus súbditos, comprometidos en diversas actividades comerciales (Deleage 1887:158).

Los franceses constituían el mayor grupo de extranjeros inmigrantes en la ciudad. Ocupaban principalmente posiciones de negocios y dentro de la profesión docente. Luego de firmarse el concordato con el Vaticano, la Iglesia católica se estableció nuevamente como iglesia oficial, y se convocó a la clerecía francesa para evangelizar a la población local.

Los misioneros franceses controlaban la educación de los niños de la élite, el cuerpo diplomático y los inmigrantes extranjeros. Los Padres del Espíritu Santo llegaron a Haití en 1860; posteriormente tomaron posesión del Petit Séminaire College Saint Martial, una escuela de educación primaria y secundaria para varones. En 1864 fueron seguidos por los Hermanos de la Instrucción Cristiana, quienes actualmente son propietarios de la Institution Saint Louis de Gonzague, otra escuela primaria y secun-

daria para varones de prestigio. Durante muchos años, estas fueron las dos mejores secundarias para varones de todo el país. El 5 de junio de 1864, las Hermanas de San José de Cluny abrieron una escuela para niñas en Port-au-Prince. El personal de todas estas escuelas católicas estaba compuesto por sacerdotes, hermanos o monjas. Los inmigrantes franceses también formaron una Société Française de Bienfaisance y fundaron un hospital, el Asile Français. El propósito de estas asociaciones voluntarias era el de ayudar a los compatriotas a adaptarse al medio ambiente de Port-au-Prince y contribuir a la conservación de su herencia cultural (Deleage 1887:278).

La población de habla inglesa comprendía a los inmigrantes británicos, americanos y jamaíquinos. Varios cientos de negros americanos residían en un distrito adyacente al cementerio de Port-au-Prince. Los pobladores locales llamaban a este barrio *bourg anglais* (aldea inglesa). Allí residían las familias americanas negras Jackson, Cook, Day, Jones y Horton (Jeremie 1931:58).

Los inmigrantes americanos abrieron iglesias protestantes en Port-au-Prince. Las iglesias Metodista, Episcopal y A.M.E. (Episcopal Metodista Africana) pasaron a integrar la topografía de la ciudad. Nicholls (1979:84) escribió que "El reverendo James Theodore Holly ... fundó la iglesia anglicana en Haití, y en 1874 fue el primer obispo de L'Eglise Orthodoxe Apostolique Haitienne". C.M. Morsell, un ministro de L'Eglise Méthodiste Africaine fundó la Iglesia de San Pablo cerca de Place Royale y Marché Debout (Corvington 1975:276).

Luego de visitar Port-au-Prince, Hazard (1873:453) informó que "encontró mucha gente de habla inglesa, y, entre ellos, algunos de color es establecidos aquí desde hace años, quienes trabajan en comercio y a los que ahora les está yendo bien".

El núcleo británico era más pequeño que el grupo inmigrante americano. Dada la profesión en la que se concentraban, el grupo jamaíquino, segmento de la población inmigrante británica en Haití, se distinguía de los inmigrantes negros americanos: los jamaíquinos tendían a nuclearse en la profesión de conductor de ómnibus de Port-au-Prince según Deleage (1887:12), "todos los conductores de ómnibus de Port-au-Prince eran jamaíquinos". El cree que había poco más de setenta inmigrantes británicos en la ciudad.

Durante el gobierno de Salomon, los empresarios alemanes comenzaron a penetrar en el comercio haitiano. Según Corvington, Cutts, Luders, Merores, Wetge, Simmonds, Weymann, Keitel, Steibrugge y Weber eran casi todos comerciantes alemanes (Corvington 1975:290). St. John señala la presencia de la colonia alemana en Port-au-Prince. Informa que "un escribiente alemán... se casó con la hija de un ministro con la esperanza de hacer fortuna a través de los contratos que pensaba obtener de su inescrupuloso suegro" (St. John 1884:144). Emile Luders, un ciudadano alemán nacido de madre haitiana y padre alemán, es el alemán más conocido de la historia haitiana por el *Affaire Luders* y la indemnización que tuvo que pagar Haití en su nombre a Alemania. Se trataba de uno de los tantos empresarios alemanes del Bord-de-Mer. Sus propiedades se des-

truyeron durante una de las frecuentemente repetidas guerras intestinas ocurridas en la segunda mitad del siglo XIX. A comienzos de este siglo, la colonia alemana estaban muy bien establecida en Port-au-Prince. Nicholls (1979:143) escribió que "con el objeto de evadir las leyes contra la propiedad extranjera de la tierra, algunos alemanes contrajeron matrimonio con mujeres locales, y en 1912 se abrió una escuela alemana en Port-au-Prince; esta escuela, según las palabras del ministro alemán, "germanizaría la descendencia de los alemanes establecidos en Haití".

Alrededor del año 1874, Port-au-Prince contaba con una colonia cubana bien establecida. Algunos de estos inmigrantes trabajaban como sastres, zapateros y barberos en la comunidad comercial del Bord-de-Mer (Corvington 1975:217). Esto ocurría en el tiempo en que los cubanos estaban peleando por su independencia nacional. Leger (1907:218) escribió que "naturalmente, Haití simpatizaba con los cubanos que peleaban por su independencia; su territorio se convirtió en un asilo para todas las familias desafortunadas obligadas a huir por razones de seguridad". La presencia de los inmigrantes cubanos se hizo particularmente notable el 6 de noviembre de 1896, en la inauguración del Cirque Monumental en Port-au-Prince, un *quartier* ubicado en la parte norte de Port-au-Prince. (Corvington 1977:93).

El grupo de inmigrantes italianos, compuesto fundamentalmente por comerciantes, era sumamente reducido. Eran propietarios de joyerías y zapaterías en el centro de Port-au-Prince. Nicolas Cordasco, Gaetano Cordasco y A. de Matteis estaban entre los comerciantes italianos más prósperos del distrito Bord-de-Mer (Corvington 1977:27). También había unos pocos inmigrantes de las Antillas Francesas, Martinica y Guadalupe. Un puñado de los mismos estaba vinculado a la industria de hotelería mientras que otros practicaban la "profesión más antigua del mundo", es decir, la prostitución.

Entre todos los inmigrantes, el grupo más pobre y despreciado por la élite de Port-au-Prince era el sirio. Los sirios y libaneses comenzaron a arribar a Port-au-Prince desde Turquía en 1891. Desde 1891 hasta 1903, 159 sirios se naturalizaron como ciudadanos haitianos (Poujol 1905:442). Se establecieron tanto en la capital como en diversos pueblos del campo. Prichard (1900:245) escribió que "la mayor parte del comercio con el interior está en manos de buhoneros sirios itinerantes, de los cuales hay varios miles en Haití ... Se trata de una raza indescriptible; viven diez en una pieza, los estafadores consumados; son usureros ... se los puede encontrar en los distritos del campo, sucios, petisos, gente de facciones características, seguidos de un muchacho acarreado su caja de mercaderías".

La inmigración y la competencia siria produjeron algunas preocupaciones en la comunidad de comerciantes de Port-au-Prince. Nicholls (1979:140) escribió que "luego de asumir la presidencia, Nord se enfrentó con el problema del creciente número de mercaderes sirio-libaneses que amenazaban con copar gran parte del comercio minorista y también, aunque en menor medida, el mayorista del país... En el caso de los sirios,

los comerciantes locales presionaban para que se limitaran sus actividades e invocaban las leyes anteriores que restringían a los extranjeros".

Debido a la presión ejercida por la comunidad de comerciantes, el gobierno consideró necesario promulgar nuevas leyes para restringir la inmigración de comerciantes sirios a Haití.<sup>2</sup> Los sirios que abandonaban Haití para visitar a sus familias en el extranjero consideraron más seguro solicitar la naturalización con el propósito de evitar tales inconvenientes. Mientras tanto, también los requisitos para otorgar la ciudadanía habían sufrido modificaciones. Leger (1907:290) escribió que "de acuerdo con una ley promulgada en 1903, los sirios debían residir diez años en Haití, para estar en condiciones de ser elegidos ciudadanos del país".

### Port-au-Prince: Una metrópolis en surgimiento

Port-au-Prince hizo las veces de polo de atracción y de articulación entre el hinterland y las capitales occidentales. Por una parte constituyó un lugar en donde los políticos podían reunirse a discutir sobre el bien de la nación y un mercado en donde los pobladores del campo podían venir a vender la producción de sus huertas. Por otra, funcionaba como un punto de *dumping* para los mercados exteriores y como centro de maquinaciones diplomáticas y políticas, y de transacciones económicas. En la ciudad se desarrollaron nuevos servicios públicos tales como hospitales, escuelas, iglesias y otras instituciones culturales que transformarían su espacio territorial en una metrópolis incipiente en surgimiento.

Para cumplir con su vocación internacional, la ciudad contaba ahora con un servicio de agua corriente que llegaba hasta los dos principales distritos marginales, Belair y Morne-a-Tuff. Sobre la rue Magasin de l'Etat y por todo el distrito de Bord-de-Mer había numerosos cafés y restaurantes; propiedad de comerciantes franceses, que servían como lugares de encuentro para los extranjeros y los miembros de la élite haitiana. Los turistas se alojaban en el Hotel Figaro, el Hotel des Antilles y el Hotel d'Haiti. El Hotel Le Metropolitan, propiedad de John B. Hepburn, un americano negro, proporcionaba servicio de alojamiento a muchos visitantes americanos que llegaban a Port-au-Prince hacia fines del siglo XIX. (Corvington 1975:137, 143-144).

Cualquier visitante del siglo XIX podía sorprenderse ante el hecho de que Port-au-Prince contara con servicios para caballos. Hazard (1873:452) escribió que "sin embargo, aún existe un enorme estanco de piedra en la parte alta de la ciudad, construido originalmente y todavía empleado con el propósito de bañar a los caballos de la gente del pueblo; se trata de un grado de lujo del cual no disfruta ninguna otra ciudad por mí conocida".

El 30 de septiembre de 1890 el gobierno firmó un contrato para la instalación de un sistema telefónico en Port-au-Prince (Lamaute 1939: 236). La administración del presidente Simon (1896-1902) proporcionó a la ciudad un sistema de tranvías que mejoró en gran medida el servicio de transporte público dentro de los límites de Port-au-Prince. Durante el gobierno del presidente Antoine Simon (1908-1911), la ciudad adquirió

las primeras usinas eléctricas y calles asfaltadas (Sales 1954:183).

La ciudad se convirtió, en muchos sentidos, en una metrópolis para el hinterland. En 1862, el delegado apostólico Mgr. Testar Du Cosquer, transformó la iglesia parroquial en catedral, y fundó una serie de iglesias satélites y dependientes en el interior. Port-au-Prince también se volvió centro administrativo de las iglesias protestantes recientemente establecidas. Además, las escuelas secundarias de la capital atraían a grandes cantidades de graduados de establecimientos primarios del interior, acelerando, de este modo, el drenaje de cerebros de diversos poblados y villas hacia Port-au-Prince.

El mercado de Port-au-Prince era invadido diariamente por vendedores provenientes del interior, quienes encontraban allí una salida para sus mercaderías. Prichard (1900:37) escribió que "el mercado está bien provisto, presidido por carniceros corpulentos y moscas hastiadas. Desde cualquier ángulo puede rastrearse la evolución de las carnes frescas, material crudo de las futuras comidas. Los cerdos y las cabras, con sus patas ligadas, lanzan gritos lastimeros mientras yacen al sol. Uno que escapa hacia un drenaje vecino, traga el líquido espeso. Las mujeres, con sus pilas de vegetales y frutas, exaltan su mercadería compitiendo unas con otras; más allá de la charlatanería vociferante se escucha la jácara de un canto monótono. Los fuegos humean por todas partes, y una cortina azul y acre persiste desde el amanecer al anochecer".

Port-au-Prince era, desde todo punto de vista, el centro económico dominante del país, y estaba en la órbita del comercio internacional. Vale la pena mencionar aquí que Dupré Barbancourt se encontraba en su laboratorio de la rue des Césars experimentando con el hoy en día famoso rum Barbancourt. Según Deleage (1887:64), había aproximadamente diez casas comerciales que dominaban la economía local y ejercían un control estratégico sobre la bolsa y el mercado monetario haitiano. La burguesía del Bord-de-Mer funcionaba como cabecera de puente entre los capitales extranjeros y la economía nacional.

La construcción de dos carreteras que unían Port-au-Prince con Miragone y Saint Marc aceleraron la dependencia del interior respecto a la capital y fortalecieron la posición central de la ciudad en relación al resto de la nación (Corvington 1975:212). Debido al crecimiento del sector comercial y al papel de nueva metrópolis representado por Port-au-Prince, Haití se convirtió en miembro de la Universal Postal Union durante el gobierno del presidente Salomon.<sup>3</sup> Con el objeto de mejorar el sistema de comunicaciones entre Port-au-Prince y otras capitales de occidente, el 30 de septiembre de 1898 se invitó a una compañía cablegráfica francesa a operar en Haití (Lamute 1939:236-238).

Port-au-Prince en sí misma se convirtió en ciudad satélite no sólo por sus vinculaciones políticas y económicas con las capitales occidentales, sino también por sus lazos culturales. Spencer St. John (1884:266) escribió que "numerosas familias de las que han acumulado cierta cantidad de riqueza mediante el comercio minorista desean que sus hijos reciban una buena educación, y para ello, los envían a Francia". Deleage (1887:16)

señaló que los estudiantes haitianos venidos a París vestían según la última moda francesa y continuaban haciéndolo aún después de retornar a su país natal. Con el cambio de siglo, la práctica de enviar a los estudiantes haitianos a completar su formación al extranjero llegó a convertirse en una política gubernamental. Leger (1907:207) escribió que "con el propósito de contar con maestros y profesores competentes, la República enviaba jóvenes haitianos a Europa para cursar o completar sus estudios". Algunos miembros de la élite también estaban en condiciones de pasar sus vacaciones de verano en Europa; Port-au-Prince continuó siendo culturalmente dependiente de Europa mientras la élite local permanecía mirando hacia las capitales de occidente en busca del esclarecimiento intelectual y cultural.

### Port-au-Prince, teatro de guerras y revoluciones

Probablemente una de las características que hicieron de Port-au-Prince una nueva metrópolis, y con ello, una ciudad diferente de las demás ubicadas en el hinterland y de las portuarias, sea el rasgo de las guerras y revoluciones que se desarrollaron dentro de los límites de la misma.<sup>4</sup> Estas revoluciones terminaron siendo acontecimientos cíclicos en Port-au-Prince. Las causas y características de estas guerras intestinas eran siempre las mismas. Al finalizar el período de gobierno de un presidente, éste se negaba a dejar su mandato y procuraba modificar el texto de la constitución de manera de poder continuar en su cargo durante un período más prolongado. La oposición montaba una campaña en su contra, organizaba un ejército revolucionario, convocaba a un paro general en la capital, provocaba incendios en las viviendas de madera de la ciudad e incitaba al pueblo de Port-au-Prince a la revuelta. No pudiendo controlar la situación, el presidente resultaba o bien asesinado, o, en caso de contar con el tiempo suficiente, pedía asilo político en una de las embajadas o era conducido al embarcadero donde una nave para pasajeros esperaba para llevarlo al exilio.

Estos acontecimientos políticos eran también momentos de exaltación de la conciencia nacional y contribuían a la socialización en la cultura política de la nación. El pueblo percibía una momentánea unidad nacional durante la cual la élite y las masas parecían coincidir para protestar contra un régimen que estaba perdiendo su base de apoyo. Estos fenómenos políticos cíclicos, al igual que todos los rituales, tendían a presentar un comienzo, un clímax y una declinación. El comienzo se correspondía con el momento en que, a través de las murmuraciones, el pueblo de Port-au-Prince percibía la debilidad del régimen y la potencial amenaza de la oposición. Se trataba de un período de mucha propaganda durante el cual la ideología de la oposición se difundía, pero también era el tiempo de los enfrentamientos entre fracciones dentro de la misma oposición así como entre la oposición y el régimen. Por último, era la época en que los partidarios del régimen reconsideraban su apoyo, adoptando posicio-



nes neutrales e incluso uniéndose a la oposición, cuando juzgaban que les sería ventajoso.

La segunda frase, correspondiente al clímax de estos fenómenos políticos, se caracterizaba por el caos político, es decir, la revolución en las calles de la capital. Era el tiempo de transición, época de desaliento y de esperanza; desaliento por las pérdidas en vidas y bienes, pero esperanza por percibir que el nuevo régimen podría resolver los problemas personales y los de la nación. En este momento era cuando el presidente resultaba asesinado o exilado, y el pueblo de Port-au-Prince comenzaba a advertir la inseguridad provocada por la revolución.

La tercera fase corresponde al fin de la revolución y al principio de una época nueva, el retorno de la ciudad a la vida normal y la esperanza en un futuro mejor. Otra vez podrían reconstruirse las casas incendiadas. Para algunos se trataba también del tiempo de la desilusión por las esperanzas no hechas realidad.

Este ciclo de guerras y revoluciones era también la causa de la humillación nacional frente a los gobiernos extranjeros. En la segunda mitad del siglo XIX, hubo casos en que las naciones extranjeras mantuvieron sus naves de guerra en la bahía de Port-au-Prince mientras sus representantes reclamaban indemnizaciones astronómicas del gobierno por daños infligidos contra la propiedad de sus ciudadanos durante una de las reiteradas revoluciones políticas. Los británicos, españoles y alemanes, todos humillaron a los residentes de Port-au-Prince (quienes en su gran mayoría tomaban conocimiento de los hechos una vez ya ocurridos) amenazando y forzando al gobierno a acordar el pago de tales indemnizaciones. En tales ocasiones, toda la ciudadanía de Port-au-Prince apoyaba firmemente al gobierno para que se resistiera a efectuar dichos pagos. Pero cada vez que el presidente consentía en pagar tal reclamo, creaba un gran resentimiento y una profunda división entre los pobladores locales.

Estos hechos contribuían a crear una mentalidad política de precariedad entre los miembros de la élite. Cada éxito político podía acarrear la propia autodestrucción. La cultura política de la élite era ambigua, ya que era imposible predecir si el futuro depararía premios o castigos.

Resulta prácticamente imposible entender la cultura de la ciudad sin tomar en cuenta estos fenómenos políticos. Sin embargo, éstos son tan sólo elementos que intervienen en la conformación de la cultura. Para tener una perspectiva más abarcadora de la cultura de la ciudad es necesario considerar otros aspectos de la vida de la misma; debemos centrarnos, entonces, en la manifestación de dicha cultura entre los residentes de la élite, clase media y clase baja de Port-au-Prince. Este será el tema múltiple de la siguiente sección.

### La cultura de la ciudad

La centralización de las funciones administrativas, financieras, políticas y religiosas de la nación en Port-au-Prince convirtió la ciudad en un centro transmisor de la cultura e identidad nacional y en un polo de

difusión de la ideología nacional. La distinción que hace Redfield entre pequeña y gran tradición nos ayuda a comprender cómo la ciudad funcionaba como centro de difusión de las tradiciones formalizadas y escritas de la nación. En la ciudad se pensaban, escribían y promulgaban los códigos políticos y las normas religiosas que moldearían el comportamiento de la ciudadanía. Era también aquí donde se sentían con mayor fuerza las influencias extranjeras y, por lo tanto, donde la élite intelectual encontraba su hábitat natural.

Al funcionar como centro de atracción cultural para el resto de la nación, Port-au-Prince contribuía a producir y reproducir la ideología cultural nacional. Esto era posible por la posición subordinada del hinterland respecto a la ciudad capital. El país era política y financieramente administrado desde la capital donde se tomaban las decisiones fundamentales en lo concerniente al bienestar de la ciudadanía. Las iglesias institucionalizadas, tanto la católica como la protestante, practicaban la misa política. Las decisiones relativas a la vida cotidiana de las iglesias rurales o satélites eran tomadas por el arzobispo o los principales de la misión ubicada en Port-au-Prince. La difusión de las grandes tradiciones se hacía, entonces, desde la ciudad, en su papel de centro cultural nacional.

Si bien la ciudad era un centro transmisor de cultura nacional, también era el lugar donde se originaba el cambio nacional. En Port-au-Prince surgieron una serie de ideologías políticas de transformación.<sup>5</sup> Los partidos Liberal y Nacional consideraron las posibilidades de desarrollo económico del país en términos de estrategias diferentes. Para el partido Liberal, el gobierno de la república debía estar en manos de los más capaces, es decir, de la élite. Los intereses de la élite serían de alguna manera beneficiosos para las masas, a través de algún tipo de economía trickle-down. Según el partido Nacional, la administración de la república debía estar en manos de la mayoría. La población decidiría a través de sus representantes lo que era mejor para la nación. Era la época de una nueva conciencia social en la que se consideraba que los frutos de la independencia no debían pertenecer exclusivamente a los oficiales de alta graduación y a la élite mulata, sino que también las masas debían participar. La ciudad se convirtió en escenario de la discusión de diversas ideologías para la transformación nacional.

En los círculos literarios abundaban los poemas patrióticos y los novelistas escribían sobre las costumbres haitianas. La literatura haitiana comenzó a aventurarse en el nacionalismo con Oswald Durand, Massillon Coicou y los miembros de la *Génération de la Ronde*. Los escritores empleaban expresiones locales, escribían para una audiencia local sobre realidades locales. La *Génération de la Ronde* constituyó el máximo exponente de la literatura haitiana y del movimiento nacionalista con el cambio de siglo. Publicado entre 1898 y 1902, *La Génération de la Ronde* proclamaba que "toda nuestra admiración será profesada hacia aquellos escritores quienes... hayan traducido en una forma literaria original las bellezas de nuestro entorno y cuyos trabajos estén marcados por una impronta realmente nacionalista" (Bellegarde 1953:208). En la época de la *Génération*

de la Ronde, se estableció ampliamente la práctica de crear círculos literarios en Port-au-Prince. El poeta nacionalista Demesvar Delorme había fundado un círculo literario con anterioridad. Corvington (1975:169) escribió que "el sábado 7 de marzo de 1868 (Delorme) junto con Charles Vellevalaix, Oswald Durand, Ducas-Huppolyte, Leonce Madiou, L'Instant de Pradines, Eugene de Lespinasse, Albert Elie, Leon Gros, inauguró en su residencia un círculo literario". Corvington (1977:154) agrega que "a menos de un año de la fundación de su grupo de arte dramático, Massillon Coicou inauguró, el 3 de agosto de 1905, el *Jeudis littéraires du théâtre haitien*".

Durante la segunda mitad del siglo XIX, se verificó en Port-au-Prince la creación de la *Ecole Nationale de Droit* (12 de enero de 1860), la *Ecole de Musique* bajo la dirección del violinista francés Ferdinand Ferrière, la *Ecole de Peinture et de Dessin*, la *Ecole des Arts et Métiers* y la reorganización de la escuela de medicina (Corvington 1975:152-155). Port-au-Prince contaba con una serie de teatros tales como el *Théâtre des Variétés* y el *Théâtre National* sobre la rue Bonne Foi y la *Salle Hepburn* sobre place Geffard. La *Salle Hepburn*, con sus 400 butacas, atraía tanto a los talentos locales como a artistas norteamericanos y europeos (Corvington 1975:145).

La cultura popular de los residentes de clase baja florecía en los barrios marginales de Port-au-Prince. Los complejos habitacionales conocidos como *lakou*, que constituían los nichos urbanos de los habitantes de los tugurios eran, en algunos casos, reminiscencias del pasado colonial (Laguerre 1976, 1982a). Aquí, las prácticas de Voodoo eran parte de la vida cotidiana de los residentes, y el sacerdote Voodoo continuaba siendo el curandero y psiquiatra popular. En estos complejos, la familia extensa podía cuidar a sus integrantes enfermos empleando las prácticas de la medicina popular (Laguerre 1982b, 1983). Sin embargo, el Voodoo no constituía una práctica exclusiva de las clases bajas urbanas. Nicholls (1979:133) escribió que "Leon Audain, dirigiéndose a la *Société de Législation* en 1904, reconoce la difusión de la práctica del Voodoo no sólo en el interior sino también en los suburbios de Port-au-Prince".

Los descendientes de los maroons, que pelearon contra los franceses durante la revolución haitiana (1791-1803), seguían manteniendo las tradiciones militares de sus antepasados. Como miembros de sociedades secretas tales como la *Zobop*, *Vlinbinding* y *Bizango*, constituían un cuerpo paramilitar que protegía sus vecindarios respectivos de los intrusos y de otros grupos de Voodoo competitivos (Laguerre 1980). En los barrios bajos de Belair y Morne-à-Tuff, estas sociedades secretas tenían gobiernos ilegales bien organizados y, con frecuencia, eran convocados por la oposición en sus intentos de voltear al gobierno de turno.

Durante el carnaval, que transcurría entre el primer sábado de enero y *Mardi Gras*, la población de Port-au-Prince participaba de las celebraciones callejeras. Cada barrio marginal de la capital patrocinaba a su propia comparsa. Esta competencia por el reconocimiento nacional terminaba, a veces, con peleas cuerpo a cuerpo entre los miembros de las comparsas.

De todos modos, el carnaval era la época en que tanto la élite como las masas salían a las calles de Port-au-Prince con un espíritu de hermandad, solidaridad e identidad nacional, y ánimo de celebrar.

Port-au-Prince se convirtió en centro de la expresión cultural de los grupos étnicos y residentes de larga data que conformaban su población. Su cultura criolla urbana prevaeciente tomó formas diversas, según era expresada por los burgueses de Turgeau o los habitantes del tugurio de Belair. Se estaba perfilando una nueva metrópolis en busca de su vocación internacional. Al igual que La Habana y Santo Domingo, Port-au-Prince, a los ojos de sus residentes y de los visitantes extranjeros, se convertía en una metrópolis en surgimiento.

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este ensayo se leyó en el 8th International Symposium on Urbanization in the Americas, que tuvo lugar en la Universidad de Stanford del 7 al 11 de septiembre de 1982. La investigación correspondiente a este artículo se desarrolló durante mi estadía en la University of California at Berkeley en carácter de Regent's Junior Faculty Fellow. Agradezco a la Research Assistant Lic. Barbara Vincent por su ayuda editorial y a mi secretaria Elmirie Robinson-Cephas por dactilografar la versión final del mismo.

<sup>2</sup> Con el cambio de siglo se tomaron varias medidas legislativas respecto a la inmigración siria a Haití. Poujol (1905:444) escribió que "L'arrivée en masse des individus dits Syriens, loin de rester une immigration modérée, a pris les proportions d'une véritable invasion, au point que le nombre très élevé de ces individus a mérité d'appeler l'attention des pouvoirs publics et peut être la source de graves dangers; des conflits se sont élevés déjà entre eux et les nationaux ... aucune fusion ne semble possible entre ses soeurs et les leurs; ils forment dans la République comme un Etat étranger".

<sup>3</sup> Simon Fass (1976:156) informó que "entre 1879 y 1888 se realizaron las primeras inversiones públicas serias desde la independencia. Se creó un banco nacional, se establecieron conexiones telegráficas de ultramar, y el país ingresó en la Universal Postal Union.

<sup>4</sup> Durante la segunda mitad del siglo XIX, Port-au-Prince atravesó por diversas crisis políticas. Según Rayford Logan (1968:105), "durante los primeros sesenta años de independencia, desde 1804 hasta 1867, Haití contó sólo con diez jefes supremos. Durante los siguientes cuarenta y ocho años, desde 1867 hasta 1915, diez y seis presidentes asumieron el poder por un término promedio de tres años".

<sup>5</sup> Los periódicos y revistas publicados en Port-au-Prince (1860-1914) son de un valor incalculable para la comprensión de la historia de la ciudad y del país. Debido a la falta de compañías editoriales en Haití, la mayor parte de las discusiones relativas a cuestiones de la vieja república se publicaban en las columnas de los periódicos. Entre los periódicos de mayor renombre figuran: *La République*, *L'Opinion Nationale*, *Feuille de Commerce*, *Le Moniteur Haitien*, *La Revue du Commerce et des Tribunaux*, *L'Echo d'Haiti* y *Le Bien-Etre Public*.

## I. Introducción

El estudio del medio ambiente y la calidad de vida urbana en períodos pasados no es ni ha sido un tema de preocupación para los investigadores. En Chile la historia se ha centrado en la explicación de los procesos políticos, prestando particular importancia tanto al desarrollo de las instituciones y la juridicidad, como a las campañas militares y los personajes, tratados estos últimos, muchas veces, en forma anecdótica y aislada del contexto social. Por otra parte, nuestros historiadores del siglo diecinueve y primera mitad del veinte privilegiaron, en muchos casos, el relato cronológico de los hechos oficiales y de aquéllos que han tenido como protagonistas principales a los representantes de los grupos dominantes en la vida política, económica y cultural de la nación. Además de lo señalado, los fenómenos históricos que se describen -intentando en algunos casos su interpretación- son principalmente aquéllos que transcurren en la ciudad capital, en cuanto centro del poder y de decisiones. Pero la ciudad de Santiago, como marco físico que acoge las diversas manifestaciones de los procesos históricos, ha sido escasamente descrita, al menos para la época que nos preocupa.

Muy poco sabemos, en forma sistemática e interrelacionada, sobre el escenario urbano en que se hicieron presentes los múltiples y variados procesos que fueron definiendo la historia del país y de los habitantes de la capital. Fuera de referencias tratadas sectorialmente, no contamos con una descripción y análisis de la estructura urbana y la manera como era comprendida por sus contemporáneos, vinculando esta estructura con el transporte y la localización de las diversas actividades y servicios; la función y uso del hábitat colectivo y el equipamiento en general, así como la calidad de sus espacios; las condiciones de la higiene y la salubridad públicas y sus efectos sobre la salud de los habitantes; el grado de seguridad que protegía la integridad física de las personas frente a la criminalidad, los accidentes y una naturaleza muchas veces hostil y peligrosa; las características de la vivienda y sus marcados contrastes en los diferentes grupos sociales, causa de muchas de las acciones reivindicativas de los sectores más postergados.

Describir estos fenómenos, haciendo un esfuerzo por relacionar todos los antecedentes anotados, puede contribuir, a nuestro juicio, a develar, en algún grado, el ambiente de Santiago en un período pasado, mostrándose el lugar en que se desarrolló la vida ciudadana. Poder detectar los factores que permiten explicar la calidad ambiental de una ciudad constituye ya un primer avance para el objetivo propuesto, más aún si esos factores tienen una permanencia en el tiempo que permite prolongar su utilización en otros períodos y ser aplicables aún a la actualidad, estableciendo una continuidad histórica.

La definición de las variables ambientales que caracterizan la evolución de la estructura urbana en distintas épocas debe ser acompañada por una medición y jerarquización de su importancia, en términos de la percepción que la población de cada período tenía de cada una de ellas como problema que afectaba la calidad ambiental. Las dificultades ambientales son eminentemente subjetivas y cambiantes: dependen no sólo de las distintas perspectivas culturales que acompañan cada momento histórico, sino que además experimentan variaciones de acuerdo al nivel socio-económico del afectado.

La consideración anterior conduce, entre otras, a la necesidad de formular, para los años elegidos como universo temporal del estudio, una periodicidad histórica en términos estructurales, teniendo en cuenta que, por lo general, los cambios políticos, sociales, económicos y culturales constituyen coyunturas globales que actúan como detonantes frente a los fenómenos de largo y mediano plazo, induciendo su alteración.

El objetivo final, no alcanzado aún, no es otro que el de vincular, de manera explícita, la calidad del medio ambiente físico con las particularidades dominantes que manifiesta el sistema social a través de su organización y estructura en los períodos analizados. Los avances que el equipo de investigación pueda ir logrando en este sentido dependerán, en gran parte, de la posibilidad de responder a la hipótesis que el mismo se ha planteado.

Estas hipótesis apuntan fundamentalmente a afirmar que las transformaciones sociales, que definen períodos históricos, modifican en distintos grados la calidad ambiental urbana. Dentro del período elegido -1870 a 1940- se puede detectar una aritmia en el comportamiento social que también se traduce en características diferenciadas de la calidad ambiental urbana. Es así como desde el punto de vista estructural, político, económico y social se pueden detectar, a su vez, tres fases manifestadas en tres calidades distintas del medio urbano en Santiago: 1870 a 1891; 1891 a 1918 y 1918 a 1940.

Otra de las hipótesis planteadas formula que los cambios en la estructura física obedecen no sólo a transformaciones en el sistema social, sino que también y en gran medida a la introducción de nuevas tecnologías. El uso del tranvía como factor que puede explicar la expansión de Santiago más allá de los límites tradicionales que lo circunscribían es un ejemplo, entre otros, de la afirmación anterior.

Asimismo, nos parece que es posible afirmar que los desequilibrios

que se manifiestan en el desarrollo social se traducen en diversas formas de segregación espacial, lo que explicaría las diferencias ambientales entre sectores de la ciudad. Tales desequilibrios pueden ser enunciados bajo aspectos tales como nivel de ingreso, tipo de empleo, estándares de salud, educación, vivienda y servicios, sistemas de participación política y acceso a los medios de comunicación.

El rol que juega la gestión es otra de las hipótesis propuestas. Ella debe ser entendida como reflejo del sistema social imperante que, actuando en diversos niveles de decisión y mediante un instrumental técnico, ayuda a comprender las deficiencias que se manifiestan en la calidad ambiental urbana.

Finalmente, postulamos que la no aplicación de recursos financieros al mejoramiento de los problemas que inciden en la calidad del medio urbano, sea por insuficiencia o distinta asignación de los mismos, constituye otra de las explicaciones para las imperfecciones que podemos observar en el ambiente de la ciudad.

La ciudad escogida por el estudio fue la de Santiago, por ser con mucho la de mayor importancia en la República y la que había concentrado, ya entonces, la mayor parte de la población urbana del país, de la actividad económica y de los servicios. Al mismo tiempo era el escenario donde se manifestaban con gran fuerza los problemas derivados del deterioro ambiental, la segregación de la población y la incipiente congestión urbana.

El período elegido para llevar a cabo el estudio ha sido de setenta años -entre 1870 y 1940-, lo que a nuestro juicio está determinado por factores de gran relevancia. La primera de las fechas señala el inicio de la década durante la cual se realizaron las primeras obras de importancia para remodelar Santiago, obras que transformarían sustancialmente la ciudad y cuya huella podemos detectar hasta hoy: Camino de Cintura, Cerro Santa Lucía, Parque Cousiño, nuevas plazas, ensanche y apertura de calles, edificación de numerosas residencias, etc. La gestión urbana del Intendente Vicuña Mackenna se conjugó con el auge de la explotación de los ricos yacimientos de plata de Caracoles.

El año de 1940, por su parte, marcó un hito en lo político, lo social, lo económico y también en lo urbanístico. Comenzaba en el país un cambio político muy acentuado con el acceso al poder del llamado Frente Popular y se preparaba un vasto programa de fomento de la producción dirigido por el Estado, mientras que grupos emergentes iniciaban un proceso social que adquiriría un gran empuje e imprimiría un estilo a todo el acontecer ciudadano del país. En la década del treinta, la ciudad había contemplado una serie de modificaciones en su estructura y en su conformación espacial, las que no sólo habían permitido recuperar el centro tradicional como lugar de encuentro y de trabajo sino también afianzar su rol de sede administrativa y comercial. Las propuestas urbanísticas del vienes Brunner manifestadas a través de diferentes proyectos seccionales y planes reguladores -varios de los cuales se concretaron en el período- nos llevaron a proponer a 1940 como fecha límite de nuestro estudio.

No obstante lo anterior y de acuerdo a la periodicidad histórica que detallaremos en el capítulo siguiente, hasta el presente nos hemos dedicado de preferencia al análisis de la segunda fase de nuestra época, es decir el lapso comprendido entre 1891 y 1918, privilegiándolo con respecto a los otros dos que componen nuestra investigación. Ello se debe a que la recolección realizada hasta ahora en las fuentes de información detectadas, nos ha entregado una abundancia muy grande de datos de esta época, en desmedro de los períodos 1870 a 1891 y 1918 a 1940, en notorio desequilibrio. La interpretación de los últimos años del siglo diecinueve y primeros del veinte, por lo demás, conforma una de las etapas de la historia de Chile que mayor interés reviste, por ser una época de transición política, económica y social con un gran debate público y con intensas preocupaciones parlamentarias, profesionales y gremiales.

Una de las mayores dificultades que ha debido enfrentar este estudio se centra en los problemas que presenta el método, las técnicas y las fuentes que se han debido usar para llevarlo adelante. El tema de nuestra investigación no ha sido usual entre los historiadores, por lo que no contamos con referencias secundarias a las cuales hacer mención. Ello se explicaría, en gran parte, porque la preocupación ambiental es muy reciente -1970 aproximadamente- aun cuando los desafíos que suscita el medio surgen con la aparición del primer ser humano sobre la tierra.

Las técnicas a las cuales se puede acudir para enfrentar con alguna probabilidad de éxito el resultado de una investigación como la que nos interesa son más bien aproximaciones actuales, que al ser empleadas para épocas pasadas requieren de una reelaboración y adecuación que prácticamente supone la formulación de una metodología propia, desde la selección de las fuentes hasta los instrumentos necesarios para la medición y análisis de los datos.

En el caso de nuestro estudio, el diseño de un modelo descriptivo de calidad ambiental física ha sido de gran utilidad, sin el cual hubiera sido muy difícil identificar los principales factores que pudiesen estar determinando las características del medio urbano. Es así como se seleccionaron seis áreas-problemas con sus correspondientes variables, agentes e indicadores, las que se refieren a la estructura interna de la ciudad, el transporte, el espacio y el equipamiento colectivos, la seguridad, la higiene y salubridad pública y, finalmente, la vivienda.

La incorporación de cada variable al sistema ambiental analizado se efectuó sólo en la medida en que ella era considerada una necesidad imprescindible para la totalidad de los miembros del cuerpo social, sin perjuicio de que pudieran reconocerse distintos niveles de calidad ambiental a partir de la noción de bien básico.

Con respecto al modelo descriptivo de calidad ambiental, es preciso señalar aquí que el mismo presentó algunas dificultades. Entre éstas cabe destacarse el hecho de que no se pudo caracterizar cuantitativamente el problema ambiental debido a que el tipo de fuentes encontrado proporcionaba sólo datos de tipo cualitativo y escasa información que pudiera ser procesada conforme a las técnicas estadísticas. A pesar de lo anterior,

los resultados obtenidos pueden considerarse válidos, en la medida en que reafirman una característica del método histórico cuyas fuentes suelen carecer de cifras que cuantifiquen la realidad de los períodos del pasado.

La mayoría de los antecedentes necesarios para la investigación suelen aparecer en la prensa, tanto diaria como semanal o mensual. Asimismo, han sido muy útiles las publicaciones especializadas y los informes de funcionarios responsables de la atención de algunos problemas derivados de la calidad ambiental urbana. En nuestro medio contamos con gran abundancia de esta clase de fuentes, pudiendo mencionar, entre otros, al Anuario Estadístico, la Revista Médica y la Revista de Higiene -todas las cuales abarcan el período que comprende nuestra investigación-, como así también el Boletín de la Oficina del Trabajo y la Revista de la Habitación cuyos primeros números aparecieron en 1911 y en 1920, respectivamente.

También se cuenta con abundante testimonio fotográfico puesto que en nuestro país las técnicas de la fotografía fueron introducidas en 1850. Ya desde 1870 existen numerosas fotografías de diversos lugares públicos de Santiago, parques, casas particulares e incluso interiores de edificios. En cambio no abundan las vistas de barrios marginales, sectores populares o industriales, apartados de los álbumes turísticos precisamente por el carácter que tienen y los cuales ni siquiera fueron presentados con mucho detalle en los planos de la época. De menor calidad y cantidad son las películas en que aparecen aspectos de la vida urbana: sólo dos o tres para la década de 1920 y otras tantas para la década siguiente.

Otra vertiente importante la constituye la novelística de la época que, aunque se construye sobre una trama de ficción, su contexto físico y social descubre una serie de manifestaciones del entorno que nos parecen de nueva utilidad para los objetivos del trabajo. Novelas tales como "Casa Grande", "Juana Lucero", "El Roto", constituyen testimonios de gran valor para la reconstrucción de ciertos habitats del período que nos preocupa.

Especial mención debemos hacer de los planos que hemos dibujado con motivo de esta investigación. En primer lugar, se recolectaron todos los que pudieron ser encontrados y que reproducían total o parcialmente la ciudad de Santiago. Esto permitió rehacer su verdadero trazado en los años que abarca nuestro estudio, para lo cual se confrontaron los distintos antecedentes tanto planimétricos como de otra fuente (novelas, prensa, fotografías y testimonios orales), lográndose una rectificación de los ya conocidos. Actualmente disponemos de planos referidos a los años 1875, 1894, 1906, 1916, 1924 y 1940, todos los cuales cubren satisfactoriamente el período escogido. En ellos esperamos vaciar el contenido de las diversas variables en estudio, método que nos proporcionará una visión muy completa del comportamiento de los componentes ambientales que nos hemos propuesto analizar.

## II. PERIODOS QUE COMPRENDE EL ESTUDIO

Para trazar los supuestos históricos que estiman de más importancia, los historiadores suelen recurrir a la periodización, que llega a constituirse, en sí misma, en una hipótesis que deberá ser confrontada con los hechos que se investigan y así probar su plausibilidad. La periodización será, por lo tanto, un esquema básico para explicar la manera cómo se relacionan los datos de que se dispone, convirtiéndose, como hemos dicho, en una hipótesis o en un conjunto de hipótesis mediante las cuales se hará el análisis de los antecedentes recogidos y de los hechos recopilados, aplicándoles una ordenación cronológica de acuerdo a la tradición historiográfica más antigua.

En los párrafos siguientes mostraremos tres etapas o períodos a través de los cuales pensamos investigar el tema que nos ocupa y desde donde plantearemos el problema global: 1) 1870-1891; 2) 1891-1918; 3) 1918-1940. Son períodos de corta duración -entre 27 y 21 años- lo cual presenta como ventaja metodológica concentrar los datos en unidades sucintas y concisas que permiten observar mejor los hechos conocidos. Además este procedimiento posibilita trabajar períodos más homogéneos, fácilmente distinguibles, con datos muy correlacionados, que permiten la mejor comprensión del fenómeno haciendo muy confiables las conclusiones obtenidas.

### 1. Primera fase: 1870-1891

Fue una época en que el presidencialismo chileno comenzó a declinar hasta ser derrotado en la guerra civil de 1891. En este período, la crisis económica de 1870, detenida en Chile momentáneamente por el descubrimiento de la plata de Caracoles, marcó toda la década y sólo fue conjurada gracias a la guerra del Pacífico que incorporando ricos depósitos de salitre, devolvieron prosperidad a la economía chilena. Grandes riquezas fluyeron sobre Santiago y la región central colaborando en la expansión urbana.

La población de Santiago se elevó de 115.000 habitantes en 1865 a 260.000 en 1895, mientras quedaba de manifiesto su poca capacidad para recibir y albergar a los nuevos contingentes humanos que pasaron a residir en ella. Contribuían también a esta expansión las obras de infraestructura realizadas por el Estado, en particular los ferrocarriles, que influyeron en la instalación y puesta en marcha de la industria metalúrgica y en la formación de una mano de obra calificada que era necesaria para la operación y mantención de los equipos, estaciones y demás partes vitales de la obra.

Este crecimiento industrial, modesto en sus orígenes, no era capaz de absorber las masas humanas migrantes desde el exterior de la ciudad. Produjo, en cambio, modificaciones en la mentalidad dominante de la época y dejó también su sello en algunos barrios nuevos de la periferia donde estas industrias crearon grandes sectores de habitación popular, a veces

modestos, desconocidos hasta entonces en la ciudad. Por su parte, la guerra de 1879 con Perú y Bolivia llegó a ser consumidora de numerosos contingentes de mano de obra urbana aliviando momentáneamente su presión. Más tarde, la explotación del salitre dió, a estas mismas masas, posibilidades que la ciudad no podía ofrecer.

En este momento y en este clima se desarrolló la gran remodelación propiciada por el Gobierno a través de la Intendencia de Santiago, y se continuó en algunas obras concretas -como la canalización del río Mapocho hasta por lo menos 1890- absorbiendo también parte de los migrantes o, aun, atrayendo candidatos para trabajar en estas obras, agravando así el problema. Estos hechos generaron el desarrollo de nuevos sectores habitacionales muy miserables, donde el aire se encontraba viciado por las emanaciones de las industrias, incineraciones y basurales, donde la única agua disponible eran las aguas servidas evacuadas desde otros sectores de la ciudad y donde el suelo urbano eran terrenos que correspondían a antiguos basurales.

Queremos detenernos en el problema de la crónica escasez de agua potable que sufría la ciudad, en especial sus sectores más modestos. Se calculó, en 1865, que la necesidad por persona era de veinte litros diarios. Pero, en definitiva, sólo se tomaron en cuenta: el sector central con 3.009 casas y 44.000 habitantes, el nuevo barrio de Yungay con 14.000 residentes, más cuatro baños públicos, cincuenta pilones para sectores periféricos y necesidades de regadío, todo lo cual hizo un total de 2.394.000 litros de agua diarios. Sin embargo, en 1867 cuando se inició el servicio, éste sólo abastecía a 908 casas en el sector más céntrico. Este número creció muy lentamente hasta cubrir la mayor parte de la ciudad sólo a principios del siglo XX.

Dadas estas condiciones, no es de extrañar que las epidemias asolasen los barrios periféricos. Así el cólera en 1887 y 1888, la fiebre tifoidea en 1874, 1875 y 1895, la viruela en 1872, 1873, 1876 y 1888, pudiendo observarse que esta última aparecería cada tres o cinco años, muchas veces en consorcio con el cólera, el tifus y otras no menos graves. La lucha en contra de estas enfermedades, al no ser atacadas las causas, parecía destinada a no producir ningún resultado y así, la fundación de dos nuevos hospitales durante este período no detuvo el flagelo que diezmaba a la población. Tampoco lo consiguieron los lazaretos situados en la periferia urbana, los que solo servían para consignar las defunciones.

### 2. Segunda fase: 1891-1918

Las fechas con que se inicia y con que termina esta etapa tienen una explicación que se sujeta más a los fundamentos de la historia política e institucional que a razones de tipo social y económico, aunque estas últimas también marcan fuertemente el término del período.

Sin embargo, conviene recordar que durante toda esta etapa tuvo lugar un largo debate sobre lo que se llamó la "cuestión social", es decir, sobre las condiciones tan desmedradas en que se debatían los sectores más modestos de la sociedad, tanto en la ciudad como en los campos y las mi-

nas. En ese sentido, 1891 está marcado por un sentido profundamente social, debido a la influencia de la encíclica papal "Rerum Novarum" que llegó a Chile ese mismo año y que obligó a los católicos en conciencia a tomar nota y buscar remedios a estos problemas. En lo político, 1891 significó el comienzo de la etapa llamada del "parlamentarismo"; se dictó la ley de la comuna autónoma que dividió el territorio nacional en numerosas comunas, llevando el ámbito municipal a todos los extremos del país. Por otra parte, en el año de 1918 triunfó la Alianza Liberal en las elecciones y se inició en el país un período de profundas transformaciones, como la búsqueda de mejoras para los males tantas veces denunciados.

Aunque a veces las leyes quedaban sólo como expresión de buenos deseos, en muchos casos ofreció soluciones concretas. Por ejemplo, la ley de la Comuna Autónoma determinó que las municipalidades deberían preocuparse de los diversos problemas ambientales a través de diversas facultades; todo lo relativo a desagües, acequias y cloacas; baños públicos gratuitos; mataderos y mercados; fábricas o industrias insalubres; vivienda popular; vacunación de la población; desinfección y otros. En 1906 se sancionó la ley 1838 sobre Consejo de Habitaciones para Obreros que estableció diversos beneficios para su construcción y que se preocupó de levantar las primeras poblaciones para sectores modestos. Finalmente, las normas sobre Consejos Provinciales de Higiene dictados en 1900 siguieron una trayectoria que muchas veces significó un alivio en los problemas higiénicos que sufría la población.

Con todo y pese a estos avances, las circunstancias no mejoraron dentro de la ciudad de Santiago. El período 1891-1918 se caracteriza por una expansión urbana muy poco controlada, y un aumento de las malas condiciones de vida para los sectores populares. La mayoría de los habitantes vivían en ranchos, y sobre todo, en conventillos o en cuartos redondos, cuyo número era muy alto y cuyas condiciones, a juzgar por las opiniones de los Consejos de Higiene, no podían ser peores. Con esto las epidemias registradas durante el período anterior aumentaron. Por ejemplo, la viruela permaneció irreducible durante los años 1890 a 1893 alcanzando un promedio de dos a tres víctimas diarias entre quienes recurrían a los lazaretos. Recién hacia la década de 1920, dejaron de registrarse muertes por esta enfermedad. La fiebre tifoidea era otra de las enfermedades que parecían endémicas en la ciudad de Santiago, y así permaneció durante casi todo el siglo XIX, y aún en 1907, hacía estragos en Valparaíso. Entre 1919 y 1921, apareció el tifus exantemático, propagado por los piojos, y que causó gran número de víctimas en Santiago.

En otro orden, en 1910 se inauguró el alcantarillado en esta ciudad, aunque al principio sólo comenzó a servir a contados sectores centrales. En 1918, todavía los arrabales mantenían el antiguo sistema de las acequias. Algo semejante ocurría con el agua potable, cuya escasez se hizo mayor hacia 1909 -pues faltaban nuevas fuentes de abastecimiento- y se solucionó con la incorporación de la Laguna Negra en la década de 1910.

### 3. Tercera fase: 1918-1940

El año 1918 fue muy significativo para la historia política de Chile. En primer lugar, el día 3 de marzo fueron las elecciones parlamentarias donde triunfó la Alianza Liberal que permitió el planteamiento de un avanzado programa de reformas sociales al Parlamento. Pocos meses más tarde, falleció el Arzobispo de Santiago y fue reemplazado por monseñor Crescente Errázuriz Valdivieso quien inauguró un nuevo estilo al dirigir su acción de preferencia a los sectores sociales más desposeídos, y que mantuvo tal relación con el Estado que permitió la separación entre ambos sin problemas ni rencores. Por otro lado, la finalización de la Primera Guerra Mundial en diciembre del mismo año significó para el país la caída de las exportaciones de salitre -su principal producto de exportación y de comercio exterior-, sumiendo a Chile en una profunda crisis económica y produciendo una agitación social que se tradujo en mayor número de huelgas y protestas populares, que desestabilizaron la vida política de los años 1920.

Las nuevas autoridades propiciaron numerosas reformas sociales que tocaron la legislación nacional y cambiaron las condiciones en que se desarrollaba la vida y la labor de una parte considerable de las clases bajas. Las leyes sociales de 1924, el Código del Trabajo de 1931 y otras leyes semejantes sobre medicina preventiva, habitación popular, servicio de salud y otras, impulsaron desde luego cambios notables en la sociedad chilena. Finalmente, cerró el período el triunfo de la alianza política llamada del Frente Popular que ganó las elecciones presidenciales de 1938 y las parlamentarias de los años siguientes, abriendo una etapa de consolidación de las reformas realizadas e iniciando una fase donde habría de predominar un impulso industrializador, fomentado por el Estado a través de organismos *ad hoc*.

Todos estos cambios, naturalmente, repercutieron en la estructura y forma de la ciudad de Santiago. Esta había continuado su crecimiento acelerado y los 333.000 habitantes que tenía según el censo de 1907, aumentaron a 507.000 en 1920 y a 696.000 en 1930 para llegar al millón de habitantes a finales del período que nos ocupa. Este desarrollo acelerado significó que, desde 1920, la ciudad había incorporado extensos territorios a su trazado, en especial hacia el oriente, poniente y sur, donde fue preciso crear nuevas comunas y municipios.

Pero esto no quería decir que hubiesen mejorado las condiciones medio ambientales de Santiago ni mucho menos. Todo lo contrario, a los problemas heredados de la etapa anterior se le sumó el nacimiento y proliferación de las barriadas periféricas llamadas "callampas", que terminaron por sustituir al conventillo como la clásica vivienda popular. Todo esto significó, sin duda, un empeoramiento de las condiciones de vida material de estos grupos populares tan modestos. Las tomas de terreno, los "loteos brujos" (es decir ventas de terrenos sin cumplir con los requisitos exigidos de urbanización), y otras acciones semejantes, eran un mecanismo muy importante del crecimiento de la ciudad hacia todos los extre-



mos. Se conservaba un gran deterioro físico-funcional en la parte céntrica de Santiago, donde se denunciaban continuamente algunos atentados a la salud pública: mantenimiento de basura y desperdicios por mucho tiempo en las calles, tolerancia a la existencia de cuartuchos húmedos y sucios donde se expendían comestibles en las peores condiciones de desaseo. Como hemos dicho, todavía a principios de la década de 1920 había extensos sectores sin agua potable ni alcantarillado sirviéndose del agua de las acequias.

Por un lado, la acción municipal o gubernativa era ineficaz y, por el otro, la crisis económica que azotaba al país desde 1920 y con períodos alternativos hasta fines de la década de 1930, arrojaba hacia las ciudades grandes masas de habitantes en busca de solución a sus problemas, haciendo ilusoria cualquiera programación para remodelar o mejorar las condiciones de vida de los suburbios.

Por ello, fue a partir de 1940, cuando las autoridades iniciaron un gigantesco plan de mejoramiento a través de organismos preocupados por la vivienda (como fue el caso de la Corvi), por la salud (como ocurrió con el Servicio Nacional de Salud) y por la educación (con el fomento de la obligatoriedad de la enseñanza y su ampliación a todas las esferas). El resultado se tradujo en un mejoramiento muy alto cuyo inventario aún no ha sido hecho y que, por ahora, escapa para los efectos de nuestro trabajo.

### III. Caracterización ambiental del período

Las consideraciones que a continuación se exponen constituyen las primeras respuestas a las hipótesis de trabajo planteadas al inicio de nuestra investigación. Por lo tanto no tienen un carácter definitivo y podrán ser sometidas a revisión en una etapa posterior de acuerdo con los nuevos antecedentes que vayan apareciendo durante el desarrollo de nuestro trabajo.

De acuerdo a la información recopilada y al análisis que de ésta se hace en el tratamiento de cada una de las áreas -a saber: estructura interna y transporte, espacio colectivo, seguridad, higiene y vivienda- la conciencia del problema ambiental estuvo presente durante todo el período. En la mayoría de los casos ella se percibe claramente a través de las denuncias que los contemporáneos, dentro del país, hacían constantemente tanto en el Parlamento, la Iglesia, y otros organismos representativos, como a través de los medios de comunicación o de las diversas obras literarias que aparecían por aquel entonces. Igualmente se encuentran ácidas y mordaces referencias en los testimonios que dejaron los viajeros extranjeros al regresar a sus países de origen.

Sin embargo, la gran mayoría de dichos problemas no fueron aceptados o asumidos con la prontitud necesaria, permaneciendo inalterables durante gran parte del período en estudio. Aún más, a un profesor extranjero, contratado por la Universidad de Chile, le fue cancelado su contrato por haber publicado en Alemania un artículo muy crítico sobre las condiciones de vida que había observado durante su estancia en Santiago.

Algunos podrán argumentar que la implementación de soluciones para estos problemas involucraba costos que el país no estaba en condiciones de realizar. Con todo cabe señalar que fue justamente durante fines del siglo pasado y en las primeras décadas del actual cuando Chile vivió momentos de gran bonanza económica a causa de la explotación de sus minerales, en especial el salitre.

Otros sostenían que el problema ambiental era de difícil solución al no existir organismos que, mediante un conjunto de normas y leyes reglamentarias, fiscalizaran e implementaran las soluciones a cada uno de los problemas, especialmente aquellos relacionados con las condiciones de habitación e higiene de los sectores populares. Sin embargo, el Estado demostró que podía hacerlo cuando, en ciertos casos y frente a las críticas que arreciaban, creó organismos tales como la Caja de la Habitación Obrera o el Consejo Superior de Higiene, cuya benéfica acción pronto pudo apreciarse y cuyas normas podían servir de modelo para implementar, en su época, una acción dirigida a regular el problema ambiental. Muchas de éstas y otras medidas fueron llevadas a cabo desde fines del siglo XIX aunque, por desgracia, su aplicación fue muy reducida y no atendían a solucionar el problema global, el que, por lo tanto, continuó arrastrando sus penosos efectos.

El problema radicaba, a nuestro entender, en la forma en que se encaraba el problema del medio ambiente, aunque no estamos en condiciones de afirmar todavía si ello se debía a una incapacidad de las autoridades

des de gobierno o bien a que no existía una verdadera voluntad política para resolverlos, quedando en algunas medidas dispersas e ineficaces y en los encendidos discursos que hacían el efecto de un sedante sobre un cuerpo enfermo. Cabe recordar que el sistema parlamentario imperante se caracterizó por una gran anarquía y, consecuentemente, muchos de los proyectos y leyes presentados a las cámaras para remediar los problemas quedaron sin ser resueltos satisfactoriamente y terminaron por engrosar los archivos en espera de mejor suerte.

Por otro lado, la incipiente organización de la clase obrera, si bien comenzó a operar a través de acciones reivindicativas contra los problemas derivados de la mala calidad o de la carestía de la habitación o contra la escasez y también carestía de los alimentos, no constituyó, sin embargo, un elemento de presión suficiente como para producir una reacción de las autoridades del Estado que implementara medidas tendientes a solucionar, en forma rápida y eficaz, los problemas que aquejaban a dichos sectores. A pesar de ello, a raíz de la presión ejercida sobre las autoridades durante un largo período, se consiguió en el año 1906 el dictado y promulgación de la Ley de la Habitación Obrera. Pero recién en 1911 encontramos el primer resultado práctico de aplicación de dicho cuerpo legal, mediante las poblaciones Huemul, San Eugenio y Matadero, estas dos últimas entregadas en 1912.

A continuación, exponemos, resumidamente, las principales características de cada uno de los componentes ambientales enunciados en esta investigación.

### 1. Estructura interna y transporte urbano.

En lo que respecta a esta importante variable y según los datos que en esta etapa han sido reunidos, podemos consignar las siguientes impresiones:

En primer término cabe señalar que la estructuración que la ciudad ofreció durante el período analizado constituye un soporte físico de gran calidad y a su vez de gran claridad espacio-formal, características que daban a Santiago, en aquella época, una notable superioridad sobre la estructura interna que ofreció en épocas posteriores. Lo mismo puede decirse de su arquitectura, edificación y organización, que dieron a esta ciudad, a finales del siglo XIX y principios del XX, uno de los más altos grados de urbanidad en su historia (legibilidad, interacción, coherencia de la trama, buen servicio de transporte, parques, etc.).

Este producto-ciudad fue el resultado de la concurrencia e interacción de tres factores. En primer lugar, la importancia que adquirió el factor económico. Tal como lo hemos señalado, el país pasaba por un período de apogeo en cuanto a la explotación de su principal producto de exportación: el salitre. Esto generó grandes flujos de capitales hacia el país fundamentalmente hacia Santiago, lo que derivó en una mayor capacidad gubernamental para la inversión pública y reforzó, en lo económico, a la clase dominante y dirigente, la cual, a través de su preocupación por

asimilar su forma de vida al patrón europeo predominante, ejerció también una gran influencia sobre la ciudad.

En segundo lugar, la conmemoración de las Fiestas del Centenario de la Independencia del país se tradujo en un vasto programa de edificación y hermoseamiento de la ciudad, fundamentalmente orientado a dotarla de edificios de carácter público, necesarios para una ciudad primada y capital administrativa de la Nación (museos, bibliotecas, tribunales de justicia, templos, clubs y otros).

Finalmente, en tercer lugar, la existencia, en Chile, de una corriente de pensamiento generalizada acerca de los problemas de la ciudad, tanto en el nivel de los organismos de gobierno como de ciertos grupos sociales de profesionales e intelectuales. Así, encontramos una cantidad de proyectos de remodelación urbanos entre 1905 y 1920, que planifican hermosear la ciudad dotándola de amplias avenidas y diagonales, así como de numerosas plazas y parques. Esta coincidencia fomentó, por un lado, los estudios urbanísticos y la especialización de muchos arquitectos de los cuales el más destacado parece ser Carlos Carvajal, y por otro, el interés de la ciudadanía entera por los problemas de la urbe, lo cual se tradujo en una acción parlamentaria que pronto fue recogida por las autoridades ejecutivas, culminando con la gestión edilicia del Intendente señor Alberto Mackenna Subercaseaux durante la década de 1920.

Las consideraciones anteriores se expresaron en la estructura de la ciudad, otorgándole la claridad formal necesaria para constituir el soporte físico adecuado que debía facultar su desarrollo funcional. Así pudieron ordenarse espacialmente las actividades en un casco urbano cuyos límites eran muy definidos, aunque éstos, ya a principios del siglo XX, mostraban claras tendencias a rebasar los límites hacia el norte, sur, sureste y oriente.

El medio natural que, desde la época colonial hasta la primera mitad del siglo XIX, condicionó fuertemente a la estructura urbana al contar con umbrales de difícil penetración (tales como el río Mapocho, el cerro Santa Lucía y las chacras y quintas constituidas en mayorazgos) fue modificado favorablemente para el uso y funcionamiento urbano al proveerla desde 1870 de nuevos sectores para su desarrollo.

Tal como advertíamos anteriormente, durante este período la ciudad ofreció una estructura de auténtica lectura e identidad para sus habitantes, ya que, aunque contaba con pocos elementos funcionales, tenía una jerarquía de espacios urbanos y de canales de circulación. La Alameda, indudablemente, era el elemento estructurador de la ciudad de mayor fuerza. Concurría, sobre esta avenida, la mayoría de los espacios de importancia y, a su vez, ésta penetraba en los barrios más prominentes: la Estación Central de Ferrocarriles, el Palacio de Gobierno, el paseo del cerro Santa Lucía y, a través de la Avenida Ejército Libertador, el barrio más destacado de la ciudad por su riqueza y distinción. Todo ello reforzaba el carácter de la avenida en el sentido oriente-poniente. En el sentido norte-sur, la antigua vía del "Camino del Inca" conformaba el otro eje cuya continuidad estaba determinada por las calles Independencia, Ban-

dera, San Diego y su prolongación hacia San Bernardo a través de la Gran Avenida. Sobre este eje accedían o se ordenaban otros puntos estructuradores tales como el Parque Cousiño y el Club Hípico (también conectados al eje oriente-occidente), la Plaza de Armas, la Estación Mapocho y el Complejo del Abasto definido por la Vega y el Mercado Central. De hecho, todos estos elementos que pueden considerarse configurantes, se encontraban presentes en todos los planes de transformación realizados en Santiago durante este período. Por tanto, los dos ejes descritos definían cuatro cuadrantes, a los que habría que agregar, además, el significado que adquiriría el río Mapocho, convertido en el otro elemento modelador de la forma urbana -especialmente en el centro de la ciudad- cualidad que aún hoy día puede apreciarse.

La estructura de ejes y bordes descrita dejaba, entonces, distintos sectores donde se ordenaba, de modo preponderante, la función residencial. Todos ellos giraban en torno al sector central de la ciudad encerrado en el viejo triángulo fundacional, definido por la Alameda y el río Mapocho hasta aproximadamente la calle de Teatinos. En este sector se encontraban concentradas las funciones y actividades más especializadas en el nivel urbano que satisfacían las necesidades de la población que habitaba los barrios residenciales existentes. En sus extremos, en cambio -tal como ocurría en las proximidades de las Estaciones Central y Yungay por ejemplo- y aprovechando las ventajas locacionales que representaba la cercanía del ferrocarril, se encontraba ubicado el sector industrial. Este mismo ferrocarril, por la parte sur de la ciudad, definía el emplazamiento de las primeras poblaciones obreras construidas tanto por el Estado como por particulares.

Evidentemente, la descripción anterior corresponde a una exaltación de la estructura suyacente de la trama santiaguina del período analizado. Es decir a la forma física que el habitante urbano rescataba de la ciudad al usarla, para posteriormente internalizarla como "la ciudad". Justamente, la coincidencia entre la estructura subyacente y la aparente, lo que la ciudad realmente era, es lo que nos hace afirmar que la estructura de Santiago durante este período era de una gran claridad.

Hay otros elementos que no aparecen pormenorizados en la descripción realizada tales como las expansiones que lentamente la ciudad comenzó a experimentar hacia el oriente, el sur y el poniente, en distintos grados de calidad ambiental. En la medida en que asumimos que la claridad de una estructura es función de la coincidencia entre subyacencia y apariencia, creemos que ellas produjeron un alejamiento de los puntos de interés urbanos, derivando para el habitante en una disociación de ambas categorías al habitar una ciudad compleja de entender en términos de su desarrollo como totalidad. Esa pérdida de claridad se hizo presente a fines del período analizado, permaneciendo así por mucho tiempo.

Relacionado muy de cerca con las consideraciones anteriores, está lo relativo al tránsito urbano, en especial, al transporte público, establecido en Santiago desde mediados del siglo XIX. Se trataba de los célebres "carros de sangre" de los cuales, ya en 1890, había unos doscientos que cu-

brían los principales sectores de la ciudad. En septiembre del año 1900 se inauguraron los tranvías eléctricos, los que alcanzaron lugares que estaban fuera de lo que podía considerarse el radio urbano, tales como Tobalaba y Plaza Nuñoa, el Llano Subercaseaux y otros semejantes. Por tal razón, algunos historiadores han planteado la tesis de que la expansión urbana hacia los extremos actuales se debe a la expansión de la líneas de tranvías y que sería éste el principal factor del crecimiento de la ciudad. En 1910, habían en Santiago 280 ómnibus en servicio que cubrían 26 líneas del recorrido y, diez años más tarde -época del mayor auge de este sistema- había 40 diferentes recorridos que incorporaron todo el área urbana y muchos de sus alrededores.

Los tranvías fueron también causa de transformación del paisaje urbano: nacieron con ellos diversos elementos tales como postes, cables, paraderos, terminales y diversas señalizaciones que modificaron la vieja imagen de la ciudad. Junto con esto, y a medida que los viejos medios de transporte cedían su lugar a los modernos, los tranvías comenzaron a verse involucrados en inconvenientes de tránsito, provocando agudos problemas de circulación, especialmente, en las calles más angostas del casco antiguo. A la vez, por ineficiencia de su administración y conducción, y a medida que aumentaba el número de usuarios en forma alarmante, fue insuficiente su número y su capacidad para trasladar a todos los que en forma creciente precisaban este servicio.

## 2. Espacio colectivo y equipamiento urbano

En lo que respecta al espacio colectivo, debemos hacer presente algunas consideraciones que nos parecen significativas como conclusiones preliminares del estudio. En primer lugar, la existencia de espacios arbolados y parques es la consecuencia de una obra de artefacto, no solo en cuanto a que todo proceso de transformación del medio natural obviamente lo es, sino también en la medida en que tanto las especies que se usan como el diseño, proceden, en muchos casos, de un medio y un ámbito histórico-cultural muy diferentes al de la época en Chile. En efecto, en ese período como ahora, las condiciones climáticas de la región de Santiago eran semidesérticas, con una formación vegetal típica compuesta por matorrales de espinos y una rica cubierta herbácea de gramíneas y bulbos que florecían en primavera. Solo existían bosques aislados de maitenes en el cerro San Cristóbal y el Maquehue, y quillayes, todavía abundantes, en el Cajón del Maipo y La Dehesa, encontrándose pequeños conjuntos de pataguas y peumos en la zona conocida como Agua del Palo. Sin embargo, los parques con que contaba la ciudad en este período eran el producto de una arborización no nativa en su mayor parte, la que por lo demás se adaptó extraordinariamente bien a las condiciones climáticas y edafológicas de nuestro medio. Por otra parte, los diseños empleados en una parte importante de los parques eran muy diferentes a los que configuraron los lugares públicos de esparcimiento en épocas anteriores a la de nuestro estudio: anchas avenidas de trazado recto y suelo duro, bordeadas de acequias que regaban filas de árboles. Si recordamos algunos de

los espacios creados en la época o las transformaciones de la Plaza de Armas, podemos comprobar la existencia de conceptos y trazados importantes para organizar los lugares de recreación y esparcimiento de la población.

Otra consideración que es posible formular sobre los parques y áreas libres de la ciudad es su relativa abundancia en relación a la superficie construida. A pesar de los reclamos y lamentaciones de algunos medios de comunicación de la época, podemos estimar que, comparativamente con la situación actual, la cantidad de áreas destinadas a grandes parques y jardines era extraordinariamente generosa para una población que al comenzar el siglo era de 250.000 personas aproximadamente y once años después alcanzaba a 332.724, ocupando una superficie de 3.000 hectáreas en el primer caso y 4.509 en el segundo (casi la décima parte de la actual). Ya existían, además de muchas plazas el Parque Cousiño, la Quinta Normal de Agricultura, el Santa Lucía, el paseo de la Alameda, el Parque Forestal, y el Club Hípico el que, aunque era un recinto privado, llenaba con creces la función de espacio de recreación y esparcimiento de al menos una parte de la población de Santiago. La ciudad contaba, además, al finalizar el período de nuestro estudio (1918), con el cerro San Cristóbal (al menos entre Pío Nono y Pedro de Valdivia) y con el nascente Parque Centenario, con lo que la capital más que duplicaba las 250 hectáreas que aproximadamente representaban los parques arriba mencionados.

Si bien es cierto que la ciudad aparecía satisfactoriamente dotada de espacios libres, no es equivocado afirmar que era usufructuado, en muchos casos, por solo una parte de la población. Había una apropiación diferenciada del hábitat colectivo, que excluía a los sectores de la sociedad de menores recursos a los que les resultaba imposible sobrepasar las barreras culturales y psicológicas que separaban a los distintos grupos sociales. Aún cuando no existían impedimentos físicos, estos grupos estaban excluidos del uso de ciertos espacios públicos, los que, por otro lado, carecían de significado e importancia para su identidad social. Sólo en ciertas festividades estos lugares adquirían sentido y se volvían accesibles para toda la ciudadanía, transformación que desaparecía terminada la celebración. Sin embargo, al despuntar la década del veinte, la situación experimentó profundos cambios, dada la creciente importancia que alcanzó la llamada clase media, como resultado de las transformaciones político-sociales que se suscitaron.

La preocupación de las autoridades por crear y conservar parques y áreas verdes y por proveerlos de equipamientos de buena calidad formal y material, puede explicarse por el hecho de que estos espacios dedicados al esparcimiento y la recreación estaban asociados tanto en su uso como en su significado, a los grupos altos de la población. La coherencia que observamos en los diseños responden a un estilo europeo en boga en la época y con el cual la sociedad santiaguina se identificaba con agrado.

Sobre los diferentes servicios públicos analizados, desde el punto de vista de la abundancia y la calidad de las edificaciones, es preciso

señalar que ellas alcanzaban, en general, un muy buen nivel. Santiago experimentó un notable cambio, producto del esfuerzo desplegado por el sector público para dotar a la ciudad de un impresionante conjunto de equipamiento colectivo, especialmente aquel que acogía funciones administrativas, culturales, de abastecimiento, recreación y transporte ferroviario. Lo anterior debe entenderse dentro del empeño puesto por las autoridades que celebran con gran solemnidad y pompa el primer centenario de nuestra gesta emancipadora, al cual contribuía con mucha propiedad la edificación edilicia. Las construcciones se revistieron con el estilo ecléctico de fines de siglo, utilizaron el acero para salvar las grandes luces e introjeron una nueva imagen urbana, que cambió los puntos de referencia tradicionales y la legibilidad de Santiago. El país gozaba de gran prosperidad económica y el financiamiento fluía generoso para los edificios que realzaban el aspecto de la capital de Chile, escenario del accionar del poder político, económico y social de la época.

Solo las escuelas públicas y varios de los establecimientos hospitalarios y de salud no parecen haber recibido una atención prioritaria por parte del Estado, debiendo adecuarse las antiguas construcciones, anteriores a 1891. Su deterioro y vetustez no alcanzaban a perturbar la faz representativa de la ciudad y los reclamos de los usuarios y algunos profesionales no lograron comprometer la tranquilidad pública y el esplendor de las fiestas del Centenario.

### 3. Seguridad

El ítem seguridad abarca varios aspectos diferenciados y que se distinguen claramente entre ellos. Por tal razón, nos referimos tanto a la policía, su organización y atribuciones, como a instituciones privadas de seguridad tal como lo fue el Cuerpo de Bomberos voluntarios. Se incluyen también en este rubro los problemas referidos a la criminalidad y la delincuencia y aquéllos causados sin un manifiesto ánimo doloso (tales como los accidentes del tránsito), los accidentes de la naturaleza (terremotos e inundaciones) y algunos problemas referidos a servicios (interiores a la vivienda, como iluminación y calefacción, o exteriores a ella, como los relativos a pavimentación urbana e iluminación de plazas, avenidas, calles y paseos).

De los datos reunidos se desprende que la organización de los servicios de seguridad policial y bomberil fueron progresando lentamente. La policía pasó de ser una serie de cuerpos sin relación institucional (según las leyes de 1854, 1887, 1891 y 1896) ganando en eficiencia y homogeneidad. La delincuencia, gracias a esto, llegó a ser mejor controlada aunque los delitos y faltas no disminuyeron.

Al margen de lo anterior, quisiéramos dejar esbozada una idea que nos parece fundamental y sobre la cual las próximas investigaciones tendrán que profundizar en la búsqueda de los indicadores adecuados. Se trata de la identificación de "áreas criminogénicas", vale decir, de aquellas zonas, enclaves del delito, que afectaron determinados territorios de

la ciudad, en las cuales los índices de criminalidad, la frecuencia de los delitos, etc., alcanzaron sus máximas expresiones.

Los bomberos, por su parte, fueron mejorando sus equipos a partir de principios de este siglo. La acción, tanto de la policía como de los bomberos, llegó a ser muy importante para controlar los desastrosos efectos causados por los terremotos, inundaciones y demás catástrofes naturales que asolaban a la población de Santiago, especialmente en lo que respecta al salvataje de vidas humanas y al resguardo de la propiedad privada y pública.

Por último, por lo que dice relación a los servicios domiciliarios y a la iluminación pública y pavimentación, no se encuentra una correspondencia real entre las obras concluidas y las necesidades reales. Entre 1891 y 1918, el centro y algunos barrios se vieron favorecidos con estos servicios mientras que la gran mayoría de la ciudad no disfrutó de buena iluminación de calles, plazas y paseos, ni tampoco de buena pavimentación.

#### 4. Higiene y salubridad pública

La higiene y salubridad pública de la ciudad de Santiago en la época de nuestro estudio estuvo estrechamente ligada a tres factores principales: agua potable, sistema de evacuación de las aguas servidas y, por último, sistema de aseo y recolección de desperdicios y localización de los basurales.

El problema derivado de la escasez de agua potable pareciera no haber dependido del medio ambiente natural, ya que en las cercanías de Santiago existían buenas fuentes potenciales de abastecimiento. Por otra parte, ellas se encontraban en los sectores altos de la ciudad, razón por la cual se contaba con la pendiente adecuada, no existiendo la necesidad de hacer grandes y costosas plantas de elevación del agua.

Sin embargo, durante el período estudiado, el agua escaseó en Santiago, y según consta en las denuncias realizadas por los medios de comunicación de la época, el problema fue en aumento. Es así como en 1903 la *Revista de Higiene* (vol. IX) destacaba que por falta de este servicio, muchos se veían obligados a beber agua de las acequias. En enero de 1909 otras fuentes señalaban que las autoridades estaban preocupadas por la falta de agua, lo que era especialmente grave en los sectores populares de la ciudad.

La crisis en el abastecimiento de agua potable, derivado del aumento del consumo diario de la ciudad, se puede apreciar en el siguiente cuadro:

|      | Consumo Diario        | Producción |
|------|-----------------------|------------|
| 1895 | 19.500 m <sup>3</sup> | 33.000     |
| 1900 | 34.160                | 60.680     |
| 1904 | 38.500                | 61.490     |
| 1908 | 54.230                | 65.052     |

Fuente: *Anuario Estadístico 1909*, pág. 666 y *Revista de Higiene*, vol XVI, 1910.

Vale decir que mientras el consumo diario se triplicó debido a los aumentos de población generados en gran parte por las migraciones rurales y mineras la producción sólo se duplicó. Este fenómeno y la permanente denuncia realizada por los medios de comunicación obligaron al Gobierno a tomar medidas encaminadas a solucionar el problema, dotando a la ciudad de nuevas fuentes surtidoras.

Es necesario destacar que, en todo caso, este problema se venía arrastrando desde mediados del siglo pasado. Ya Vicuña Mackenna había sugerido la necesidad de captar aguas de Laguna Negra, proyecto que sólo se hizo realidad en los años 1915-1916. La escasez de agua se debía, entonces, a la ineficiencia de los poderes públicos para llevar a cabo los proyectos de captación de nuevas fuentes surtidoras.

Un segundo aspecto ligado a la higiene de la ciudad era el sistema de evacuación de las aguas servidas. Nuevamente nos encontramos frente a un problema que requería una decisión por parte del Estado.

Desde tiempos coloniales el sistema de desagües de Santiago se hacía a través de las acequias que corrían a tajo abierto. La contaminación producida aumentaba conforme iba aumentando la población urbana. En diciembre de 1902 el Consejo de Higiene reiteraba al Ministro del Interior el peligro de contagio que presentaba el sistema de acequias.

Dicha situación adquiriría mayor gravedad aún cuando, sea por falta de limpieza o bien debido al exceso de agua que por ellas corría, se producían inundaciones; igualmente grave era la situación que se generaba cuando no pasaba el agua suficiente para arrastrar los desperdicios.

El estado general de insalubridad de la ciudad, sus altas tasas de mortalidad general e infantil, así como la incesante propaganda de un sistema de alcantarillado, finalmente decidió al Gobierno a dar comienzo a dicha obra en 1905, haciéndose la recepción final en 1910. Pero, no obstante este gran adelanto, las zonas más alejadas de la ciudad siguieron haciendo uso del antiguo sistema de acequias. Según los datos del *Anuario Estadístico* de 1915 el alcantarillado cubría sólo un 34% del total de viviendas.

Un tercer problema ligado a la salubridad de la población era el de la recolección de basura y la localización de los basurales. Esto se relacionaba, además, tanto con la limpieza de acequias como con el aseo de las vías públicas de la ciudad. Como señalamos anteriormente, los derrames de las acequias eran muy frecuentes y se encuentran descritos en numerosos documentos de la época. A su vez, el desaseo de la vía pública era objeto de permanentes denuncias por parte de la prensa, la que alertaba contra sus funestos efectos.

Esta situación estaba estrechamente vinculada a la insuficiente infraestructura con que contaba la Municipalidad para cumplir su tarea. Según lo indican datos de la época, Santiago contaba a finales del período bajo estudio, con los mismo elementos que a fines del siglo XIX mientras que su población y su radio urbano se había incrementado ostensiblemente.

Igualmente peligroso para la salud de la población era la mala localización de los botaderos de basura. El más grande de ellos se encontraba

en la ribera sur del río Mapocho, entre las calles Manuel Rodríguez y Cueto, y según consta en documentos de la época la acumulación de basura alcanzaba los 3 metros de altura. El lugar era abierto, por lo cual se convertía en punto de reunión de numerosas mujeres y niños que acudían en busca de algún objeto utilizable. En el año 1899 se firmó un contrato con una empresa privada para instalar hornos crematorios que incineraran las basuras, pero sólo se sometía al fuego parte de los desperdicios, amontonándose el resto a la orilla del río en espera de que la corriente los arrastrara.

Rodeando este basural -que era un foco de infección permanente- se levantaban habitaciones obreras y conventillos con el consiguiente peligro para la salud de la población.

En suma, podemos decir que entre 1891 y 1918 la ciudad de Santiago no presentó un mejoramiento significativo de sus condiciones de higiene. Sin duda, las obras de captación de agua potable y la implementación del sistema de alcantarillado fueron un paso importante, aunque no suficiente, para elevar el estado sanitario de la ciudad, pero debemos tener presente que dichos adelantos no beneficiaron de igual modo a los distintos sectores que en ella se radicaron.

Ello se vio reflejado en las altas tasas de mortalidad que presentaba Santiago durante este período. La mortalidad general del departamento de Santiago, que presentaba a principios del siglo tasas superiores al 400/00, sólo disminuyó a un 380/00 en 1918. A su vez, si bien la mortalidad infantil logró una significativa baja de su tasa -de 4000/00 a 3200/00- siguió siendo una de las más altas del mundo.

Respecto de las principales causales de muerte durante estos años, podemos señalar que las enfermedades infecto-contagiosas experimentaron un descenso, sin duda asociado a la aplicación masiva de la vacuna, mientras que enfermedades tales como tuberculosis, bronconeumonía, neumonía, diarrea y fiebre tifoidea tendieron a aumentar. Estas últimas tienen relación directa con las pésimas condiciones de vida material de los sectores más pobres de la ciudad, así como con la insalubridad general que reinaba en los barrios más alejados del centro de Santiago.

## 5. Vivienda

Dentro de nuestro período, observamos que la mayoría de los edificios, incluidos los del perímetro más céntrico de la ciudad, eran de un piso, estaban contruidos con materiales locales como adobe y ladrillo, y sus fundaciones solían ser de piedra y estar sólidamente asentadas. Tales edificios tenían una vida relativamente corta y, a semejanza de lo que había ocurrido con las viviendas coloniales cuya durabilidad no era superior, en la mayoría de los casos, a un período de cuarenta años, debían ser reemplazados cada cierto número de años. Cuando se construía en dos pisos, el primero solía ser de ladrillo y el segundo de adobillo. En caso de ser el segundo piso también de ladrillo, se consolidaba la totalidad de la construcción afirmándola con amarras de hierro.

Al entrar el siglo XX, comenzaron a aparecer en Santiago algunos

edificios para habitación contruidos con hierro y cemento. Fueron levantados también con estos materiales, edificios para funciones públicas y/o religiosas -como por ejemplo la actual casa central de la Universidad Católica, la Basílica de San Alfonso en 1900-, algunos hoteles, etc., así como también casas para residencia de particulares como fue el caso del edificio Undurraga en Estado esquina de la Alameda de las Delicias. Sin embargo, estas obras resultaban muy caras puesto que tanto el hierro como el cemento, la cal, el cobre y el yeso se importaban de Bélgica. Con respecto al hierro, esta anómala situación comenzó a variar, por un lado, cuando en 1911 se puso en explotación el yacimiento de El Tofo y, por otro, cuando se estableció la siderurgia en Chile gracias a los Altos Hornos de Corral que comenzaron a producir en el año 1933.

Estos adelantos eran naturalmente usufrutuados por todo el casco urbano, excepto los rancheros de su periferia y aquellos edificios que constituían lo que hemos llamado vivienda popular. Estos solían ser edificios con materiales de muy mala calidad, por lo que su durabilidad era aún menor, no obstante los esfuerzos de sus propietarios por alargarla el mayor tiempo posible.

Respecto a la vivienda de los distintos sectores sociales santiaguinos, podemos decir que las casas particulares de habitación de los grupos más pudientes, aunque solemnes y grandiosas por fuera, no se distinguían en sus materiales de construcción de aquellas que habitaban los grupos medios. Puede agregarse además que todas ellas habían sido levantadas sin prever el período invernal, es decir que tanto por la distribución de las habitaciones como por la altura de las piezas resultaba muy difícil calefaccionarlas. La verdadera diferencia entre la vivienda de clase alta y la de clase media se encontraba en el tamaño, en los adornos, en la privacidad de su ambiente y en las comodidades que podía brindar a sus moradores.

La vivienda de los grupos sociales más modestos, en cambio, y tal como lo expresamos en detalle en el capítulo correspondiente, presentaba las condiciones más lamentables. Tanto por los materiales con que estaba contruida, como por la absoluta falta de privacidad, por la carencia de la más elemental comodidad, por la pequeñez y falta de espacio, era el extremo opuesto de la gran casa santiaguina anteriormente descrita. Fue calificada en los peores términos: guarida, cubil, madriguera, cueva, ratonera y otros semejantes. Por otro lado, hay que recordar los esfuerzos hechos para construir poblaciones higiénicas para obreros dotadas de algunas comodidades, a pesar de lo cual por ser casos aislados no alcanzaron a mitigar las malas condiciones de vida causadas por la habitación popular.

Así, la Institución León XII, creada por don Melcho Concha y Toro en 1892, había contruido solo 164 casas en los veinte años transcurridos entre esa fecha y 1912 (apenas 8,2 casas por año), mientras que los Consejos de la Habitación Obrera, creados en 1906, recién iniciaban en 1912 la entrega de los primeros inmuebles con la inauguración de 235 casas que constituían las poblaciones San Eugenio y Matadero. Otras poblaciones levantadas en Santiago por esa época, no hacían variar sustancialmen-

te los resultados pues eran una gota de agua en el mar de la carencia habitacional de Santiago.

## NOTAS

<sup>1</sup> El presente artículo se basa en los avances de la investigación "Calidad ambiental urbana. El caso de Santiago de Chile en el período 1870-1940" que los autores han venido desarrollando en la Pontificia Universidad Católica de Chile bajo los auspicios de su Dirección de Investigación. Este trabajo contó con la inapreciable colaboración de los ayudantes de investigación señora María Elena Langdon y señor Eugenio Cataldo.

<sup>2</sup> Historiador y arquitecto, respectivamente, profesores titulares de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia e Instituto de Estudios Urbanos.

## Índice

|                                                                                                                                     |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Introducción                                                                                                                        | 9   |
| La ciudad letrada, Angel Rama                                                                                                       | 11  |
| Ciudades "periféricas" como arenas culturales (Rusia, Austria, América Latina), Richard M. Morse                                    | 39  |
| La vivienda obrera en una ciudad en expansión, Rosario entre 1858 y 1910, Jorge Hardoy                                              | 63  |
| José Vasconcelos en 1921: arquitecto del espíritu, Enrique Krauze                                                                   | 95  |
| Para una arqueología del discurso sobre Lima, Julio Ortega                                                                          | 103 |
| La belle époque carioca en concreto: las reformas urbanas de Río de Janeiro bajo la dirección de Pereira Passos, Jeffrey D. Needell | 113 |
| El ideal clásico en la evolución del paisaje urbano de Gran Bretaña y América del Norte en el siglo XVIII, Gilbert A. Stelter       | 145 |
| Los orígenes de la burguesía industrial en México: El caso de una familia de la Ciudad de México, L. Lomnitz y M. Pérez             | 167 |
| Imagen e ideología: Nueva York vista por un fotógrafo, Alan Trachtenberg                                                            | 187 |
| Conformación de la cultura urbana de clase media en Brasil: una perspectiva antropológica, Gilberto Velho                           | 195 |



|                                                                                          |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Recife y la gran sequía, Gerald Michael Greenfield                                       | 203 |
| Port-au-Prince 1860-1915: La construcción de una metrópolis caribeña, Michel S. Laguerre | 227 |
| Medio ambiente urbano en Santiago de Chile: 1891-1918, Armando de Ramón, Patricio Gross  | 243 |

Este libro se terminó de imprimir en  
Artes Gráficas Santo Domingo S.A.,  
Santo Domingo 2739, Buenos Aires  
en el mes de junio de 1985